

UN FUTURO HOGAR PARA EL DIOS VIVIENTE

Louise Erdrich

Siruela Nuevos Tiempos



Lectulandia

El mundo tal y como lo conocemos toca a su fin. El proceso evolutivo ha empezado a retroceder y la ciencia es incapaz de detener el mecanismo de involución genética por el que, una tras otra, todas las mujeres están dando a luz niños similares a los de las especies más primitivas del ser humano. Cedar Hawk Songmaker, hija adoptiva de una pareja de Minneapolis, tiene sobrados motivos para preocuparse: está embarazada de cuatro meses. Por eso siente además la imperiosa necesidad de conocer a su madre biológica, una india ojibwe, para indagar tanto sobre sus propias raíces como sobre el futuro bebé que está en camino.

Y mientras Cedar bucea en el misterio de su origen, la sociedad a su alrededor se precipita vertiginosamente hacia el abismo, enloquecida por el incontrolable pánico a la extinción: ley marcial, delaciones y violencia, calles rebautizadas con nombres bíblicos, mujeres en estado desaparecidas...

La visionaria y escalofriante distopía «Un futuro hogar para el dios viviente», que es a la vez un atrevido interrogante sobre lo femenino, la maternidad y la libertad de elección, supone un auténtico «tour de force» en la trayectoria de una de las escritoras estadounidenses más prestigiosas de la actualidad.

Lectulandia

Louise Erdrich

**Un futuro hogar para el dios
viviente**

ePub r1.1

Titivillus 02.09.2019

Título original: *Future Home of The Living God*
Louise Erdrich, 2017
Traducción: Susana de la Higuera Glynne-Jones

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*El Verbo es vida, ser, espíritu, todo lo que reverdece, toda
creatividad. El Verbo se manifiesta en cada criatura.*

HILDEGARDA DE BINGEN (1098-1179)

*A Gokomisinam Kiiz,
Espíritu de lucha de mis días.*

7 DE AGOSTO

Si te digo que mi nombre de mujer blanca es Cedar Hawk Songmaker^[1], que soy hija adoptiva de un matrimonio liberal de Minneapolis y que, cuando decidí ir en busca de mis padres ojibwes y descubrí que mi nombre de nacimiento era Mary Potts, oculté esa información, puede que lo comprendas. O puede que no. Lo escribiré de todos modos, porque las cosas han cambiado desde la semana pasada. Al parecer —verás, nadie lo sabe—, nuestro mundo se mueve hacia atrás. O hacia delante. O quizá hacia un lado, de un modo que aún no alcanzamos a ver. Estoy segura de que nadie podrá dar un nombre a lo que está sucediendo, pero no soy capaz de vislumbrar cómo va a poder solucionarse todo lo que nos rodea y nos habita. Lo que está sucediendo abarca lo indivisible, los cuantos de energía de los que hemos sido creados. Sea lo que sea lo que esté sucediendo de verdad, llegan hasta nosotros un sinfín de noticias de última hora sobre el modo en que se gestionará —pura especulación, en realidad, acerca de qué será lo siguiente—, razón por la que he decidido llevar un registro por escrito.

¡Tiempos históricos! Siempre ha habido cartas y diarios que se escribieron en épocas turbulentas y que se descubrieron posteriormente, y creo que yo puedo estar redactando uno de esos documentos. Y, aunque soy consciente de que todo este conocimiento léxico puede resultar vano, te quedará esta crónica.

¿Te he dicho ya que estoy embarazada de cuatro meses?

De ti.

Una confesión:

Hace casi una década, y cuando llevaba ya dos meses de mi primer embarazo, aborté. Te cuento esto porque es importante que lo sepas todo. Tomé la decisión más o menos en el mismo instante en que me hice la prueba de embarazo: «no». Cerraría esa puerta. Al hacerlo, abrí una puerta diferente. Si no hubiera abortado entonces, no te tendría a ti ahora. Esta vez la prueba de embarazo me dictó un «sí».

Así pues, tengo veintiséis años, estoy embarazada y no tengo seguro médico. Esto supondrá un enorme disgusto para mis padres, que, de hecho,

tienen más de lo que necesitan. Es también, sin lugar a dudas, una época azarosa en la historia de la Creación. A no ser que se responda pronto al torbellino de preguntas, nacerás en este estado desconocido. Pero, pase lo que pase, serás bienvenido y recibido con los brazos abiertos en una familia que abarca varias culturas. Primero están mis padres adoptivos, cuyo lírico nombre es de origen británico: Glen y Sera Songmaker. Lo cierto es que son personas maravillosas, no cabe la menor duda. Esto es algo incuestionable, y, aunque les haya dado más de un quebradero de cabeza, me han tratado bien la mayor parte del tiempo. Son personas indulgentes, budistas, concienciadas con el medioambiente. A pesar de la molesta fobia de Sera a los geles desinfectantes de manos y a los aditivos alimentarios, y de la relación extraconyugal que tuvo Glen años atrás con la dependienta de la tienda Retro Vinyl, que a punto estuvo de destrozarse la familia, son ahora un feliz matrimonio de veganos. Son las personas más entrañables que pueda uno imaginarse, salvo por... salvo por el hecho de que nunca comprendí cómo me adoptaron; me refiero a que la legalidad del asunto no deja de ser dudosa. Existe la llamada «ley para la protección de menores indios», que hace que sea prácticamente imposible que un niño indio sea adoptado por una familia no india. Esta ley debería e incluso debió de aplicarse en mi caso. Siempre que la menciono, Glen y Sera tararean y apartan la mirada. Aunque yo chille, no me miran. A pesar de eso, son buenos padres y serán unos abuelos estupendos, y tendrás tías y tíos, y otro juego completo de abuelos biológicos: los Potts.

Como ya he comentado, renegué de mi familia biológica y rechacé su existencia durante un breve periodo, pero quizá lo entiendas si te explico cómo era recibida mi identidad étnica en el protegido enclave de mi familia adoptiva Songmaker. ¡Una niña india! ¡Una princesa india! Una ojibwe, chippewa, anishinaabe, da igual. Era una rareza, quizá en parte salvaje. Era la estrella de mi escuela de primaria en Waldorf. Sera siempre me peinaba con trenzas, aunque yo me corté una como siempre cuenta ella. Pero hasta con una sola trenza, incluso como supuesta india, la verdad es que siempre me sentí especial, como si perteneciera a la realeza, mencionada en un marco de veneración que se encargaba de estudiar la historia nativa o sus costumbres. Se citaban mis observaciones sobre pájaros, insectos, gusanos, nubes, gatos y perros. Se suponía que yo mantenía una línea directa con la naturaleza. Aquello continuó durante el instituto, pero decayó, definitivamente, en cuanto llegué a la universidad y comencé a salir con otros nativos. Entonces me convertí en alguien corriente. Fue incluso peor —no tenía ni clan ni cultura ni

lengua ni parientes—. Para mayor confusión, no tenía ni lucha. En nuestras asambleas, escuchaba historias. De adicciones, suicidios. Como yo no tenía ninguna crisis en mi vida, aparte de lo de la dependienta de Retro Vinyl, me inventé una. Me corté las trenzas y después dejé de asistir a clase. Me sentí como un copo de nieve. Sin lo que me hacía singular, me derretí.

Hace un año, pensando quizá que mi falta de ambición por graduarme provenía de cierta nebulosa respecto a mis orígenes, pensando quizá vete a saber qué, Sera decidió entregarme una carta que había recibido de mi madre biológica. La honorable Sera no la había abierto. Yo sí. Leí la carta dos veces y la guardé de nuevo en el sobre. Después, metí el sobre en una carpeta de papel de manila. Soy una persona muy organizada, así que decidí archivar la carta. ¿Bajo qué nombre? Necesitaba una etiqueta. Lo sopesé un buen rato. ¿«Familia biológica»? ¿«Potts»? ¿O «Grandísima decepción»? ¿O «Jódete»? En el fondo me había desazonado que contactara conmigo. Y había algo peor aún. Fue una verdadera conmoción darme cuenta de que en la reserva yo era todavía más corriente de lo que me había sentido en la universidad. Mi familia no tenía poderes especiales ni relaciones con espíritus sanadores o animales sagrados. Ni siquiera éramos pobres. Éramos burgueses. Éramos los dueños de una estación de servicio Superpumper. Me llamaba Mary Potts y era hija y nieta de otras Mary Potts, hermana mayor de otra Mary Potts; en resumen, tan solo otra más de muchas Mary Potts que se remontaban hasta los tiempos de la colonización en esta zona, muchas de las cuales trabajaban ahora en la franquicia de Superpumper, que era la primera parada antes del casino.

¿Qué debía hacer? Hasta esta confusión biológica, hasta mi embarazo, hasta esta enorme incertidumbre en que la vida misma se había convertido, yo había ocultado el hecho de que había abierto la carta siquiera. Dije a mis padres Songmaker, que me han criado, que los quería y que no había más que hablar. Les dije que no quería complicaciones; no quiero historias de abandono y reconciliación; no quiero ninguna reunión sensiblera ni lágrimas de cocodrilo. Pero la verdad es muy diferente. La verdad es que estoy cabreada. ¿Quiénes son los Potts para decidir, así de repente y sin venir a cuento, ser mis padres ahora, cuando no los necesito? Peor aún, ¿quiénes son ellos para hacer añicos la idea romántica e imaginaria de padres indios que me había inventado desde mi más tierna infancia, unos padres atractivos con largas trenzas a ambos lados de la cara, que habían muerto de algún modo difuso pero ciertamente en un adecuado rito espiritual indio, quizá tras un prolongado ayuno letal, en una danza del sol que acabó en infarto o al tirarse

de cabeza desde lo alto de un acantilado por amor o elevándose en el cielo transportados por pájaros de trueno? ¿Quiénes eran los Potts para seguir llevando sus vulgares vidas sin mí y trabajar en un Superpumper?

Yo no habría tenido la más mínima relación con todos ellos de no ser por el bebé. Cariño, ¡eres diferente! ¡Eres un ser nuevo! Las cosas pueden volver a comenzar contigo, y las cosas tienen que empezar de nuevo. Te mereces más. Te mereces dos pares de abuelos. Sin hablar de la información genética, que podría afectar a quien eres incluso más allá de lo que está sucediendo ahora. Podría haber enfermedades hereditarias. O talentos insospechados. No cuesta nada soñar, aunque parezca poco probable, dada la carta de mi madre biológica. Aun así, creo que necesitas entrar en la red de conexiones que yo nunca tuve.

Abracé el catolicismo el mismo año en que desarrollé mi crisis de identidad, primero como forma de rebeldía, pero también en un esfuerzo por establecer esas conexiones. Quería tener una familia extensa, una parroquia entera de amigos. No fue ninguna fase pasajera y he integrado tanto mi etnicidad como mis enseñanzas intelectuales en la fe, primero con el análisis de la canonización del Lirio de los mohawks, Catalina Tekakwitha, y, posteriormente, con la edición, redacción, ilustración, publicación y distribución de una revista de estudio católica llamada *Zeal*^[2]. Conseguí financiación para mi trabajo gracias a donativos privados, alguna que otra aportación de los ingresos del casino^[3] y una pequeña contribución de mi parroquia. Tengo dinero suficiente como para mantener la revista hasta que salga de cuentas, el 25 de diciembre, lo que también significa que más o menos me quedan cuatro meses y medio para averiguar cómo darte una familia coherente además de una madre.

No es tiempo suficiente.

Tu padre podría ayudar, pero procuro mantener cierta distancia con él.

Razón de más para buscarte un abuelo adicional, incluso un par de tíos, algún primo —espero que funcione—.

—¿Cedar?

He estado escribiéndote ignorando el constante timbre del teléfono. Decido contestar esta vez porque creo que era tu padre quien llamaba antes y ahora ha renunciado a hacerlo y sería otra persona. Siempre he sabido cuándo tira la toalla.

—Mamá.

—Mira, lo que está sucediendo nos tiene muy alterados, cielo. ¿Por qué no vuelves a casa?

Como siempre, su voz suena tranquila y segura. El estrés la serena.

—Tengo que hacer una cosa antes.

Ha llegado el momento de que le hable de ti —debo hacerlo—, pero esas dos palabras «estoy embarazada» me tienen paralizada, así que le cuento otra cosa. Le saco el tema de la familia.

—¿Recuerdas aquella carta, mamá?, ¿la que me entregaste hace cosa de un año?, ¿la de mi madre biológica, ya sabes? Voy a conocerla.

Silencio.

—A la reserva —añado.

—¿Ahora? ¿Por qué?

Su consternación no se debe a celos ni a desaprobación. Al fin y al cabo, fue ella quien me entregó la carta y dejó a mi criterio la decisión. Incluso me apremió para que la abriera. Lo que de verdad le preocupa es el momento elegido: esa es Sera.

—Porque tengo que hacerlo.

—Por favor, ahora no.

Su voz tiene ese tono firme de «yo me hago cargo de esto» que solo le he oído unas pocas veces: cuando la llamé para pedirle que me viniera a buscar a una fiesta después de que un chico borracho intentara violarme pero en lugar de eso me vomitara encima; cuando le anuncié que me bautizaba y confirmaba como católica.

Sé que tiene razón y, sin embargo, nada de lo que hay allí fuera parece tan importante como lo que hay aquí dentro. Mientras me dirigía a casa en coche, observé que las calles estaban llenas del número habitual de vecinos de Minnesota, corrientes, decididos, sonrientes y sociables. Gente conversando en las paradas de autobús; gente cargada con bolsas de la compra y mochilas, caminando a paso razonable, que no parecían conmocionados ni asustados.

—Es solo que necesito ir; no puedo explicarlo. Volveré enseguida, mamá, no te preocupes. Sé que la situación puede desestabilizarse.

—Creo que ya lo está. Ya ha empezado. Espera, habla con tu padre.

Oigo frenéticos susurros, pasos sordos, mientras ella le cuenta mi plan.

—Escucha, iremos contigo. Hay algo... cariño, escucha...

Al oír a Glen llamarme «cariño» se me humedecen los ojos. Solía hacerlo cuando yo tenía un mal día en el colegio, me rompían el corazón o sacaba notables. Odiaba sacar notables. Me costaba distanciarme de Glen, pero tenía que intentarlo. Para mi alivio, fracasé por completo en mi intento de que se

marchara o incluso de hacerle perder los estribos. Una vez dijo que yo le sacaba de quicio. Debía contentarme con aquello.

—Oh, papá, lo siento. No te preocupes. Estaré bien. Es solo que tengo que hacerlo, y será solo un día.

—Cedar, las cosas están tomando un giro muy preocupante, aunque me parece que la gente no se ha dado cuenta todavía. Lo que estamos escuchando en las noticias y de lo que se está hablando, por muy imposible que suene, es...

—Será solo un día.

—Escucha las noticias. Hablan mucho de...

—¿De qué?

—El presidente está hablando de decretar el estado de excepción, y hay un debate en el Congreso acerca de encerrar a ciertos...

—Papá, tú siempre estás...

—Esta vez va en serio, por favor, vuelve a casa.

Sera se pone de nuevo al teléfono. Se ha recompuesto. Uno de sus mayores principios está en juego: su creencia en mi autonomía. Se ha enfrentado a sí misma fuera del teléfono y ha ganado.

—Bueno, no lo sabemos seguro. Podría tratarse de un nuevo tipo de virus. Quizá una bacteria. Del permafrost. Usa gel desinfectante para las manos, ¿de acuerdo? ¿Nos llamarás en cuanto llegues allí y también en cuanto vuelvas a casa?

—Claro.

—Y llena el depósito de gasolina.

—Estaré bien.

—Claro que sí.

Cuando cuelgo el teléfono, recuerdo cómo Glen y Sera a menudo se felicitaban por su clarividencia acerca de las burbujas tecnológicas e inmobiliarias, luego Irak, Oriente Medio, Afganistán, después Rusia, el creciente caos de nuestras elecciones, y nuestro primer invierno sin nevadas, entre otras cosas, así como el rigor con el que llevan un registro de todas las sandeces políticas, guerras y catástrofes naturales. Esto no lo previeron, por supuesto —nadie lo hizo—, pero se les da muy bien advertir los efectos colaterales de los acontecimientos. Sin duda, debería de estar más nerviosa de lo que estoy en realidad, pero rechazo todo sentido común y marco el 411 de información estatal para conseguir el número de teléfono del Superpumper donde trabaja mi familia biológica. Después, incluso dejo que la dicharachera

voz automática del servicio de información me comunique directamente, lo que, por supuesto, cuesta más caro.

—¿*Boozhoo*?

Dios, pienso. Hablan francés.

—*Bonjour* —digo.

—¿Diga?

—Hola.

—¿Quién es?

—Estoy... eh... buscando a Mary Potts.

—Pues no soy yo. ¿Quién habla?

—Pues verás, recibí una carta de Mary Potts Senior hará cosa de un año; se puso en contacto conmigo porque es mi madre biológica. ¿Eres...? Me refiero a que no suenas como Mary Potts Senior, quizá seas...

—¿Qué coño dices?

—¡Oye!

—¡Mamáaaaaaaaa! ¡Hay una loca hija de puta al teléfono que dice que eres su madre y que le escribiste el año pasado!

Murmullos. Una voz («Dame eso»). El sonido seco y chisporroteante de cuando se te cae el teléfono. Una voz de hombre que pregunta: «¿Quién es, cielo?». Una voz de mujer: «¡Nadie!». De nuevo la primera voz: «Largodeaquícoño». Un grito furioso que se va apagando y termina con un estruendo (¿un portazo?).

—¿Mary Potts Senior? —pregunto a la respiración cavernosa al otro lado del teléfono.

—Al habla. —Un susurro. Un carraspeo ronco—. Sí, soy yo. La que te escribió.

De repente me entran unas terribles ganas de llorar, me duele el pecho, no puedo respirar, me estoy derrumbando. Lo único que quizá pueda vencer lo que estoy sintiendo ahora mismo es una rabia loca y simultánea que hierve dentro de mí y me hiela la voz.

—Por casualidad, ¿estarás ahí mañana?

—¿Ahí?

—En casa.

—No tengo nada que hacer.

—Entonces me pasaré por allí. Iré a verte. Necesito hablar contigo.

—Vale.

«¿Quién es, cielo?», pregunta una voz de hombre. «¡Nadie!», grita ella de nuevo.

Hago caso omiso al horrible hormigueo que siento en la garganta, la reacción ante la segunda vez que dice «nadie».

—¿Quién te llama «cielo»? —pregunto.

—Es mi nombre —responde Mary Potts Senior—. Todo el mundo me llama «Cielo».

—Ah.

Su voz suena tan humilde, tan susurrante, tan asombrada y tan asustada. Siento un arrebató de rabia asesina, pero solo se materializa en una gramática fría y extrañamente enrevesada.

—Pues estoy segura de que resulta de lo más apropiado, Cielo. No obstante, creo que te llamaré Mary Potts Senior sin más, si te parece bien.

—Pero no soy la mayor. Lo soy casi, pero aún no. La abuela todavía vive.

—Está bien, Mary Potts Casi Senior. Y ahora, ¿podría pedirte indicaciones para llegar a tu casa?

—Claro que puedes —responde Mary Potts, o Cielo, pero luego se calla.

—¿Y bien? —digo con voz gélida.

Cielo ahora se pasa de lista.

—Dijiste que si las podrías pedir. ¿Me las estás pidiendo?

Experimento una punzada de lo que ha de ser posiblemente un odio instantáneo, porque fue ella quien me escribió, fue ella quien me pidió que me pusiera en contacto con ella, y fue ella quien me parió y luego me abandonó. Aun así, logro soportar sus mezquinas manipulaciones.

—Tú solo dímelo —respondo con voz serena y neutra—. Puedes darme la dirección. Utilizaré Siri o un GPS.

—No aparecemos en ningún GPS y Siri está muerta. ¿No lo sabías?

—¿Saber el qué?

—Ya lo averiguarás. ¿Desde dónde vienes? ¿De arriba o de abajo?

—Llegaré desde Minneapolis.

—Bueno, ya sabes, las autopistas hasta Skinaway y luego tuerces... a... la izquierda. Giras a la izquierda en el río.

Parece aliviada de haber podido pensar el recorrido al revés, de haber sido capaz de dar las indicaciones desde mi punto de vista. Incluso parece maravillarse ante tal proeza, un poco como si tal vez nunca hubiera dado indicaciones antes.

—¿Qué río?

—El grande.

—Ya, pero me refiero al nombre. Necesito el nombre.

—Es el único río grande con un puente. Después, a la derecha, hay un camino. Sin asfaltar. Gira a la izquierda.

—De acuerdo, giro a la izquierda por un camino sin asfaltar. ¿Ese camino no tiene nombre?

—Skinaway Road.

—Poco a poco vamos avanzando. ¿Y después?

—Vivimos al final.

—¿Cuál es el número de la casa?

Carraspea. Tengo la impresión de que está a punto de estallar. Percibo cierta desesperación al otro lado de la línea, el peligro de un ataque de histeria. Y se me antoja pensar que en las reservas, y eso que yo no sé nada sobre ellas, lo mismo la gente no da su dirección. Quizá allí todo el mundo sepa dónde está todo. Tal vez nadie se marche de allí y todo el mundo permanezca en ellas para siempre.

—De acuerdo, está bien. ¿Cómo es tu casa?

La voz se le llena de alivio.

—Es amarilla, bastante nueva, un rancho de dos plantas con molduras blancas y un porche delantero con una rampa de acceso para la silla de ruedas de la abuela. La traeremos aquí para ti mañana. Hasta entonces, Avis se la ha llevado prestada. Pero tú entra con el coche en el jardín. Habrá una furgoneta negra con dibujos violetas sobre unos tacos, pero ese es el único coche... eh... que no funciona ahora mismo. También hay una camioneta nueva (es mía) y puede que haya un pequeño Maverick marrón, de Eddy, y el armazón de una cabaña de sudación...

—¿Una cabaña de qué?

—La abuela y Eddy trataron a la pequeña Mary. Era ella al teléfono. De todos modos, está cerca de la casa, en la parte de atrás, en el jardín.

—Sigo sin saber de qué hablas.

—Sí, también tenemos comederos para pájaros. Y un altar. Será lo primero que veas. Mary.

—Nadie me llama Mary, naturalmente. Mi nombre adoptivo, mi verdadero nombre, es Cedar.

Una larga pausa.

—Es un nombre bonito. —Su voz suena dulce otra vez, dolorida y melancólica—. Es que siempre he pensado en ti como Mary. Pero te estaba hablando del altar. Verás, allí está la Virgen María.

—¿María? ¿María está sobre una bañera invertida?

—Pues sí, supongo que se podría decir invertida. Se ve que eres lista, ¿eh? Pero yo diría apoyada sobre un extremo y medio enterrada. Vete tú a saber. Cogimos la bañera de la casa vieja. Lo montó Eddy. Yo planté las flores.

—Vaya.

Algo me golpea entonces y casi me deja de una pieza. Alivia un poco la ira que siento y me lleva a despedirme con calma y a mostrar educadamente la expectante alegría que siento de conocer a Mary Potts. Tras colgar el teléfono, me quedo ahí mirándolo, reflexionando. He aquí la congruencia genética: me convertí al catolicismo antes de ponerme en contacto con mi madre biológica; el catolicismo me atrajo y sentí fascinación por todo ese universo: los santos, la liturgia, incluso los pequeños altares. Ahora resulta que los santos y la Iglesia son algo que tengo en común con ella, Cielo, Mary Potts Casi Senior.

9 DE AGOSTO

A la mañana siguiente, tomo la autopista hacia el norte, rumbo a la casa de mi familia Potts en la reserva. Me invade algún que otro ataque de sobrecogimiento. Todo lo que veo —pinos, arces, centros comerciales en el borde de la carretera, compañías de seguros y talleres de tatuajes— aparece en un equilibrio físico en el preciso punto de inflexión entre el estado actual de las cosas y el enorme e incomprensible cambio que está por llegar. Y, sin embargo, nada resulta demasiado desconocido. Un cierto silencio, quizá, y algunos sermones anunciados en tablones parroquiales que parecen más inquietantes de lo normal. «¡Por fin llega el final de los tiempos!». «¿Estáis preparados para el arrebatamiento?». En un enorme y desolado campo se eleva hasta el cielo un cartel anclado en el suelo que reza: «Futuro hogar para el dios viviente».

No es más que un terreno yermo, en barbecho e invadido por la maleza, que se extiende hasta el lívido horizonte.

Detengo el coche, tomo una fotografía del cartel y reempiendo el camino. Un coche me adelanta con una pegatina en el parabrisas que dice: «Cuando llegue el arrebatamiento, ¿puedo quedarme con tu coche?». Dios mío, no todo el mundo se está preparando para la ascensión. Me encanta conducir. Reflexiono mientras avanzo. «La evolución se ha detenido», declara el presentador de alguna tertulia radiofónica. «De hecho, ¿podría estar en plena regresión!». Si resulta ser cierto que cada partícula de lo que pueda ver y no ver, que todo lo que esté vivo, y quizá no vivo también, está ajustando las

velas, virando y poniendo rumbo a puerto, ¿qué significa? ¿Adonde nos dirigimos? De hecho, ¿es muy diferente del lugar al que nos dirigíamos en un primer instante? Quizá todas las criaturas de la Creación, desde la polilla de la manzana hasta el elefante, no fueran más que un pensamiento con todo lujo de detalles en que Dios estaba absorto para elaborarlas, cuando de pronto Dios se quedó dormido. Por lo tanto, solo somos una idea. Incluso es posible que Dios haya decidido que somos una idea en la que ya no merezca la pena pensar más.

Estas reflexiones dan vueltas y más vueltas en mi cabeza hasta que decido hacer una pagada. Me meto en la típica entrada para coches de una típica franquicia de comida rápida y me tomo un panecillo con huevo y queso y dos cartones de leche. De modo que sigue habiendo establecimientos de comida rápida, por lo que estoy agradecida. Comer me devuelve a la tierra. Se me despeja la mente y, al cabo de unas horas, llego a la reserva. Paso por delante de la gasolinera Superpumper de los Potts sin detenerme, aunque aminoro un poco la velocidad. «Bueno, allí está», pienso al pasar, «mi propiedad ancestral», una marquesina iluminada de plástico rojo sobre un conjunto de surtidores de gasolina, un bloque de hormigón rectangular con puertas con ribetes rojos a juego con la marquesina. Unos ventanales iluminados, un hombre huesudo detrás de la caja, apoyado en los codos, con la mirada clavada en lo que parece ser un libro —seguramente el catálogo de coches de ocasión, o en el mejor de los casos un *tecno-thriller para tíos*—. Espero que no sea porno. Lo más probable es que el tipo flacucho sea el marido de mi madre biológica. Eddy. Hablaba de él en la carta. No mencionaba para nada a mi padre biológico.

Cruzo un puente por encima de un hilo de agua, lo justito para que sea considerado como un río, me parece. Pero no se ve ningún desvío durante un buen rato. El giro a la izquierda que hago al final me conduce por delante de seis viviendas. Cinco se ven limpias y ordenadas, en buen estado, con un jardín cuidado y un comedero para pájaros; están decoradas con osos negros y alces, o traseros de señoras agachadas con pololos de lunares, todo de contrachapado. Hay un jardín atestado de sorprendentes trastos: tres piscinitas infantiles de plástico azul y rosa chillón, una cama elástica, coches averiados, barcos agujereados que se están arreglando, supongo, cortacéspedes amontonados, tractores un poco oxidados y parrillas de barbacoa. Aquí y allá, van saliendo perros de las cunetas al azar, y se lanzan tras el coche intentando morder las ruedas con agresividad. La última casa no es amarilla. Detengo el coche en el arcén. Un terrier mestizo de pelaje tostado y algo desaliñado da

saltos delante de la ventanilla del copiloto sin parar. Me doy la vuelta. Quizá haya otro río. Ella dijo que era uno grande. Van apareciendo más perros a lo largo de todo el camino mientras retrocedo hasta la autopista.

Hay otros dos ríos que no dejan de ser una falsa alarma más, y desvíos a la izquierda; todos conducen de nuevo hasta el mismo camino del principio con el jardín atestado de piscinitas infantiles. Una tiene dos dedos de agua y hay una mujer corpulenta dentro, vestida con una camiseta larga, que deja que chapotee delante de ella un bebé desnudo. «Qué monada, ¡joder!». ¿Dónde está la casa de mi familia biológica? ¿Dónde está mi familia? Una vez más, un desvío equivocado, un camino serpenteante, perros azuzados por mi coche y por mí, la mujer de la piscina, que ahora me mira como si yo fuera del FBI. Opto por preguntar la dirección a la mujer y giro en el camino de entrada. Los perros enloquecen del todo, echando espuma por la boca con aires de justicia. He invadido su territorio y no me atrevo a salir del coche. Bajo la ventanilla. La mujer me mira. Su cara es bonita, chata, reservada y recelosa. No abre la boca.

—¿Me podría indicar dónde viven los Potts?

Los perros se abalanzan ahora sobre el coche, golpeando las puertas con todas sus ganas, absolutamente desquiciados por mi voz. La mujer se lleva la mano a la oreja. Normalmente no suelo tener miedo a los perros, pero uno mordisquea una rueda.

—¡Busco a Mary Potts!

—Ni idea.

—¿Y... Cielo?

La mujer levanta un brazo muy despacio, protegiendo al bebé con el otro, y señala el camino por donde he venido. Se me saltan las lágrimas. Es inútil, pienso, mientras doy marcha atrás y salgo del camino de entrada. Me invade una enorme amargura. Seguramente tomaré cada desvío a la izquierda de esta carretera y cruzaré cada maldito puente y río —¿cuántos puede haber? ¿Se trata de un mismo río, quizá, más grande o más pequeño según las zonas, que serpentea sin cesar? ¿Habrà algún tipo de establecimiento además del casino?, ¿un depósito de agua?, ¿quizá una tienda de comida?, ¿algún lugar al que la gente pueda acudir a recibir educación o cuidados médicos, que, según he leído, es algo que nos está garantizado por un tratado de nación a nación?—. Vuelvo a la autopista y conduzco mientras me anega la tristeza, cierta autocompasión, ese terrible sentimiento de soledad. También me entra un hambre espantosa, una especie de auténtico apetito de embarazada, un hambre voraz, y ahora lo único que quiero es detener el coche y ponerme a llorar.

Bebo un poco de agua. Me tomo un paquetito de cacahuets que tengo en la guantera. Me recompongo. De nuevo en la carretera, se me ocurre que podría dar la vuelta y dirigirme a la gasolinera Superpumper para comprar algo de picar y después presentarme a Eddy. Me dispongo a hacerlo cuando llego a un puente y un río grande. Un río de verdad. Por fin uno con agua que corre. Y un desvío a la izquierda al otro lado con una prometedorá carretera que sé que desembocará en una casa amarilla.

Y allí está. Giro en el camino de grava delante de la casa amarilla donde vive mi familia biológica (una vivienda bastante nueva de tres o cuatro dormitorios). Delante hay una rampa para sillas de ruedas y unos comederos para pájaros, la destartalada furgoneta negra con floripondios violetas, la cuidada bañera-altar de la Virgen María y el esqueleto flexible (de sauce, supongo) que debe de ser el armazón de la cabaña de sudación. Y allí, con la edad que le correspondería tener más o menos, está Mary Potts Casi Senior. Tiene en la mano una manguera, una manguera de jardín suelta con la que atiza el polvoriento cojín de un sofá. Esboza una sonrisa maliciosa y burlona cuando llego con el coche y termina de propinarle al cojín unos últimos golpes.

Aquí está la mujer que me ha traído al mundo.

—Holeee...

Extiende los brazos y avanza hasta el coche. Transpira levemente y lleva una camiseta sin mangas ajustada que deja ver los tirantes rosas de su sujetador y un pantalón pirata deshilachado y negro. Su cuerpo bien proporcionado es puro músculo, como el de un oso, y tiene un rostro agradable de rasgos regulares. Es joven. Tiene dientes muy blancos y pequeños ojos negros, alegres y esquivos. Lleva la melena, de color castaño oscuro con mechas rojizas, recogida en lo alto de la cabeza con una de esas pinzas para el pelo de plástico azul y lleva pendientes de perlas. Parecen perlas de verdad. Salgo del coche al aire asfixiante.

Nos quedamos mirándonos, en una situación incómoda. Para mí este no es momento para abrazos, y tampoco sé qué hacer con las lágrimas que anegan los ojos de mi madre biológica.

—Bonitos —digo, mientras le toco los pendientes—. Bonitos pendientes.

—Sí, me los regaló Eddy.

Solloza y aparta la mirada, pestañeando.

—Creo que le he visto en la gasolinera Superpumper, leyendo.

—Seguro que era él. Siempre con la cabeza metida en un libro.

—¿Qué le gusta leer?

—¿A él? De todo. De todo menos los manuales de sexualidad —suspira—
— ¡Ja, ja! Es broma. Ay.

Mi madre biológica se queda junto al coche con los brazos en jarras. Reparo en que está masticando un cordón de zapato. Ella se da cuenta de que lo he visto y dice que lo hace cuando intenta dejar de fumar. Después, me sonrío ligeramente, pero con el cordón en la boca resulta muy raro.

—Bueno, ¿tú qué opinas? ¿Cómo se toma la gente las noticias de aquí arriba?

No sé qué hacer. No me invita a pasar ni me muestra los típicos gestos de bienvenida. Intento sacar algún tema de conversación.

—Te pareces a... —dice.

—¿A quién?

—No importa.

—¿A quién? ¿En serio?

—Pues a mí.

—Para nada —respondo enseguida, sin pensar, como un acto reflejo.

Ella baja la vista y se mira los pies. Acto seguido, se da la vuelta y su recogido tiembla un poco, mientras se aleja, lo que me permite advertir que tiene un culo perfecto con forma de corazón. Enfundada en esos ajustados pantalones piratas negros, se mueve con un contoneo que no puedo más que envidiar y desear, por un instante, haber heredado. Yo soy alta y de complexión fuerte, delgada y no tengo culo. Como no la sigo (me he quedado observando su trasero, como seguramente le pasará a mucha gente), mira por encima del hombro y señala la casa con la cabeza. Camino tras ella, subo la rampa para sillas de ruedas, cruzo el pequeño porche y entro por la puerta principal. El ambiente de la casa es casi soportable, creo que debe de haber un aparato de aire acondicionado en alguna parte. La sala de estar cuenta con una gruesa moqueta y desprende un olor a cosas silvestres: corteza tal vez, o alpiste para pájaros, o bayas hirviendo... y a humo de cigarrillo.

—¿Quieres fumar? —pregunta—. Tengo una lata de café llena de arena allí fuera para las colillas. Pero aquí dentro no fumo.

Bueno, pues alguien sí que fuma, pienso.

Dejo mi mochila (que contiene tu cuaderno) y mi ordenador portátil al lado de la puerta; no pensaba dejarlos en el coche. Mary Casi Senior se dirige con paso cansado a la cocina. La sigo y decido sentarme a la mesa de formica moteada. Observo mientras mi MB (no sé cómo llamar a mi madre biológica; no me sale llamarla así) prepara en silencio un té muy cargado. Me sirve una taza de té azucarado y se sienta frente a mí.

—Has salido bonita —suelta sin más, y acto seguido vocifera a la otra habitación—: ¡Ha salido bonita!

—¿Quién está allí?

—Tu abuela. Es vieja, me tuvo con cincuenta y tres años, te lo juro, así que no se te olvide. ¡Usa condones hasta los sesenta años, ja!

—Ciento veintiocho —dice una aguda vocecilla detrás de la esquina.

Una anciana diminuta, morena y encorvada, mueve su silla de ruedas poco a poco; la silla de ruedas avanza por la moqueta y dobla la esquina.

—Aquí está —anuncia mi madre biológica—. Mary Potts Gran Senior.

La anciana deja escapar una risotada susurrante.

—Porrrrrrr favorrrrrr —ronronea la anciana, o zumba, mientras se acerca despacio.

Me levanto y la empujo hasta la mesa.

—De verdad que podría tener más de cien años —afirma mi madre biológica—. No es ninguna guasa.

Y me cuenta historias acerca de otros parientes de vidas interminables.

—Mary Bodacia —dice la abuela, a la vez que asiente con la cabeza sabiamente—. Ciento once años.

—Bodacia. Qué graciosa. Me estáis volviendo loca entre todos —protesta mi madre biológica, a nadie en particular—. Y ella —me señala—, ella me llama Mary Potts Casi Senior. Le parece divertido.

—Bueno, es casi divertido —repongo—. Es que no sé cómo llamarte. No eres ningún cielo para mí.

—Je, je, je, je.

La anciana abuela se ríe agitando la mano hacia una taza de té que Mary Casi Senior desliza sobre la mesa con cuidado. No soporto todo esto y decido acabar con ello cuanto antes. Me inclino hacia delante y me dirijo a mi madre biológica.

—Dos cosas. Primero, ¿por qué me abandonaste? Segundo, quiero saberlo todo acerca de las enfermedades congénitas de la familia.

Ambas mujeres enmudecen ahora y sorben el té en la sofocante habitación con los ojos fijos en la mesa. Mi madre biológica estudia las motas de la fórmica como si estuviera adivinando el futuro en el diseño de los puntos. Al fin, exhala uno de sus suspiros (empiezo a conocer sus suspiros) y se pone a toser. Calienta la voz para hablar. Tras varios comienzos fallidos, con la misma torpeza verbal que mostró cuando intentó darme indicaciones para llegar a la casa, habla:

—No lo hice porque yo fuera muy jovencita —dice—. Aunque era joven. —Otro gran suspiro. Vuelta a empezar—: Lo hice porque fui tonta. No pasa ni un solo día desde entonces en que no piense en lo estúpida que fui.

Me mira fijamente y sonrío, desconcertada.

—Tonta de remate —repite y asiente con la cabeza. Enrosca y desenrosca el dedo del asa de la taza—. Tomaba drogas. Aunque no durante el embarazo. Después. Me follaba a todo capullo que se me pusiera por delante. Una tonta de remate —susurra—. Hasta que conocí a Eddy. Pero no pasa ni un solo día sin que piense en ti.

Olvídate de las cuestiones prácticas. Conseguiré esos datos más tarde. Ahora mismo se desencadena una lucha interna en mí. Estoy pensando. ¿Ni un solo día? ¡Ni una sola hora, no te jode! Me entran ganas de llorar. Yo te necesitaba. Te necesitaba.

—Pues has pensado en mí más que yo en ti —digo, encogiéndome de hombros.

Nadie habla después de esto. Sus lágrimas se secan y permanecemos sentadas en silencio.

—Tienes una buena familia, desde luego, forradita de dinero —dice, mientras se sacude y se endereza—. Me mandaron fotos el primer año. Después, les escribí y les dije que ya no más, que no podía soportarlo.

—¿Que no podías soportarlo? —Siento cómo mis ojos se entrecierran mientras crece esa cosa dentro de mí, esa cosa que conozco bien y por la que rezo el rosario para evitarlo: la ira. Sube, efervescente, como una gaseosa que se agita—. ¡¿Que no podías soportarlo?!

Se oye fuera el ruido de un motor que se detiene con un rugido, seguido de unos pasos rápidos y sordos. A mis espaldas suena un fuerte portazo y me giro para ser testigo de la teatral entrada de la Princesa de los Malditos, la Pequeña Mary. Entra muy erguida sobre los tacones de ocho centímetros de unas botas negras, luciendo unas medias de rejilla rotas, demasiados *piercings* como para contarlos, una larga melena con mechones de color violeta en las puntas. Estas caen de forma cómica por la humedad y no sobresalen en pincho salvo por un diminuto flequillo. Sus ojos aparecen rodeados con nitidez con pintura roja y negra: ¿un rotulador Magic? ¿Un rotulador Sharpie? Las pupilas son negras y brillantes. Se tambalea en el umbral, visiblemente colocada.

—Buuuueeno —dice.

—Esta es tu hermana —anuncia mi madre biológica—. De la que te hablé anoche.

—Ah, nadie.

Pequeña Mary nos mira con aire ausente y esboza una sonrisa malévola. Sus dientes parecen afilados, ¿es posible? Sus incisivos son un poco más largos que los caninos, y se ven muy blancos en contraste con el pintalabios negro, como elegantes colmillos. Es guapa, como su madre, más guapa que yo, pienso, haciendo automáticamente lo que suelen hacer las chicas. ¿Quién es la más guapa? Supongo que las hermanas se están comparando todo el tiempo y en este preciso instante me alegro de no haber tenido una hermana en mi vida hasta ahora. Doy gracias de no haber tenido a esta madre y a esta familia, salvo quizá por la abuela. Pienso en Glen y Sera y en todo lo que compartimos, y ahora se me llenan los ojos de lágrimas. Me vuelvo hacia mi madre biológica y extendo los brazos. Sujeto sus dedos y, con cariño, cojo su mano en la mía.

—No pasa nada, Cielo. De verdad, no pasa nada —digo con la mayor sinceridad que soy capaz de mostrar—. Solo con mirar a Pequeña Mary me doy cuenta de lo buena madre que habrías sido. Mi hermana Mary tiene dieciséis años y resulta, después de que Mary se marcha y nos ponemos a hablar de verdad, que Cielo cree que, aunque a Pequeña Mary no le va muy bien en el colegio, no toma drogas, no bebe alcohol ni tampoco fuma. Cielo, de hecho, sacude la cabeza, maravillada.

—Sé que pretendías que tu comentario fuese sarcástico, ya sabes, irónico, qué sé yo. Buena madre. Ya sé que no soy la mejor madre del mundo. Lo sé. Pero la Pequeña Mary se porta realmente muy bien. Es la única chica de toda su clase que no folla ni se droga. Aunque dice que está a punto de perder el control.

—¿Perder el control? Y ¿quién puede culparla? —Me trago las ganas irresistibles que me entran de tirarme al suelo y partirme de risa. Y de nuevo doy gracias a todos los santos habidos y por haber por la vida que he tenido—. Es difícil ser la única sobria en una fiesta. Es difícil ser la única con dos dedos de frente.

Sorbemos el té en silencio durante un buen rato, mientras sopesamos las dificultades de la vida social de Pequeña Mary. Por supuesto, siempre que pienso en una única inteligencia, me imagino quién será la última de nuestra especie... aquella persona que deberá enfrentarse a todo lo conocido y lo desconocido. Quién sabe si a lo mejor esa última persona no serás tú. O yo. Creo que yo podría ser inusualmente longeva, igual que la abuela. O incluso me asalta un pensamiento más siniestro: la última de la especie podría ser Pequeña Mary.

—¿Puede hablar con Eddy? —pregunto—. ¿El es del tipo comprensivo?

Cielo niega con la cabeza, un par de sacudidas rápidas; es un gesto que comienza a gustarme ya que agita su despeinado recogido de forma armoniosa.

—Esos dos tuvieron una bronca de cuidado el otro día que nos dejó a todos traumatizados. Eddy pilló a Pequeña Mary llevándose de la tienda de la gasolinera al coche todos los Sudafed^[4] que había. Ella se dejó pillar, por supuesto. Fue como un grito de auxilio. Oye, aunque ella no fabrica esa mierda, se la vendía a nuestras espaldas a algún chaval que trapichea con anfetetas.

—Claro —respondo—. Así que Eddy, ¿qué me dices de él?

—Eddy —repite Cielo, y se le suaviza el gesto mientras el de la abuela se endurece—. Mi Eddy. —De nuevo se estremece de ese modo desenfadado—. ¡Miau! —Dobla los dedos como garras y la abuela y ella se ríen.

—¿Cuál es la historia de su vida? —pregunto, para hacer avanzar las cosas. Prefiero no imaginarme lo que significa ese pequeño maullido.

—Oh, es un tipo listo, sí señor, tiene cabeza. Se licenció en Darmouth y luego hizo el doctorado en Educación en Harvard. Cuando volvió, intentó reformar el sistema educativo de la reserva, pero en fin... —Ahora la expresión de Cielo se vuelve triste y todo su ser parece apesadumbrado—. Intentarlo le causó una depresión. En cuanto volvió al mundo real, decidí abrir un negocio y mantener de esa manera a su familia, es decir, a nosotras. Se presentó al consejo tribal y está escribiendo un libro. Lleva escritas ya más de tres mil páginas.

Cielo frunce los labios y señala una puerta en la pared, un armario.

—Están ahí dentro. Los borradores de su manuscrito, que trata sobre mí. Me sigue a todas partes y observa todo lo que hago.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no está aquí, siendo testigo de este encuentro histórico entre tú y yo?

—Bueno, tiene que ocuparse de la tienda —explica Cielo—. Además, se supone que yo, en fin, tengo algo previsto en la agenda hoy. Doy una charla en el consejo tribal. Después de esa reunión, vamos a poner césped. —Y añade con timidez—: ¿Quieres venir?

Me siento mejor ahora, comienzo a acostumbrarme a estar aquí y, aunque me he quitado de encima el momento más incómodo de la visita, todavía me queda la parte en que tengo que sonsacarle a la familia la información genética. Pero, en cuanto consiga esa información, me marcho. Me largo de Dodge^[5], por así decirlo, en versión de la reserva al menos.

—¿De qué va la reunión? ¿Y el césped?

—Para el altar. No el del jardín. Un altar para Kateri, ¿sabes?

—Sí, sé quién es. ¿De veras?

Cielo me cuenta lo del altar en el borde del camino que ella y veinte parroquianos más han decidido erigir en un lugar de la reserva donde la gente jura haber visto una aparición tres veces en los últimos cuatro años. Dice que la gente cree que podría ser Kateri Tekakwitha, el Lirio de los mohawks, la santa de los nativos. Otra congruencia más. El rollo católico. Cuando terminamos el té, acostamos a la abuela entre las dos en una pequeña cama que hay en un rincón, cubierta con una pila de edredones. Después, montamos en mi Honda y nos dirigimos a las oficinas tribales.

Durante el trayecto, ninguna dice una palabra. Aparcamos y entramos por unas puertas enormes que se abren bajo las alas desplegadas de un águila de fibra de vidrio. Todo esto es nuevo para mí. Me llama la atención. Dentro, el aire está fresco. Respiro hondo. No puedo esperar a contarles a Glen y Sera todo en detalle: ¡un águila de fibra de vidrio! Nos santiguamos y Mary conversa con la recepcionista, una prima suya. Al fin entramos en la reunión y tomamos asiento cerca del final de la mesa. Somos las únicas allí que no tenemos enormes vasos térmicos de plástico humeantes de café. Lo nuestro es lo primero en el orden del día. Ahora hablan de trivialidades, a la espera de que dé comienzo la reunión. Mary abre una carpeta que ha traído consigo.

Una mujer reza una breve oración o da algún tipo de instrucción, en ojibwe, y entonces Henry Bangs Keewatin, un hombre corpulento y fofo, pálido, fumador, el clásico candidato a sufrir un infarto, lee el acta de la última sesión y nos presenta.

—La señora Potts expondrá el asunto del santuario —informa a los demás.

Después, Cielo lee una breve biografía de Kateri.

—Nació en 1656 en Ossernenon, Nueva York. Hija de una mujer algonquina llamada Kahenta. La madre de Kateri se casó con un pagano, del clan de la Tortuga, y murió durante una epidemia de viruela que también le dejó el rostro desfigurado y la vista dañada. Se convirtió al catolicismo y fue bautizada en 1676, y desde entonces llevó una vida de extraordinaria virtud, incluso, según se cuenta, en medio de escenas de matanzas, depravación e histeria idólatra.

—Histeria idólatra. ¿Eso es algo como la religión tradicional? —pregunta Bangs.

—Sí, lo es —responde Cielo—. Yo soy una católica pagana. ¿Podemos continuar?

Bangs asiente.

—Hizo voto de castidad y murió joven —prosigue Cielo.

—Por eso yo nunca he hecho ninguno —interrumpe Bangs.

Cielo arquea las cejas, suspira y continúa:

—Se produjeron varios milagros. Fue beatificada en 1980 por el papa Juan Pablo II y posteriormente canonizada. Además de ser la santa patrona de todos los nativos, lo es también de los ecologistas, exiliados, huérfanos y... de la gente ridiculizada por su piedad.

»Voy a repartir unos informes sobre el impacto financiero de un lugar en el que se han registrado varias apariciones de la Virgen María. Este sitio se encuentra en Long Island, Nueva York. Pueden comprobar la notable repercusión que tiene la visita de los peregrinos en la economía local.

Cielo saca unas hojas de la carpeta y se las distribuye a todos los asistentes, que examinan los números, al principio con ojo crítico y luego con una amplia sonrisa.

—Y en ese caso no era más que una aparición dudosa, amigos míos. Protagonizada por niños. La Virgen María señaló con la mano hacia algún rosal y ahora se venden los pétalos de rosa de todos los rosales que plantaron junto al altar. Aquí tenemos uno.

Hace circular una pequeña tarjeta con un pétalo de rosa laminado.

—Buen negocio —comenta uno de los asistentes, anotando las cifras que Cielo ha recopilado.

Bangs Keewatin sonrío.

—Me parece que en vista de la situación mundial a la que estamos asistiendo, podría haber un interés creciente por apariciones de naturaleza espiritual, y será mejor que estemos preparados para ello. Podríamos sacar provecho de la aparición de esta santa en nuestra zona.

—Sí. Ella nos eligió a nosotros —observa Cielo—. Aquí tenemos más cifras sobre la cantidad de dinero que el peregrino medio se deja en restauración y moteles cercanos a ese lugar de Nueva York. Ah, y ahí tienen una descripción de las dos primeras visitas.

Reparte hojas con los testimonios.

—¿Saben una cosa? Todo este asunto podría suponer algo de mucho mayor calado —dice Bangs—, si ese fantasma o lo que sea no se hubiera aparecido solo a unos pobres desgraciados de tres al cuarto.

—Eso siempre suele ser la salvedad que esgrimen la mayoría de las iglesias respecto a las apariciones —apunta Cielo.

¿«Salvedad»? repito para mí. Tal vez haya sido asesorada por Eddy. ¿O puede ser que yo haya subestimado a Cielo?

—Las siete personas que fueron testigos de las visitaciones de Kateri no son ningunos desgraciados de tres al cuarto —objeta con determinación—. Acababan de perder una gran suma de dinero en las máquinas tragaperras o en las mesas de *blackjack* y se encontraban en un estado de fuerte conmoción financiera cuando la hermosa virgen india se les apareció vestida con pieles de ciervo y una cruz en la mano. Llevaba una corona de flores en la cabeza, luciendo el lirio de la pureza. Habló. A decir verdad, no eran palabras de consuelo. Se mostró directa y acusadora, e incluso recriminó expresamente a Águila Venturoso por haberse gastado el dinero destinado a comida y hacer que sus hijos tuviesen que alimentarse a base de alimentos básicos proporcionados por el Gobierno.

—¿Tienen alimentos subvencionados en el paraíso? —pregunta un miembro del consejo, un tipo llamado Skeeters—. ¿Cómo podía saber ella lo de los alimentos del Gobierno?

—Los santos lo saben todo —explica Cielo, con severidad—. Al parecer, nuestra santa ha tomado algún tipo de decisión aquí —prosigue—, y ¿quiénes somos nosotros para cuestionarla? Ella decidió aparecerse tan solo a personas indoctas. Sí, es algo inescrutable, pero es lo único que tenemos para ponernos a trabajar.

—«Indoctas», toma ya —le susurro a Cielo cuando se sienta.

—No sabía que solo se aparecía a vírgenes —interrumpe Bangs, sonriendo al resto de los asistentes en la mesa.

—Indoctas, no intactas —corrige Cielo.

Esboza una sonrisa beatífica al consejo y prosigue:

—Irresponsables. Ojalá les hubiera impactado lo suficiente como para dejar el juego. Me temo que nadie se ha redimido aún. Siguen acudiendo al bingo con sus biblias bajo el brazo. En fin, nos gustaría poner césped en esa zona que nos dejan tener despejada en el aparcamiento del casino. Hay un cargamento de césped en camino. Aquí está la factura.

El tesorero toma la factura y dice que someterá su pago a votación, y se aprueba. Asunto resuelto. Salimos y cruzamos la autopista hasta el santuario, que se encuentra detrás del aparcamiento recién pavimentado del casino. El óvalo sagrado de tierra se extiende entre los aparcamientos norte y el sur, y el comité ha decidido comenzar a cubrirlo con césped, que debía de haber sido

entregado hace una hora. El lugar exacto donde la santa de Cielo se ha aparecido de manera reiterada está señalizado con un gran pedrusco, para lo que se está preparando una placa. Detrás del pedrusco, el comité tiene previsto erigir una estatua, aunque Cielo teme que una estatua pueda disuadir a Kateri de reaparecer.

Cuando llegamos allí, vemos aparcado un camión azul con laterales de tablas de madera y a seis o siete personas descargando rollos de césped de la parte de atrás. Alguien ha arrastrado una larga manguera desde la parte trasera del casino para regar la tierra del óvalo. Cielo y yo bajamos del coche y echamos una mano. Entre las dos cargamos un rollo de césped hasta el emplazamiento y lo colocamos con cuidado junto a los demás rollos. Solo tardamos media hora en terminar toda la operación. Después, los demás se marchan, el camión también, y mi nueva madre y yo nos quedamos solas regando la hierba con la manguera.

Así es como acaba el mundo, pienso; todo se vuelve una locura y sin embargo la gente sigue haciendo su vida normal.

Cielo enciende un cigarrillo y se sienta en la piedra sagrada mientras yo introduzco el dedo pulgar en el chorro de agua para rociar el nuevo césped verde de un lado a otro formando un abanico regular.

Cielo suspira (vuelve a hacerlo), sacude la cabeza de ese modo tan sexi, y prolonga la mirada hacia el aparcamiento.

—Como un reloj —dice señalando con el cigarrillo—. Ese es Eddy, mira. Como de costumbre, anda buscando material para su libro, y ese material soy yo.

Se levanta y, con un movimiento elocuente, tira la colilla en la alcantarilla en la esquina del aparcamiento. Saca el cordón de zapato del bolsillo y empieza a enredarlo entre los dedos. Eddy aparca, se baja del coche y Cielo se atusa un poco. Me doy cuenta de que mantiene la fantasía de estar con un marido abnegado y servil, lo que no me parece que se corresponda con la realidad, aunque funciona de alguna manera, ya que permite a Cielo interpretar todo lo que él hace como un acto de clara obediencia. Por ejemplo, tiene un granizado en el portavasos de la camioneta y ella desliza la mano por la ventanilla abierta para llevárselo con un suspiro que quiere decir «Ay, qué bien me cuida mi hombre».

—Así que ella es Cedar —dice Eddy, bajándose de la camioneta.

Camina hasta mí y me estrecha la mano como una persona de mundo. Mantiene una actitud perfecta, sin pasarse de familiaridad, aunque él también tiene lágrimas en los ojos. Intenta no mirarme. Me doy cuenta de que se está

empleando a fondo para mantener la distancia adecuada, el equilibrio justo. Y, al igual que yo, va directo al grano y habla demasiado rápido.

—Iba a preguntar qué tal, cómo iba la cosa, algo por el estilo, pero ya podemos responder a eso, ¿no? *Gaawiin gegoo*, nada. Bueno, eso no es del todo cierto, ¿verdad?, ya que el mundo tal y como lo conocemos está llegando a su fin y nadie sabe qué diablos está pasando o cómo será nuestra especie dentro de cuatro meses.

—Aunque, por otro lado, es posible que ella solo quiera un granizado —dice Cielo mientras me tiende el vaso de bebida helada de cereza—. ¿Qué más le podemos pedir a la vida?

—No podría estar más de acuerdo.

Eddy me dirige una sorprendente sonrisa. Digo sorprendente porque Cielo me dijo que él nunca sonríe.

—Oye, está sonriendo —le digo a Cielo—. Creía que no sonreía nunca.

—No suelo hacerlo, por norma —responde Eddy, dirigiéndome una nueva sonrisa.

Parece un hombre encantador, de veras, un poco tímido, incluso tiene un aire dulce.

—Estoy afligido —añade medio en broma—. Sufro de melancolía crónica, del tipo diagnosticado por Hipócrates como exceso de bilis negra.

Después, me explica que prefiere creer que comparte esa dolencia con escritores como Samuel Taylor Coleridge y grandes hombres de Estado como Winston Churchill. No tiene el tipo de depresión moderna, puntualiza, el que se puede tratar con inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina. La suya es el perro negro original.

—Todo se va a pique, por las trompas de Falopio, me refiero, sin olvidar las glándulas seminales —añade mientras echa la cabeza hacia atrás con desenvoltura y deja que el sol le acaricie el rostro—. Ah, qué gusto.

—Por mí el mundo entero se puede ir al garete —dice Cielo—, siempre y cuando Eddy esté de buen humor.

—Estoy de un humor excelente.

Eddy le da un beso tierno a Cielo en la boca. Ella lo mira, desconcertada.

—¡Eso ha sido algo inesperado! —exclama.

Eddy mide un metro noventa más o menos y es de complexión delgada. Tiene un rostro afilado, como de zorro, circunspecto y compungido, así que esa sonrisa resulta melancólica y muy dubitativa. Pero de pronto sonríe en demasía, como un niño sobreexcitado, y me doy cuenta de que le pasa algo.

Sus emociones se disparan demasiado rápido para tener una buena salud mental.

—Es que siempre lo he sabido. —Su espesa y negra mata de pelo está peinada de punta, como el corte exuberante de un niño—. Durante toda mi vida he percibido un deterioro invisible, Cedar; siempre he sabido que esto estaba sucediendo. Es algo que ha perfilado mis procesos mentales y es la razón de todo lo que he escrito. Lo he estado esperando, sabiendo que aquello o algo parecido terminaría por llegar. Solo experimento un enorme sentimiento de calma. Quizá alivio.

Cielo no describió a Eddy como maniaco (no formaba parte de su autodiagnóstico), aunque he leído que muchas personas con depresión buscan episodios maniacos cuando el peso de la melancolía se hace excesivo y hunde sus pensamientos en el fango. Tal vez Eddy esté viendo cumplido su deseo. Su comportamiento ahora mismo podría ser calificado de euforia temporal, una reacción totalmente comprensible ante la extrañeza del desastre, por lo que le trato con la mayor delicadeza y le ofrezco una invitación. Voy a invitarlos a almorzar y, después, regresaré a Minneapolis, dándole gracias a Dios durante todo el trayecto de vuelta.

—Dejad que os invite a comer, ¿de acuerdo? Venga.

—¿Todavía se come? Por supuesto que sí —responde Eddy—. Seguramente aún estaremos a tiempo de sentarnos para pedir nuestras ensaladas Cobb de siempre con sopa de arroz salvaje. Lo más probable es que nos sigan enviando lechugas. Sigue habiendo mazorcas de maíz. Las vacas no han dejado de dar leche. Pero, por otra parte, creo, no tardarán mucho en dar menos leche ya que se las cría para producir leche.

Tiene razón, pienso mientras caminamos hasta el casino. Hago una nota mental para abastecerme con buenas reservas de leche en polvo en cuanto vuelva a Minneapolis. Anoto en esa lista mental alimentos proteicos no perecederos y mantequilla de cacahuete. Pasta de trigo duro. Arroz, judías blancas y lentejas. Y sal. Compraré mucha sal. Hará falta sal pase lo que pase. Y la gente se queda sin alcohol enseguida, ¿verdad? Merece la pena tener reservas, para poder comerciar con él. De camino al restaurante, me imagino bien arrebujaada en mi casa con una despensa llena de sal Morton y unas cuantas botellas de vodka, que podré intercambiar por pañales.

—Ya que sabes tanto, Eddy, ¿qué va a pasar? —pregunto.

—Los indios llevan adaptándose desde antes de 1492, así que supongo que nos seguiremos adaptando.

—Pero el mundo se va al garete.

—Siempre se está yendo al garete.

—Esta vez es diferente.

—Siempre es diferente. Nos adaptaremos.

Nos abrimos camino por una tristeza tintineante, al pasar por delante de las máquinas tragaperras de 25 centavos de islas del Tesoro y vaqueros de rodeo hasta la entrada de una parrilla con discreta temática india. Papel pintado con diseños geométricos, paneles de madera de pino con gruesa capa de barniz y apliques de luz metálicos con recortes de plumas de águila. Los bancos corridos, de robusto vinilo, resultan mullidos y acogedores. Pedimos la comida (todo está en la carta) y tardan en atendernos el tiempo habitual. Advertí que Eddy tenía un maletín cuando bajó de la camioneta y enseguida pienso en la descripción que me hizo Cielo del manuscrito. Efectivamente, cuando Cielo termina de comer y se marcha a las oficinas tribales donde trabaja como una especie de coordinadora, un empleo que no me queda del todo claro, Eddy coloca el maletín encima de la mesa entre los dos y saca unas páginas de lo que resulta ser su libro.

—Lo estoy corrigiendo —explica—. No es que vaya a importar a fin de cuentas. Corto es el tiempo que vive cada hombre y pequeño es el rincón de tierra donde vive, y corta también será la fama póstuma más larga, e incluso esto solo continuó por una sucesión de míseros seres humanos. Marco Aurelio. A él se le atribuye hasta el momento.

Eddy comenta que, aunque le gusta citar a los emperadores y oradores romanos, también le gustan las novelas rusas. Dostoievski es su autor favorito. Eddy lleva a todas partes *El idiota* en una vieja edición encuadernada en tela. Sobre ese libro estaba encorvado cuando lo vi detrás del gran ventanal. Cuenta que la gente que compra gasolina en Superpumper a veces echa un vistazo al título y le pregunta si se trata de su autobiografía. Pero Eddy piensa sinceramente que Dostoievski ha utilizado los únicos dos títulos que podrían encajar en su propia obra: *El idiota* y *Memorias del subsuelo*. Siempre anda buscando un título tan bueno como esos. Tiene una lista. Eddy me explica que su libro es básicamente un alegato contra el suicidio. Cada página contiene una razón para no quitarse la vida.

—Algunos títulos potenciales son muy literales —dice—. *Por qué no matarse*. Hay otro más coloquial: *No te vayas al otro barrio*. La afirmación *¡Aún vivo!* Uno académico y algo confuso: *Contra Selbstmord*. ¡Mira!

Eddy empuja sobre la mesa la hoja que está editando. Esa página número 3027 se titula «Hasta la comida de gasolinera puede salvarte».

1

Hoy no me maté por la dulce espuma que cubría una taza barata de capuchino de cartón. ¿Qué puedo decirte aparte de que estaba delicioso? Mojé el dedo en la superficie de la densa bebida que tenía un leve aroma a líquido limpiaparabrisas. Mientras acercaba los labios al café humeante, inhalé esencias de vainilla antes de darle un tímido sorbo. Un sabor intenso y dulce me inundó la boca. Lo saboreé a conciencia. Malto-dextrina con un toque de pegamento de avión y un regusto a plástico quemado. Mis sentidos estaban despiertos. ¡Espantoso y fantástico!

2

Tenía para almorzar una bandeja de cartón de nachos con una presentación algo defectuosa, ya que presioné con demasiada fuerza la fuente de queso fundido y salpiqué las esquinas de la bandera y el mostrador. Pero el fallo se vio compensado por el implacable y suntuoso maridaje entre la sal, el sodio, el maíz, la grasa hidrogenada, la goma vegetal y el colorante rojo número 5, que me dejaron un regusto en el fondo de la garganta durante horas.

3

Me comí un bocadillo caducado de jamón y queso. Después, dos naranjas de la caja de la fruta. Así, saboreando todo lo que me ofrecía la vida, superé otra mañana más que no prometía gran cosa y una tarde totalmente traicionera en la que, entre registrar las ventas en la caja y desbloquear surtidores de gasolina, traté de gestionar mi pavor. La síncope de mi corazón. Una retirada deliberada de todo mi proceso mental mientras contemplaba la reunión del consejo tribal de la una que tenía previsto atender.

Tacha eso. «Soportar». «Que tenía previsto soportar».

—Yo no cambiaría ni una coma —le digo.

Y es verdad. Aunque lo quisiera, no creo que haya solicitado mis servicios como editora. Estoy bastante segura de que lo que Eddy desea en el fondo es una confirmación. Con gusto se la doy, aunque podrías pensar, dado el tema del libro, que quizá tendría que haberle sugerido a Eddy que fuera al psicólogo. Me lo planteo, pero luego decido no hacerlo, porque incluso ahora creo que el libro de Eddy le sirve de terapia. Al igual que este libro, o cuaderno, el tuyo. Además, Eddy me hace prometer que no lo haga.

Pero hay algo más. Algo que sucede durante esa comida, en ese primer encuentro con Eddy. Lo que quiero decir es que algo nos hace conectar. Eddy habla, pero también escucha. Es la primera persona de esta familia recién encontrada y también, ahora que lo pienso, la primera persona, incluida mi familia adoptiva, que de verdad se sienta y me escucha.

«Sí», dice asintiendo con la cabeza, o «Ajá», o «Más, cuéntame más sobre eso». O incluso: «¿Tú qué opinas?».

De modo que Eddy es la primera persona a la que le hablo de tu existencia. Ese mismo Eddy cuya mandíbula cae, cuyo entrecejo se frunce, cuyos ojos se llenan de sincera preocupación. Ese mismo Eddy que me deja llorar en el banco corrido frente a él mientras le hablo de mis miedos: de ir al médico, de hacerme una ecografía. No puedo evitar imaginarme el silencio anonadado y las palabras perplejas de un médico. El gesto de Eddy es serio y concentrado mientras le cuento que tengo miedo de que nos estemos dirigiendo hacia un futuro sin luz, desprovisto del mundo de la escritura. Le digo que, a pesar de todo, estoy escribiendo esta larga y compleja misiva, que espero puedas leer algún día.

—Claro que está el gran «si» —digo.

En realidad se me acaba de ocurrir.

—¿Cómo?

—Si mi bebé es educable.

—Tienes que tener un poco de fe —responde Eddy—. Ahora mismo todo está en proceso de cambio. Tienes que darte cuenta de lo poco que sabemos de nuestros antepasados.

—Los homínidos de Jebel Irhoud se parecían a nosotros, pero sus cerebros eran diferentes. Es demasiado para procesar.

—Entonces no lo hagas —contesta Eddy.

—¿Qué? —Se me escapa una risa—. ¿Me estás diciendo en serio que no procese? Acabo de conocerte, pero me doy cuenta de que tú eres el procesador padre, Eddy; tú eres el que no para de pensar. Tú eres el que lo examina todo bajo lupa. Tú eres el que está vivo solo porque procesas tus razones para vivir cada uno de tus días.

Eddy sonríe y pide café. Le quita a la camarera la cuenta de la mano, pero yo se la arrebató a él. Tira del papel con suavidad hasta que la recupera y paga. Permanecemos sentados, absortos en nuestros pensamientos mientras la gente entra y sale a nuestro alrededor.

—Lo sé —admite Eddy al fin, mirándome con cierta prudencia.

Está siendo correcto, pero intenta mostrarme que me aprecia como un padrastro recién descubierto.

—Sé la razón para estar vivo hoy.

No deja de mirarme asintiendo con la cabeza. De nuevo me entran ganas de llorar, pero solo respondo a su gesto afirmando con la cabeza también. Pasa el tiempo mientras remueve el café y se lo toma a sorbos. Yo prefiero agua con hielo. Espero, pero Eddy parece estar ensimismado. Quizá esté redactando páginas mentalmente. De modo que termino por espolearlo.

—¿No vas a preguntarme por el padre de la criatura?

—Bueno, sí —responde—. Iba a hacerlo, pero entonces me dije, punto número uno, todo esto es demasiado nuevo. Punto número dos, ella tendrá un buen motivo para no decírmelo. Así que dejo que te zafes del tema.

A pesar de mi decepción, advierto que él enumera sus observaciones igual que lo hago yo. Creo que esperaba que Eddy me interrogase hasta que yo me rindiera y soltara prenda. Pienso en tu padre todo el tiempo. Quiero hablar de él. Sin embargo, a Eddy no parece interesarle lo más mínimo. Se me ocurre que quizá me esté equivocando al llevarlo tan en secreto. Tal vez sería mejor hablar de tu padre sin parar. Quizá entonces tu padre podría convertirse en un ser que yo pueda aceptar. Así que me pongo a hablar.

—De acuerdo —comienzo—. Me has apretado bien las tuercas. Confesaré. El padre de mi bebé es un ángel.

—¿Ah, sí? —Eddy sonrío. Debe de pensar que estoy muy enamorada e incluso feliz—. ¿Seguro que no es un arcángel sino solo un ángel?

—Sí.

Me presento de nuevo en la casa para despedirme. La puerta principal está abierta, así que me asomo. Pequeña Mary está sentada delante de la televisión y me ignora por completo. De ella mana un extraño olor, más que el aroma a plantas silvestres y raíces que percibí la primera vez que entré en la casa. Esta vez es un penetrante hedor a pies, además de algo que se está pudriendo lentamente. Detrás de ella, advierto que la puerta de su habitación está abierta. Por el marco puedo ver puro caos —un vertedero alucinante—. Es el tipo de espectáculo ante el cual uno no puede más que quedarse boquiabierto, como ocurre con un accidente de coche. Me quedo ahí de pie durante un momento, pasmada, y después veo que la silla de ruedas de la abuela se encuentra pegada a la mesa y ella se ha quedado dormida muy erguida. Paso por delante

de Pequeña Mary y me siento a la espera de que la abuela se despierte, a fin de despedirme al menos de mi pariente viva de más edad.

Mientras duerme, la observo. Nunca he visto a nadie tan mayor. Me gusta el nombre de Mary Virginia. La abuela Virginia. Tiene una piel muy suave, más suave que la de un bebé, y sus manos son unas pequeñas, delicadas y encogidas garras. Sus ojos están cubiertos por delgadas membranas de piel. Pienso que quizá pueda ver a través de los párpados, de lo transparentes que son. Sé, desde hace un rato, que es capaz de fijar la mirada durante un buen rato sin pestañear. Veo que no ha permitido que nadie le corte el pelo en mucho tiempo. Puede que más de cien años. Lo lleva recogido en una delgada trenza plateada que se enrosca hasta formar un moño. Sus orejas sobresalen un poco, ya que su cabello es muy fino. Un par de pendientes con forma de conchas blancas le cuelgan de los lóbulos, que son frágiles como dos pétalos. Lo más llamativo de todo, compruebo cuando bosteza, es que parece conservar todavía toda su dentadura. Aunque los años han ennegrecido sus dientes, aún se ven fuertes.

De pronto me mira, con esos ojos brillantes tan acerados como dos clavos. Sobresaltada, digo:

—Abuela, ¡qué dientes tan afilados tienes!

Mary Virginia se echa a reír, con una risa agradable y sibilante, y responde:

—¡Es para comerte mejor!

Tiene una risa de antaño, muy dulce, que se expande como por entrecortadas ráfagas. Nos reímos juntas. Me explica que tuvo un abuelo cien por cien francés que le enseñó la importancia de frotarse bien los dientes con una ramita de sauce pelada. Toma una galleta de la mesa y me muestra cómo es capaz de morder y masticar con el vigor de una jovencita. La fuerza de sus dientes, afirma, es la clave de su longevidad.

—¿Qué es eso?

Toco una larga tira de lo que está tejiendo en el regazo. Me enseña la banda que se está haciendo; la está tejiendo a mano con hebras de hilo, trenzando una faja con tal precisión que dará la impresión de haber sido fabricada en un telar. Tensa el trozo de tejido, lo mira con gravedad y quita un defecto invisible.

—Se hace así —me explica, y mis dedos siguen los suyos.

Tejemos en silencio, hasta que asiente satisfecha. De pronto sus ojos me atraviesan con una mirada penetrante, deja la labor y dobla las manos encima. Está claro que acaba de pensar algo. Me imagino su mente como una máquina

de *pinball*, de esas antiguas, no electrónicas. Un pensamiento rebota en un siglo de memoria personal, iluminando y haciendo tintinear asociaciones que solo se conectan entre sí por la velocidad y el movimiento arbitrario del pensamiento primigenio.

Me mira con tal fijeza, con una quietud reptil, que creo que le ha dado un ictus. Resulta extraño mirarla y pensar que quizá haya vivido el último auge de la cultura y del pensamiento humano. Se halla encaramada en la cúspide de la pirámide —la abuela Virginia, una diminuta y enjuta gárgola hojeando rápidamente una baraja de cartas—.

—Estoy embarazada —le anuncio en voz baja, para que mi hermana no me oiga—. ¿Hay enfermedades en la familia? ¿Alguna cosa que mi bebé podría heredar?

Su gesto no se altera. Se me ocurre que quizá mi identidad, el momento en que nos encontramos en el tiempo, el fangoso río de la realidad, todo eso está envuelto en sombras. Sin embargo, es posible que la palabra «embarazada» le haya entrado en la cabeza, porque esa palabra desencadena una historia, y luego otra, y otras más. Mientras las escucho, me doy cuenta de que sus historias están tan ensayadas que seguramente la abuela Virginia las cuente una y otra vez. Y ahí me tiene: ¡un nuevo público! No importa quién sea yo. Su memoria bascula. Solo importa la narración. Da la impresión de que haya vivido muchas versiones de su propia historia. En cuanto comienza a hablar, nada puede distraerla. Escucho «La historia del niño de las dos caras», «La tumba que escupía dientes», «El tambor parlante», «Cuando las ranas cantaban como pájaros», «La historia del perro que cagó un anillo de diamantes», «El espejo profano», «La monja que dio de comer a su propio hijo a una cerda», «La monja que se tragó un lazo amarillo que salió blanco por el otro lado», «Los veinte muertos que aparecieron en misa», «Una avalancha de peces», «La hermana muy confundida», «Cómo un gemelo mató al otro», «Una manzana sin peso», «Lluvia hirviente» y muchas más que ahora no recuerdo.

En cuanto termina sus cuentos, la abuela Virginia deja caer la cabeza y se sumerge en un sueño rígido e inmóvil. La llevo en su silla de ruedas hasta su habitación y la ayudo a ponerse de pie junto a su camastro; después, la acuesto lentamente sobre el colchón, le levanto las piernas y las coloco con cuidado. Sus pequeños mocasines tostados sobresalen en punta. La cubro con una vistosa colcha en distintos tonos de calicó amarillo que forman una nube dorada.

Cuando salgo de la habitación, mi hermanita sigue sentada delante de la televisión. Lleva puesto tanto delineador negro que sus ojos son un fuego sin llamas que brillan de forma endemoniada en la pantalla cambiante. Cuento los *piercings* que lleva (tiene seis o siete en cada oreja). Los pendientes parecen tuercas y clavos retorcidos. Se ha peinado con fijador el flequillo hacia arriba, formando una cresta negra como la de un pájaro carpintero. El resto de su larga y fina melena (a la que ha hecho repetidas permanentes, que ha descolorido y teñido con esas mechas violetas o que ha desteñido una y otra vez) le cae por la espalda como una cortina muerta y arrugada. Ha hecho algunos retoques a su atuendo y se ha añadido un lazo rosa en el pelo. Lleva puesto un picardías inapropiadamente sexi, calcetines tobilleros y merceditas blancas. El contraste de ternura produce un efecto todavía más espeluznante que cuando iba vestida de gótica absoluta. Es una especie de gatita de pesadilla.

—Hola.

Me siento a su lado. Ella ni se inmuta.

—Hola —digo de nuevo—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

—Me refiero en general: ¿qué haces en general y qué opinas sobre lo que está pasando?

—¿Y qué es lo que está pasando?

—Ya sabes, el mundo está cambiando; es posible que vayamos hacia atrás; lo que están descubriendo.

Me mira con un profundo desprecio. Sus labios se despegan para soltar un gruñido y el lazo rosa que lleva en el pelo cabecea como una siniestra mariposa. Asiente con la cabeza mientras habla, como dándose la razón.

—Tú lo que eres es una puta asquerosa. Me das asco, zorra impostora. Tú no eres mi hermana, eres una ETS. Eres una puta sífilis.

El odio que exhala es fácil. Predecible. Su atuendo me sigue desconcertando (una mezcla de vampiresa y muñequita bonita). Pero aparte la mirada e intento contener mi propio odio.

—Sufres un autorrechazo desplazado —le digo—. Tus sentimientos no tienen nada que ver conmigo. Yo nunca te he hecho daño.

—Y he oído cómo le contabas a la abuela que estás preñada, pero es que se te nota a la legua —suelta con una mueca de desdén—. Eres un pedazo de puta.

—¿De veras? ¿Por qué crees que el hecho de estar embarazada me convierte en una puta?

Tengo el corazón acelerado pero mantengo la voz tranquila. He comprobado que la mejor manera de repeler la hostilidad es haciendo preguntas. No obstante, Pequeña Mary es igual que un político, experta en el arte de no contestar a las preguntas que se le hacen y en no salirse un ápice de su guión. Sigue a la ofensiva. Lleva en la pierna una liga de encaje blanco.

—Te dieron en adopción, te criaste con los ricachones y ahora te crees más lista que nadie, pero ni siquiera eres una buena católica. ¡Tuviste relaciones prematrimoniales! ¡Ja!

Abre sus pintarrajeados ojos como platos y frunce los labios como una muñeca de madera. Me dan ganas de abofetearla. Se da cuenta de lo cerca que está, huele la sangre.

—Seguro que te follaste a un cura y ahora tu hijo va a ser un mono. Y no vendrá al mundo con una cucharilla de plata en la boca. No, llevará un pequeño alzacuellos blanco y negro, así...

Pequeña Mary se levanta de un salto y se pone a bailar por toda la habitación imitando los chillidos de un mono y llevándose los dedos al cuello. Tiene talento. Es como el lado oscuro, la versión diabólica de Eddy, su inteligente padre.

—Estás obsesionada —le digo y, para mi disgusto, me chirría la voz—. Tienes el cerebro atrofiado por la metanfetamina.

—¡Sí! —Levanta los puños—. ¡Sí! ¡Venga, vamos!

Pero después se desploma y, en un típico alarde de patológico desequilibrio emocional, rompe a llorar. Le caen de los ojos lagrimones.

—No se lo digas a papá. No se lo digas a mamá, ¿vale?

—Creo que ya lo saben. Viven contigo. Por el amor de Dios, huelen tu habitación. Yo puedo olerlo desde aquí.

—¿Me puedes ayudar a limpiarla, porfi?

Me la quedo mirando boquiabierto. Acaba de conocer a una hermana que no sabía que existía y ¿quiere que la ayude a limpiar la habitación? Es todo tan raro que podría llegar a encandilarme, de un modo extraño, si no existiese ese dormitorio. Ese desorden antinatural. Me levanto y la sigo cuando se dirige hacia la puerta abierta.

La habitación de Pequeña Mary apesta a calcetines sucios, sangre seca, queso podrido, sudor de chica y desodorante Secret —unos miasmas que se cuelan por la puerta—. La ropa sucia tirada en el suelo nos llega hasta las rodillas; la ha ido amontonando y pisando, formando una especie de piso de conglomerado. Entre las estratificadas capas de ropa, diviso bolsas de patatas fritas y palomitas, así como latas de refrescos que ni siquiera se ha terminado.

Una pequeña nube de crías de moscas revolotea en círculo sobre un Sunkist de naranja. Hay cosas amontonadas formando un ovillo, pegadas juntas con adhesivo con purpurina, lanzadas contra la pared y espachurradas en las ventanas. Unos confetis de lata cuelgan de la lámpara ventilador de fantasía. Hay sujetadores y tangas tirados por dondequiera que mire. Tangas rosas con purpurina, negros, de lame dorado, con lentejuelas, de encaje tipo telaraña, con cremallera y tangas con pequeños diablillos de adorno. Pequeña Mary se ha desnudado lanzándolos de una patada hasta las aspas del ventilador de techo. Las cortinas están enredadas en las torcidas barras y hay cristales rotos por toda un rincón del suelo cubierto de ropa.

—Es tarea de tu madre hacer que limpies todo esto —digo con voz neutra.

—Ya, puede —responde Pequeña Mary—. Leyó en alguna revista para padres que es mejor saber elegir las batallas con los adolescentes y que la habitación de un adolescente es su propio espacio privado. Pero yo... —le tiembla la barbilla y su boca maquillada cae—... no sé cómo hacerlo... Es demasiado.

—No puedo enfrentarme a tu habitación —le digo ahora.

Pero intento ser amable. Por lo visto, padece algún tipo de desequilibrio mental hereditario; seguramente le venga por el lado de Eddy. Y todo ha salido a relucir en esta leonera salvaje que parece la madriguera de un hurón perturbado. Peor aún. Me invaden pensamientos apocalípticos. La habitación de Pequeña Mary parece la puerta del infierno, como si tuviese una grieta que condujera bajo tierra. Mientras pienso todo esto, Pequeña Mary toma una profunda y llorosa inspiración, pasa por delante de mí y entra en ese noveno círculo. Doy un paso atrás cuando la puerta de la habitación se cierra despacio, me alejo con paso vacilante y me siento en el sofá. Me aparto del sitio caliente que acaba de dejar libre. Al cabo de un rato, de mirar el vacío, decido dejarle una nota a Cielo. Me levanto, cojo mi bolso, saco un bolígrafo y busco un trozo de papel donde escribirla. Mientras anoto las palabras «Ha sido un verdadero placer para mí conocerte al fin», llega Cielo con Eddy en la camioneta. Al oír el ruido del coche, miro por la ventana. Detrás de la camioneta, diviso un Volvo idéntico al de Glen y Sera que se acerca y se detiene. Primero bajan Eddy y Cielo de la camioneta. A continuación, me quedo absolutamente atónita. Porque son mis padres los que bajan del Volvo. Sera se acerca a Cielo como si ya la conociera. Todos se ponen a conversar. Deben de haberse preocupado por mí. Deben de haber conocido a Cielo y Eddy desde siempre. Aunque el cómo y el porqué no importan mucho en este momento. Solo cuenta el hecho de que Sera y Glen estén aquí.

Desde el ventanal de la casa, los veo en el camino de entrada, los cuatro juntos, hablando y sin parar de gesticular, una fantasmagoría de padres, algo que no llego a comprender pero que está pasando. Ahora caminan hacia la casa. Yo soy el centro de algún vórtice. La cabeza me da vueltas. Tengo la correa de la mochila en una mano y ahora con la otra levanto mi ordenador portátil y me pongo a caminar lentamente marcha atrás, guiándome de alguna manera por el salón gracias a una memoria soterrada, sin chocar con nada, en franca retirada. Alargo la mano detrás de mí y noto un picaporte. Lo giro y entro reculando en la habitación, el dormitorio de Pequeña Mary. Cierro la puerta, cuyo reverso está empapelado con corazones verdes pintados a mano con rotuladores Magic, un cartel de Siouxsie and the Banshees, una camiseta de Alien Sex Fiend, un tanga con pequeños clavos plateados de verdad, sujeto con una chincheta, varios posavasos de cerveza alemana, y a saber qué más. Y perifollos también. Cubos llenos de perifollos: montones de volantes y lazos de color rosa chillón. Me doy la vuelta. Pequeña Mary está sentada sobre la descomunal pila de ropa que seguramente sea su cama. Nos miramos. El delineador se le ha corrido por la mejilla dibujando dos surcos como las lágrimas de un payaso trágico. Parece una cantante de ópera y, cuando abre la boca, pienso que va a gritar o a soltar un sobreagudo do de pecho, cualquier cosa menos hablar con voz normal para dirigirse a mí como una persona normal por primera vez.

—¿Has cambiado de idea? ¡Guay! Sé que es mucho pedir —dice—, pero esto es como toda una declaración de intenciones. Qué maja. Gracias.

Bajo la mirada. A mis pies veo una caja de grandes bolsas de basura negras, puestas ahí sin lugar a dudas por Cielo a modo de sutil indirecta. Me agacho, dejo mi mochila y el ordenador donde espero encontrarlos después y saco la primera bolsa de plástico de la caja.

—Vamos a poner toda la ropa sucia de color en esta —digo mientras sujeto la bolsa—. Y la que necesita lejía, la ropa blanca, en esta.

Le entrego a Pequeña Mary una segunda bolsa de basura. Su lazo rosa cabecea de nuevo, muy mono y extrañamente recatado.

—Tu aspecto tiene un punto provocador. Me gusta —le digo.

—Gotlolita —responde, casi con timidez.

Coge la bolsa y me mira entre agradecida y temerosa. Todavía no tengo que agacharme. Puedo recoger una prenda negra y flácida, tras otra y otra, de montañas de ropa que me llegan por la cintura y de perchas colgadas de la pared. Rezo para que, conforme vaya excavando cada vez más hondo, no aparezcan condones usados ni vómito añejo ni enormes insectos en medio de

la montonera que, según compruebo, me tocará despegar del suelo, capa a capa.

Los oigo al otro lado de la puerta. Entran en casa, juntos, mientras conversan.

Descubro que mis plegarias sobre el contenido del suelo no han sido atendidas en absoluto. San Judas Tadeo, rezo, santo patrono de las causas imposibles. Por favor, envíame un par de guantes de goma limpios. A mis pies se extienden capas y capas de mariquitas asiáticas de doce puntitos de la infestación del último otoño, pero están muertas y reducidas a polvo. Hay tangas que semejan agregados pétreos, pegados entre sí formando ladrillos estampados. Los echo en la bolsa sin miramientos. Sin embargo, a pesar de todo, incluso mientras me sirvo de un calcetín sucio para recoger las cosas que me parece imposible estar viendo, y a tenor de lo que hay en el salón, prefiero mil veces estar donde estoy.

Sí, toda la situación es incómoda; más que eso. Al final me siento demasiado hambrienta y cansada para seguir limpiando. En cuanto salgo del dormitorio de Pequeña Mary, para no tener que mantener ninguna conversación, saludo a todos mis padres con una amplia sonrisa.

—Vaya, ¡veo que ya os habéis conocido!

—¡Sí! —responden todos a la vez con sonrisas de oreja a oreja.

Mi propuesta de hacer una visita al atardecer por la reserva es recibida con tal alivio que me doy cuenta de que la desesperación es mutua. De modo que allá vamos, dejando a Pequeña Mary absorta («¡Guau! Me había olvidado de que me había comprado este») ordenando sus tangas en la habitación a medio limpiar. A bordo de la camioneta de Eddy sin cinturones de seguridad, divisamos la vieja casa redonda, la escuela, el hipódromo, el lago, la oficina tribal con forma de tortuga con el águila de fibra de vidrio y la desconcertante clínica circular. Nos bajamos y echamos unas monedas en las máquinas tragaperras del casino. Ha anochecido ya cuando nos dirigimos a la gasolinera Superpumper.

Examinamos los surtidores, luego entramos en la tienda, recorremos el pasillo de golosinas y condimentos, la sección de ferretería y aperitivos, pasamos por delante de los expositores de comida rápida y la máquina presurizada de café. Después de contemplar el establecimiento por completo, observo boquiabierta cómo Cielo coge unas pinzas de plástico limpias y las utiliza para sacar una salchicha Wiener de las barras calientes que giran

encima de la parrilla. Con cuidado deposita la salchicha en un panecillo, añade un chorro de ketchup y otro de mostaza por todo el flanco, y cuando termina coloca el perrito caliente en un rectángulo de papel estriado. Cielo le presenta entonces el perrito caliente a mi madre adoptiva.

Me quedo petrificada. Observo la escena.

Sera a menudo ha hablado largo y tendido sobre los treinta y nueve carcinógenos letales que contienen los perritos calientes baratos como el que está sujetando ahora mismo. Los nitratos están relacionados con el cáncer de esófago y estómago; los colorantes rojos con daños sistémicos; los aglutinantes son tan nocivos como la warfarina, y entre los conservantes se encuentra el formaldehído. Y luego está la carne en sí. Diarrea de ganado. Material neuronal y espinal con alta probabilidad de contener los priones que transmiten la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. Labios, morros, anos, vainas peneanas, carrilladas y oídos internos de cerdos. No sé cómo sacarla del apuro, pues ese perrito caliente es un inocente gesto de orgullo y conciliación. Dice tantas cosas. «Gracias por criar a mi hija. Gracias por enviármela de vuelta. Estoy agradecida por esta oportunidad y me gustaría que fuéramos amigas». Ese perrito caliente significa eso y mucho más. Sin embargo, es un objeto escalofriante, un poderoso nexo de venenos representativo del mudo y salvaje sufrimiento animal.

Sera se lleva aquello a los labios. Veo cómo le da un bocado.

Luego otro.

Se lo come entero, sonrío y dice:

—Gracias; estaba riquísimo.

Hijo, si alguna vez me da por burlarme o siquiera meterme levemente con las empedernidas virtudes de mi madre adoptiva, si alguna vez me ves poner los ojos en blanco ante una de sus peroratas o soltar un gruñido de asentimiento cuando asevera algo por enésima vez, recuérdame entonces lo del perrito caliente de la gasolinera. El día que se lo comió enterito. Tuvo un gesto magnífico. En aquel momento, fue una auténtica heroína.

Sera y Glen regresan al hotel del casino donde se alojan, me explica Sera con valentía, para que yo pueda pasar algo de tiempo con mi familia biológica. Mientras le doy un abrazo de despedida, sé que quiere decirme algo más. Pero se contiene. Quiere que mi primera visita a mi familia biológica de la reserva vaya bien. Ella desea el bien. Así son Glen y ella.

De modo que me quedo con mi nueva familia e incluso, para mi sorpresa, duermo en la habitación de Pequeña Mary. En un colchón hinchable. Con sábanas limpias. Con tres ventiladores encendidos. Antes de acostarme, comparto un momento con Cielo en el salón, un momento de beso de buenas noches. Entonces decido hablarle del bebé. Cuando se lo cuento, ella solo me abraza. Se sienta en el sofá a mi lado abrazándome durante unos diez minutos, y no resulta para nada incómodo, aunque me he vuelto muy consciente de su respiración, del resoplido en el pecho debido a los cigarrillos, y del aroma a su champú de manzana verde. Mi familia Potts no parece del tipo de los que dan abrazos, no como mis padres Songmaker, que siempre andan con arrumacos, que siempre me incluyen en un nudo o una maraña de abrazos, donde terminamos enredados con gran entusiasmo. Hay algo ostentoso en las muestras de cariño de los Songmaker, aunque son del todo sinceras. Los Potts no parecen considerarse personas «cariñosas». Hasta ahora no han hecho gala de rasgos familiares y desde luego no parecen buscarlos. Pero, cuando Cielo me abraza, lo hace con una gravedad y una serenidad que convierte el abrazo en una bendición solemne. Mientras dura el abrazo, tenemos los ojos cerrados, eso sí. Mi madre Potts y yo estamos sentadas en el sofá delante de la televisión, abrazadas con los ojos cerrados durante unos buenos cinco minutos, incluso diez. El abrazo me conforta, aunque poco a poco intuyo que Cielo está al tanto de los rumores sobre las rarezas del universo de la maternidad. Percibo en su cuerpo, mientras me estrecha contra ella, una preocupación física que no admite palabras.

—¡Un bebé! —Se despega de mí, me pone las manos en los hombros y me mira a los ojos—. Un bebé.

Creo que se va a disolver en sollozos, pero solo vuelve a abrazarme, esta vez con pequeñas palmaditas en la espalda. Hay tanto sentimiento en ella y se muestra tan efusiva y a corazón abierto que me atrevo a preguntarle por mi padre biológico.

—Mi padre... Mi padre biológico ¿tenía algún rasgo o enfermedad genética que mi hijo pudiera heredar? —le pregunto—. Necesitaría saberlo ahora, Cielo, por favor.

—Oh, Dios mío. —Se aparta de mí, hunde la mano en el bolsillo para sacar el cordón de zapato y se lo mete en la boca—. Me dan ganas de fumar. —Comienza a masticar el cordón—. Solo me he fumado uno en lo que llevamos de día. Tampoco quiero fumar cerca de ti.

Agita la mano ante mí y tira del cordón de zapato entre los dientes con ímpetu.

Dice que quiere contármelo, pero se queda bloqueada cuando intenta hablar de él. Explica que su relación fue traumática y le rompió el corazón.

—Es una especie de hechicero.

Eso me intriga, seguramente más de lo que debería. Tal vez haya algún antepasado mío con poderes extraordinarios después de todo. La palabra «hechicero» me llena de esperanza. Quizá Cielo fuera a verlo en busca de sanación y quizá sucediera algo más; tal vez se enamoraron. Tal vez su familia no la aceptó. Las cosas se complicaron tanto que ella se dio a la bebida y las drogas hasta que me dieron en adopción. Todo es impreciso, como era de esperar.

—Saberlo significaría mucho para mí —insisto, aunque me doy cuenta de que mis falsos recuerdos podrían ser los que he de conservar.

—Ay. —Me mira con el cordón colgando de la boca—. Ay.

—Sí —la apremio—. ¿Era alto, gordo o flaco? ¿Cómo de moreno? ¿Qué aspecto tenía?

—Era atractivo, de un modo brutal —asiente con los ojos como platos—. Y su cara. Era muy afilada, como los tipos lakotas, y era alto. De una pelea, tenía marcas de navajazos aquí y aquí. —Se roza el pómulo izquierdo y el labio superior—. No era tan guapo cuando yo lo conocí. Pero tenía una fuerza oscura.

La sonrío, expectante.

—¿Qué me dices! Oh, Dios mío, ¿una fuerza oscura? ¿Una especie de Darth Vader indio?

Cielo se encoge de hombros, aparta la mirada y sé que ya no va a decir nada más. De pronto me doy cuenta de que lo que acabo de expresar roza demasiado el sarcasmo, o tal vez fuera mi forma de decirlo. La he incomodado y enseguida me avergüenzo de ello. Cielo se va a buscar un vaso de agua. Creo que es posible que se sirva una cerveza del frigorífico y me enfurece aún más mi comentario desafortunado. Tal vez esa atracción por una energía un tanto siniestra en los hombres se haya transmitido de una mujer a otra a lo largo del tiempo. Ese había sido el error de Cielo, y yo he tenido mi cuota de sociópatas. Pero nada más. Tengo un precedente que rompe con la tradición, pues tu padre no es ni un ser rabioso ni depresivo. No es un retorcido consejero espiritual. No es un drogadicto desesperado ni un superviviente de salud mental. Sin embargo, no es mi tipo.

A la mañana siguiente, antes de marcharme al casino para encontrarme con Sera, enciendo la televisión. Están poniendo reportajes sobre experimentos llevados a cabo apresuradamente sobre moscas de la fruta, con

expertos en ADN que afirman que a nivel molecular es como dar saltos al azar en el tiempo, y que tanto esas criaturas de pocas células como las plantas llevan reorganizándose en adaptaciones aleatorias desde hace meses. ¿Y nadie se ha fijado en que los perros, gatos, caballos, cerdos, etc., han dejado de reproducirse manteniendo las características genéticas de su raza?

Y, sin embargo..., hay algo en esta vorágine informativa que me parece excesivo, y me refiero a que la información parece poco rigurosa, como episodios de... ternura. ¿Por qué pienso esto? ¿Me ha contagiado Eddy su paranoia? Me acerco un poco más. Las personas que presentan las noticias son diferentes, me parece, y, aunque no he visto mucho las noticias, me da la impresión de que son todas la misma persona. Y no parecen periodistas de televisión profesionales. Se trastabillan al hablar. Están inquietos. Tuercen el gesto. Las mujeres están en minoría, y las que salen parecen extrañas; todas tienen veintitantos años, con los dientes blancos, pelo rubio o moreno y ojos brillantes. Los hombres son todos blancos, con dientes blancos, mandíbulas afiladas y ojos brillantes. Zapeo entre los pocos canales que se sintonizan, una y otra vez, cada vez más aterrada. No sale una sola persona de piel oscura por ninguna parte, ni en las películas, ni en las series, ni en los canales de teletienda, ni en la docena de canales evangelistas que encuentro tras mover arriba y abajo todo el mando a distancia.

Algo está destruyendo el modo de vida que existía. Todo ha cambiado mientras yo no estaba mirando y lo ha hecho sin previo aviso.

Apago el televisor e intento respirar. La adrenalina no es buena para un bebé, ¿verdad? Al fin me dirijo a la cocina y me siento a tomar un té con una tostada junto a Cielo. Pequeña Mary ya se ha ido a clase, y la abuela Virginia sigue dormitando bajo el edredón dorado. Elabamos de trivialidades y hacemos caso omiso de lo importante. Llamo al casino para hablar con Sera y Glen y hacer planes, pero ya han abandonado el hotel a primera hora. Supongo que seguramente habrán decidido volver a Minneapolis; sin embargo, Sera no me contesta al móvil. Fuera de cobertura, imagino; aun así, me quedo intranquila. Cuando me marchó, Cielo me entrega un fajo de papeles plegados por la ventanilla del coche y me dice:

—Lee esto cuando te pares para hacer pis.

El primer folio es de Sera y dice: «Ley marcial. Recuerda lo que significa». Lo recuerdo.

De acuerdo, pienso. Puedo hacerlo. Prepararme. Abastecerme. Sacar el dinero. Esconder el pasaporte.

Los demás papeles son de Eddy.

Un anuncio que trajo una alegría incongruente

En teoría, sabiendo lo que sabemos incluso ahora, lo que mi hijastra me anunció debería haber sido motivo suficiente para quitarme la vida hoy. Debería haber temido el inevitable dolor que un embarazo en tiempos como estos (incierto, como poco) les traerá a ella y a nuestra familia. Debería haber deseado optar por renunciar a mi papel. Pero, en cambio, mientras ella me confesaba que tendría al bebé, me encontré pensando en esa criatura, que será nuestro primer nieto, de un modo muy natural y emocionado. Fue una reacción inesperada, dado que en la crisis mundial actual no tenemos la menor idea de cómo será ese niño y puesto que Mary, también conocida como Cedar, ha sido redescubierta recientemente. Sin embargo, no pienso discutir con cualquier emoción positiva que rompa la oscuridad del velo. Tuve la sensación de que, por un instante, la cortina quedó rasgada y que la luz entraba a raudales. Entonces, con la misma brusquedad, las cortinas se volvieron a cerrar. En este momento, aunque el mostrador de la tienda está muy iluminado y acabo de realizar un gran número de transacciones muy lucrativas, existo de nuevo en la ciega monotonía de mi enfermedad. El bolígrafo me pesa demasiado.

Después de hacer compras en el gigantesco hipermercado Rainbow a la mitad de camino de vuelta a las ciudades gemelas, me dirijo a la sucursal del banco Wells Fargo que está al lado, donde guardo 8.000 dólares en una cuenta de ahorros de las de antes, a la que, supuestamente, puedo tener acceso en todo momento. La cajera, no obstante, frunce los labios nada más ver el impreso de reintegro.

—Me temo que no va a poder ser —se disculpa, devolviéndome el impreso.

—¿Cómo?

—Me temo que hoy no tenemos esa cantidad de efectivo.

Es una mujer rolliza y fornida con el pelo rubio y ahuecado. Tiene mejillas rosadas y los labios pintados de un tono brillante. Viste de color verde lima con toques de color rojo oscuro. Si tuviera veintitantos años, podría ser, sin duda, una de esas falsas periodistas de la televisión. Es posible que hoy yo tenga un aspecto más indio de lo habitual, más oscuro y con el

pelo más azabache tras haber estado en la reserva. Espero que sea por eso. Espero que no me esté diciendo la verdad.

—Me gustaría hablar con el director.

—No está.

—Bueno, pues esperaré.

Detrás de mí se forma una cola que languidece y se caldea. La cajera Marjorie (una placa me informa de su nombre) objeta:

—Voy a tener que pedirle que se ponga a un lado, señora.

—No puedo hacer eso —replico con mi tono pasivo-agresivo más agradable—. Necesito el dinero porque estoy embarazada.

Con una mirada dura, amenazante y llena de resentimiento, Marjorie descuelga el teléfono y pulsa una tecla. Sus mejillas se hundan mientras coge aire. Cuelga.

—Está bien —sisea—. Vaya al fondo y Hawái la estará esperando.

Y esa mujer de nombre Hawái está esperando. Relleno rápidamente el papeleo y cierro mi cuenta. Hawái cuenta el dinero en billetes de 100 y 50 dólares.

—Tiene un nombre muy bonito —le digo.

Pienso que seguramente la habrán concebido en Hawái, en una luna de miel cara y feliz.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

Se encoge de hombros. Está pálida. Mira hacia el reloj.

—No creo que aguantemos hasta el mediodía.

Mientras recorro el pasillo, observo que la fila en la que estaba se alarga ahora hasta la puerta. Atravieso el aparcamiento y empujo las puertas rojas de una tienda Target, donde hago algo excesivamente normal y me doy un capricho. Te compro cosas. Adquiero ropa diminuta, sábanas, mantas y pañales, incluso un par de juguetes recomendados para recién nacidos. Lleno dos enormes bolsas blancas y pago con mi tarjeta de crédito para emergencias. Hago caso omiso de las colas que ya rodean el banco, prolongándose cada vez más, hasta el aparcamiento. Te doy unas palmaditas. Subo al coche, pero, en vez de arrancar, me quedo petrificada. La fila hasta el banco es todavía más larga. Y supongo que ahora repartirán el dinero en efectivo en pequeñas cantidades a cada cliente. Si las cosas se van a pique por completo y nos dirigimos hacia una economía de trueque, necesitaré un nuevo tipo de moneda.

Veo una tienda de bebidas alcohólicas con servicio por ventanilla al final del centro comercial. Me acerco con el coche.

—Necesito ayuda —le explico al empleado, un tipo desgarbado con pelo canoso de punta.

—De acuerdo. —Se inclina hacia la ventanilla.

—¿Qué suele beber la gente cuando está desesperada?

—Lo que sea. Pero usted no parece desesperada.

—No es para mí. Es para el fin del mundo.

—Ah, eso. Bueno, aparque y la abasteceré.

—Y, ya puestos, ¿puede ponerme veinte o treinta cartones de Marlboro?

—Sin problema.

Da toda la impresión de que el encargado de la tienda de licores esté acostumbrado a tratar con personas que acumulan de todo ante el fin del mundo. Lleno el coche. De nuevo lo cargo todo en la tarjeta de crédito, en una apuesta contra la supervivencia de las compañías de tarjetas de crédito. De camino a casa, hago una nueva parada para rellenar los huecos entre las cajas con cartuchos para escopetas, balas y municiones para ciervos por un valor total de 1.000 dólares. De vuelta en la carretera, conduzco con precaución. Si me parasen y registrasen el coche, ¿podría alegar que me estaba abasteciendo para una fiesta de borrachos y para practicar el tiro? En su lugar, yo me detendría. ¿Y si se produjera una chispa accidental? Conduzco con cautela y me invade un alivio inconmensurable cuando tomo el desvío del camino de entrada a mi casa. Decidí descargar las cajas por el garaje a medio construir y luego darme un capricho. Estoy impaciente por vaciar un cajón para ti, cortar las etiquetas y lavar todas las prendas nuevas que tocarán tu piel. Reunir las diminutas camisetas, los pequeños jerséis y peleles ignífugos y guardarlos doblados en prolijas pilas.

11 DE AGOSTO

Gretchen, la matrona, me organizó una cita gracias a un plan de salud que me quedó tras un empleo que tuve el año pasado. Mi seguro sanitario COBRA^[6] caducó, pero, gracias a un fallo informático, funcionó. No obstante, ni siquiera Gretchen se va a presentar hoy. No quiere arriesgarse a que la pillen en lo del seguro. Rechacé la amniocentesis pero la convencí para que me pidiera una ecografía fetal de nivel dos, sobre todo porque sabía que tenía material sofisticado y quería verte con la mayor nitidez posible. Te he investigado, chiquitín. Estás entre el cuarto y el quinto mes. Has superado la edad de los milagros. Has pasado de renacuajo a algo vagamente humanoide y has perdido tu cola embrionaria. Has reabsorbido las membranas entre los

dedos de las manos y los pies y te han crecido los párpados, las orejas y un diminuto esqueleto. Has desarrollado un cerebro de 250.000 neuronas por minuto. Ya puedes entornar los ojos, fruncir el ceño, sonreír y hasta tener hipo. De hecho, tienes un hipo constante mientras recorro el largo pasillo de color verde salvia.

El personal médico de la sala de ecografías está extrañamente animado, alegre y parlanchín.

—¿Ha venido alguien con usted? —pregunta uno de ellos.

—El bebé.

—Súbase la camisa —me pide otro sanitario con voz musical y algo chirriante.

Estoy de los nervios, porque ¿quién no lo estaría en mi lugar? Además, de pronto tomo plena conciencia de lo sola que estoy entre todos estos extraños. Por lo visto, otras mujeres vienen con amigas o incluso con su marido.

Una rubia fornida y de pelo rizado me ayuda a subirme a la camilla y me levanto la camisa hasta debajo del pecho. El médico, alto, con actitud profesional y gesto serio, entra en la sala y me estrecha la mano. Se sienta en un taburete junto al sillón giratorio justo al lado de mi muslo derecho, donde una ecografista —otra joven rubia, pero fibrosa y más seria y formal que la primera— pulsa unas teclas y ajusta la pantalla del ordenador.

—Vamos allá —dice el médico.

La ecografista me extiende un pegote de gel transparente sobre mi piel y maneja la sonda como si fuera un grueso lápiz. Sé que la sonda contiene transductores que emiten y reciben sonidos. La máquina ya está emitiendo ondas sonoras con unas frecuencias que van de uno a veinte millones de ciclos por segundo. Es imposible oír las, claro. Apoyada sobre los codos, observo el ordenador, que interpreta las señales que rebotan sobre ti, un humilde montículo blanco en la penumbra.

—Lo notará frío —advierde la mujer.

Pero no resulta muy frío. Me olvido del personal médico. Se me acelera el pulso. Estoy tan emocionada de estar aquí. Decido que he venido sola a propósito, para poder conocerte en la intimidad de mi corazón.

La ecografista mueve la varita con cuidado y se detiene en dos ocasiones.

—Ahí estás —dice cuando te encuentra.

Gira el transductor hacia un lado de mi vientre y continúa moviéndolo. Al principio solo se aprecia la masa borrosa y gris del útero, y de pronto la pantalla se torna antracita y, emergiendo de la oscuridad, aparece tu manita agitándose. Se ve con mucho detalle, en tres dimensiones, y yo diviso

minúsculos pliegues de la palma de tu mano y pulseras de arrugas en la muñeca antes de que la mano desaparezca en la nieve de la pantalla. Hay algo en tu mano, apenas una impresión, que me altera durante un instante. Tan solo es una mano, pero con una sensación de claridad y fuerza. Quiero bajarme de la camilla. Quiero decir «Ya basta, es suficiente», pero al mismo tiempo, quiero volver a verte. Ese movimiento de la mano, tan fugaz, que desapareció enseguida —me siento tan abrumada que apenas puedo respirar—.

—¿Se puede ver el sexo? —pregunto—. ¿Lo pueden ver?

Pero nadie en la habitación me escucha, nadie me oye. Veo el arco que dibuja la columna vertebral, una diminuta serpiente blanca, y de nuevo tu mano se abre de golpe, como presionando la oscuridad. La ecografista roza los huesos de la rodilla y un codo. Después, se adentra en la espesura de tus costillas. «El corazón», dice. Veo las cavidades de las cámaras, una neblina gris, después las válvulas de tu corazón, que chasquean como un hombrecillo tocando el tambor. Tu corazón entero aparece ahora en la pantalla, y la mujer hace algo con el aparato, de modo que la sangre se convierte en luz que entra y sale de tu corazón. La sangre que sale es un fuego dorado y la que entra es un fuego azulado. Veo el fuego de la vida titilando por todo tu cuerpo.

Murmuro algo, o suspiro, y tengo ganas de gritar. La habitación se abre. Tengo la sensación de que el tiempo se ha modificado, de que estamos en una corriente sin rumbo que retrocede por infinitos túneles y pasillos, como si esta sala del hospital se hubiese abierto de pronto de par en par a las extensiones más lejanas del universo.

—¿Pueden hacer eso otra vez? —murmuro.

Pero el médico está ahora muy concentrado, señalando algo y asintiendo con la cabeza.

—Ahí —dice.

Y entonces la ecografista pulsa una tecla.

—¿Se puede ver si es niño o niña? —pregunto alzando la voz.

Pero ninguno de los dos me responde. La mujer está absorta, totalmente atenta a lo que está viendo. Ahora se encuentran en el interior de tu cabecita, observando hacia arriba desde debajo de la mandíbula y luego examinan la estructura de tu cerebro, que se me aparece como un torbellino de hielo contenido en un perfecto círculo de ceniza blanca. Me da la impresión de que tus pensamientos ya se están organizando y reorganizando, y, mientras me lo imagino, también comprendo que algo va mal, algo no marcha bien. El ambiente ha cambiado; el médico no abre la boca. La imagen se ha detenido. La están mirando y mirando. No dejan de mirarla.

—¿Niño o niña?

Tengo la garganta áspera y seca. Ya no veo nada en la pantalla, solo marcas blancas. Aun así, no parecen capaces de apartar los ojos de la pantalla hasta que grito a voz en cuello:

—¿Qué coño es lo que tengo?

Ambos se vuelven hacia mí, y veo que están pensando qué decirme.

—Tenemos a uno —responde el médico con mucha cautela.

Oigo el movimiento de la ecografista, que se acerca. El médico tiene los ojos muy abiertos y la mirada fija.

Algo se resquebraja dentro de mí, una grieta oscura, y el miedo se filtra en mi corazón. De repente me siento extremadamente serena.

—¿Tiene síndrome de Down o algún virus o rasgo atávico?

—No. En absoluto. —Ahora me dirige una sonrisa tranquilizadora e incluso emocionada—. Todo está dentro de las mediciones. El cráneo, las vértebras, los huesos, las manos, todo está dentro de las mediciones.

—¿Mediciones? ¿Qué quiere decir? —pregunto.

El médico coge la mano de la entusiasta ecografista y con delicadeza retira la sonda de mi cuerpo. Es un hombre amable —ahora me doy cuenta—, un hombre de aspecto corriente de la misma edad que mi padre Songmaker, con un rostro cuadrado y ajado y ojos azules iluminados por la luz de la pantalla.

—Quiere decir que debemos ingresarla —explica.

El médico baja la vista y despide al resto del personal. En cuanto han salido de la habitación, se apresura a introducir una copia de la ecografía en un sobre y me lo lanza. Se aparta febrilmente y me dice que me vista.

—Rápido —me apremia.

Me pongo la ropa detrás del biombo y salgo a toda prisa. Me coloca con brusquedad un rollo de esparadrapo blanco en la mano y me dice que lo ate a la silla.

Su voz rebosa una autoridad desesperada, como en una película, así que comprendo que, en vez de expresar en voz alta la confusión cinematográfica y la necesidad de ser convencida, será mejor que lo ate a la silla. Tengo muy claro que quiere que huya. A quién le importa de qué. Mientras lo inmovilizo en la silla, me pregunta si tengo alguna etnicidad especial. A ver, tengo el pelo y los ojos negros, pero la piel un poco morena tirando a blanca, así que no destaco como india a no ser que la gente lo sepa.

—Sí, soy ojibwe —respondo.

Me pregunta por el padre, que si era blanco.

—Como la leche —respondo.

—Entonces salga de aquí a toda prisa.

Me señala la salida de atrás, las escaleras traseras y me dice que agite el sobre y finja ser una mensajera.

—En cuanto esté fuera, no le diga a nadie que está embarazada —me urge—, y póngame esa última cinta en la boca.

Además de reproductores de casetes, un reproductor de vídeo VHS, el típico tocadiscos *hipster* y altavoces pasados de moda, Glen y Sera conservan un viejo televisor de tubo de toda la vida en el armario del vestíbulo. Solo lo sacan para ver la serie *Masterpiece Theatre*^[7] o grandes acontecimientos. Ahora nos hace falta. Glen monta una especie de antena. Dice que el Gobierno se ha apoderado de las compañías de cable, pero que todavía queda alguna programación local independiente y de vez en cuando se consigue sintonizar alguna imagen fugaz de la CNN. La pantalla curva gris verdosa se ilumina desde un punto central. Glen utiliza un botón en el aparato mismo para cambiar los canales de uno en uno hasta que al fin consigue una imagen nítida y algunas noticias. Nos acomodamos en los ásperos almohadones naranjas y mostazas del sofá. Los verdaderos periodistas siguen sin volver a los informativos, pero de repente hay más contenido. Los locutores no son expertos militares ni comentaristas ni analistas políticos sino científicos de todas las ramas, sacados de sus laboratorios o aulas, que emergen como si fuera un mal sueño con los rostros conmocionados. Se frotan los ojos, se toquetean la barbilla, parpadean rápidamente si son mujeres y entornan los ojos si son hombres. Nos quedamos fascinados, incapaces de dejar de mirarlos uno tras otro, todos con los mismos tics y todos diciendo cosas diferentes que acaban siempre con el mismo consejo: «No sabemos. Hay que tener paciencia. La ciencia no tiene las respuestas por ahora. La verdad lleva su tiempo». Y, mientras tanto, la cadena se ha inventado un conjunto de gráficos que dan vueltas —siluetas humanoides que se van encorvando a medida que caminan hasta desvanecerse en el tiempo—, mientras de fondo la *Quinta Sinfonía* de Beethoven se funde en una serie de ululatos y graznidos.

En otros canales, las cámaras tiemblan y los nerviosos reporteros informan de cómo ya no hay reportajes. La gente está en la calle, manifestándose contra el no saber contra qué deberían estar manifestándose. Las pancartas muestran signos de interrogación de todos los colores y tamaños. Las iglesias están llenas y los bares deportivos también a rebosar. La

gente sale de casa despistada y con gran desconcierto, y se queda en las aceras, incluso bajo el sofocante aire caliente. He ido a casa para ver el final del mundo. ¡No es que el mundo acabe! Eso es lo más extraño del asunto. Aquí en Minnesota la gente entrevistada dice: «Solo quiero saber. ¿Acaso es mucho pedir querer saber? Estaremos bien, ¿verdad? Solo quiero saber».

Nadie sabe. Me acurruco todavía más en el gran sofá modular junto a Sera y Glen en la bendita casa con aire acondicionado en la que me crie, una enorme y cómoda vivienda renovada de estuco, de estilo de las praderas, en una zona agradable de Minneapolis cerca de un extenso lago verde invadido por mejillones cebrá y salicarias violetas. Burbujas de públicas especulaciones nos pasan por encima. Durante una de las numerosas ceremonias inventadas por ella misma, que Sera montaba tras sus eclécticas lecturas sobre cultura indígena y Rudolf Steiner, depositamos tabaco sagrado alrededor de la casa y después mezclamos velas blancas con salvia que clavamos en el suelo y encendimos. Comimos pan con paté de nuez. Yo bebí cerveza de jengibre y mis padres tomaron vino. Nos arrebujamos en unas mantas en la hierba y entonamos canciones pacifistas hasta quedarnos dormidos. Es uno de los recuerdos más bonitos de mi vida. Supongo que ahora estaba ansiando algún tipo de ceremonia tranquilizadora, pero quizá lo fuera la búsqueda de información mientras permanecíamos acampados en torno al televisor.

Hoy es el día en que me prometí que lo anunciaría. Que les contaría a Glen y Sera que estoy embarazada. Lo intenté justo después de que saliera la noticia, nada más entrar por la puerta, pero me dieron tanta pena. Están destrozados en lo más hondo. Sera está sentada en la sala de estar de la planta baja delante del abultado y antiguo televisor, con su larga y preciosa melena canosa que le cae por la espalda y con lágrimas en los ojos. Un trozo de jersey azul claro que está tejiendo descansa en su regazo. Tiene los dedos encogidos en torno a las agujas. Es tan raro que no pueda tejer. Ni siquiera recuerdo haberlo visto antes. Y ahí está Glen con su delgada coleta, su perfecta camisa de *cambray* arrugándose y alisándose con cada difícil respiración, sus cejas subiendo y bajando detrás de las gafas sin montura. Glen me coge la mano y no la suelta. Yo se la aprieto con fuerza. Estamos unidos. Lo nuestro es un amor sin complicaciones. Suelta uno de sus suspiros del alma y dice:

—No necesitamos palabras.

—Sí que las necesitamos —exclama Sera, cogiendo el elegante trozo tejido de seda y lana italiana—. Necesitamos una palabra. Necesitamos la

palabra «amor». La necesitamos más que nunca. ¿Qué pasará si la palabra «amor» desaparece de la faz de la tierra?

El suspiro de Glen se le queda atrapado en el pecho y luego lanzo lo que he llegado a pensar que podría ser la verdad. Lo digo para tranquilizar a la pobre Sera, pero me lo tomo en serio yo también.

—No —digo—. Esto es amor. Esto es lo que está pasando. Es el amor de la creación por la creación.

Glen esboza una leve sonrisa.

—La madre Tierra tiene un claro sentido de la justicia. Tú me jodes a mí y yo te jodo a ti.

Lo miro, escéptica.

—No es lo que quería decir —objeto.

Pero él tan solo asiente. Por supuesto, no sabe cuánto me afecta a nivel personal.

Sera parece molesta con los dos, pero se dirige a mí:

—¿Quién dijo eso del amor? ¿El papa?

Siente desprecio por todos los papas, incluido este de ahora.

—No —respondo—, lo digo yo. Todavía no hay una reacción oficial del Vaticano.

—Ya se hará oír tu papa. Es un hombre de bien.

—¿Un hombre de bien? Lo dirás irónicamente. Ese hombre de mal lo negará todo o declarará que es la voluntad de Dios.

—Tal vez sea la voluntad de Dios —digo para sacarla de sus casillas.

—Y es posible que esto sea el mayor desafío de la humanidad —continúa Sera—. Deberíamos invertir en una de esas compañías genéticas. Intentarán darle la vuelta a este asunto valiéndose de la manipulación genética. Será un gran éxito.

Nos volvemos de nuevo hacia la pantalla, cautivados por un paleontólogo, autor del libro titulado *El tiempo profundo*, cuya portada aparece rápidamente en la pantalla mientras habla.

—No tenemos un verdadero registro fósil de la evolución humana —explica—, ni de la evolución de ninguna otra especie, dicho sea de paso. Lo que tenemos son fragmentos que han sobrevivido y se han quedado sumergidos tras millones de años. ¡Millones! Eso es como jugar al 52 *pickup*^[8] con una baraja de cartas esparcida por todo el planeta donde se espera que alguien las recoja todas y en perfecto orden. Así que, si la evolución se ha detenido de verdad, lo que de ninguna manera es un hecho contrastado sino mera especulación, y si la evolución ha emprendido una

marcha atrás, lo que todavía es una idea improbable, entonces no veremos la ordenada regresión de los tipos humanos que tanto gustan mostrar los gráficos evolutivos. La vida puede dar saltos hacia delante, hacia un lado o en direcciones inesperadas. No veremos el relato que creemos conocer tan bien. ¿Por qué? Porque nunca hubo una historia que avanzara hacia delante y tampoco habrá ninguna hacia atrás. Los monos que van adoptando progresivamente la posición erguida, por ejemplo, perdiendo vello corporal y con el cráneo agrandándose. No. De hecho, es posible que veamos caos. Puede que nos retrotraigamos mediante la adaptación. Los cánidos regresarán a tipos abandonados a su suerte hasta que alcancen el estatus de «perro-barralobo». O es posible que nos saltemos directamente al homínido anterior...

—Que sería... —Sera se vuelve hacia nosotros con los ojos como platos mientras el canal hace una pausa para un anuncio de coche.

—*Homo erectus*, tal vez. —Por supuesto he estado hojeando todo lo que he encontrado sobre el tema—. O quizá el *Homo neanderthalensis*.

Deseaba sinceramente que fuese este último, pero por lo visto su ADN es, en su mayor parte, diferente al nuestro, y no tenemos demasiado de él. Se emparentaron, fueron absorbidos, pero quiénes fueron sigue siendo un misterio.

—Luego está el *Australopithecus (anamensis o afarensis)*. El *Paranthropus boisei*, el *Homo habilis*...

—Dios santo —suspira Sera, con la voz entrecortada—. Adiós a la poesía, adiós a la ficción literaria, adiós a la ciencia, adiós al arte.

—El arte de las cuevas era magnífico —dice Glen. Se produce un silencio, pero él respira hondo y prosigue con determinación—. No tenemos ni idea de la capacidad de nuestros antepasados para pensar o sentir. Quizá fueran inteligentes.

Sera se gira hacia él con un aullido nervioso y aparta su labor a un lado. Las agujas repiquetean en el suelo.

—¡No me puedo creer lo que dices, Glen! Eres políticamente correcto incluso acerca de los monos recolectores en los que nuestra especie pueda convertirse en tan solo unas pocas generaciones.

Habla con aspereza, pero dirige a Glen una mirada suplicante, que enseguida se vuelve seductora. Ya se están acercando en esta crisis y decido dejarlos solos. Me voy a la cocina, me sirvo un vaso de leche libre de antibióticos y me lo tomo mirando las zinnias, margaritas, salicarias y dedaleras en el jardín; todavía parecen normales, no se perciben cambios de color aún. Hace un día inusualmente fresco para ser agosto (solo hace 32 °C).

Una brisa caliente agita las pesadas hojas de los sicómoros que bordean nuestra calle. Intento no pensar en cómo mis padres están lidiando con la crisis; siempre han disfrutado de una intensa vida sexual y, de niña, sabía más de aquello de lo que me habría gustado. Glen y Sera no eran partidarios de callarse y, aunque su dormitorio se encontraba al otro extremo de la segunda planta, lejos del mío, nuestra casa es antigua y sus ardientes jadeos, los gemidos y lo que a veces sonaba como trabajo duro, incluso como una sesión de mover muebles o de bailar encima de la mesa, recorrían los conductos. Cuando se echaban la siesta juntos después de comer, yo arrasaba con todo lo que había en la cocina, al igual que ahora, a sabiendas de que Sera saldría del dormitorio, bajaría las escaleras como en una nube con gesto impreciso y sereno. No me gritaba. Limpiaba detrás de mí y cocinaba algo contundente, incluso a veces su típica lasaña vegetariana de los domingos, que comíamos sentadas a la gran mesa antigua de roble que había gozado, por cierto, de otra vida anterior en un *pub* irlandés del siglo XIX. Se enamoraron de ella en una tienda de antigüedades de Galway y pidieron que se la enviaran a los Estados Unidos. Mis padres son abogados, ambos. Sera, que era una enfermera-comadrona antes de estudiar Derecho, representa el parto en casa, la *doula*, las prácticas de partería y otras preocupaciones del sistema comunitario de atención médica, y Glen es un abogado medioambiental. Dependen de cuantiosos fondos fiduciarios, que cambiaron por bonos mucho antes de que estallara la burbuja tecnológica por segunda vez, y luego los volvieron a cambiar por el ladrillo y vendieron rápidamente las propiedades justo antes de la última crisis inmobiliaria. Lo que viene a decir que son astutos como solo pueden serlo los acaudalados liberales, recelosos de la economía de mercado.

Tengo tantas ganas de hablarles de ti, pero me está costando, y no es porque crea que no lo entenderán. Por ejemplo, está esa carta que Sera me entregó con esa sincera voluntad de hacer lo correcto. Los Songmaker incluso dijeron que estaban dispuestos a visitar a mi familia de la reserva, lo que, por supuesto, hicieron. No he analizado del todo el porqué, y ahora no es el momento para ello, pero no se me ha olvidado. Además, Sera y Glen siempre han apoyado mis búsquedas de identidad. Sé que me aceptarían con los brazos abiertos y me respaldarían. Pero tienden a entusiasmarse demasiado en algunas cosas. Quieren un trozo de tarta india y yo no tengo realmente ninguna tarta. Solo te tengo a ti.

No estoy enfadada con Sera por denigrar a los de tu especie, vaya a ser esta la que sea, y, aunque me alegra mucho que Glen defendiera las pinturas rupestres, me contuve de decirle que fueron creadas por seres que se parecían

mucho a nosotros hace 14.000 años. Apenas un parpadeo. Comienzo a ver lo que el paleontólogo afirma, que no comprendemos cuánto tiempo ha transcurrido en este planeta y no tenemos la menor idea de nuestro limitado lugar en la vastedad del tiempo. Pero los números me atormentan, cifras descomunales. El tiempo no es como millones de cosas, o dinero, o personas. En términos temporales, un millón de años es algo inaprensible. Mi mente se tambalea cuando voy más allá de la historia escrita. No puedo concebir 4.400 millones de años, que se estima que es la cifra de la cantidad de tiempo que hace que aparecimos esbozados como protohumanos. El *Homo erectus* solo se remonta a un millón de años. Llevamos siendo nosotros mismos, *Homo sapiens*, unos 300.000 años. Nos convertimos en lo que somos en algún lugar en el Pleistoceno. Desde luego no puedo pensar en términos de miles de millones —como los 4.600 millones de años que tiene nuestro planeta—, ni imaginarme 100 millones de años, que es lo que duró el periodo en que los dinosaurios fueron la forma de vida dominante en la Tierra. Los dinosaurios duraron mucho más de lo que nosotros hemos durado, o seguramente de lo que duraremos, y, sin embargo, sus cerebros eran muy pequeños. ¿Significa eso que la estupidez es una buena estrategia para la supervivencia? Nuestro nivel de inteligencia podría constituir una mala adaptación, un camino equivocado, una aberración. Aquello debería suponer para mí un pensamiento terrible, tremendamente decepcionante, pero, por alguna razón, quizá porque te llevo a ti dentro de mí, criaturita mía, no termino de sentir el nivel de consternación que estas noticias causan en el resto de las personas.

Quizá se deba a que haya visto tu cerebro en un torbellino de hielo, tu sangre como fuego, tu diminuta manita, que tal vez no fuera una mano de bebé normal. Aun así, eres maravilloso, un ser de luz, y yo no tengo miedo.

—¿Estás bien?

Sera aparece en la cocina y se lleva el vaso de leche vacío. Después, se pone a sacar con determinación y rigor latas de azúcar y harina. Coge sus cucharas medidoras y, con profesionalidad, vierte cucharadas en un cuenco y añade sal y bicarbonato. A menudo mi madre cocina cuando está preocupada y, antes de que me decida a responder con sinceridad a su pregunta, ya ha mezclado todos los ingredientes para elaborar una masa de tortitas.

—Vaya cosas más raras que preparas una tarde de agosto, ¿no? —observo—. Deberíamos comer mazorcas de maíz o sandía, ¿no crees?

Pero ya está vertiendo la masa en una placa para tortitas de hierro fundido humeante (lleva una pátina negra brillante y perteneció a su madre).

—Comida reconfortante.

—De acuerdo, mamá. Pero me sigue pareciendo raro.

Sera parece fascinada por la masa de tortitas que ha vertido con lenta pericia hasta formar un círculo perfecto. Observa las pequeñas burbujas en el centro, que le avisarán de cuándo dar la vuelta a la tortita. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza con un pasador con abalorios, y su despeinado y sexi moño brilla con un fulgor metálico. Hace ya algo de tiempo que el cabello dejó de tornársele gris para pasar al color plata. Sus ojos son de un azul intenso y tiene una piel fina y nivea. A mí siempre me ha parecido la reina de las hadas del invierno, etérea y sabia. Aunque no siempre estoy de acuerdo con sus ideas, delirantes a veces.

—Mamá.

—Lo siento mucho.

Deja la espátula con brusco estrépito y se lleva una mano a la boca. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué?

—Tus vacunas, cariño. ¿Es demasiado tarde?

A lo largo de toda mi infancia, año tras año, siempre que rellenaba los impresos en la escuela cada curso, Sera se negaba a vacunarme. Tenía la sospecha de que los aditivos de las inyecciones o las vacunas mismas causaban autismo o envenenamiento por mercurio. Había varios alumnos más en mi escuela alternativa que no estaban protegidos, sin embargo, y a mí me parecía bien hasta que leí acerca de la vulnerabilidad de los indios a los virus europeos. Nueve de cada diez de los nuestros murieron de sarampión, viruela y otras enfermedades por el estilo. Como descendiente de aquella décima persona con genes resistentes, poseía cierta inmunidad natural innata, pero aun así. Ahora, el repentino espanto de Sera ante la próxima posibilidad de caos, de enfermedades endémicas, o lo que sea, me irrita tanto que la dejo sufrir durante un momento.

—Sí, es demasiado tarde. Seguramente contraeré la polio en la edad adulta o seré un caso fulgurante de sarampión. Quizá caiga muerta de tosferina antes de que hayamos averiguado de qué va todo esto. Qué pena perdérmelo.

—Por Dios, no, Cedar. Buscaremos un médico.

—No tienes ningún médico. Lo cual me parece un error.

—Glen tiene uno. Pediremos a su médico que te vacune.

—Mamá, las vacunas tardan años en surtir efecto. Necesitas un ciclo entero de inyecciones. ¿Recuerdas cuando te vacunaron a ti? Al menos tú

estarás a salvo. Me sujetarás la mano mientras vomite sangre negra y no deje de rascarme hasta morir de viruela.

La tortita comienza a quemarse y Sera la rasca hasta despegarla y la tira a la basura. Me mira, por un momento aturdida y luego recelosa. Cae en la cuenta de que yo no hablaría así si existiese la más remota posibilidad de que fuera a cumplirse.

—Cedar.

—¿Sí?

—¿Tú te has vacunado?

—Por supuesto. Cuando tenía dieciocho años. Para ti el no vacunarme era una cuestión de clasismo. Los ilusos de las clases altas pueden permitirse el lujo de complacer a sus paranoias solo porque las masas corren con los supuestos riesgos de las vacunas.

Hizo caso omiso a lo que normalmente le habría llevado a llamarme odiosa y se quedó ahí parada, absolutamente aliviada.

—¡Nunca me contaste que lo hiciste!

—Bueno, eh... no quería que te enfadaras.

—Oh, cariño, me alegro tanto. ¡Qué gran alivio!

Deja que una nueva tortita se queme mientras se acerca a la mesa para darme un abrazo, uno realmente reconfortante. Me alegra recibir un abrazo así, por mis propios motivos; no los suyos. Necesito tanto ese abrazo que me aferró a ella hasta que se le saltan las lágrimas.

—Eres malvada.

Da un paso atrás mientras se limpia la cara con la palma de la mano.

—Deberías ponerte una inyección contra el tétanos. Duran unos diez años. Es una forma horrible de morir.

—Lo haré, lo haré —me promete—, aunque no creo que contraer el tétanos vaya a ser el gran problema.

—¿El cólera?

—No —dice—. La reproducción.

Articulo los labios para formar palabras, pero no sale ningún sonido de mi boca.

Sera consigue hacer dos tortitas perfectas y me las sirve en un plato, con un remolino de mantequilla batida en el centro. Tenemos sirope de arce del norte de Canadá muy caro porque los arces de aquí ya no producen savia. A Sera siempre le ha gustado ofrecernos a Glen y a mí tentempiés llenos de arte, con un caldo de pollo totalmente casero cuando estábamos enfermos, cuencos

de puré de patata con ajo cuando estábamos tristes, y ahora con tortitas de maicena para mantener a raya el apocalipsis.

Glen llega y se sienta con su plato de tortitas. Las corta en cuadraditos mantecosos, vierte la mitad del sirope sobre los trozos, luego los pincha con el tenedor y se los come rápidamente. Siempre lo he visto comer deprisa cuando está revuelto emocionalmente.

—Despacio —le apremia Sera—. Estás disgustado. Claro, ¿cómo no vas a estarlo? Pero, aun así, come más despacio.

A pesar de ello, tiene los ojos negros y distantes. La gente a veces cree que Glen es mi verdadero padre. Cuando yo era niña, él tenía el pelo completamente negro. Muestra la conquista normanda en su forma de apreciar la comida también, y en su amor por los rituales en torno a las comidas. Cuando cocina, todo lo demás se detiene. Sera y yo solíamos sentarnos junto a la encimera tomando una copa de vino mientras él machacaba albahaca y piñones tostados, entregándose feliz a unas complejas recetas. De modo que comer de manera compulsiva es en él señal de angustia, y por lo visto esta tarde no puede parar. No oye a Sera y termina las tortitas sin apenas detenerse para recobrar el aliento. Una vez que el plato está limpio, nos mira, atónito.

—Pienso en una cosa y luego en otra, y no sé qué hacer.

—Bueno, he aquí algo por lo que no debes preocuparte —dice Sera—. Cedar se vacunó. No cogerá nada gordo.

Abro la boca para hablar. Es el momento perfecto para anunciar que he contraído, por así decirlo, la cosa más gorda de todas, dadas las circunstancias. Articulo las palabras «estoy embarazada», pero no consigo pronunciarlas. Sera está tan feliz con lo que le acabo de contar; las probabilidades de que yo sobreviva se han incrementado de golpe y de forma irracional en su mente confusa. Soy incapaz de estropearle su único momento de esperanza. Así que me pongo a hablarles a mis padres de números, de millones y miles de millones, aun sabiendo que no lo entenderán de un modo visceral, de la misma manera en que el tiempo intemporal me impactó cuando te observé en la pantalla de la ecografía. No podrán ver en esa dimensión inconmensurable. Añadir la conmoción de tu existencia al derrumbe de sus cimientos resulta demasiado.

Salimos fuera como en una nube. La luz de finales de verano derrama sus colores. Mis padres comparten una botella de vino y no advierten que yo tomo limonada o que no puedo acabar las tortitas. Nos sentamos en el porche trasero. Saludan con la mano a los vecinos, se acercan a la valla para charlar con ellos mientras se enjugan el sudor de la frente. Hacemos planes para

quedarnos, huir, escondernos, vivir con normalidad. Decidimos mantenernos vigilantes y después discutimos sobre si la vigilancia es una estrategia. Y mientras tanto, conforme los rayos de sol van descendiendo y nos bañan con un precioso resplandor dorado, mi corazón se resquebraja lentamente. El intenso tono dorado y anaranjado del sol es pura nostalgia. Un fulgor antiguo ya muda de piel sobre esta hermosa vida que compartimos. Me siento cada vez más apesadumbrada, varada en la silla del jardín. Todo lo que yo diga, todo lo que mis padres digan, el ocaso de las amistades, el sabor fuerte a limonada, el vino en el paladar, los graznidos de los pájaros adormilados y los chillidos de las ardillas lanzándose sin miedo desde lo alto de las ramas de los viejos arces y acacias de tres púas, todo esto se acaba. No habrá otro agosto en la Tierra, ninguno como este; no habrá esta clase de naturalidad o precisión. Los pájaros cambiarán, las ardillas se caerán, y ¿quién recordará cómo hacer vino?

Nos reímos al recordar momentos divertidos, nos cogemos de la mano. Coincidimos en que todo este desarrollo es un amargo triunfo de la secularización. El creacionismo muerde el polvo, brutalmente. Sin embargo, a medida que mis padres se quedan callados, yo contemplo el cuidado jardín en la luz crepuscular y me pregunto cómo mutarán los pájaros; sé que hemos llegado al final de la ciencia. Es posible que la ciencia salve a los seres humanos. Podría suceder, pero estoy bastante segura de que ni siquiera entonces se encontrará ninguna explicación racional. Si la evolución se ha revertido, nunca sabremos por qué, del mismo modo que nunca hemos llegado a saber por qué comenzó. Es como la conciencia. Podemos hacer un mapa del cerebro y diseccionar los orígenes del pensamiento, incluso de las emociones. Podemos decirlo todo del cerebro, salvo el porqué de su existencia. Y por qué piensa por sí mismo. Por eso, cuanto más reflexiono sobre el asunto, más creo que nuestro dilema debe abordarse desde el reconocimiento del *anima mundi*, el alma del mundo.

Doy las buenas noches y subo despacio las escaleras alfombradas, las mismas donde me golpeara la cabeza con tres años de edad y cayera por esos peldaños cuando eran de madera maciza. Tuve una leve conmoción cerebral. Se me quedó una pequeña cicatriz en el nacimiento del pelo. El asunto es que Sera llamó a una tienda de alfombras a la mañana siguiente y los intimidó con que se trataba de una instalación de emergencia. Así que ahora mis pasos son crujidos sordos y pesados, pero mi mano en el pasamanos es liviana. Acaricio todo lo que recorro, como si quisiera despedirme. Esa noche, mientras me quedo dormida en mi habitación de niña, que ahora sirve en parte como

cuarto de invitados aunque conserve mis trofeos de fútbol y mis muñecas, me tumbo bocarriba y dejo que mis manos descansen sobre ti. Mientras me sumerjo en la bendita inconsciencia, doy un respingo. Hay algo que debo hacer, me digo. A la mañana siguiente recuerdo que decidí escribirte esto: tu diario, un registro y una indagación sobre la extrañeza de las cosas.

Salgo sigilosamente mientras Sera y Glen siguen encerrados en su dormitorio, despertándose entre murmullos para afrontar un nuevo día ansiosos por comprender. Tendré que escribir desde la familiaridad de mi propia guarida de pensamientos en el sur de Minneapolis, mi casa en un olvidado callejón sin salida que termina en un terraplén del ferrocarril abandonado. Compré el diminuto bungalow con el dinero que heredé de la abuela Songmaker. Tengo suerte. El jardín da directamente a la servidumbre de paso abandonada en la que ha crecido una maraña de árboles. Al salir del camino de entrada de la casa de mis padres, miro por el retrovisor. Algo me llama la atención. Detengo el coche. Las luces del porche, que suelen estar encendidas toda la noche hasta por la mañana, están apagadas. La calle se ha quedado sin luz. Todo el barrio está sin electricidad, cosa que no es infrecuente y, sin embargo, tengo la sensación de que ha sucedido algo mucho peor, ya que mi elegante calle de la infancia posee la quietud de un sueño antiguo, la silenciosa perfección del «antes» de la fotografía de una catástrofe. Intento quitarme de encima esa desazón. A pesar de ello, durante todo el trayecto por las calles vacías y silenciosas del sur de Minneapolis, tengo el presentimiento de que, en vez del pasado, lo que nos atormenta es el futuro.

15 DE AGOSTO

Ya percibo tus movimientos. Tus huesos se endurecen, tu cerebro está conectado en estéreo —tus oídos—. Así que puedes oírme, puedes escuchar mi voz. Puedes oírme cuando rezo en el coche y cuando entro en casa. Puedes oírme cuando leo en voz alta las primeras palabras de la carta que te escribo. Voy a contártelo todo, paso a paso, día a día.

Para comenzar:

Cojo el sobre que contiene la imagen de tu ecografía. Me da miedo mirarla. Así y todo saco la imagen y aliso las esquinas. Pero la ecografía no me dice gran cosa. Las marcas no tienen sentido para mí. Con cuidado pego tu primera fotografía en la portada de este diario encuadernado. Después, utilizo un rollo de cinta de embalar transparente para cubrir la imagen. Pero me siento decepcionada y desconcertada. Pensaba que las mujeres adoraban

sus ecografías y las guardaban con cariño, de modo que quizá llegue a sentir algo por la difusa masa gris y blanca de miembros con cabeza que, por el momento, me resulta tan extraña y a la vez tan normal.

Nuestra casa es una pequeña vivienda de una sola planta y dos dormitorios; el jardín trasero es un maravilloso desbarajuste, el delantero también es una leonera. Solo pude permitirme este sitio porque no tenía garaje, que se quedó a medio construir. La fachada es un tanto insulsa y de color crema, y el interior es igual de apagado. Solo he dejado mi huella en la cocina, de un alegre tono amarillo, y en el cuarto de lavado, de un blanco futurista. Las paredes, a las que acabo de añadir aislante, están abiertas; tengo placas de yeso laminado, pero no las he cerrado. Una obra en curso. Aun así, este es nuestro nido y nuestra guarida, el lugar donde puedo ser sin más la persona sin nombre que soy, una colección de peculiaridades y curiosidades de algo más de dos décadas, un artefacto bioquímico que escruta su propia mente, la investigadora que cree a la vez en las leyes de la física y el Espíritu Santo, que lee a Hans Küng, mi teólogo favorito (aquel reprendido por Ratzinger pero adorado por nuestro papa actual) y que intenta vivir siguiendo las siete enseñanzas ojibwes —verdad, respeto, amor, valentía, generosidad, sabiduría y humildad—, que solo conozco sobre el papel pero de las que nunca he oído hablar a ningún auténtico ojibwe.

Me siento en el borde de la cama y me desabrocho las zapatillas deportivas, colocándome un pie en la rodilla y luego el otro. Después, me arrodillo junto a la cama, como suelo hacer, cojo el rosario del cabezal y rezo un par de avemarias para reconfortarme. Me meto en la cama y duermo dos horas. Das pataditas y volteretas, y yo sueño como se sueña con luz, de forma intermitente, apresurada, con pesadillas de paranoias y esas gráficas de la CNN. Me despierta el teléfono, un modelo analógico y con cable, pasado de moda. El timbre suena como si fuera tu padre y no contesto. Te balanceas de un lado a otro en la cuna de mis caderas. Me incorporo, apuro un vaso de agua rancia. Estamos a última hora de la mañana. Retomo el estudio académico que estaba leyendo hace lo que me parece un año luz, titulado «La concepción de la Virgen por la oreja». Se trata de un estudio sobre la creencia de que fue el aliento de Dios lo que causó la Encarnación. Al cabo de veinte minutos, dejo el documento.

¿Qué fue lo que le dijo? El techo se ve enfoscado, áspero tras haberlo lijado con papel de lija hasta presentar manchas azules como un verdadero cielo. ¿Cuál fue la palabra que funcionó con María?

La palabra me intriga, ahora más que nunca. La idea de una palabra tan prodigiosa y poderosa, una palabra tan verdaderamente divina que su propia expresión infunde en el cuerpo de una mujer un embarazo de naturaleza divina.

Por supuesto, sé que para la mayoría de los teólogos la Encarnación no fue provocada por una palabra o expresión literal o concreta. La palabra es solo una idea, la idea de Dios. Küng ha señalado que la misma Encarnación no podía relacionarse con el punto matemático o místico de nacimiento o concepción de Jesús, sino que debía relacionarse con la vida y muerte de Jesús como un todo. Aun así, la idea de esa palabra concreta sigue preocupándome y sugiere que, en alguna parte fuera de la experiencia humana de palabras habladas y pensadas, existe un lenguaje o quizá un prelenguaje hecho de palabras tan impensablemente sagradas que no pueden pronunciarse y menos aún conocerse.

Quizá tú sepas hablar esa lengua alguna vez. Quizá sea un lenguaje que hemos olvidado en nuestra forma actual. Tal vez estés soñando en esa lengua ahora mismo. Y tal vez haya una palabra que cambió el curso de la existencia humana. Una palabra escrita en lo más hondo de las cosas, una palabra dentro de los códigos sinápticos, genéticos y cuánticos, una palabra que dijera a todos los seres vivos «basta».

A veces se me dispara tanto la mente que me cuesta seguir el ritmo de mis pensamientos, por lo que me alegro de vivir sola. No sé qué haré cuando estés aquí. ¿Escribir en tus pañales?, ¿en ti? En cualquier sitio garabateo mensajes, notas, ideas para el próximo número de *Zeal*. Debo impregnar de algún modo el número en preparación con los devastadores acontecimientos; tengo que encontrar un tema. Tengo que examinar varios artículos y una docena de estudios académicos para ver si hay algo que me pueda servir. Como siempre, seguramente termine escribiendo yo misma una aportación, bajo un pseudónimo.

Para comer me preparo una bolsa entera de guisantes congelados con mantequilla, me tomo dos vasos de leche, frío dos hamburguesas vegetarianas que coloco entre dos rebanadas de pan con rodajas de pepinillos, mostaza, ketchup y, por qué no, cebolla. Cuando doy un bocado a la cebolla, de pronto comprendo, y comprendo completamente: el tema para la revista llevará el nombre de mi iglesia y tratará de la cuestión de la oreja/polvo de la Encarnación. Mi artículo analizará la amplitud de pensamiento acerca de cómo la divinidad de Cristo se hizo carne. ¿Qué podría reflejar mejor lo que

está sucediendo ahora? ¿Ahora que todo parece indicar que podríamos estar perdiendo nuestra propia chispa divina, nuestra conciencia, nuestra alma?

Una nueva energía motivadora se apodera de mí y limpio la cocina, friego y seco cada plato, y, en cuanto todo queda recogido, me dirijo al despacho.

El escritorio es una enorme y recia mesa para banquetes portátil, instalada en una esquina del lavadero. La otra esquina está ocupada por la lavadora, secadora y una estantería metálica que va desde el suelo hasta el techo, repleta de cajas archivadoras blancas ordenadas por fechas y títulos de mis proyectos y números antiguos de *Zeal*. Las únicas ventanas son dos pequeños rectángulos en lo alto del muro oeste. Pero tengo bombillas fluorescentes de amplio espectro en el panel del techo y dos lámparas de luz natural a cada extremo del escritorio. Cuando enciendo todas las luces, la habitación resplandece con una luz blanca, y la pantalla azul del ordenador aporta la principal nota de color. Siguiendo los consejos de Glen, he pegado un trozo de cinta aislante sobre el hueco que contiene la cámara del ordenador. Parece absurdo, pero me hizo prometérselo.

«Soy la expresión en voz alta de mi nombre». Me recuesto en la silla y observo la pared blanca. Esta frase extraída del texto gnóstico *El trueno, mente perfecta* es la última frase que escribí antes de coger el coche rumbo al norte. No suelo citar textos que no sean canónicos, y el tratado es problemático. Pero el texto me atrae y lo he leído tantas veces que se me ha grabado en la memoria gran parte del mismo. «Porque yo soy la primera y la última. Soy la esposa y la virgen». Quizá sea la voz, pienso, tan arrogante y viva, utilizando la antítesis para causar en la mente del lector la disonancia romántica que sucede cuando uno intenta comprender lo que no se puede saber. «Yo soy la que da a luz y la que jamás procreó. Yo soy el consuelo de los dolores de parto. Yo soy la esposa y el esposo. Y fue mi marido quien me creó. Yo soy la madre de mi padre...».

La voz me reconforta, es tan ferozmente moderna, tan atemporal que resulta absolutamente actual. Pues aquí estoy, quizá una contradicción andante, quizá dos especies en un solo cuerpo. Nadie lo sabe. Una mujer, una tonta, una diletante embarazada sin diploma, no solo a caballo entre dos milenios sino entre dos eras. También soy una ojibwe insegura, una católica incipiente, alguien que se come la cabeza demasiado con historias dramáticas y conflictivas. No puedo evitarlo, acumulo demasiadas ideas triviales y soy incapaz de distinguir las de las realmente importantes, y la Encarnación desde luego es un tema gordo. Creo que es pertinente.

Quizá estemos experimentando una encarnación a la inversa. Un proceso por el cual el espíritu de lo divino ha perdido su naturaleza física humana. Tal vez la chispa de la divinidad, que experimentamos como conciencia, está siendo reabsorbida en la creatividad sin límites de la vida oportunista en plena ebullición. Me invade un enorme anhelo. Me embarga una poderosa curiosidad. Quiero ver más allá de mi vida, más allá de la tuya, justo lo que los paleontólogos aseguran que no existirá: la narrativa. Quiero ver el relato. Más que nada me siento frustrada por el hecho de que nunca sabré qué va a pasar.

Mi anticuado teléfono suena y sigue sonando. Lo he conservado porque Glen y Sera insistieron. No se fían de los teléfonos móviles. Primero fueron las rayas látigo, ahora las medusas translúcidas apareciendo, oscilantes, por parques y jardines. Toman información de los móviles para grandes corporaciones que luego nos bombardean con llamadas. La línea terrestre no figura en ninguna lista y posee un fuerte filtro. Tu padre está pulsando la tecla de rellamada. Está frustrado, claro. En algún momento tendré que contestar. O desenchufarlo, se me ocurre, y me acerco al aparato pero no lo descuelgo. Das un brusco quiebro en mi pelvis, y un intenso hormigueo me recorre los muslos. Me inclino más sobre la mesa y el teclado, y escribo la introducción: «Imaginen lo que supuso para aquella joven, María, sentir las extraordinarias pataditas y golpeados de su hijo nonato y saber que albergaba en su vientre a una presencia divina, la Palabra de Dios hecha persona. Sin embargo, lo que debió de sentir seguramente no distaba mucho de lo que ha sentido toda mujer embarazada a lo largo de los tiempos, desde que tenemos la capacidad de sentir y ser conscientes de nuestras emociones. Ese desconcertante asombro ante el misterioso ser que acogemos en nuestro seno desde luego raya en una comprensión mística...».

Pero las palabras en la pantalla parecen de pronto tan irrisorias, limitadas, poco consistentes e increíblemente fútiles. «El embarazo es una tierra salvaje del ser», tecleo. Después, apoyo las manos en la tripa, reflexiono durante un rato y vuelvo a teclear: «En este estado salvaje, las señales son tan corrientes y prosaicas que hace que la grandeza que experimento parezca una ilusión. Quizá en todas las épocas y en todos los países, las mujeres con niños estén siempre en peligro. En cierto aspecto estamos locas. Hacemos los quehaceres del día a día y descubrimos que nuestro bebé, al igual que todos los bebés de la Tierra, portará los rasgos genéticos de sus antepasados. No podemos imaginar cuáles todavía. Nuestra evolución hasta la fecha ha estado

codificada por lo visto en alguna parte de la sangre o tejido que no hemos advertido o descifrado».

Ahora es demasiado tarde. Nuestros cuerpos siempre han recordado quiénes éramos. Y ahora han decidido volver atrás. Estamos bajando los peldaños de la escalera de la piscina de la sopa primordial. Nosotras, las mujeres embarazadas, lo descubrimos y nos aseguramos de tomar los suplementos de ácido fólico y dormir correctamente, mientras crece dentro de nosotras una unidad de vida tan compleja, al margen de su estado evolutivo, que solo los coreanos son capaces de elaborar una de sus uñas con toda su tecnología. Y aquí me tienes, conectando todo un cerebro nuevo mientras duermo, alguna clase de cerebro. Mi cuerpo realiza cosas imposibles, y ahora algo no va bien; algo va realmente mal... Al escribir estas últimas palabras, me tiemblan las rodillas y un escalofrío me recorre todo el cuerpo hasta estallar en un grito. Y el sonido de mi propio grito, feo y descarnado, me sobresalta. Me quedo en silencio durante un instante y luego rompo a llorar, en un sollozo devastador, desconcertante y atroz, que me deja varada en mi silla de escritorio al cabo de un tiempo, ante la pantalla silenciosa y azul.

Me quedo ahí sentada con la mirada perdida, cuando de repente, sin siquiera tocar una tecla, el rostro de una mujer aparece en la pantalla.

—Hola —dice, dirigiéndose solo a mí y mirándome a los ojos—. Soy Madre. ¿Cómo te encuentras hoy?

No respondo. Aunque la cámara de mi ordenador está tapada, los altavoces deben de estar encendidos. Debe de haber algún problema con el botón de encendido. Es como si ella supiera que estoy aquí.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta. Su voz rebosa calidez—. Me importas. Me gustaría saberlo.

Tiene la cara redonda y blanca como la masa de una pizza. Las mejillas hundidas. Muestra una sonrisa mínima, con dos finas líneas rojas por labios. Su pelo castaño, cortado a tazón, le cubre la cabeza con aplomo. Sus penetrantes ojos marrones centellean. Viste una blusa de color albaricoque con escote drapeado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta una y otra vez—. ¿Cómo te encuentras, querida?

20 DE AGOSTO

Todas las luces están encendidas, las contraventanas están cerradas y los flexos iluminan el escritorio, los folios blancos y las paredes blancas. Intento

llamar por teléfono a tus abuelos Songmaker, pero nadie contesta en ninguno de los números. No dejo mensaje. Me llamarán cuando puedan. He evitado utilizar el ordenador después de que apareciera ese ente con pelo a tazón. Aunque todavía conservo el teléfono móvil, soy precavida y solo lo compruebo una vez al día para seguir las noticias. Lo reviso de arriba abajo para intentar protegerme. No tengo datos. Ni servicios de localización. En cuanto a las noticias... Hay cada vez más consternación, mayor cantidad de detalles que, más que ayudar, confunden, una sesión en el Congreso convocada de urgencia, más hallazgos. Hombres de negro observando imágenes de ecografías. Hombres de negro escudriñando imágenes congeladas de ecografías de bebés y especulando sobre lo que las anomalías en el neocórtex podrían suponer en términos cognitivos. Y también lo que significa que los órganos sexuales masculinos no se estén desarrollando correctamente. A veces no se desarrollan en absoluto. Por lo visto el número de niñas concebidas se ha disparado. A pesar de ello, tengo el presentimiento de que eres un niño.

Deja de pensar en el futuro.

El «ahora» es lo único que tenemos, me repito. Céntrate en el ahora, el aquí, el presente, el momento de extrema hiperconciencia que también está relacionado con el ejercicio mental más profundo de Sera, la meditación, y que no se me da muy bien. Estoy más cómoda con el antes o el después de la vida. Me siento más a gusto diseccionando el pasado o temiendo el futuro. No tengo habilidades para vivir el presente sin más. Sin embargo, puesto que el pasado es tan diferente del futuro y mirar atrás es como mirar por el extremo equivocado de un telescopio, y puesto que el futuro resulta tan perturbador y entregarme a la imaginación es suficiente como para causar un ataque de pánico a gran escala, lo mejor para nuestra salud mutua es que me centre en lo más inmediato. Tengo que tratarme a mí misma como si fuera un caballo asustadizo. Un animal dispuesto a saltar a la vista del panorama general. No hay que alejarse de la periferia. Hay que ponerse unas tranquilizadoras anteojeeras.

Escondo el alcohol.

Lo único que debo hacer es encajar las botellas y las municiones en las paredes de la casa, justo donde he añadido paneles de aislamiento. Dedico el resto del día a acoplar botellas en las paredes y cajas de municiones en cada hueco que voy encontrando y luego vuelvo a atornillar las placas de yeso con el práctico destornillador eléctrico, sin dejar de pensar un solo segundo en la Virgen María. Pienso en ella mientras pego cinta en las juntas. Más tarde, las

sellaré. Luego, las pintaré. Disfruto haciendo arreglos domésticos monótonos. Es agradecido. Mientras precinto las bebidas alcohólicas, puedo meditar. Guardo los cigarrillos en anchos tubos de plástico, que introduzco en el hueco que se esconde detrás de la caldera. Una vez que he terminado de colocar las paredes, rompo las cajas de las bebidas y las dejo en el garaje con los cartones para reciclar, que tal vez nunca se recojan.

En cuanto termino todo eso, me dirijo en coche a la tienda de alimentación de toda la vida y me sorprende encontrarla totalmente abastecida. Lleno el coche de sal, arroz, judías, harina de trigo, mezcla para tortitas, muchas conservas de verduras y mantequilla de cacahuete. También me permito algunos lujos. Un vaso grande de zumo, una botella de agua, una crujiente manzana de Nueva Zelanda, un montón de galletas de agua de trigo integral y una bola de *mozzarella* suave. Una vez en casa, extiendo estos caprichos encima del escritorio. Me pregunto durante cuánto tiempo más podremos tomar pequeños tentempiés como estos: queso de leche de una vaca ordeñada en Italia, galletas de agua empaquetadas en Nueva Jersey, fruta exprimida en Florida, una manzana del otro lado del mundo.

La tarea de hoy consiste en editar la carta parroquial. Inspiro hondo y enciendo el ordenador, solo para utilizar el procesador de textos. Siento que es mi deber escribir para la parroquia. Como ya he dicho, me uní a la Iglesia para hacer amigos, y para fastidiar a mis padres. Pero me encanta mi iglesia. Es un lugar humilde, no es ninguna catedral de piedra caliza ni una basílica. Ni siquiera lleva el nombre de un santo. Lleva el nombre de mi obsesión actual. La Sagrada Encarnación fue fundada para ocuparse de las personas más desamparadas de la ciudad, los marginados, los inútiles, los imposibles, los tóxicos y los contaminados. Es un lugar pequeño de ladrillo, bloques de hormigón y cristal, y sin aparcamiento. Es muy diferente de las iglesias protestantes de las afueras, a las que he acudido también, con sus amplios espacios asfaltados, sus bóvedas de piedra y cemento, así como pantallas gigantes delante para mostrar primeros planos del pastor. La mía no es una iglesia de los salvados, sino de los perdidos.

Mientras organizo la página de «Pensamientos», la pantalla se funde a negro entre espirales. Esta vez aparece lentamente desde lo más hondo:

—Hola, querida, ¿cómo te encuentras?

Sus mejillas redondas son gris cemento esta vez, ásperas en torno a su sonrisa.

—Madre piensa mucho en ti. ¿Quieres contarme cómo te ha ido el día?

Apago el ordenador.

Me tiemblan las manos. Me aparto de la pantalla negra. Pero no puedo levantarme. Ni moverme. El teléfono comienza a sonar y no para. Suena de forma constante durante diez minutos, luego enmudece un instante y vuelve a sonar. Veinticinco minutos después del último tono, alguien llama a la puerta. Eso es lo que tarda tu padre en ir de su apartamento a mi casa, por lo que sé que ahora está esperando en el umbral de la puerta. Es demasiado tarde para apagar las luces. Sabe que estoy en casa, y aun así me quedo paralizada en la silla delante del ordenador difunto. La puerta empieza a temblar. Sacude el picaporte metálico y aporrea la madera. Enseguida se pone a gritar mi nombre. Vivo en una calle tranquila que termina en un terraplén del ferrocarril. Como ya he comentado, es un callejón sin salida, perdido, una calle que no ha sufrido aburguesamiento ni destitución. Estoy segura de que mis vecinos están mirando por las rendijas de sus contraventanas o por un resquicio de las cortinas, ávidos de curiosidad. Salgo del despacho y cruzo el largo y oscuro pasillo hasta la entrada. Me detengo detrás de la trémula puerta y tomo unas seis profundas inspiraciones antes de atreverme a hablar sin que me tiemble la voz o se me haga un nudo en la garganta.

—Vete.

Me oye y se queda quieto. Permanecemos en silencio a cada lado de la puerta cerrada. Apoyo la palma de la mano en el picaporte y descanso la frente en la madera. Le oigo respirar al otro lado y estoy segura de que él también me oye. La puerta está formada por tres paneles, la parte de arriba es un gran rectángulo y los otros dos más abajo presentan un cuidado ribete. La madera tiene manchas de un tono rojizo oscuro con un granulado pardo, veteado y enmarañado bajo el barniz.

—Abre, Cedar. Tengo que hablar contigo.

—No puedo dejarle pasar, pero tampoco puedo alejarme de la puerta.

—Voy a llamar a la Policía —digo al fin.

—Estoy aquí por la Policía —dice—. ¿No lo has oído? ¿No has visto las noticias?

—No.

—Por favor, déjame pasar ahora mismo para no llamar más la atención. No quiero que nadie me vea aquí y sospeche nada. Por favor, es verdad, te lo juro.

—¿Qué es verdad?

—Vienen a por ti.

Nos están agrupando. Eso fue lo que me explicó tu padre en cuanto le dejé pasar y apagué las luces. Por una estrecha mayoría, la Cámara de Representantes y el Senado han aprobado reforzar y dar nuevos poderes a lo que comenzó años atrás como la Ley Patriótica. Había artículos I, II, III y IV y ahora tenemos V, sección 2015, que sigue permitiendo a nuestro Gobierno confiscar bibliotecas enteras y bases de datos médicos en aras de proteger la seguridad nacional. Esta nueva y ampliada decisión, de hace apenas unas horas, otorga plenos poderes al Gobierno para determinar quién está embarazada en todo el país. Tu padre dice que el cirujano jefe que tenían ha sido despedido y el nuevo ha anunciado que las mujeres encinta serán retenidas en hospitales a fin de dar a luz bajo control. Es por tu propia seguridad y se nos pide que acudamos de manera voluntaria. Aquellas que se entreguen ahora mismo tendrán las mejores habitaciones. ¡Las mejores habitaciones! Siento un nudo en la garganta, pienso en el médico que seguramente se arriesgó conmigo. Me entregó la imagen de la ecografía. Lo sabía. Las mejores habitaciones. Es para morirse de risa. ¿Se entregarán las mujeres convencidas de que tener un poco más de intimidad, una mejor vista o una silla adicional merece la pena? Nosotros no iremos. Y tengo suerte, tenemos suerte. Porque utilicé esa vieja tarjeta del seguro de aquel trabajo que tuve en la revista de antiguos alumnos de la Universidad de Minnesota y será difícil localizarme. La tarjeta tiene un apartado postal y ninguna dirección. Pero en plena noche me incorporo de golpe con los ojos abiertos de par en par. Utilicé la tarjeta de crédito para comprar ropa de bebé en Target. Pagué con la tarjeta de crédito *online*. Me hundo bajo la maraña de sábanas. Madre me sigue el rastro a través de las compras del embarazo. Tu padre duerme junto a nuestra cama en un montón de almohadones del sofá. Ha replegado las alas. Estamos los tres juntos por primera vez. Pero ya nos han medio descubierto.

Ya está. El día pasa. No podemos dejarnos. Nunca más.

Sigo enviando el mismo mensaje telepático: «Llámame, mamá; llámame, papá; llámame, llámame». Marco su número, pero no están en casa. Hasta que un día alguien descuelga el teléfono al primer tono y se oye una voz de mujer que dice:

—Residencia de los Songmaker, ¿en qué puedo ayudarle?

Aunque la voz en exceso agradable no es la de mi madre, me resulta familiar. Obsequiosa, inquisitiva y demasiado ansiosa. Cuelgo el teléfono. Es un modelo antiguo negro de teclas translúcidas y números negros. No sé qué tipo de información guarda, ni si se puede acceder a los mensajes en el contestador de mis padres, ni si pueden rastrearne hasta localizarme. Aunque mis facturas de teléfono van dirigidas a un apartado postal, la dirección de mi casa debe de figurar en los archivos de la empresa.

Me paso todo el día oyendo esa voz cuyo soniquete resulta cada vez más siniestro: «¿En qué puedo ayudarle?». Una melodía paródica. «¿En qué puedo ayudarle?».

25 DE AGOSTO

He presenciado mi primera detención de hembra gestante esta mañana en el aparcamiento de un centro comercial adonde había ido tu padre para buscar unos sándwiches de Subway para los dos. Fue una tontería salir, pero nos había desorientado estar tanto tiempo recluidos y convencí a tu padre para que me llevara después de examinar con ojo crítico mi reflejo en el espejo y decidir que no se me notaba el embarazo. Cuando se nombra algo como «detención de hembra gestante», se convierte en un asunto oficial. Tomé precauciones. Me cubrí con un abrigo, aunque hacía calor, y, por supuesto, no tenía intención de bajarme del coche. En cuanto aparcamos, me agaché y bajé la ventanilla. Fue así como la vi. Era una mujer bajita con un blusón estampado rojo y blanco. Tenía la piel morena y llevaba un pañuelo amarillo intenso que le recogía el pelo en un alegre moño. Llevaba chanclas y yo estaba lo bastante cerca como para ver que tenía las uñas de los pies pintadas del mismo color rojo escarlata que las mangas del vestido. Tendría unos treinta y pocos años y parecía estar embarazada de siete meses; no saltaba tan a la vista, pero se le notaba lo suficiente al observarla más detenidamente para que los dos agentes de Policía, un hombre y una mujer, se le acercaran a preguntar. Mientras tanto, tu padre miraba en la sandwichería cómo los

artesanos sandwicheros elaboraban mi bocadillo y respondía a preguntas como «¿Trigo? ¿Queso Cheddar? ¿Jalapeños?». Por lo visto, los agentes pidieron ver el carné de conducir de la mujer. Ella parecía desconcertada y molesta, buscó en el bolso y sacó la cartera. Tal vez no hubiera visto las noticias. Y, por supuesto, no había hecho nada. Estaba convencida de que se trataba de un error. Ni se le pasó por la cabeza que su embarazo tuviese algo que ver. La agente de Policía cogió una libreta y examinó los datos del carné que fue anotando. La mujer embarazada increpó primero a la policía con agresividad. Después, cerró la boca formando una línea recta y, nerviosa, comenzó a mirar hacia la entrada de una gran tienda de calzado de precios bajos donde, quizá, aparecería algún amigo o familiar. Cuando, por lo visto, su nombre apareció en los archivos, el agente varón la cogió por el codo. La mujer se tensó. Forcejeó hacia la tienda de calzado y un gesto de angustia le cubrió el rostro. Un hombre surgió por la puerta, un hombre blanco que llevaba de la mano a una niña de piel morena un tono más claro que la madre, de unos cinco años.

Quizá la esposa había vuelto al coche a buscar el bolso, o quizá venía de otra tienda. El hombre miró a ambos lados de la acera con impaciencia. Quizá estuvieran comprando zapatos para la hija y él necesitaba ayuda para decidirse, o quizá a la niña no le habían gustado ninguno de los modelos de la tienda. La niña era una versión en pequeña de la madre, bonita y pizpireta. Llevaba un vestido de verano rosa con un estampado de margaritas blancas.

De pronto la niña divisó a su madre y la señaló con el dedo; los agentes intentaban persuadirla para que los acompañara al coche patrulla. La madre se negaba a hacerlo. El agente comenzó a tirar del brazo de la mujer embarazada mientras su compañera, con inexpresiva cara de póquer, se había situado ya al otro lado de la mujer e intentaba levantarla. El hombre, enfrente de la zapatería; se lanzó hacia delante mientras la mujer embarazada gritaba y se abalanzaba hacia él. Todos los viandantes en la acera y en el aparcamiento se detuvieron para observar la escena con el ceño fruncido. Debieron de haber reparado en que la mujer embarazada era impresionantemente atractiva y su suave y redonda tripa le otorgaba un aire de vulnerabilidad que la hacía aun más entrañable. El marido se acercó rápidamente con cara de tener una pregunta razonable en los labios. La policía lo ignoró y comenzaron a arrastrar a su mujer. Ella se resistió y clavó los pies en el suelo. El marido era un hombre de estatura media, pero parecía crecer con la ira y la beligerancia protectora que le estaba invadiendo. Se le hinchó el cuello y los ojos se le estrecharon; las venas le palpitaban. Agarró al agente varón e intentó tirarlo al

suelo, pero el policía, más ágil y entrenado, inmovilizó sin dificultad al hombre en el suelo y desenfundó la pistola. Apuntó a la cara del hombre. La niña, que había seguido a su padre, se detuvo en seco y comenzó a llorar, con el rostro arrugado como una flor. Un viandante tiró de la niña para alejarla dentro de la multitud. La agente consiguió arrastrar a la mujer hasta el coche, pero ahora el gentío que se había aglomerado ya era numeroso. Varias personas comenzaron a gritar. Un sonido terrible manó de la madre —un gemido, un chillido, un rugido—, mientras la introducían a la fuerza dentro del vehículo sin que ella dejara de patear. El agente varón, sentado sobre la espalda del marido, lo esposó mientras le retorció el brazo. Apuntaba con su arma a los transeúntes, que dieron un paso atrás, aunque algunos siguieron vociferando. El policía era un hombre joven. Sus labios desaparecieron en la roca blanca de su rostro hasta no ser más que dientes. Subió al coche sin perder tiempo y se marcharon sin prisas ni sirenas, de modo que se produjo una escena irreal y congelada, donde el único sonido que se oía era el llanto agudo y desgarrado de la niña.

Para entonces yo ya me había agachado completamente en el asiento. Había encogido las rodillas y rodeado los muslos con los brazos de manera que estaba hecha un ovillo protector en torno a ti cuando regresó tu padre con mi sándwich envuelto y un gran refresco en un vaso encerado con la pajita clavada dentro del corte en cruz de la tapa antiderrame.

—¿Lo has visto? —pregunté—. Se han llevado a la mujer embarazada.

Tu padre me miró con los ojos redondos y fijos.

—Estaba ahí dentro dudando sobre las mostazas; me lo he perdido.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Te ha visto alguien?

—No.

Salimos del aparcamiento en silencio y con mucho cuidado. La niña seguía llorando. La gente estaba agachada sobre el hombre esposado. Subí la ventanilla. Conforme nuestro coche se alejaba, me fue invadiendo una sensación de naufragio, un pánico creciente y náuseas. Cerré los ojos y dejé que me venciera y abrumara. La emoción fue propagándose dentro de mí como un hedor interior. Para cuando llegamos a casa, comprendí que no soportaba no haber movido un dedo. Cariño, tenía que protegerte. Aun así, me avergüenzo de ello. Entramos por la puerta trasera, por lo que al principio no vi la nota que alguien había deslizado por debajo de la puerta principal —un mensaje de Sera escrito a mano—: «No nos llames, cariño, y no nos dejes

mensajes. Estamos bien. Mantente a salvo. Nos hemos llevado todos los archivos».

Nombres de los ángeles

Zaphkiel, Zadkiel, Camael, Rafael, Haniel, Miguel, Gabriel, Malchedael, Asmodel, Ambriel, Muriel, Verchiel, Hamaliel, Zuriel, Barbiel, Advaquiel, Hanael, Gambiel, Barchiel, Geniel, Enediel, Amnixiel, Azariel, Cabiél, Dirachiel, Scheliel, Amnediel, Ardesiel, Nociel, Abduxuel, Jazeriel, Ergodiel, Ataliel, Azeruel, Adriel, Egibiel, Amutiel, Kiriél, Bethanael, Geliel, Requiél, Abrinael, Aziel, Tagriel, Alhoniel, Querube, Tarsis, Ariel, Serafín, Uricus, Amaymon, Paymon, Egyn.

Y luego está también Phil.

El ángel Phil es el séptimo espíritu de la Luna. Según un libro y los manuscritos prohibidos hace mucho tiempo en mi Iglesia, el ángel Phil puede transformar todos los metales en plata. Gobierna todas las cosas lunares y cura la hidropesía. Puede enseñarnos los espíritus del agua y hace que vivamos trescientos años. Tiene un cuerpo enorme y rollizo, mullido como una oscura y negra nube. Un semblante hinchado, inyectado en sangre y ojos llorosos. La cabeza calva. Dientes de jabalí. Su signo es la lluvia. A veces aparece como un rey montando a un ciervo. Un niño. Una cazadora con un arco y flechas. Una vaca. Una oca. Una prenda verde o plateada. Una flecha. Una criatura con muchos pies.

Y a veces solo es Phil.

Salvo lo de los ojos inyectados en sangre y la calva, y los dientes de jabalí, la descripción de tu padre, mi ángel Phil, se ajusta bastante a la verdad. Está sacado de los Tratados del doctor Rudd, que figura en la Colección Harley de manuscritos de la Biblioteca Británica. Pero estoy segura de que otras fuentes, principalmente yo misma, describirían a Phil desde un aspecto más íntimo como cariñoso, ardiente, grande, divertido, de buen carácter, un católico de la Teología de la Liberación que no puede intervenir en ninguna otra Iglesia.

Nos enamoramos el año pasado. O, para ser más exactos, Phil se enamoró de mí. Mientras preparábamos una función de teatro navideña, nos fuimos conociendo poco a poco —tomamos café, alguna copa—, pero tuvimos buen cuidado de vernos siempre en compañía de terceros. No fue hasta unos meses más tarde, una noche en que guardábamos el atrezo y examinábamos los accesorios en el sótano de la iglesia, que nos encontramos de pronto los dos solos. Phil se puso las alas. Le ayudé a abrochárselas por encima de la camiseta. Se dio la vuelta. Su barba y la espesa mata de pelo parecían absurdas con las alas. Los dos enmudecimos.

—¿Siempre quisiste ser un ángel? —le pregunté.

—Siempre me mandan hacer de pastor —respondió.

—¿O de hombre sabio?

—Un poco de talco en la barba y una bata de terciopelo. No hace falta nada más.

Le miré fijamente a sus dulces ojos. Tenía una mirada serena y amable. Antes de darme cuenta, estábamos en el suelo.

Habían cerrado la iglesia y apagado las luces desde lo alto de las escaleras. No vieron la bombilla encendida al fondo del almacén donde yo miraba primero a los listones de color miel del viejo techo de madera, luego a Phil en un primerísimo plano y, por último, a los fragmentos de mármol del pulido suelo de terrazo. El armario del vestuario y atrezo fue demasiado para nosotros. Nos quedamos allí durante horas, toda la noche. Me probé una toga, un manto, un velo y el casco de centurión romano. El se puso unas sandalias. Supongo que fue un sacrilegio, pero también fue muy divertido. Hicimos el amor vestidos de Jesús, María, José, el Arcángel Gabriel y Santa Claus. Éramos los tres Reyes Magos, Herodes, Pilato y dos pastores gais. Y, por último, hicimos el amor como nosotros mismos. Nos quedamos dormidos sobre una pila de ropa, despertamos al amanecer, colgamos el vestuario en su sitio y nos marchamos, unos amantes exhaustos avanzando lentamente hacia un nuevo mundo.

Nos seguimos viendo, pero yo intenté poner algo de distancia, alejarme de él, si podía. La mayor parte del tiempo, no lo conseguía. Decidí que, si él no preguntaba por métodos anticonceptivos, yo seguiría sin usarlos. Pero un día preguntó, de tal modo que me hizo ver que quería que los usara. Así que ser padre no entraba en sus planes, vaya. A finales de la primavera, adquirí una prueba de embarazo y, cuando supe con toda seguridad que iba a tenerte, me senté en el diminuto jardín trasero de mi casa. Me recliné sobre el tronco de

un hermoso arce azucarero que crece allí; desplegaba las festivas borlas rojizas que preceden a los brotes nuevos.

Lo único que yo tenía muy claro era que quería tener a ese niño.

No estaba segura de estar enamorada de tu padre por aquel entonces. Oh, me encantaba estar con él —de eso no cabía la menor duda—. Estaba incluso fascinada (¿encaprichada?). Y él me hizo saber que estaba loco por mí. Pero el amor duradero es mucho más complejo y surge de un conocimiento más profundo. Creo que se necesita tanto el instante como algo más profundo para calificar algo como amor; nosotros teníamos lo primero sin lugar a dudas. La cuestión era que, salvo Glen, los hombres me habían jodido la vida. Y en los últimos tiempos, por regla general, se habían vuelto radicalmente inseguros. En el seno de muchas iglesias, los hombres formaban clubes supersecretos, con subcapítulos todavía más secretos. No había forma de saber si Phil formaba parte de uno o no. Si hubiera pertenecido a uno de esos clubes, no me lo habría dicho aunque se lo preguntase. El día que me hice la prueba de embarazo, el teléfono sonó mientras yo esperaba sentada bajo el arce. Entré a toda prisa para responder. En cuanto oí su voz, solté «estoy embarazada» y colgué de golpe; me encerré en el cuarto de baño, me preparé un baño caliente y me sumergí en él hasta que el agua se quedó fría y añadí más agua caliente, y así sucesivamente hasta que al fin oí a tu padre, que aporreaba la puerta pegando voces. No abrí la puerta. Había tomado la decisión de que, si bien era posible que lo amara, no me fiaba de él. ¿Estaba loca? No lo creo. La cuestión es si estoy loca ahora.

—No voy a irme, lo sabes. —Phil me mira y se pone a comer el bocadillo de salchicha—. Pertenezco a esta casa, quiero estar contigo y nuestro bebé.

Phil es vegetariano la mayor parte del tiempo, pero le encanta la carne y se vuelve carnívoro en momentos de estrés. Su familia es italiana y española, pero remontando al menos más de un siglo atrás, cuando vinieron a instalarse en Pig's Eye^[9], como se conocía Saint Paul en aquellos tiempos. Los antepasados de Phil trabajaban en la construcción, y levantaron la basílica y la catedral. Canteros, carpinteros, alicatadores, albañiles, yeseros y pintores. Y Phil acabó de feligrés en una iglesia poco atractiva, de estilo modernista, sin más adornos que vidrieras con formas geométricas (un romboide y un paralelogramo). Nuestra iglesia tiene un campanario austero y torcido, y un tesoro de atrezo heredado de dos escuelas católicas que fueron derruidas años

atrás. Bancos de madera sencillos. Tapices abstractos. Y ese suelo de terrazo que reluce, pulido por borrachos reinsertados.

Entonces, ¿le amo o no le amo? Hijo, le necesito. Es difícil separar una cosa de la otra.

Sin embargo, Phil es el bicho más raro que haya, una persona genuinamente buena, que no alardea de su insólita bondad y que, a pesar de esa bondad suya, tiene sentido de la ironía.

—Me voy a mi casa solo el tiempo que necesito para recoger mis cosas — dice—, y me llevo una llave para que puedas cerrar la puerta.

La felicidad de Phil irradia toda la mesa. Extiende la mano maciza y cuadrada y me sujeta los puños cerrados en la palma de su mano. Nunca he tenido que depender de nadie de esta manera desde que era niña (por comida, protección y seguridad). No quiero depender de nadie así ahora.

—¿Le has contado a alguna amiga lo del bebé? ¿A tus padres? — pregunta.

Le he hablado a Phil constantemente de Sera y Glen, quizá porque estoy muy preocupada por ellos, pero no le he dicho nada de la dulce y extraña voz que contestó al teléfono. No le dije nada de todos los mensajes que he dejado ni de la nota que encontré por debajo de la puerta. Le cuento todo y su gesto se vuelve tan serio que enseguida me sacude una enorme ansiedad. Siento una opresión en el pecho; me cuesta respirar. Se le entrecorta la voz cuando se dispone a hablar. Carraspea, nervioso.

—No sé qué decir...

—Dios mío, ¡odio cuando la gente dice eso!

—Vale, Cedar. En estos momentos es un delito dar amparo o ayudar a una mujer embarazada, de modo que, si Glen y Sera lo saben, es posible que hayan decidido desaparecer.

Escuchar que de pronto eres un peligro para los demás, amén de estar en busca y captura, infunde algo de miedo. Me siento apabullada; apenas puedo hablar.

—Glen y Sera no saben que estoy embarazada; si no, ya estarían aquí. Pero se lo he contado a mi familia Potts. —Y entonces, porque necesito cambiar de tema, doy un puñetazo sobre la mesa—. Phil, necesitamos más comida.

—De acuerdo. Me pasaré por la tienda de alimentación al volver.

—Toma.

Le doy la lista de artículos no perecederos con alto contenido en proteínas que anoté para Rainbow Foods^[10]. Me alegro de haber ido a la compra

cuando lo hice, pero estoy nerviosa. Le explico que necesitamos un filtro de agua, y él arquea las cejas y pregunta:

—¿Dónde voy a conseguir todo esto?

—En una tienda de material de *camping*.

También le doy algo del dinero que saqué del banco.

—Menos mal que todavía no se me nota —digo—. Nadie del vecindario lo sabe.

El gesto de Phil cambia; se inclina sobre la mesa y me coge la cara entre sus manos de obrero. El amor se apodera de su rostro y sus ojos, y me corta la respiración.

—Se te nota ahora, Cedar —dice—. Se te nota. Quiero que lo recuerdes. Ni siquiera te asomes a una ventana.

Phil no vuelve y, por supuesto, no consigo localizarlo, ni a mis padres, ni a mi familia Potts. Los localizadores de teléfonos móviles ya no pueden apagarse, por lo que Phil ha enterrado nuestros terminales, envueltos en capas de plástico, en el cementerio de los Pioneros y Soldados. A veces funciona internet, pero le he explicado a Phil lo de las apariciones de Madre y está de acuerdo conmigo en que no podemos utilizarlo. El miedo que siento al abandonar la casa me lleva a hacer lo que hago cuando me entra el pánico: leo y escribo para distraerme.

Das pataditas; me recuerdas tu existencia. Una actualización. La semana pasada, comenzaste a absorber azúcar del líquido amniótico que has estado tragando. Tu pequeño sistema digestivo ya puede asimilar lo dulce. Tu médula ósea fabrica células sanguíneas mientras las papilas gustativas empiezan a formarse en tu lengua. Tu cerebro y las terminaciones nerviosas están lo bastante maduros como para percibir el tacto. Te rozas la cara con un dedo y te chupas el pulgar. Ya mides más de diecisiete centímetros y pesas tanto como cuatro barras de mantequilla. Si eres niña, ya has fabricado todos los huevos que necesitarás para el resto de tu vida. Si eres niño, esta semana te han salido los tuyos.

Difícil no amar a Phil Algunos hombres huelen bien y otros no. Sabrás a lo que me refiero si eres una mujer que respira el aroma del rabillo de un melón a la hora de elegirlo, o si el olor a celinda o lila te cautiva, o si paseas por una zona de tierra boscosa y sabes por una mera bocanada de aire que el suave,

húmedo y carnoso pie de una seta ha brotado de la tierra muy cerca. Los hombres huelen bien de diferentes maneras. A vainilla salada. Tierra caliente. Hierba fresca. Hojas amargas. Algunos son perturbadoramente inodoros. Otros se dopan con colonia. Puedes percibir el miedo, la vanidad, la mezquindad disimulada, un corazón solitario, la envidia y los pensamientos crueles. Del mismo modo, la seguridad en sí mismo. Incluso la bondad. Puedes percibir también si le gustas a un hombre.

Phil huele como si hubiera estado tomando el sol aunque no lo haya hecho, y es más cálido que la mayoría de la gente. Tiene la piel muy suave en la parte superior de los brazos, los hombros y el pecho, pero tiene las manos callosas porque le gusta trabajar con la madera. A veces huele como ese momento limpio y sincero cuando una sierra corta un tablero. Hay un matiz entre moreno y dorado mediterráneo en todo lo que atañe a Phil. Incluso su voz tiene ese color, de una profundidad soleada. Phil tiene cinco años más que yo. La primera vez que oí a Phil, estábamos los dos sentados a una mesa con banco corrido en una cafetería. Alguien me dijo que le hiciera sitio y me moví hacia Phil. Desprendía el leve olor chamuscado a algodón recién planchado. Después, con una pizca de sudor. Me entraron unas ganas locas de lamerle el cuello.

Phil sigue sin llegar.

Como tantos muchachos de Minnesota, Phil se crio a base de productos lácteos que llevaban la imagen de la Doncella de la Mantequilla Land O'Lakes^[11]. Es el logotipo que aparece en el cartón encerado del paquete de medio kilo: una preciosa y voluptuosa india de rodillas en un paisaje con un gran lago, sujetando un plato de mantequilla. Y, como tantos muchachos de Minnesota, Phil le doblaba las rodillas para formarle unos pechos. Miraba fijamente la delgada sombra del canalillo mientras se comía la tostada. Fue una constante en su vida. Aquella noche en la sala de atrezo, disfrazado de Jesús, confesó que, después de conocerme, la Doncella de la Mantequilla comenzó a atormentar sus sueños. La joven salía de la caja azul y amarilla vestida con una piel de ante corta y con flecos. Dijo que llevaba mocasines de cuero de tacón. Se parecía a mí. «Qué halagador», le respondí, queriendo

decir lo contrario. En su sueño, en vez de mantequilla, la chica le ofrecía nata montada, crema agria, leche entera y *mozzarella* fresca. «Eso no es un producto fresco de Land O'Lakes», le objeté a Phil. «Lo sé, pero la *mozzarella* fresca es una de mis comidas favoritas. Es redonda y escurridiza», respondió. Me contó que cuando apenas tenía veinte años se especializó en la Universidad de Minnesota en Biología de la Vida Salvaje y pensó en hacerse ornitólogo, pero se dio cuenta de que en pocos años quedarían escasas aves para investigar y que estudiaría la historia de las aves en la Tierra.

Phil me contó que, más o menos en la época en que comprendió todo esto, su única relación seria acabó mal. Hizo una promesa: no hacer daño a nada ni a nadie. Salvar la naturaleza. Decidió entregarse a la preservación del hábitat de los pájaros y obtuvo una licenciatura en Ecología. Sin entrar en detalles, me explicó que se había saltado la ley. También se había infiltrado en algunos grupos con los que disentía. Actuó solo, dijo, porque pudo. Ahora me pregunto a qué se refería. ¿Porque pudo? ¿Porque era un hombre blanco con otros hombres blancos en un mundo donde eso le abría las puertas de esos grupos? Cuando hizo esa promesa, luchó tan duro, dijo, que pensó que se le había olvidado el amor humano.

—Va a ser que no —respondí entonces, mirándole a los ojos.

—Va a ser que no —contestó, mirándome a los míos.

29 DE AGOSTO

Estoy tecleando a altas horas de la noche, intentando contenerme para no conectarme a internet, cuando Phil golpea en la ventana. Corro a abrirle la puerta y Phil entra tambaleándose, cargado con dos bolsas de los supermercados Cub y una mochila negra y desgastada, llena a reborar. Está sin afeitar y tiene aspecto cansado, con los ojos inyectados en sangre de puro agotamiento y el pelo tieso de lo sucio que lo lleva. Le ayudo a sentarse a la mesa y le sirvo un vaso de agua. Me anuncia que no queda nada de comida en las tiendas. Todo el mundo ha caído en la cuenta de que habrá escasez de alimentos al mismo tiempo, de modo que la gente se está abalanzando sobre la comida para abastecerse. Los supermercados abren con un horario extraño, en el momento en que llega algún cargamento.

—¿Dónde has conseguido esto? —Revuelvo el contenido de las bolsas—. ¡Mantequilla de cacahuete! Cóctel de frutos secos. Muesli, guisantes, maíz, galletas de agua, más mantequilla de cacahuete. Judías blancas cocinadas.

—Del sótano de la iglesia —explica Phil—. Restos de algún funeral y alguna boda. Tengo más en el coche.

—Tarros de queso.

—Ningún producto fresco, pero los venden en la calle por todas partes. Es que estamos en agosto. He oído que el mercado de agricultores sigue funcionando. No es que no quede nada de comida hoy por hoy, pero ha cundido el pánico pensando en un futuro a largo plazo.

—Deberíamos conseguir productos frescos. Yo los secaría y congelaría. ¿Crees que habrá electricidad?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

Phil se queda callado, bebe agua a grandes sorbos; parece nervioso.

—¿Y cómo es que has tardado tanto en volver?

Phil me atrae hacia su regazo y busco el refugio de su pecho. Entonces me cuenta que hay un apagón informativo total: no hay periódicos, ni televisión y solo funciona la radio de vez en cuando. Nadie sabe exactamente lo que está pasando. Hay quioscos de periódicos por toda la ciudad donde se aglomera la gente para compartir rumores. Estuvo fuera mucho tiempo porque se dedicó a comprar muchas armas. No hay nada que añadir después de la frase «muchas armas».

—Las tengo bajo llave en el maletero. He dado marcha atrás en el césped. Pensé que debía hablarte de ello antes de meterlas en casa.

Me aparto del regazo de Phil y camino por la cocina, colocando y enderezando las cortinas de cuadros blancos y amarillos, que se deslizan por unas barras de imitación bronce. Lo de las armas es algo absolutamente incomprensible. Es como si Phil me hubiera dicho que tenía un rinoceronte con una correa ahí fuera. Mi familia jamás ha tenido un arma en casa; hemos apoyado varias campañas para acabar con la violencia por armas de fuego. No somos de ese tipo de liberales que alardean de no ser ultraconservadores remilgados pero luego presumen de sus armas. Somos gente con principios. Había dado por sentado que Phil opinaba igual que yo.

—No podemos tener armas aquí —le digo.

—Yo tampoco quiero —responde Phil—. Pero tarde o temprano llegaremos a esto. Ya están ofreciendo recompensas a todo aquel que entregue a una vecina, conocida, familiar o lo que sea que esté embarazada. Hay carteles. Anuncios en las farolas. Es verdad.

Me zumban los oídos. Apenas me sale un hilo de voz.

—¿Qué hacen con todas esas mujeres?

—No lo sé.

Phil se levanta y me abraza.

—Se dice que...

Prefiere no terminar la frase.

—Dímelo.

Y me lo dice. Han desaparecido todos los presos del país. La mayoría de la gente asegura que les han practicado la eutanasia. O que los han puesto en libertad, lo que Phil no cree. Las cárceles son para las mujeres.

—Creí que los hospitales...

—Esos también.

—¿Y qué hay de los bebés?

Me abraza más fuerte, sin mirarme. Percibo los latidos de su corazón. Al cabo de un momento, me susurra:

—Se quedan con algunos.

—¿Algunos?

Sigo entre sus brazos, pero me flaquean las rodillas y comienzo a temblar. No tarda en sujetarme con fuerza. Hunde el rostro en mi pelo y ahora advierto lo cansado que está por cómo se le caen los hombros. Sin embargo, cuando habla, parece enfadado, no exactamente conmigo, aunque me mira al hablar con voz trémula:

—Está pasando lo que dijeron que pasaría, Cedar. ¿No te acuerdas?

—¡No!

—Llevan un registro, Cedar. ¿Lo recuerdas?

—No.

—¿Cómo pudiste haberte librado? Fuiste al médico.

—Mi médico me dejó marchar. Te lo conté. Y deja de mirarme así.

—Ya.

Baja la vista y se mira los pies. Habla al suelo como un hosco adolescente. También huele como un hosco adolescente: a sudor rancio, ropa vieja y gasolina.

Aparto la mirada y me centro en lo único que recuerdo del médico cuando me hice la ecografía y en sus preguntas. ¿Farfulló algo? Había algo más, estaba segura de ello; había algo más. «Tenemos a uno», dijo. El brusco significado de esas palabras me impide repetir las. Dijo que las mediciones estaban bien, creo recordar. Pero lo de «tenemos a uno» parece indicar lo contrario.

Das pataditas y volteretas. Estás agitado. Necesito tranquilizarte porque me fallan las fuerzas ahora mismo. No puedo encajar otro golpe más. Te hace daño.

—Está bien. Ya he tenido suficiente. —Me centro en el olor a gasolina en su ropa—. También has conseguido gasolina.

—Lo poco que había. La bombeé en bidones de plástico porque creo que nos la robaron de los coches. Ninguno de los dos tiene un depósito que cierre con llave. Será mejor que aparcemos los coches en la parte de atrás de la casa.

—Tengo que hablar con mis padres.

—Ese es otro tema.

—¿Qué?

—Creo que están bien. Siéntate.

—¡Cuéntame!

—Sí, claro. Fui a casa de tus padres, ya que no lograbas localizarlos por teléfono. No sabía si tardaríamos mucho en poder salir, si es que salimos alguna vez, o si tendremos que huir. Pensé que sería bueno decirles a tus padres que estabas bien. Así que llamé a la puerta de la casa y una pareja que no encajaba con la descripción de tus padres me abrió.

—¿Quiénes eran?

—Se mostraron evasivos cuando les pregunté cómo se llamaban. Me invitaron a pasar.

—¿Lo hiciste?

—Claro. Se mostraron sumamente educados. Les pregunté si eran parientes, lo que hacían en la casa, etcétera. Dijeron que estaban cuidando de la casa hasta que Glen y Sera volvieran. Les pregunté de dónde y se mostraron muy intranquilos. Empalagosos. Les tenía muy muy preocupados el paradero de los Songmaker, dijeron. Justo se disponían a preguntarme si yo sabía dónde se encontraban. Tenían la esperanza de que yo tuviese alguna información sobre ellos. Respondí que no, y expresaron su decepción con un enorme histrionismo. Después, trajeron una tarta.

—¿Una tarta?

—Una tarta de limón recién hecha. Estaba muy rica.

—¿Te comiste la tarta?

—Quería saber lo que estaba pasando. Todo me parecía como una especie de sueño. No paraban de hablar de tus padres, del cuidado que tenían con todas sus cosas, de lo mucho que atendían la residencia de los Songmaker y de que si por casualidad me topaba con ellos que no dejara de informarles de que había visto a Glen y a Sera y además, por cierto, quién era yo. ¿Qué relación tenía yo con la familia Songmaker? ¿De qué los conocía?

—¿Qué respondiste?

—Que solía trabajar para ellos, como paisajista. Estaba preocupado por si el jardín iba a llenarse de malas hierbas.

Nos quedamos abrazados mucho tiempo, en silencio, respirando sin más. Al cabo de un momento, le pregunté quién estaba al mando. Phil dijo que Dios. Le dije que esa era la cosa más aterradora que había oído, y él me contestó:

—Sí, yo también. Por eso compré los fusiles de combate Bushmaster.

30 DE AGOSTO

Phil esconde nuestro pequeño arsenal en los huecos que hay en el sótano y, a última hora de la tarde, bajo con él para comprobar lo que ha organizado para nuestra protección. Los ha depositado con cuidado sobre unas toallas, los nuevos con su manual de instrucciones; está aprendiendo a utilizar cada uno de ellos, a limpiarlos y cargarlos. Hay cinco armas. Un revólver Rossi, un 38 especial con designador láser en la empuñadura que proyecta una luz sobre la persona a la que vas a matar para que no falles, y esta tendrá un segundo rojo de aviso de que está a punto de morir. Tiene una desgastada escopeta de pistón de calibre 12 con seis cajas de perdigones y otras seis cajas de cartuchos de bala para caza mayor. Otra escopeta de calibre 12, negra, escalofriante, como la otra, pero que da todavía más miedo. Un fusil de última tecnología al que Phil da pequeños golpecitos y llama Bushmaster. Hay municiones para él, y, por último, veo un extraño y decorativo rifle tributo a la última batalla de Custer. Viene en un estuche con una etiqueta en el lateral.

—¿Es de verdad?

—Ábrelo.

Levanto las bisagras del estuche y ahí está, metido en una falsa gamuza.

—¿De dónde lo has sacado?

—De donde he sacado todos. Uno de los compañeros feligreses es vendedor de armas. Se lo compré a él.

Saco el rifle y lo sujeto bajo la luz. Ambos lados de la culata están profusamente decorados: un lado presenta un grabado de tipo «fragor de la batalla», con retratos de George Armstrong Custer y sus dos hermanos, Thomas y Boston. En el otro lado aparecen los jefes Agalla, Perro Bajo, Toro Sentado, el explorador crow Curly, además del único mando superviviente de Custer, un caballo castrado llamado Comanche, grabados con esmero con un acabado que parece oro de verdad.

—Lo conseguí a buen precio, porque es una réplica, un Winchester de palanca modelo del 73. A ver, funciona, pero no es tan útil.

—Pero ¡caray!

—¿Pero caray?

—Me está entrando esa sensación de volver al Viejo Oeste. Creo estar invocando al espíritu de mi desconocido padre que tal vez era lakota. Podría estar emparentada con los tipos del lado indio de este rifle, ¿sabes?

No responde.

—¿Lo conseguiste para mí?

Phil se encoge de hombros.

—No lo sé. Estaba ahí. El quiso que me lo llevase.

Guardo el rifle en el estuche especial. Después, acaricio el cañón del Bushmaster semiautomático. Suave como el vidrio y caliente. Me dan de pronto ganas de vomitar. Estoy hecha un lío, desconcertada. Creo que de verdad me gusta el rifle tributo a la última batalla de Custer.

—Guárdalos, Phil —le digo—. Deshazte de ellos. Hiciste una promesa de no hacer daño.

Pero en realidad es a mí misma a quien más temo.

Se recuesta. Las armas yacen esparcidas entre nosotros. Respira hondo, aguanta la respiración y me mira. Tuerce el gesto y no sabría decir si lo que veo son lágrimas o gotas de sudor. Algunas le caen por las mejillas. Resopla con fuerza, sacude la cabeza y sigue trabajando.

31 DE AGOSTO

Hemos decidido que necesitamos información tanto como cualquier otra cosa, y que Phil trabaje en la iglesia y vuelva aquí en secreto. Si no consigue gasolina para hacer funcionar el coche, supone una caminata de seis kilómetros y medio. Pero ha conseguido averiguar que la ciudad se está adaptando, como suelen hacer las ciudades. A pesar de las interminables colas que se forman cada vez que llega algo, desde gasolina hasta mantequilla, la gente se ha organizado enseguida. Hay fechas y horarios para vender e intercambiar de todo, y centros vecinales para difundir información. Ya hay emisiones clandestinas de radio, cable ilegal, algunas conexiones inalámbricas intermitentes de internet e incluso alguna señal borrosa de televisión. Phil trae del sótano de la iglesia un viejo televisor y una radio, que probamos a horas intempestivas, como las cuatro o las cinco de la mañana.

Una madrugada, vemos la imagen de Madre que aparece y desaparece de la pantalla. Tiene un aspecto más demacrado, mayor, con un toque verde que recuerda la cabeza del Mago de Oz.

—He vuelto —dice la mujer, con una mirada feroz y exhausta, y el ceño fruncido—. No han conseguido destruir a Madre. Siempre estaré aquí para ti.

Se pasa la lengua por los labios y susurra:

—Me pregunto si tienes el valor suficiente para salvar al país que amamos. Necesitamos que seas una patriota. Necesitamos que te presentes voluntaria. Si eres una mujer, y si estás embarazada, dirígete a cualquiera de nuestros Centros de Acogida de Futuros Hogares. VV. ¡Nuestros jefes están esperándote!

Doy un manotazo a los mandos y me giro hacia Phil.

—¿De qué va todo eso? ¿Voluntaria para qué?

—No querrás saberlo —me avisa, como de costumbre.

—Dímelo.

—Va de óvulos y esperma congelados. Son centros especializados.

—¿Con jefes?

—Y, mejor todavía, con comida de verdad.

—¿Qué es eso de W?

—Vientres voluntarios. Escucha.

Por la radio alguien describe una incursión que han llevado a cabo en una clínica de fecundación *in vitro* miembros de alguna organización militante de la que nunca hemos oído hablar. Planean utilizar mil vientres voluntarios para gestar los embriones que han liberado del congelador de esa clínica. Hay interferencias. Se produce una brusca interrupción y se oye la voz de una joven:

—Nos hemos llevado los restantes. Los embriones que no llevan la etiqueta de «caucásicos». Nos los vamos a quedar todos y a conservarlos. No vamos a matar a ninguno. Todos son sagrados.

Las noticias siguen: los patos no son patos, y los pollos no son pollos; los insectos son nutritivos, y hay mariquitas del tamaño de un gato.

1 DE SEPTIEMBRE

Descripción adicional: el ramal ferroviario abandonado de mi jardín trasero aún no ha sido convertido en pista ciclista. Esto, a su vez, se mezcla con un astillero medio abandonado y cubierto de maleza y varias hectáreas de un parque municipal que conduce a un pasillo de naturaleza salvaje, un barranco,

un enmarañado bosquecillo de árboles ahogados por enredaderas y un escarpado terraplén que desciende bruscamente hasta los fangosos promontorios de un lago apacible y semiescondido. Debido a la fortuna de esta convergencia, siempre pude observar un número poco frecuente de aves y animales para alguien que vive en la ciudad. Ahora que no puedo salir de casa, me paso el tiempo junto a la ventana más discreta, el magnífico panel rectangular que da al jardín trasero. Instalo un escritorio debajo del ventanuco donde puedo escribirte a diario y, ya que me paso tanto tiempo aquí, observo a los pájaros que vienen a comer los frutos morados de dos grandes moreras. Pensé muchas veces en cortar esos arbustos. Las moras que dejan en el suelo dan para cubos enteros y, durante todo el mes de agosto, el jardín huele a vino. Ahora me alegro de no haberlo hecho. Quizá el año que viene, si llegamos allá, pueda intentar secar las moras. Quizá pueda recogerlas por la noche. Veo ardillas trepando arriba y abajo por el roble que podría proporcionarnos, ahora que lo pienso, una fuente de comida de emergencia en otoño, si consigo descubrir qué hacer con las bellotas. Las amigables ardillas. Les pegaré un tiro con el rifle tributo a la última batalla de Custer. De vez en cuando se acerca un ciervo. Diviso conejos, ardillas listadas, varios tipos de pájaros carpinteros, gatos del vecindario, pinzones, petirrojos, trepadores, gorriones, cornejas, cuervos y mis pájaros favoritos, los carboneros. Hay una serpiente de jarretera que vive debajo de unas rocas amontonadas en la esquina del jardín. He visto un zorro, ratas, patos y un pavo salvaje. Supongo que veo más animales que cualquiera de mis vecinos contiguos, porque ellos poseen fuertes y seguras vallas metálicas en la linde con el terreno del ferrocarril.

Hoy he visto algo que no había visto nunca. Un pájaro del tamaño de un águila desciende en picado desde el roble hasta las ramas de la morera y revolotea entre las hojas. Tiene una cola muy larga y parece engancharse en la corteza y las ramitas con garras que le salen de la punta de las alas, como un enorme murciélago. Vislumbro la cabeza (no tiene pico, ni plumas); parece una lagartija de color rosado. Sus plumas son de color azul pizarra con puntas negras. El ave, o lo que sea, parece comer tanto los frutos como los insectos que revolotean en torno al arbusto y trepan por la corteza. Es un ser elegante de movimientos fluidos, precisos y certeros, que se comporta exactamente como un ave-lagarto. Resulta fascinante. Busco los prismáticos plegables y observo la escena todo lo que puedo. A pesar de lo que esto me indica sobre el destino de los seres vivos y del mundo en general, no puedo dejar de contemplarlo. Tengo la sensación de que el tiempo se repliega sobre sí mismo

—es el mismo trance y toma de conciencia que experimenté en la sala de ecografía—. Me doy cuenta de algo: yo no soy el final de las cosas, sino el principio. Me paso el resto del día sorprendentemente exultante. Hago mis ejercicios y leo mis libros. La jornada transcurre deprisa y utilizo un poco de salsa picante que compró Phil para condimentar un plato de fideos tailandeses con mantequilla de cacahuete para la cena. Corremos las cortinas y cenamos a la luz de unas velas, no solo porque sea romántico, sino por si acaso alguien intentara mirar por la ventana. Le enseño a Phil el dibujo que hice en tu libreta o carta.

—Un *Archaeopteryx* o algo parecido. Probablemente no se trate del verdadero organismo transicional, sino de alguna especie muy próxima. Tal vez un *Confuciusornis*. ¿Pudiste verle bien la boca? ¿Tenía dientes?

Phil no puede contener la emoción al igual que yo y, después de cenar y aunque es la hora del atardecer, se sienta en el jardín trasero a esperar por si aparece el pájaro. Dice que otras personas han oído hablar de avistamientos de animales raros en diferentes sitios. Añade, con voz entrecortada, que algunos científicos han estado jugueteando con reparaciones genéticas.

—¿Y eso qué significa?

—No sé si es con plantas, animales o personas. O tal vez con bebés. La razón por la que mantienen recluidas a todas esas mujeres embarazadas.

—«Recluidas»; eso no suena nada bien.

El corazón se me acelera, suena una alarma e inmediatamente intento borrar sus palabras. Phil sigue hablando.

—Cada sistema de administración parece controlado por un grupo distinto. Cada servicio municipal negocia con otros servicios. La gente está formando sus propias milicias ciudadanas, sus propias partidas de rescate, escondiendo a las mujeres embarazadas. Aunque nadie sabe nada seguro. Lo primero que ocurre con el fin del mundo es que no sabemos lo que está pasando.

Más tarde, desde mi ventana, observo a Phil sentado en la linde del jardín con mis prismáticos en su regazo. De vez en cuando los levanta y escudriña, expectante, entre la copa del roble y las moreras. Tiene los hombros desarrollados y fuertes; su pelo negro y muy corto está despeinado. Tiene una boca llena de pasión y una nariz recta. Todo su ser se me ofrece sin reparos y me resulta irresistible contemplarlo. Admirar a tu padre me colma de ternura. Chiquitín, aquí estamos, en la semana veintitrés y tus pulmones presentan su

surfactante. Practicas pequeños ejercicios respiratorios y apenas conseguirías sobrevivir en una unidad de cuidados intensivos neonatales, pero los vasos sanguíneos de tu cerebro son tan frágiles que podrías sufrir una hemorragia, sobre todo en lo más hondo del cerebro, la matriz germinal, así que estás mucho mejor conmigo. La semana que viene tendrás ya formado el oído interno para el equilibrio. En cuanto a mí, empiezo a tener leche. Me estoy preparando para ti. Y debo decirte, ya que nos tendremos que esconder cuando nazcas, supongo, que no se me ha dado nada mal hoy estando metida en casa. A veces se me da bien vivir con limitaciones. Además, en cuanto oscurece y la calle se queda en silencio, salimos los tres juntos.

Nuestra calle nunca ha tenido mucha iluminación y ahora unas pocas farolas se han apagado. La luz no llega al bosque, que es el sitio adonde vamos. Un pequeño sendero que conozco serpentea entre los árboles y, una vez que ha salido la luna, alcanzamos a ver lo suficiente como para poder caminar.

Mientras avanzamos por la oscura senda, con paso corto y arrastrando los pies, oímos ruidos por todas partes. Pequeños crujidos, sonidos escurridizos, extraños ululatos y ásperas toses de animales nocturnos. Phil lleva una de las armas y aun así estamos nerviosos. Pero estar fuera y caminar juntos libremente es un placer tan intenso que soy consciente de cada detalle en exceso —la más mínima caricia de aire en el rostro, la suavidad del mantillo, la rugosidad de la corteza bajo mis manos, el roce de las hojas en la ropa y la piel—. Todo me llena de una venturosa conciencia. Deslizo una hoja negra entre los dedos y recorro el rígido nervio del centro. Engullo a bocanadas la oscuridad, el suntuoso tumulto de la tierra.

3 DE SEPTIEMBRE

Al parecer, el servicio postal de los Estados Unidos ha llevado a cabo negociaciones secretas con algunos estados; es decir, con cada estado que ha decidido no responder al Gobierno Federal, que quizá ni siquiera exista ya y que podría ser una de las entidades supercorporativas que han contratado ejércitos mercenarios que no tienen país sino dinero verde. Todo el funcionamiento del correo está financiado con el intercambio de dinero en metálico entre el cliente y el cartero. El cartero coge el efectivo y paga a la Guardia Nacional para su protección, al mismo tiempo que cobra un sueldo. Enviar una carta cuesta 1 dólar. El servicio postal se ha convertido en la única forma segura de comunicación de larga distancia, y ahora todo el mundo lo

utiliza. Hay dos repartos diarios. Es una mañana tranquila. Llevo despierta desde el amanecer, escuchando los tenues y secretos arrullos de las palomas en los árboles detrás de la casa. No sopla el menor viento y las hojas no se mueven. Phil no está. Yo solía conocer la mayoría de los trinos de los pájaros, pero ahora hay nuevos sonidos entre las hojas. Algunos son amenazantes y secos; otros, encantadores y dulces, a la vez que familiares y extraños.

De pronto se oye el rugido de un motor, de un camión muy ruidoso. Aparto una esquina de la cortina y observo el reparto del correo. Un transporte de personal armado patrulla la calle. Un soldado se encarama detrás de una ametralladora giratoria mientras otros dos vigilan a su lado con fusiles de asalto. Vestido con el mismo uniforme azul apagado de siempre, con un casco y un chaleco antibalas, nuestro cartero del barrio se baja del lado del copiloto del vehículo. Es un hombre enjuto, de origen coreano, cuya sonrisa le dibuja suaves arrugas en la comisura de los labios. Se llama Hiro. Comienza su recorrido habitual a pie, absorto en el correo que ha clasificado, asegurándose de que los nombres coincidan con las direcciones y repartiendo los sobres por encima del brazo. En la calle, a su lado, los soldados se mantienen alerta y escrutan los tejados mientras apuntan con las armas de un lado para otro y hablan por grandes teléfonos portátiles que parecen antiguos *walkie-talkies*.

Me retiro al salón, me siento en el viejo sillón verde de la esquina y espero. El correo cabe por la rendija de latón que hay en el panel junto a la puerta principal. Desde donde estoy sentada, diviso la cesta en la que cae el correo. Mientras espero a que Hiro enfile la acera de mi casa, suba los peldaños hasta mi puerta y deslice el correo por la rendija, oigo el lento y sordo engranaje de la aguja principal del reloj de la cocina conforme avanza. En el árbol del jardín trasero, las palomas huilotas cantan de nuevo. El motor del camión ruge, se mueve y titubea. Tú das pataditas. Los pasos de Hiro se acercan. Deja el correo en mi casa y se aleja. Solía conversar con Hiro cuando traía el correo y de repente me abrumba el silencio. Me levanto de la butaca y camino hasta la puerta para recoger el correo. Hay dos sobres comerciales, uno de Holy Seal^[12] y otro de Children's^[13] tres facturas, que supongo que todavía habrá que pagar; dos periódicos, que podrán o no encajar en el tema del número actual de *Zeal*; y una carta de Eddy.

Querida Cedar:

Las cosas por aquí están siendo interesantemente caóticas. Hemos tenido que blindar la tienda, ya que se han producido muchos saqueos. Nuestra tribu ha formado una milicia acuartelada en el casino. Muchos

de los nuestros ven en el colapso del Gobierno una manera de mover ficha y recuperar nuestras tierras. Ahora mismo a nadie le importa un rábano lo que hacemos. Aun así, odio tener que decir esto, pero dentro de una generación dará igual. Esa es la realidad de la situación. Los más adinerados se harán con la tecnología para reproducirse, y esos pocos *Homo sapiens* (como mucho unos cientos de miles, ya que hay medio millón de embriones norteamericanos congelados y no todos ellos llegarán a buen puerto), esas pocas personas, serán dueñas del resto de nosotros, los simios.

Salvo tú. Y tu bebé. No suelo soñar, pero el otro día tuve un sueño. Soñé que tu bebé nacía como una luz.

Así que ven aquí lo más rápido posible.

Todavía me las arreglo muy bien, a pesar de mi preocupación por ti. Por favor, ven aquí y quédate. Tu madre está fuera una gran parte del tiempo, ya que participa en vigilias al aire libre de veinticuatro horas en el césped que hay junto al santuario. Tu santa ha sido vista recientemente y vaya si está cabreada. Ya te lo comentaré más adelante. El camión de correos pasa por la carretera principal cada tres días y tengo que correr para que se lleve esta carta. No te preocupes, todos tenemos comida. Hemos trasladado todo lo de la tienda al sótano de casa y los alimentos tienen una larga fecha de caducidad (los pastelitos twinkies más o menos cuarenta años). ¡Engordaremos! La abuela está bien y tu hermana, como no puede ver la televisión, se ha terminado *Así habló Zaratustra* y está inmersa en la biografía *Una vida de Simone Weil*, ¡ja, ja, ja! Te adjunto copias en papel carbón de algunas de las últimas páginas.

PÁGINA 3032

Sueño negativo

En el sueño que no concilio cada noche, hallo el consuelo espiritual que me permite no suicidarme a lo largo del día siguiente, atormentado por la falta de sueño. Llamo a este estado mental, en el que pienso en dormir sin poder conciliar el sueño, sueño negativo, a falta de un vocablo mejor. Pues es negativo del mismo modo que un trozo de película oscura refleja la sombra de la imagen de una fotografía; no pretendo incluir en la palabra un juicio de valor. Sobre todo porque, dentro de este pensamiento crepuscular, las sensaciones positivas florecen. Despierto en medio de la noche, experimento el gozo de la respiración al entrar y

salir de mi cuerpo sin esfuerzo. Cuando acompaso la respiración con las exhalaciones levemente congestionadas de Cielo, tomo conciencia de la dulce generosidad del tiempo. Esto es la eternidad, en este instante, pues la eternidad no es más que la conciencia del paso del tiempo. Yacer junto a mi esposa durante tres horas y apreciar completamente cada inhalación que tomamos juntos. Es una bendición. La cuarta hora es la que resulta en verdad horrible. La ansiedad se inmiscuye sigilosamente. Pensamientos sobre las obligaciones del día siguiente, que se amplifican ante la desesperación por no poder descansar. Resentimiento. Ella duerme bien; ¿por qué yo no? Y peor aún. Ella se da la vuelta y resopla cuando yo al fin me quedo roque provocándome lágrimas de frustración. El cerebro comienza a desvariar. El cerebro se sale del cráneo y recorre la casa en busca de un lugar mejor donde descansar.

¿El suelo? ¿El sofá?

Solo con el mayor de los esfuerzos consigo regresar a un estado de sueño negativo, o eso o una pastilla. He probado muchas y algunas funcionan durante un tiempo, pero todas las que son eficaces también resultan adictivas, y yo deseo tener solo una única adicción: el pensamiento. Los placeres de la mente. El pensamiento me salva al final. Descubro que, si intento resolver algún espinoso problema ético o planificar las próximas páginas de mi manuscrito, concentrarme en algo abstracto desencadena una rápida avalancha. Me vence un sueño ligero. A medida que la luz inunda la habitación, me sumerjo, mecido, en un estado de duermevela y, para cuando Cielo se levanta, me he dormido de verdad. Profundamente. Si nadie me despierta, puedo quedarme en este estado comatoso durante horas y horas. Pero casi siempre sucede alguna emergencia que debo atender en torno a las nueve de la mañana. A menudo me levanto con gran amargura. Sin embargo, los recuerdos de mi sueño negativo me sacan adelante y no me suicido.

P. D.: Debo garabatear esto: visita sorpresa de los nagamons.
Bimibatoog.

Me ha emocionado tanto recibir una carta de Eddy y lo que dice en la última línea (que busco en mi diccionario de ojibwe y descubro que se refiere a canción —es decir, a gente que canta, o sea a Songmaker—) que cometo el error de abrirla junto a los pequeños ventanucos rectangulares que flanquean la puerta de entrada. Cuando suena el timbre, instintivamente miro por la ventana y me topo de bruces con la cara de Hiro. Me sonrío con gravedad y agita una carta con un resguardo verde, algo que por lo visto tendría que firmar. Abro la puerta sin pensar y luego intento cerrarla, pero es demasiado

tarde. Hiro advierte de inmediato mi estado de embarazo y se coloca justo delante de mí, ansioso por ocultar mi presencia desde la calle. Tapona la puerta, no hace el menor comentario y me entrega la carta. La dirección está escrita a mano con una caligrafía que no reconozco y no tiene remitente.

—¿Sabes de quién es? —pregunta.

Cuando le respondo que no tengo la menor idea, Hiro me quita el sobre de la mano con delicadeza y retira el resguardo verde antes de devolver el correo.

—Dado tu estado, te recomiendo que no lo firmes —dice—. Te recomiendo que no vincules tu nombre con ninguna dirección física. Y que no le abras la puerta a nadie más.

Doy un paso atrás para ponerme a salvo en un lugar más oscuro en el pasillo y Hiro escudriña la calle.

—Tendré una carta para enviar mañana —digo.

—Déjala debajo del felpudo sin que sobresalga, sin que se vea nada. Pégale el dólar. No dejes que te vea nadie.

Hiro alza un dedo y lo agita:

—¡Nadie! —sentencia.

Después, se marcha.

Camino de vuelta hasta la cocina y, ensimismada, observo el jardín trasero con los prismáticos, y luego sin ellos durante una hora larga. Al fin siento menos ansiedad por todo (por la aparición de mis padres en casa de Eddy y por saber que Cielo se ha dado «a la fuga» según dijo Eddy en ojibwe). Y yo, tonta de mí, dejándome ver delante de Hiro. Consigo prepararme un plato de maíz fresco y mantequilla —sí; ambas cosas están disponibles—. Pensé que este sería el último maíz que llegaríamos a ver, ya que se trata de un cultivo que depende en gran medida de la tecnología, pero, como ha sido modificado genéticamente, es posible que eso le salve de la completa extinción. No hay forma de saberlo. Las cosas no se extinguen a un ritmo uniforme ni predecible en absoluto. Phil me ha dicho que ya no se produce brócoli ni coliflor. Alguien le contó que todo lo que crece es como una especie de repollo silvestre incomedible. Sin embargo, hay maíz y, mejor aún, palomitas de maíz. Phil encontró debajo del fregadero de la iglesia bolsas llenas que habían sobrado de una proyección de *La Pasión de Cristo* un Viernes Santo.

Como sola, llenándome la boca de palomitas y mirando la niebla en la televisión, llena de interferencias, con un borboteo de palabras no inteligibles. Estoy ansiosa por cualquier migaja de información, supongo, aunque se trate de garabatos incomprensibles. Echo tantísimo de menos a mis padres, a las

dos parejas. Y ahora siento una honda preocupación por Sera y Glen, ya que Eddy y Cielo les habrán contado, sin lugar a dudas, lo de mi embarazo, lo que les hará regresar a la ciudad, donde creo que los persigue la misma clase de gente de espeluznante buena voluntad que ocupa ahora la vivienda de mi infancia. No puedo imaginarme qué habrán hecho Glen o Sera salvo llevar la vida que siempre han llevado, aunque quizá eso sea suficiente.

Queridos Eddy, Gran Mary y familia:

Estoy bien y no necesito que ninguno de vosotros ni nadie venga a verme, ya que tengo ayuda y me encuentro perfectamente. Ha sido maravilloso saber de vosotros y escribiré de nuevo pronto. Solo os pido que os cuidéis mucho. Por favor, decidme cuál es el motivo del cabreo de mi santa particular.

Un beso,

CEDAR

5 DE SEPTIEMBRE

Trabajo en el escritorio ante la ventana con mosquitera que da a la parte trasera de la casa. Las hojas son de un intenso verde, y el trino y parloteo de los pájaros se funde con el flujo de mis pensamientos. De pronto levanto la mirada. Hay un hombre joven. Mira por la ventana, con las manos ahuecadas sobre la frente para protegerse del reflejo del cristal. Veo el contorno de su cara, expectante y acalorada. Sus ojos recorren la habitación. No sabría decir si me ha visto o no. Me deslizo de la silla y me agacho debajo del escritorio, desde donde apenas logro ver la cocina y la puerta de atrás. El picaporte de la puerta amarilla de la cocina se gira lentamente cuando este muchacho con cabeza de globo intenta entrar. Pero la puerta está cerrada con llave. Siempre lo está. Ahora suena un batiburrillo de voces por el lateral de la casa y diviso a dos hombres jóvenes. Son de complexión clara y lozana y van bien vestidos

con camisas de cuello con botones de suave tono naranja y coral. Tienen torsos robustos y las camisas nítidamente remetidas en pantalones vaqueros planchados y abrochados con cinturón. Llaman a la puerta. Aguanto la respiración. Silencio. Me arrastro siguiendo la pared debajo de la ventana, hasta el salón. Desde donde puedo ver mi lado de la puerta de entrada.

—¡Sabemos que estás ahí! —grita uno de los jóvenes con voz alegre y ligera—. ¡Me llamo Clark! No tienes por qué esconderte. ¡Y este es Emeric! ¡Somos amigos! Solo hemos salido a inspeccionar el barrio. ¿No has recibido nuestro boletín? ¿Y la invitación?

De pronto me acuerdo de la carta con acuse de recibo, que, con la conmoción de recibir la carta de Eddy, dejé en la mesa del recibidor. No la miré. Deben de estar hablando de eso, de la carta y de la invitación. Veo cómo se desliza una hoja de papel por debajo de la puerta y resbala sobre el linóleo del vestíbulo. Me parece que los oigo alejarse, pero no estoy segura. Dejo el papel ahí mismo. Lo observo hasta que anochece.

Estimada/o vecina/o:

¡Te invitamos a un picnic! Los registros de la vivienda nos indican que todavía no has notificado tu cambio de dirección a la nueva autoridad residencial y estamos preocupados por la titularidad de la casa. Podría producirse una extinción del título de propiedad. Esta es la oportunidad para resolver cualquier problema respecto a tu permiso de residencia y conocer a nuevos amigos. Habrá comida por gentileza de los Unificadores. Por favor, trae el carné de conducir u otra forma de identificación expedida por el Gobierno de los Estados Unidos, así como un justificante del título de propiedad.

8 de septiembre, de las 17:00 a las 22:00. Bajo la carpa del parque del Verdadero Maná.

¡Nos vemos allí!

CLARK Y EMERIC
Unificadores

Cuando Phil llega a casa, rodeando el edificio discretamente hasta la parte de atrás, le enseño la invitación y le pregunto dónde se encuentra el parque del Verdadero Maná.

—Yo diría que es el parque a la vuelta de la esquina —dice.

Y me dirige esa mirada penetrante con el ceño fruncido que he aprendido a reconocer como la que pone cuando me va a dar alguna noticia inquietante.

—Ese es el parque Manito.

—Hay nombres nuevos —me explica.

Después me informa de que hará dos o tres mañanas se les puso nombres nuevos a todo. Todos los letreros de las calles se cambiaron de la noche a la mañana. Fue un proyecto descomunal, muy impresionante. Incluso se cambiaron las calles con números.

—Ahora son... —balbucea—, bueno son versículos de la Biblia.

—¿Ya no vivo en la calle Boutwell?

—Bueno, sí según el servicio postal de los Estados Unidos. Todavía operan bajo el mando de un director general de correos seglar. Por lo demás, vives en Proverbios 10, 7.

Espera, creo que conozco ese versículo.

—¿«La memoria del justo será bendita; mas el nombre de los impíos se pudrirá»?

—Sí, algo así.

Phil y yo nos sentamos juntos en el sofá, sopesando el hecho de que alguien quiera saber nuestros nombres, que seguramente estarán clasificados dentro de los impíos que han de pudrirse. Las contraventanas están cerradas. Nos quedamos ensimismados en un pétreo silencio. Alarga la mano, me coge la mía y me agarra la muñeca con los dedos. Nos quedan pocos días para decidir qué hacer y mi mente baraja varias opciones. ¿Ir al picnic disfrazada de alguna manera? ¿Cómo? Ahora ya se me nota la tripa. Ni siquiera yo puedo negar que mi embarazo salta a la vista. Hiro lo advirtió enseguida. ¿No acudir y esperar a ver qué pasa? ¿Huir? ¿Huir adonde? Pero Phil ya se ha adelantado y me propone algo muy diferente. La luz es muy tenue, apenas el resplandor de una de las velas de las dos docenas de cirios que Phil se llevó de la iglesia. El sofá es amplio y ancho, una herencia de segunda mano de la sala de juegos de la casa de los Songmaker, con gruesos almohadones de pluma muy mullidos. Phil me recuesta en los cojines y me mira, con el rostro ensombrecido.

—Cedar.

Le cambia el gesto, se desliza junto a mí hasta terminar de rodillas en el suelo con la cara apoyada en mi tripa. Levanta los ojos hacia mí y la cálida luz acaricia sus facciones.

—¿Quieres casarte conmigo?

6 DE SEPTIEMBRE

Así fue como tu padre y yo decidimos casarnos. Phil vuelve hoy a la iglesia para falsificar firmas y papeles, sellos y credenciales. Dice que nuestro cura está ayudando a mucha gente. Va a fabricar un certificado de matrimonio para nosotros, y Phil lo llevará al picnic junto con el título de propiedad de la casa y cualquier otro papel que consigamos amañar para que parezca que los dos somos uno solo. Por supuesto, yo me encontraré fuera en algún retiro espiritual de la parroquia. Phil posee cierto carisma social que ha ido perfeccionando en su trabajo y será de gran ayuda. Creo que, de algún modo, conseguirá convencer a la asociación de vecinos de que él es legítimo, o que ambos lo somos. En cuanto a lo de casarnos, sé que suena a mera formalidad, como si lo hubiésemos decidido por conveniencia, pero no teníamos esa sensación.

Al contemplar la densa y sonora vegetación detrás de la casa durante el día, pienso en lo felices que Phil y yo podemos ser físicamente. Cuando eso sucede, cierro los ojos y escucho el rugido y parloteo del mundo que pasa a mi lado como un torrente. Nosotros también pasamos a toda prisa. El viento nos azota a su paso. Duramos tan poco. Somos un diente de león de un solo día. Una semilla que se desliza por el hielo. Somos una pluma que cae del ala de un pájaro. No sé por qué nos fue dado ser tan mortales y tan sensibles. Es una broma cruel y gloriosa.

Te escribo a vuelta de correo. Los nagamons ya se han marchado. *Ingiwiindamowaunanig*. Según tu madre, Kateri Tekakwitha apareció en una nube de neblina hoy hace exactamente dos semanas. Es verdad que se le apareció a Jeff «Skeeters» Monroe durante una borrachera y después de una pérdida monetaria inusualmente dolorosa. Pero, puesto que es de fiar en lo demás, en el consejo tribal (risa desternillante), ella sostiene que su versión del suceso es creíble.

Skeeters dice que una hermosa joven india, vestida con la ropa tradicional, emergió poco a poco de una nube y se mantuvo en equilibrio en la punta del pedrusco. Descendió de un salto en un revuelo de piel de ante y permaneció de pie sobre la hierba. No había ninguna sonrisa beatífica en su rostro, sino una mueca acerada. Lo miró fijamente, durante largo rato, según él. Tenía el pelo castaño, los ojos marrones y la piel de un suave tono dorado. Y dijo: «Todos vosotros no sois más que una panda de idiotas».

Jeff fue el primero en dejar la bebida y el juego y, después de él, se ha producido una ola de votos de sobriedad. Allí donde ella pisó la hierba, justo bajo sus pies, se marcaron a fuego dos cruces en la tierra.

Por supuesto, hubo quienes visitaron el lugar y a continuación hicieron una fuerte apuesta al día siguiente, convencidos de que ella mejoraría su suerte. Ya no sé adonde va a parar todo ese dinero del juego. Perdemos el rastro de las cosas. Intento convencer al consejo para que vigile muy de cerca los ingresos del casino y recupere nuestras tierras, pero aquí hay una especie de sensación de sálvese quien pueda. Sin embargo, hasta en los más depravados, para quienes la vida y la muerte son siempre motivo de juego, hay cosas con las que no se puede bromear (Edgar Allan Poe). El mundo se ha vuelto más Herodes que el propio Herodes. El gigantesco reloj de ébano con pulmones de latón, cuya música hacía palidecer hasta al más necio, ha sonado.

Así que hay una gran emoción. Ha habido vigiliias las veinticuatro horas del día y de la noche.

Cielo está de vigilia ahora mismo. A menudo la gente tiene alucinaciones en épocas de estrés. Aun así, creo que tu santa tiene razón.

7 DE SEPTIEMBRE

He pasado todo el día construyendo con gran meticulosidad un escondrijo para la comida en el sótano. Tengo la caja de herramientas y el taladro. El muro/cimiento del sótano está hecho de hormigón, de dos bloques de grosor, salvo por un lugar insospechado que me enseñó un electricista hace mucho tiempo cuando instaló el cableado para una habitación informática del antiguo propietario. Hay otro pequeño hueco debajo de los cimientos del porche trasero. Si aflojo dos bloques con una palanca, puedo deslizar por ahí unos contenedores de plástico herméticos y unas latas, y luego colocar de nuevo los bloques. Ya he guardado ahí los cigarrillos, pero necesito ensanchar la abertura. Me paso la tarde picando el mortero y, poco a poco, consigo sacar los bloques. Una persona de corpulencia normal incluso podría caber en ese hueco verdaderamente espantoso y claustrofóbico. Pero yo no. Tengo el tamaño de lo que solía llamarse en la Edad Media un tonel de un moyo. Peso tanto y estoy tan abultada ahora que muchas veces pienso que ojalá me pudieran mover sobre ruedecitas.

Tú ya tienes cejas, pestañas e incluso un poco de pelo. Tus huellas dactilares de las manos y los pies ya son legibles y ya se han formado los complejos componentes de tus ojos, aunque no vayas a abrir los párpados hasta dentro de un par de semanas. La vista es el último sentido que se desarrolla. Las conexiones nerviosas de tus manitas se siguen perfeccionando.

Tu cerebro, el gran interrogante, ha estado fabricando cinco mil neuronas por minuto desde que tenías cuatro semanas de vida. Cada célula nerviosa es capaz de crear diez mil conexiones. Durante todo este proceso, las neuronas han estado migrando de manera constante hacia sus lugares de destino. Supongo que saben adonde tienen que ir desde el mismo momento de su formación. Viajan por oleadas, millones cada día, avanzando por los tubos gliales. Ahora ya tienes todas tus neuronas, miles de millones de ellas, y cada segundo se establecen dos millones de conexiones entre ellas, más conexiones que estrellas hay en el cielo.

Mientras pienso en todas estas cosas, recluida en el sótano, ocupándome de poner a buen recaudo el alijo y colocando de nuevo los bloques de hormigón en el muro, oigo el grito de una mujer. Después, el ladrido desquiciado de un perro de pecho ancho. El agudo chillido parece provenir de los árboles en el fondo del jardín. El ladrido también. Subo las escaleras a toda prisa y, por la ventana de atrás, no diviso a una mujer sino una enorme y poderosa mancha de color arena. El animal se abalanza por el aire hacia un labrador chocolate con cara de susto, que desaparece entre sus patas. La cosa, una especie de gato gigante, puro músculo e increíble astucia, clava sus largas garras delanteras en las ancas ensangrentadas del perro, que se asfixia ahí mismo y, a continuación, arrastra la cabeza y el torso del perro hasta la copa del enorme roble. Deposita el cadáver en el hueco de unas ramas y luego se estira a lo largo de otra.

Cuando Phil entra por la puerta, lo llamo para que venga a la cocina y le cuento lo del gato gigante sentado en el roble que mastica ruidosamente al labrador chocolate.

—No sabía que a los pumas les gustara el chocolate —dice.

Lo miro fijamente hasta que él aparta la vista, antes de girarse y devolverme la mirada.

—Has perdido el sentido del humor.

—Eso no tiene gracia.

Phil baja los ojos y se mira los zapatos; me doy cuenta de que le he herido en sus sentimientos.

—No te estás enterando de lo que esto significa —digo con la mayor gravedad—; hay un gato con dientes de sable en el roble que se está comiendo a un labrador chocolate.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y, de pronto, sin previo aviso, ambos estallamos en una carcajada descontrolada, loca y débil, hasta que terminamos tirados en el suelo sin aliento.

Esa noche, salimos al tejado en lugar de al jardín y Phil arrastra con él el Bushmaster. Nos sentamos en el pico bajo, a la sombra de la pequeña chimenea de ladrillo. Desde allí, ya que nos encontramos en la ladera de una colina, divisamos el arbolado a medio crecer que ha sustituido a los grandes olmos y que desemboca en los kilómetros de distritos que se extienden al sur del centro de la ciudad. Hay barrios de clase obrera y barrios desfavorecidos con viejas casas victorianas desvencijadas de una planta, como la mía, arracimadas y separadas unas de otras tan solo por una pequeña franja de césped o quizá una valla. Todo está a oscuras. Apenas parpadean unas luces. Muy de vez en cuando, una hoguera o un fuego más grande iluminan algún rincón de la ciudad. Esta noche, una casa escupe enormes llamas naranjas. El griterío suena demasiado tenue y lejano para poder oírlo. Incluso el crepitar de los disparos, a lo lejos, parece tan intrascendente como una traca de petardos. El cielo ha florecido y luce estrellas exuberantes. Jamás había visto unas estrellas así. Profundas, centelleantes y suaves. Me tranquilizan porque nada de lo que le hemos hecho a este planeta las afecta. Pienso en las neuronas de tu cerebro, conectándose, ramificándose, formando la capacidad que espero será maravillosa. Se están conectando, como galaxias. Quizá funcionemos como neuronas nosotros también, interconectando pensamientos en el gigantesco barro de Dios.

—¿Qué ha pasado en realidad? —le pregunto a Phil—. ¿Tú lo sabes? ¿Ellos lo saben?

—Tu explicación de que Dios se ha cansado de nosotros tiene más o menos tanto sentido como el resto de teorías que he oído —responde Phil.

De nuevo tengo la sensación de que quiere ahondar más, decir algo que tiene en la cabeza. Pero me toma la mano entre las suyas. Sus manos siempre están calientes y me dejo arropar.

Al cabo de un rato, habla de nuevo y ambos sacamos a relucir todo lo que hemos aprendido o leído en las clases de biología, respecto a duplicaciones en el genoma humano. Cómo los genes duplicados y los segmentos de cromosomas duplicados sugieren que nuestro genoma se ha duplicado, incluso más de una vez. No queda claro cuándo sucedió, pero aproximadamente en torno a la época en que divergimos de uno de nuestros antepasados vertebrados (¿hará unos 500 millones de años, mil años arriba o abajo?). En todo caso, esta duplicación significa que nuestro genoma está repleto de reorganizaciones y repeticiones. Está plagado de redundancias. Por un lado, todo esto nos aporta cierta ventaja evolutiva ya que tenemos alguna

flexibilidad incorporada. Una copia de una secuencia de ADN puede mutar, puede incluso averiguar si desempeña correctamente su nueva función, y a menudo existe una de reserva para poder continuar. Sin embargo, la mayoría de las veces, es donde ocurre esa cosa extraña.

Nos callamos. Phil aparta el pesado fusil y me abraza. Yo sigo contemplando el cielo.

—¿Esa cosa extraña?

Discutimos sobre la manera en que ese gen redundante, o gemelo, se convierte en una especie de gen fantasma, un pseudogén silencioso. Una secuencia de ADN en versión original.

—Así que imagina, metafórica y físicamente, lo que dice eso de nosotros —observo.

—Llevamos dentro de nosotros la historia de nuestros avatares genéticos.

—Y convivimos con ellos, y nuestros cuerpos son conscientes de la exitosa historia de nuestras propias mutaciones.

Así es: tranquilamente plegada y sólidamente unida al ADN en funcionamiento hay una sombra de uno mismo. Esto no sorprenderá a los poetas. Llevamos en nuestro interior a nuestros propios dobles genéticos, al menos en parte. ¿Qué sucedería si se activaran algunos de esos genes silenciados? No lo sé, pero ¿y si ocurriera? ¿Y si decidieran restablecernos a alguna forma de equilibrio físico anterior?

—¿Y si...? —pregunto, y tú me propinas una fuerte patadita—. Oye, siente esto.

Coloco la mano de Phil en el lugar donde he notado tu movimiento, pero ya te has cambiado de sitio. Comprendo por qué tanta gente no creía en la evolución hasta el pasado mes, y siguen sin hacerlo, y nunca lo harán. Significa que la gracia, la perfecta armonía física y, para citar a Darwin, la infinidad de formas cada vez más hermosas, no son más que el lento fruto de angustiosos fallos. A sus ojos, la evolución convierte la vida en la Tierra en el guión de una lucha sangrienta, torpe y despiadada, llevada a cabo con uñas y dientes. Por ello señalan alguna estructura milagrosa, como el ojo, donde cada parte depende de la siguiente, y dicen: «Ahí está. ¿Cómo podría darse esto gradualmente?». ¿Cómo podría producir la perfección algo que no fuera la misma perfección? ¡Imposible! Pero ahí está, pienso ahora, la evidencia codificada y encriptada en cada gota de sangre, cada par de pelos y uñas. Por cada elemento de diseño inteligente, por cada perfección, existen también los fantasmas de los fallos. Errores. Las ballenas tienen huesos de pierna y pelvis vestigiales, reminiscencias de su origen terrestre. Sobrevivimos con algunas

de esas imperfecciones y taras en nuestro diseño, siendo la más inmediata para mí la habitual incompatibilidad del tamaño de la posición erguida del ser humano y la pelvis de la hembra que camina con el tamaño de la cabeza de un bebé humano.

—No tengo miedo —le aseguro a Phil, solo por pura bravuconería—. De verdad, no me da nada de miedo tener a nuestro hijo.

—¿En este instante o todo el tiempo?

—Normalmente estoy asustada.

Hunde el rostro en mi pelo.

—Hay comadronas, comadronas clandestinas. Tenemos que buscarte una.

—¿Las hay?

—Acabo de oír hablar de ellas.

—Sí —afirmo, después de un momento—. Eso lo explica todo.

—¿A qué te refieres?

—Explica lo que está haciendo Sera y por qué hay gente de mentira viviendo en la casa de mi familia.

8 DE SEPTIEMBRE

Phil regresa del picnic vecinal con un plato de cartón lleno de embutidos y el horario de misas de la Iglesia Unificadora a la que nos animan con vehemencia a asistir. Dice que todos los templos serán requisados para uso federal.

—¿Federal? ¿Significa eso que hay un Gobierno?

—Un Gobierno eclesiástico. La Iglesia de la Nueva Constitución.

15 DE SEPTIEMBRE

No te he escrito. Cada vez cuesta más seguir el curso de las cosas. Duermo como si estuviera drogada, la mitad del día y toda la noche. Vivo adormilada. Phil dice que será porque estás dando un estirón. Nunca he estado tan soñolienta. He tenido que disciplinarme. Dije que se me daba bien vivir con limitaciones y es verdad, pero solo porque me atengo a un horario muy rígido. He planificado el día al minuto y sigo la programación al pie de la letra —no lo mejor que pueda, sino cueste lo que cueste—. No me permito venirme abajo ni quedarme en la cama, porque sé que, si me rindo, me encogeré en un ovillo sobre ti durante los próximos tres meses. Podría hundirme en un estado de pavor indiferenciado o volverme catatónica. Ese es mi secreto. Le oculto

esta verdad a Phil e incluso a mí misma: qué cerca estoy de desmoronarme. Y cuán vital me resulta mantener mi horario a rajatabla.

Me levanto todas las mañanas a las siete. Ese es mi primer acto de fuerza de voluntad y el supremo. Pero Phil ayuda. Me abraza. Me despierto, me giro hacia él y él me abraza. No le cuento lo que siento porque, a veces, se impacienta con nosotros. Normalmente me ayuda a levantarme de la cama, aunque en algunas ocasiones no comprende lo agotada que estoy y me apremia demasiado. Puede mostrarse incluso un poco brusco, aunque él también está sometido a mucho estrés y es posible que ni se dé cuenta de ello. Mis momentos favoritos son cuando te admira a ti, a los dos, nos acaricia y dice lo mucho que has crecido. Ese es el empujoncito que necesito para levantar el ánimo y salir de la cama. Voy al cuarto de baño y me lavo la cara con una pequeña toalla. Hundo el rostro en el paño húmedo y suele ser en ese preciso momento cuando me invade el miedo. Escurro la toallita y me observo. Veo la influencia de Cielo en mi cara y pienso en mi misterioso padre. No cabe la menor posibilidad de que yo lo encuentre ahora, pero no creo que pueda superar no conocerlo. Oscuro, dijo que era un indio de pura raza. Muy moreno. No saqué su tono de piel, pero siempre me preguntaré si mis manos, mis ojos o mis codos han salido a los suyos. Siempre me preguntaré si hablo como él, me río como él, camino como él, ya esté vivo o muerto. Y hay más cosas por las que me pregunto:

¿Será hoy el día en que me descubran y me detengan? ¿Y qué pasará entonces? ¿Qué te harán? Utilizo una crema limpiadora para lavarme la cara. La uso con moderación. No sé si podré comprar otra. Aunque tengo mis buenas existencias de cepillos de dientes. Y uso hilo dental a menudo, porque he oído decir que las mujeres embarazadas corren un riesgo mayor de tener caries y no cuento con seguro de salud dental. Además, ¿quién sabe si eso acaso importará? Después, me cepillo el pelo, que crece muy deprisa, por lo visto. ¿Será por las hormonas del embarazo o por el miedo? Seguramente por las hormonas. El estrés hace que se caiga el pelo. Me recojo el cabello en una toalla mientras me ducho. Me lavo el pelo día sí día no. Eso también es importante. Mantener el pelo limpio mejora mi actitud. Hay agua, fíjate. Y, la mayor parte de los días, luz eléctrica. Pero la gastamos con prudencia, nada de aire acondicionado, y yo apenas puedo moverme a causa del calor. Me visto lo mejor que puedo —no es que tuviera una provisión de ropa premamá por si acaso me quedara embarazada—. Phil deja que me ponga algunas de sus camisas viejas y todavía me caben los vaqueros sin abrocharlos. Llevo mocasines y calcetines mullidos. Estamos bien entrados en el mes de

septiembre y espero que pronto llegue un poco de frescor en el aire de la mañana, un atisbo del otoño que recuerdo de mi infancia. Solía ser mi época del año favorita. En cuanto al invierno, ha desaparecido; es una estación fantasma.

Desayunar es importante. Cuido mucho el desayuno. Ya no se ven huevos, pero todavía hay pan y también jalea. De hecho, tenemos mucha jalea. Sobras de los desayunos de la iglesia: frascos llenos, botes pequeños y tarros. Tomamos jalea con las tostadas, con los copos de avena y también pongo jalea en el té. Luego, llega la hora en que Phil se tiene que marchar, que es el segundo momento más difícil del día, en parte porque noto la necesidad que él tiene de irse.

No es que las cosas hayan cambiado de repente después de nuestras primeras semanas embriagadoras, vertiginosas y románticas. Es solo que tenemos enormes preocupaciones. Desvelos y miedos.

Cuando Phil ya se ha ido, viene lo más difícil. Aun así, no me aferró a él cuando se marcha. Existo sin más. No pienso ni en lo que va a venir ni en lo que ha pasado, ni siquiera dos minutos. Lo saboreo, lo toco y siento la vida que hay en él; asimilo todo lo que soy capaz de absorber de él. Me impregno de él. Después, la puerta se cierra e inspiro hondo. Suelto el aire muy despacio. Quisiera quedarme varada en el sitio para que Phil me encontrara donde me quedé cuando se marchó. Quisiera dejarme caer al suelo como un guñapo de ropa vacía. Quisiera llorar, y a veces lo hago, ¿por qué no? ¿Quién me va a oír en los órdenes angélicos? Pero ante todo me repito a mí misma que es la hora de los ejercicios diarios de embarazada. Una hora de estiramientos, pesas, cintas de resistencia y yoga de un manual. Si aguanto una hora, segregaré mis buenas endorfinas en el cerebro y conseguiré cumplir con mi redentora rutina cotidiana. Si no lo hago, no lo sé. Y no quiero saberlo.

Al fin, cuando termino los ejercicios, limpio una de las habitaciones de la casa que está junto a la cocina, que friego siempre. Solo limpio una habitación a la vez porque necesito rotarlas, necesito que se ensucien. Una vez acabada la tarea, me instalo ante el escritorio. Desde que estuvieron a punto de descubrirme, tengo mucha cautela a la hora de trabajar en el escritorio cerca de la ventana. Compruebo el jardín a través de las contraventanas, espero, soy paciente. Me planteo volver al cuarto de lavado, pero ese es mi límite. No puedo hacerlo. Si no pudiera contemplar los árboles, estoy segura de que sucumbiría al miedo que me atenaza. Al poder mirar por la ventana, consigo sosegarme lo suficiente como para poder trabajar en *Zeal* y escribirte a ti.

16 DE SEPTIEMBRE

He estado mirando fijamente el respaldo cuadrado de una silla de la cocina, una vieja silla de madera pintada de blanco, y llevo un buen rato con una serie de pensamientos que me parecen inimaginables en mí. No son pensamientos que pueda confesar. No puedo contártelos. Vuelven una y otra vez con tal persistencia que tengo miedo de estar perdiendo la cabeza. No, no puedo ni decirlos ni escribirlos, pero me pregunto si tú los percibes. ¿Puedes sentir y absorber de algún modo el contenido? Espero que no; ruego a Dios que no. Soy peligrosamente imperfecta y si fuera mejor persona no tendría estos pensamientos. Supongo que eso es bastante cierto. Pero, por otra parte, ¿cómo no tenerlos? ¿Cómo podría no tener esos pensamientos, cuando estoy atrapada por el contenido de mi cuerpo, por ti?

Más tarde, decido que tal vez no soy tan horrible por querer deshacerme de ti. En realidad, no es ni por ti ni por mí; es por la situación. Lo he olvidado. Si todo lo demás fuera predecible, podría aceptarte por completo. En serio. Estoy segura de ello.

17 DE SEPTIEMBRE

Se cerraron las fronteras hace años, las que separan los Estados Unidos —o lo que sea que seamos ahora— de México y Canadá. Ninguno de los dos países nos quiere. Sin embargo, por muy ilegales que seamos, Canadá sigue funcionando como vía de escape en el norte de nuestro país, aunque la valla está bien vigilada y constantemente se persigue a los fugitivos para devolverlos a su origen. Todavía existen muchas maneras de cruzar, a pie o en barco. Creo que eso es lo que han hecho Sera y Glen. Al saber que me escondo y con la preocupación de que nadie los siguiera, seguramente decidieron no venir a verme para dirigirse al norte. Espero que pudieran transferir sus bienes antes de que entrara en vigor la banca selectiva. Espero que no fuera la única que pensara en liquidar sus cuentas.

—¿Cuánto dinero nos queda? —pregunta Phil.

—¿La gente sigue utilizando dinero en efectivo?

—No siempre, pero la mitad de las veces aún funciona.

Ha conseguido la mayor parte de nuestro dinero en metálico vendiendo tarrinas de jalea en los bulliciosos mercadillos callejeros de la ciudad.

—1.000. Además compré cartones de cigarrillos.

Los ojos de Phil rebosan admiración.

—¡Cigarrillos! Puedo comprar de todo con eso. La gente fuma como loca ahora.

Tengo 1.000 dólares en billetes contados, envueltos en papel de periódico y escondidos en el congelador vacío. El resto del dinero está enterrado debajo de una baldosa junto a la puerta trasera. ¿Por qué no le cuento a Phil en ese momento todo acerca del dinero, las reservas de alcohol y las municiones? No lo sé. Pero, una vez que me lo he callado, resulta imposible decírselo ya. No digo nada.

—Debemos estar alerta ahora —me apremia.

—¡Estoy alerta! ¡Estoy tan alerta que ya no puedo más!

Phil me abraza y dice que se va a llevar el dinero y algunos cigarrillos para comprar una documentación falsa, para que podamos seguir los pasos de mis padres. Repite una y otra vez que no debo salir y que, bajo ningún concepto, debo dejarme ver delante de la puerta. Ha llegado a casa, donde me encuentra frenética y hecha un manojo de nervios, dando vueltas por una casa inexcusablemente desordenada (¡hay cosas fuera de lugar por todas partes!).

—No lo haré. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque te está costando.

Pero no es cierto. El no ha visto lo trabajadora y con los pies en la tierra que he estado todo el día. Y no resulta fácil con el fuerte viento, los árboles agitando sus ramas allá fuera, las hojas secas que cambian de color y el cielo de ese azul cálido y otoñal. Es muy difícil. Quiero salir. ¿No podría estar simplemente muy gorda, o jorobada, con una peluca de pelo blanco? ¿No podría ser simplemente un tipo barrigón o una monja? ¿Una monja? Claro que podría serlo, y Phil podría conseguirme un viejo hábito, ¿no? ¿Por qué no puedo salir allí fuera, entonces, donde sea, y caminar sintiéndome segura?

—Porque las monjas pocas veces llevan hábito —responde—, o nunca, como bien sabes. Saltaría a la vista, Cedar.

—Creo que no, Phil; de verdad. Yo he visto monjas vestidas con hábito.

—¿Dónde? Me refiero, además de en una residencia de monjas o un convento.

Phil parece exasperado y lamento mucho causarle más angustia, pero sinceramente no creo ser capaz de soportar un día más encerrada en casa.

—¿Dónde? —pregunta Phil.

—En los aeropuertos.

—Exactamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si vieras a una monja con hábito, es que sería de otro país, de Italia o América Latina o, qué sé yo, Polonia.

—¿En serio?

—¿Cuándo fue la última vez que viste a una monja por la calle o en un sitio normal?

Me quedo pensando.

—¿En el desfile del Orgullo Gay?

Phil se echa a reír y entonces se calla con la boca abierta y la mirada perdida, como si quizá estuviera recordando aquellos días.

Está bien. —Intento mantener la calma—. Ya se me ocurrirá otra cosa que ponerme para poder salir.

—¿Qué? ¿Un disfraz de elefante?

Me doy media vuelta, anonadada, incapaz de responder. Me levanto delante de él luciendo mi preciosa barriga. Se me llenan los ojos de lágrimas, pero soy incapaz de hablar. Me pongo a enderezar las cosas. Me cuesta mucho superar el día si las cosas de la casa no están colocadas en su sitio y perfectamente alineadas; aunque no sé por qué, nunca parecen quedarse quietas. Oh, no utilizo una regla de medir ni una cinta métrica. Puedo hacerlo solo a ojo, pero se ha convertido en algo importante para mí mantener en orden el pequeño mundo en el que te llevo.

—Vaya leonera he dejado que se forme —observo con calma—. Yo en mi disfraz de elefante.

—Todo está perfecto —responde—. Cedar, lo siento. No sé por qué te dije eso.

—Quizá ese sea tu verdadero tú. Quizá tú no eres quien yo creo que eres.

Phil se acerca a mí e intenta abrazarme. Lo odio. Siento una punzada de asco porque la chaqueta que lleva se cae al suelo y él mueve la silla sin querer y se queda desalineada con la mesa, pero entonces me estrecha entre sus brazos y me veo envuelta en su presencia humana. Se me acelera el pulso y me aferró a él con fuerza. Intento absorber su realidad, su normalidad, su no embarazo. Intento perdonar su mal genio y su exasperante agitación. Además, sé que algo falla en mi modo de pensar. Aunque no sé decir lo que es exactamente, ya que, por supuesto, me encuentro atrapada dentro de mi pensamiento.

—Vamos a largarnos de aquí —anuncia.

Hundo de nuevo el rostro en su pecho y acaricio con la mano el cuello de su camisa. Su densa mata de pelo negra ha crecido tanto que comienza a cubrirle la frente.

—Toma. —Me sujeta la mano, saca algo del bolsillo y, antes de que me dé cuenta, me desliza una alianza de oro en el dedo—. También tengo una para mí. —Se pone la alianza y me sonrío con esa inmensa y dulce sonrisa de Phil—. Ya está. Casados. Hola, cariño, ¿qué hay de cena?

Se me despeja la mente de golpe. Sé que está bromeando y me agarro a ello.

—Se me ha olvidado la cena.

—Esa es mi chica, y no pasa nada. He conseguido galletas de agua y queso.

—¿Galletas de agua y queso?

Clavo la mirada en Phil. Rompo a llorar, de pronto estoy llorando a moco tendido, los ojos anegados de lágrimas, que llevan todo el día presionando por salir, en una llorera que me desgarrar el pecho. Me duele el corazón como si lo hubieran vapuleado. No puedo soportarlo: ¡galletas y queso! Me recuerda todas esas veces maravillosas y normales en que comí galletas con queso con mis padres o amigos. Tantas veces en mi otra vida sin saber valorar lo reconfortantes y agradables que eran. Phil me coge la mano, me conduce hasta la habitación y cierra la puerta. Descubre las sábanas y me ayuda a ponerme cómoda con las almohadas. No dejo de llorar, de tener hipo, ahogándome en litros y litros de lágrimas. Siento vergüenza de mi ataque de llanto, pero no puedo evitarlo. Me disculpo una y otra vez mientras Phil insiste en que no pasa nada, nada de nada, pero al cabo de un rato se pone muy serio y me pregunta si yo haría el favor de considerar que es gilipollas. Que no soy ningún elefante. Que ahora debemos cumplir con nuestras obligaciones conyugales y que, con mi permiso, comenzará lo que, al fin y al cabo, forma parte de uno de los aspectos más importantes del matrimonio.

—Además, ¡mira! ¡Las alianzas! ¡Tenemos las alianzas!

Agita la diminuta cajita. Unimos las manos. La mía se parece a una garra, rolliza por el peso del bebé y con hoyuelos en los nudillos. Pero la alianza me cabe.

—Es una alianza preciosa —digo al fin—, y creo que estaremos bien.

Phil se mete en la cama a mi lado. Conforme empezamos a acariciarnos, siento que lo nuestro vuelve a estar bien. Sucede poco a poco, mirada tras mirada, interrogantes y besos. No creo que vayas a leer esto jamás. Sinceramente. Dudo incluso de que quieras hacerlo. Pero, si da la casualidad de que sí, siempre puedo arrancar la página en que hablo de cómo hacía el amor con pasión estando embarazada de ti, ¿verdad?, porque me imagino que

podría traumatizarte, siempre y cuando resulte que siga teniendo sentido el trauma psíquico en ese futuro.

18 DE SEPTIEMBRE

Ahora pesas lo mismo que ocho o doce barras de mantequilla y abres los ojos de vez en cuando. Debes de saber cuándo miro hacia la ventana; quizá te envuelva una suave luminosidad. Me pregunto si te sientes igual que yo algunas mañanas —te despiertas y te desperezas ante la luz con un agradable placer físico, antes de recordar—. Ayer, de hecho, noté tu hipo. Si eres niño, atento a la migración de los testículos; ya están de camino desde donde estaban, cerca de los riñones, bajando hasta su perfecto emplazamiento en el escroto. Si eres niña, tu clítoris ya está allí, obviamente, aunque tus labios aún son muy pequeños, una florecida diminuta. Y tienes mejores pulmones. Se te está cayendo ese extraño vello lanugo. Sé que plantearme este curso de tu desarrollo es mucho suponer; quizá sea más un deseo por mi parte. Sé que cualquier cosa puede suceder y no debería hacerme ilusiones. Pero soy tu madre y seguir tu desarrollo es lo que hacen las madres.

21 DE SEPTIEMBRE

En mitad de la noche nos despierta el ruido de alguien llamando a la ventana. El viento agita las ramas que rozan unas con otras y oímos una voz balbuciendo detrás del cristal. Salgo de la cama y me agacho en el suelo, todavía soñolienta, en una especie de persecución interminable, dramática y desconcertante. No nos atrevemos a mirar fuera. Phil me pone la mano en la espalda y me susurra:

—Quédate agachada.

Oigo cómo saca el Rossi cargado del cajón de la mesilla de noche. Se dirige sigilosamente a la cocina. El viento enmudece. Alguien habla. Entonces reconozco la voz de Eddy:

—Soy yo, Eddy. —Y añade—: Cielo y yo estamos buscando a Cedar.

Phil vuelve a hurtadillas. Me he escondido en el armario.

—Puede que sea Eddy —susurra.

Le respondo:

—Claro que es Eddy. —Sabía que de un modo u otro Cielo y él vendrían a buscarme—. Déjale pasar.

Phil le abre la puerta y Eddy se desliza en la cocina. Enciende una vela y ahí está el rostro de zorro de Eddy. Sonríe tímidamente, contento de verme, como si se tratara de una visita familiar normal.

—Hola.

Estrecha la mano de Phil y asiente con la cabeza, incómodo y a la vez satisfecho.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—¿Acaso no caga el papa^[14]?

Cuando Phil se aleja, me doy cuenta de que Eddy está sopesando si será amable o no con el padre de mi hijo. Observa todo lo que hace Phil con los ojos entornados, los brazos cruzados y rascándose una mejilla. Parece un gesto paternal instintivo y, aunque Eddy no se ha ganado ese derecho, no me molesta.

Compruebo que las contraventanas estén cerradas e invito a Eddy a sentarse a la mesa de la cocina.

Phil se hizo con una caja de fideos instantáneos Cup Noodles ayer y pongo a calentar seis tazas, dos para cada uno. Se nos acabó el gas de la cocina y no sabemos cómo conseguir más, pero el microondas sigue funcionando gracias a la luz eléctrica. Enseguida los fideos están calientes y nos sentamos alrededor de la vela, tomándolos a lentas cucharadas.

—Salado —dice Eddy—. Y sabroso.

Continúa:

—Tuve que deshacerme del coche. Apenas hay un par de coches en las carreteras. No quería llamar la atención al venir hacia tu casa, así que he dejado el coche en casa de un viejo amigo. En su garaje. He llegado caminando hasta aquí, unos diez kilómetros.

—¿Solo para hacerme una visita?

—Entre otras razones. Saludos de tu madre, etcétera, y de Pequeña Mary también.

—Ella seguramente me ha enviado una peineta de saludo, ¿a que sí?

Eddy abre los ojos, asiente levemente como diciendo «qué bien la conoces». Pero solo dice:

—Al contrario, está deseando que le limpies la habitación otra vez. La abuela te manda esto.

Parece el fular rojo tejido a mano que estaba haciendo, aunque veo que es más ancho y largo.

—Es un portabebés —explica Eddy—. Ahora te está preparando uno tradicional de madera. Pero este es para el principio, supongo. He venido

porque he estado pensando en un plan para sacarte de aquí, al igual que he ayudado a Glen y Sera.

—Doy por hecho que los ayudaste a cruzar la frontera.

—Sí, salió bien. Me puse en contacto con unos amigos que conozco en el norte. Sacamos una canoa en la orilla sur del lago Rainy por la noche, sin farolas ni linternas, y cruzamos la frontera a remo. Un gran ejercicio. Es muy difícil controlar toda la zona y tenemos nuestras argucias para desaparecer detrás de esos islotes. Si te llevas bastante equipamiento de camping, puedes aguantar un mes siempre poniendo rumbo al norte. Sera y Glen sabrán dónde recogerte. Van siendo veteranos en esto.

—Entonces están allí a salvo, ¿estás seguro?

—Sí.

Todo mi cuerpo se siente más ligero, aliviado, y te mueves hacia un lado, sacas un codo y me das una suave patadita en las costillas. Te acaricio con la mano y sonrío.

Eddy deja su primera taza de fideos con un leve suspiro y comienza a tomarse la segunda con la cuchara.

—Las aguas son navegables todo el año, aunque de vez en cuando se produce alguna helada. Tenemos que planificar esto sin demora. Me refiero a que tienes que llegar allí arriba en los próximos dos meses. Sales de cuentas a finales de diciembre, eso lo sé. Tienes que estar instalada para entonces.

—Deberíamos marcharnos esta misma noche —digo.

Eddy se rasca la cara mientras reflexiona.

—Tenemos que reunir muchas cosas antes —objeta Phil—. ¿Qué pasa con el equipamiento de camping para bajas temperaturas? No quiero que nos encontremos allí sin la preparación adecuada. Conozco un sitio donde puedo conseguir sacos de dormir para temperaturas bajo cero.

—No hará tanto frío —dice Eddy.

Phil sigue discutiendo.

—Pero necesito más municiones para las armas. Y necesitamos algo de comida en polvo para emergencias, y muchas cosas más, Dios mío, muchísimas cosas más.

—Tenemos una tienda —le digo.

—Puedes forrarla con hojas y convertirla en una casa calentita —propone Eddy.

—Un hacha de mano, cuerda, aparejos de pesca... —Phil no puede parar.

—Ajá, es un buen comienzo —asiente Eddy—. Organízadlo todo para la semana que viene. Yo solo vine a veros, en realidad, para ponerlos en marcha.

No tengo una fecha prevista con mis amigos y el barco, pero ahora me pondré en contacto con ellos. Entonces volveré a buscarlos. Pero tenemos que darnos prisa.

—Ahora —digo—. Creo que sería mejor marcharnos ahora mismo.

Siento que me ahogo de desesperación. Quiero salir de esta casa. Quiero desaparecer. Todavía me atormentan los recuerdos de mi pesadilla, la huida interminable, la persecución, la certeza de mi arresto.

—Por favor, sé que si nos quedamos nos detendrán.

—Tranquila —dice Phil, acariciándome la espalda.

—¡De tranquila nada!

Pero Phil me convence de que no estamos preparados aún y, al cabo de un rato, sé que es inútil discutir. No me llevarán al norte, no me sacarán de aquí. Lejos de aquí. Y entonces me invade una siniestra sensación, como un peso que me aplasta. Debería haber hecho caso a esa sensación.

Y para colmo esto: mientras nos despedimos de Eddy, mi ordenador se enciende solo. Nos precipitamos, sorprendidos. No está enchufado y dejé que se descargara la batería.

—Hola, querida. Soy Madre. ¿Cómo te encuentras esta noche? Estoy preocupada. No parece que nos comuniquemos muy bien.

Phil se pone detrás del ordenador, lo levanta y lo aplasta contra el suelo de baldosas. Pero no se desintegra.

—Por favor, ponte en contacto con Madre. Por favor, te esperamos — sigue diciendo hecho añicos en el suelo.

27 DE SEPTIEMBRE

HOSPITAL FAIRVIEW RIVERSIDE, HABITACIÓN 624

Nos tienen. Ahora estamos juntos y solos, y no tengo más que una remota idea de lo que piensan hacer con nosotros, aunque sospecho que no es nada bueno —sé que no es nada bueno—, y una severa angustia, trémula y sombría, me desquicia. Esto fue lo que sucedió. Supongo que podría decirse que llevaron a cabo una redada. Aunque no hubo violencia física. Phil no estaba y fue inútil ofrecer resistencia. Incluso ahora, el hecho de que los acompañara voluntariamente me tiene desconcertada. Las armas estaban cargadas. Podría haber echado a correr hasta el dormitorio cuando la mujer entró por la puerta de la cocina. Podría haberme atrincherado, sentada en la cama con el Rossi en una mano y el Bushmaster apoyado en el brazo. Podría haber plantado cara, haber peleado, o al menos haber pataleado y arañado un poco. Pero, punto número uno, tú habrías muerto conmigo o como poco resultado maltrecho. La verdad es que yo nunca he disparado una de esas armas y seguramente la habría cagado. Punto número dos, no habría servido de nada. Y, punto número tres, tengo ese punto débil. La gente buena me paraliza. Sobre todo la gente de piel oscura que se muestra amable conmigo. La mujer que llamó levemente a la puerta después de forzar la cerradura, abrió la puerta y asomó la cabeza con un alegre «¡hola!» era una mujer rolliza de piel tostada, guapa en muchos aspectos, una mezcla de varias razas. Tenía un rostro delicado lleno de pecas y llevaba la melena cobriza alisada, con el flequillo levemente ondulado hacia arriba, despejando con laca frente y mejillas a lo Betty Crocker. Vestía pantalones vaqueros, zapatillas Keds y un jersey largo de color frambuesa. Lucía unas pocas joyas de oro, elegantes, contemporáneas y de buen gusto, y traía una cesta tapada.

Que la cesta escondiera una pistola bajo el mantelito a cuadros rojos y blancos fue algo que no supe hasta que intercambié impresiones con mi compañera de habitación. Bernice también había ido a por ella. Solo que mi compañera de habitación había luchado, y su novio había atacado a Bernice, que sacó el arma de debajo del mantel de cuadros y le disparó, dos veces. Dijo que Bernice había dado un paso a un lado y dejó que su novio se estrellara

contra la cocina, volcando la olla de sopa hirviendo, ante lo que él no reaccionó y se desplomó, por lo que ella pensó que estaba muerto.

—Mató a uno de los suyos —se lamentaba mi compañera de habitación—. Asesinó a mi guapísimo novio negro. Así que sé que no me dejarán quedarme con mi bebé ni de broma.

Bernice esposó a mi compañera de habitación y se la llevó mientras permanecía en estado de shock, por lo que ella no podía estar del todo segura de lo que pasó. Seguía repitiendo la historia una y otra vez.

—Me sacó por la puerta antes de que pudiera acercarme a él. Ya sabes, es una agente de Policía cualificada, una antigua marine de los Estados Unidos o una mierda de esas.

Me alegro tanto de que tu padre no estuviera en casa.

¿Quién me delató? ¿Quién se chivó a Bernice? No dejo de preguntarme si ha podido ser Hiro. O quizá Clark y Emeric, los chicos de las camisas anaranjadas, que nos dejaron aquella invitación. Pequeña Mary. Supongo que podría haber sido Pequeña Mary. Tan ávida de quitarme de en medio. Aunque ¡le limpié la habitación! De hecho, cuanto más lo pienso, más fácil me resulta convencerme de que fue clarísimamente mi celosa, embustera, colocada y cabreada hermanita la que llamó al teléfono de denuncias de la Policía, al número de la SPN, la Sociedad Protectora de los No nacidos, y les proporcionó la siguiente información sobre mí: Cedar Hawk Songmaker, embarazada, Boutwell Street, 119 (Proverbios 10, 7), Minneapolis, Minnesota. Logrando que me enviaran a Bernice.

Después de que Bernice informara por radio a sus refuerzos (un furgón de la SPN) de que yo estaba colaborando tranquilamente, se sentó a mi lado y me habló. Escuchó mis argumentos, aguardó mientras yo le explicaba todos los motivos por los que me daba miedo acompañarla en ese... no era un coche patrulla. Conducía un elegante Toyota Camry plateado, que solo tenía una peculiaridad: los cinturones de seguridad se cierran automáticamente y solo se desabrochan cuando ella se quita el suyo. Este es otro dato que no habría sabido si mi compañera de habitación no hubiera viajado también en el Camry y hubiera intentado escapar en un cruce.

Mi compañera de habitación, por cierto, se llama Agnes Starr. Insiste en que su tatarabuela era Belle Starr, la famosa forajida, y asegura que se va a escapar del hospital. Yo me iré con ella, aunque me sorprende encontrar este lugar, la sala de maternidad, tan reluciente y ordenada, realmente agradable. La comida no es de la pobre calidad habitual en un hospital, sino mucho mejor. Me siento como en casa aquí. En cierto modo no quiero marcharme.

Estamos ubicadas en la sexta planta, en una colina, y nuestra ventana da a una preciosa vista sobre la zona este de la ciudad y el río Misisipi. Vemos gente cruzando el puente de la Universidad de Minnesota, diminutas personas cabeceando. Supongo que es posible que sigan estudiando. O pueden ser soldados. Hay otro tejado, tres o cuatro plantas más abajo, y otro par más a distintas alturas. Más allá, se extienden árboles y más árboles que centellean con los colores del otoño a lo largo del río. Rojizos, amarillos vivos, rosas, naranjas e intensos rojos. La cuestión es que no creo que las hojas hubieran cambiado de color cuando me capturaron. Estaban verdes, algunas amarillentas. Tengo la paranoia de haber estado dormida durante semanas, pero no me veo más gorda. Una enfermera me ha dicho la fecha. Intentó buscar otra explicación, pero rápidamente pierdo el hilo de mis pensamientos. Observo cómo sale el sol cada mañana, iluminando los hierros del puente, acariciando los muros de ladrillo con dedos de fuego, cubriendo con barras de luz la grava y las cubiertas de asfalto de los tejados más abajo. A medida que el calor se intensifica, la bruma se eleva de las hojas quietas y verdes de arbustos y gigantescos árboles a lo lejos y se arremolina en los arcos escarlatas y verdes, cerezos silvestres y viburnos. Los olmos se vuelven dorados y, ahora que lo pienso, deben de estar drogándome.

Mis experiencias resultan encantadoramente visuales y espeluznantemente vívidas.

Tengo esta libreta, tu carta, porque Bernice me ayudó a preparar una mochila con cosas especiales que necesitaría en el hospital. Añadí esto, por supuesto. Abrí tu cajón, ese donde he estado guardando tu ropita, y saqué el pelele de rizo para recién nacidos, el juego de sábanas para bebés, el sonajero-espejo de plástico, los diminutos gorritos de rayas del tamaño de un puño, los minúsculos pañales para recién nacidos y los patucos. Los guardé en la mochila con mis camisones, un jersey, camisetas, sujetadores elásticos y bragas de talle alto. Metí la lima de uñas y las tijeras de uñas en el forro de la bolsa; todavía no las han encontrado. Cogí las carpetas de *Zeal* y los libros que se hallaban por casualidad en la estantería cerca de la mochila y pude dejarlas caer dentro: *Is that in the Bible* (¿Sale eso en la Biblia?), del doctor Charles Francis Potter; *Hildegard of Bingen: A visionary life* (*Hildegarda de Bingen: Una vida visionaria*), de Sabina Flanagan; *Incursiones en lo indecible*, de Thomas Merton; *Noche oscura del alma*, de san Juan de la Cruz; *Kateri Tekakwitha: Mohawk Maiden* (*Kateri Tekakwitha: Doncella mohawk*), de Evelyn M. Brown; y *Utterly Mad*, un número de la colección de bolsillo Ballantine del cómic, que rezaba «tan peligroso como un bocadillo de

salchicha liverwurst con fecha de hace tres meses», editada y coescrita por William Gaines y que mostraba en la portada un retrato de Alfred E. Neuman vestido de Napoleón. También cogí mi rosario favorito, el de madera de olivo de Israel, y lo guardé en el bolsillo de los vaqueros de Phil. Llevaba puesta una de sus camisas de franela, de cuadros rojos claros y dorados. Bernice me dio la mano mientras nos dirigíamos a su coche y me dijo:

—No tengas miedo. Vas a tener un bebé precioso.

Yo la miré y pensé: «O es una persona muy buena e increíblemente crédula, o es la maldad en estado puro».

Porque no tienen la menor intención de entregarte a mí, de eso estoy segura.

Encontré un hueco en el radiador donde cabe esta libreta. Puede que las enfermeras sepan dónde tengo escondido tu libro, o puede que no. Puede que lo encuentren y lo lean mientras duermo. No me importa en el fondo, y probablemente a ellas tampoco. Pequeñín, creo que ambos viviremos.

28 DE SEPTIEMBRE. MAÑANA

—¡Oh! —exclama la enfermera—. ¡Un bebé de Navidad!

Tiene un ordenador portátil pequeño con mi historial médico y se lo apoya en la cadera. Me mira radiante, con un extraño gesto compasivo. Se ha fijado en cuándo salgo de cuentas y vuelve a hacer gorgoritos admirativos ante la idea del 25 de diciembre, ignorando por completo la indignación de mi compañera de habitación. Agnes Starr, rubia de raíces negras, párpados caídos y un mohín en sus carnosos labios rojos, la abronca enérgicamente.

—Putá hipócrita, zorra asesina, no finjas que todo está bien —articula sin alterar la voz.

Su tono es comedido y de un autocontrol dramático y estremecedor. Un poco como Pequeña Mary, que me entregó, ahora que recuerdo.

—¡No nos jodas, gorda asquerosa! ¡Nosotras también somos mujeres, pedazo de mierda! Todavía no he visto a una sola mujer salir del paritorio con su bebé. ¿Qué hacéis con ellos?

La enfermera dirige una mirada indulgente a Agnes, sonrío, nos mira aún más radiante y gorjea:

—¡Casi es la hora de comer!

—¡Contéstame! —chilla Agnes.

La enfermera baja la tapa del ordenador y sale por la puerta sin inmutarse.

—¿Qué coño hacéis con ellos? —vocifera Agnes tras ella.

Se recuesta en las almohadas conforme se cierra la puerta. Agnes está casi de treinta y seis semanas. Dice que le han programado la cesárea en cuanto el bebé sea viable y que ella cree que le queda más bien poco. Ya le han realizado dos ecografías esta semana. Piensa que podría suceder de un momento a otro. Dice que a mí me quedan unas seis semanas para planificar cómo escapar del hospital.

—Yo me largo esta misma noche —dice—. Y, por cierto, no te tomes las vitaminas.

Ya me las he tomado esta mañana.

—Escóndelas en los carrillos, no bajo la lengua. A veces te obligan a sacar la lengua. En cuanto se marcha la enfermera, vete a mear y tíralas por el inodoro. Te encuentras bien ahora mismo, ¿verdad?

—Sí.

Tengo una sensación de paz y armonía maravillosamente intensa y tranquilizadora. Me encuentro en el centro de una centelleante configuración, un pequeño hábitat limpio y seguro. Esta habitación tiene las paredes pintadas de un uniforme color dorado y tres cuadros de flores cubiertas de rocío. Las sábanas son de un grueso algodón blanco y almidonado. Unas colchas de algodón de un blanco reluciente cubren las camas, tanto la mía como la de Agnes, que se ve acogedora y radiante.

—¡Oh, Agnes! ¡Esto es como un hotel de cinco estrellas!

Entorna los ojos y me sonrío:

—Maldita boba. —Tiene un hueco sexi entre los dos incisivos—. Yo también me sentí así durante tres días. Ni siquiera me cabreaba que Bernice se hubiera cargado a Mark. ¿Tienes novio?

—¡Sí, tengo novio!

Doy un respingo de culpa. No he pensado mucho en Phil, tiene razón. Ahora intento imaginarme la escena de Phil llegando a casa y descubriendo que no estoy allí. Se habrá puesto histérico, se habrá vuelto loco. Habrá corrido de una habitación a otra gritando mi nombre en la disonancia de un espacio conocido pero vacío. Intento visualizar las reacciones de Phil, pero me agota imaginar cualquier cosa abstracta. Me resulta imposible sentir nada que no sea una aceptación serena y placentera de mi pequeño y reconfortante universo hospitalario.

—¿Sabrá dónde estoy? —pregunto a Agnes—. Me refiero a si informan a los padres.

—Ya, claro.

Agnes suelta una carcajada. Se levanta de la cama y se acerca lentamente a la ventana. El bebé está muy abajo en el vientre y tiene unas caderas huesudas, de modo que la tripa le sobresale formando una pelota perfecta. Su delgada bata está hecha con el extraño tejido institucional que emplean los hospitales. El viejo tejido de calzoncillos, con un estampado de complejas figuras azules, le cubre la delantera con una caída majestuosa.

—Tienes razón, me siento genial —respondo—. Nada me parece mal, aunque sé que de algún modo todo está mal.

—Espera hasta que tires al retrete tu pastilla de la felicidad —dice Agnes—. La realidad es muy hija de puta. Joder. Aunque yo me largo de aquí.

Y así será, aunque no como ella espera.

La droga me deja inconsciente y sobre las ocho no me entero de nada cuando intenta escapar esa noche. No lo consigue. Cuando me despierto a la mañana siguiente, aparece maniatada a la cama a mi lado, con las muñecas y tobillos sujetos a la cama con correas de hospital. Tiene el rostro hinchado y muy pálido. Tiene los ojos cerrados. Duerme profundamente con un suave ronquido. Llega el desayuno, pero ni se inmuta. Yo solo finjo tragarme la vitamina que me han entregado en un diminuto vaso de cartón y, en cuanto las enfermeras salen de la habitación, ya ha comenzado a disolverse junto a una muela: amarga, metálica y vomitiva. La escupo en el váter y tiro de la cadena. Y espero.

Cerca del mediodía, Agnes comienza a toser.

—¡Almohada!

Le acerco una almohada y se la coloco bajo la cabeza.

—Gracias.

Su voz suena áspera y pone los ojos en blanco. Intenta mantenerse despierta, frunce el ceño, tuerce el gesto, sacude la cabeza para despejarse de los efectos de la droga.

—¿Qué ha pasado?

—Agua, una toallita...

Le llevo un vaso de agua; lo engulle de un trago; después se limpia la cara con el paño húmedo y frío.

—Sí, eso está mejor.

—¿Cómo conseguiste salir?

—Al final del pasillo... la otra proscrita...

Se le cierran los ojos. La sacudo.

—¡Dime! ¿Cómo?

Intenta mantener los ojos abiertos, parpadea enérgicamente con la mirada fija. Farfulla unas cuantas palabras.

—Lo tenía todo pensado... Ella se llevó al vigilante hasta la sala de enfermeras para tomar un café. Los dos charlaban mientras yo bajaba las escaleras hasta el vestíbulo. Entonces me quedé sola.

—¿Cómo es que no te vieron?

Se le vuelven a cerrar los ojos, la boca se le cae y otra vez se queda inconsciente, roncando. Voy al cuarto de baño, humedezco el paño, salgo y le mojo la cara, el cuello, las muñecas y los brazos. La sacudo.

—Oh...

Esboza una leve sonrisa y se espabila un poco.

—Llevaba puesta una bata de laboratorio extragrande. La verdad, la verdad... es que conseguí salir fuera y llegar hasta un contenedor. Todo ese camino. Se supone que yo debía fingir que iba a fumar y entonces esa amiga mía, que estaba observando, vendría a recogerme.

—¿Cómo? ¿Quién?

Sacudo a Agnes más fuerte, con desesperación, pero ha vuelto a dormirse.

—¿Cómo contactaste con tu amiga? —le pregunto a su cara adormilada, una y otra vez, pero ya no consigo despertarla.

Me siento en la cama a verla dormir. Es curioso observar a alguien mientras duerme: revela cosas sobre sí mismo que no te imaginarías cuando está despierto. Agnes tiene un aspecto tan triste cuando duerme, por ejemplo, y en absoluto enfadado. Su tristeza aparece desnuda. Es como la aflicción de la Virgen María, su potencia cognoscitiva, su presciencia. En cambio, yo soy incapaz de cambiar las cosas. Lo único que puedo hacer es desatarle a Agnes las correas. La suelto y la cuido, a sabiendas de que no puedo brindarle la menor protección.

Una hora más tarde, dos enfermeras entran en la habitación y cierran las cortinas alrededor de la cama de Agnes.

—¡Despierta! —grito.

Bajo las piernas de la cama y me asomo detrás de la cortina.

—¿Qué vais a hacer con ella?

—Solo la estamos preparando —responde una de las rollizas y sonrosadas enfermeras.

Es una mujer a la que Agnes llama Cabezadequeso. Su voz es dulce, alegre e incluso amable.

—No te preocupes. Es un día feliz, Cedar. ¡Ha llegado el día en que Agnes tenga a su bebé!

—Así que verás a tu amiga en dos o tres horitas —explica la otra.

Es una muchacha delgada, morena, de ojos negros, con largos dientes amarillentos, y a la vez que habla descorre la cortina.

Pero, justo cuando se disponen a sacar la camilla, Agnes vuelve en sí. Despierta en un silencio absoluto, sin previo aviso, y sale de la cama. Hace un minuto estaba totalmente inerte, débil y ahora ya ha sacado un pie y un puño fuera y se ha arrancado la vía intravenosa de la mano. Salta, utiliza el ligero soporte de aluminio de la intravenosa como un palo de kungfu. Golpea a Cabezadequeso en la sien y a la enfermera delgada en el cuello, de modo que de pronto ambas se doblan por la mitad sin resuello.

—¡Ayúdame!

Un delgado camillero somalí con ropa azul de hospital entra en la habitación y agarra a Agnes por detrás. El hombre se desploma con la nariz chorreando sangre cuando ella le asesta un fuerte cabezazo desde atrás. Me precipito para sentarme encima de él; curiosamente se queda quieto. Podría tumbarme si quisiera, pero no lo hace. En su lugar, susurra:

—Quédate sentada encima de mí.

O es un perverso, me digo, o está de nuestra parte y quiere mantenerse al margen y dar a Agnes una oportunidad. Así que permanezco sentada encima del hombre somalí, que forcejea bajo mi considerable peso con poco entusiasmo. Agnes se gira y me sonrío, con el trasero blanco reluciente entre las faldas de la bata de hospital. Entonces sale disparada por la puerta y desaparece por el pasillo. Me levanto rápidamente y me asomo por la puerta justo a tiempo de ver cómo tira al suelo a un médico bajito y rechoncho, que se despatarra buscando las gafas. Corro tras ella por el pasillo y veo que, con asombrosa agilidad, ha alcanzado la escalera de emergencias. Doy dos pasos más. Lo último que diviso de Agnes es el matiz negro de las raíces y las puntas rubias de pelo teñido que ondea con frenesí mientras desaparece tras la puerta de la escalera.

El obstetra se levanta titubeante y pide ayuda a voz en cuello, pero es demasiado tarde.

Después de aquello, pregunto a cada enfermera con la que me cruzo adonde ha ido Agnes, si ha conseguido escapar, si está bien. Cada una de ellas me dirige una sonrisa amable, una risita y un guiño cómplice.

—Ah, ¿Agnes? Está perfectamente. Se ha ido a casa.

5 DE OCTUBRE

La sustituyen por una joven asiática que irradia intensidad. Es a la vez recatada y seria. Intimida. O bien se ha quedado muda, o bien no habla una palabra de inglés, o también podría estar loca. Tiene la mirada perdida mientras tararea desafinadas y monocordes melodías. Tira de los hilos de la colcha, arrancando largos trozos que enrolla hasta formar una madeja, diminuta el primer día y mucho mayor el siguiente. Por lo visto ha deshilachado la colcha durante la noche. Esconde la madeja cuando llega la enfermera. Falta la mitad de la colcha. La mujer me hace pensar en una araña perfecta y laboriosa, silenciosa, que mueve los dedos sin parar. Me pone de los nervios y la comida me sabe a rayos ahora. El almuerzo es un trozo tostado de una sustancia parecida a carne quemada, con judías blancas de conserva y un cuarto de tomate podrido, y un cuenco de un postre blanco y frío. No puedo creerme que me comiera esta bazofia y que me gustara —esa droga es increíble—. La habitación es insulsa; la pintura tiene manchas y está desconchada, y las fotografías están deterioradas y son empalagosas. Una muestra una enorme margarita de diecinueve pétalos y tres hojas desenfocadas. Otra es la imagen de un acogedor Cape Cod con la luz saliendo a raudales e iluminando un montículo de nieve cutre. Oigo las voces de las otras mujeres, lacrimógenas o furiosas, y percibo olores rancios —a heces, miedo, exhalaciones químicas, alcohol isopropílico, y a comida, siempre la comida putrefacta—. Ah, han pasado los efectos de las drogas, no cabe duda, y con rabia. Me cuesta mucho tirar al retrete la vitamina a la mañana siguiente. Quiero recuperar esa felicidad de hospital de nuevo. Quiero sentarme aquí y contemplar lo grande y sano que te estás volviendo, y cómo tus pequeños pulmones van cobrando cada vez más fuerza. Tu cerebro construye configuraciones a marchas forzadas. Quizá ya tengas pensamientos. Quiero extasiarme incluso ante tus patadas y golpes más punzantes. ¡Eres tan activo! Pero siento náuseas al saber lo que le sucedió a Agnes. Creo que la han matado durante la cesárea. Creo que la han incinerado. Creo que hay hornos crematorios que funcionan a pleno rendimiento las veinticuatro horas del día y de la noche en las afueras. Además mi mente no puede dejar de perfilar situaciones hipotéticas de espanto y terror acerca de mis padres, ambas parejas, acerca de Pequeña Mary y, sobre todo, acerca de Phil.

Se me encoge el corazón y late con una furia incontenible, una necesidad inútil y apremiante de correr a buscarlo, tranquilizarlo y hacer que nos salve también, dicho sea de paso.

La colcha de mi compañera de habitación está completamente deshecha y guarda escondidas dos gruesas madejas de hilo en el somier de la cama. La

enfermera le trae otra colcha, luego deja otras dos más cuando mi compañera de habitación le indica que tiene frío con un delicado estornudo, una dulce sonrisa y un expresivo escalofrío. Por un momento creo que está en sus cabales, pero, en cuanto estamos solas otra vez, vuelve a obcecarse en encontrar un hilo de donde tirar en las nuevas colchas. Pronto comienza a deshilarlas exactamente como pasó con la primera.

Voy a tener que trazar un plan para huir. Ojalá Agnes me hubiese dejado el nombre de lo que debía de ser una enfermera cómplice, «la otra proscrita», había dicho. No sé cómo encontrar a esa enfermera sin tener que hablar con todas ellas. Conocerlas. Entablar conversación con ellas, hacerme amiga suya si puedo. Así que el cuarto día después de la huida o muerte de Agnes, me espabilo y me pongo a pasear por los pasillos; además es buen ejercicio y te acuna hasta que te duermes. Ahora eres muy activo, no paras de moverte con un derroche de energía. Necesito caminar para poder sosegar los frecuentes ataques de pánico y la subida de adrenalina que me sobrevienen cuando me da por pensar en lo que será de ti o en lo que ya le ha pasado a Phil.

No dejo de imaginármelo entrando en casa y no encontrándome ahí. Me imagino sus gritos desencajados. Sé exactamente qué cara habrá puesto, mostrando incredulidad, luego cayendo poco a poco en la cuenta hasta una especie de ira variable, primero frenética y luego resuelta. Me encontrará. Creo que él ya sabe dónde estoy. Habrá una señal. Debo estar pendiente de esa señal, permanecer alerta, estar preparada y mantenerme fuerte. Así que me tomo el zumo de naranja en polvo, los huevos rancios, el extraño pan, la leche cortada y el sucedáneo de café tan ácido que se me saltan las lágrimas. Me como el mazacote de judías blancas y los viscosos gajos de naranja, los fajos de pañuelos de papel mojados que supuestamente son puré de patata, y recorro el pasillo de arriba abajo observando los movimientos rutinarios y buscando una grieta en el horario.

8 DE OCTUBRE

Sigo conversando de cosas triviales con las enfermeras y pregunto, a la única que se ha mantenido al margen, de hecho se ha quedado detrás del mostrador, de hecho, si conoce el paradero de Agnes Starr. Ya le he puesto a esa enfermera el apodo de «Mema». Es una mujer de piel muy blanca, sin barbilla, con gafas gruesas y aspecto de ñoña. Pasa desapercibida, en serio, como una de esas carpetas de papel de manila que tiene apiladas. Pero, cuando le hago la pregunta «¿Adonde ha ido Agnes Starr?», pestañea, se

acerca a mí, me mira con atención, espera a que otra enfermera salga del despacho y me cuenta la verdad:

—La acorralaron en el vestíbulo y la arrojaron al suelo. La dejaron completamente inconsciente. Agnes no sobrevivió a la cama de parto.

Me quedo mirando a la enfermera ñoña, la Mema, que me observa con calma, los pálidos ojos quietos detrás de los cristales de culo de vaso de las gafas.

—Tú eres la que intentó ayudarla.

—Soy Jessica. Me llaman Jessie.

—La otra proscrita.

—Como quieras. Es mejor que no vuelvas a hablar conmigo. O lo echarás todo a perder.

—Pero necesito tu ayuda, por favor. Tengo que salir de aquí.

—Sí —asiente la mujer apocada, insulsa, de pelo lacio y pecho hundido; su voz se enciende con un falso brillo cuando se acerca otra enfermera—. Estoy en ello. Se lo aseguro, de verdad.

Me alejo.

—Sois todas iguales —le digo a la otra enfermera—. No quiere dejarme llamar por teléfono.

—Sabes que no hay servicio telefónico —responde la enfermera con una voz melosa, tranquilizadora y espeluznante—. Volvamos a tu habitación, ¿de acuerdo? A ver si podemos ponerte una película.

La sigo de regreso a mi habitación y no miro una de las películas de la pequeña biblioteca: *Las campanas de Santa María*. La enfermera pone la cinta, pero yo fijo la vista en mis manos. La película me sirve de tapadera y me permite pensar. Durante el siguiente par de horas, me quedo sentada deshilachando mi propia colcha blanca, deshaciéndola, como hace mi compañera de habitación, hasta convertirla en una rabiosa bola de hilo. Mientras enrolló el hilo, comienzo a hablar y ya no me callo, ¿por qué iba a hacerlo? Estoy segura de que mi compañera de habitación no me comprende, pero necesito oír una voz, a alguien hablando, alguna voz de entendimiento, aunque sea la mía.

—Tú y yo podríamos estar emparentadas —le digo—. ¿Has oído hablar alguna vez del estrecho de Bering? ¿De la teoría del puente terrestre?

Mi compañera de habitación sigue deshaciendo su colcha y me sonrío levemente. Finge que me escucha por educación y, en cierto modo, se lo agradezco. Advierto que emplea un nudo cuadrado para unir largos trozos de hilo. Aprovecho mis paseos para llevarme colchas de las cestas de ropa sucia

en el pasillo; hago un ovillo que escondo debajo de la bata, junto a ti. Y ahora me dedico a deshacer mi propia colcha al igual que hace ella. Mientras hablo con ella.

—Es muy posible que compartamos el principal marcador de haplotipo B en el ADN, que se encuentra tanto en la mayoría de los indios norteamericanos como en la gente de Ulan Bator —le explico a mi compañera de habitación.

Me responde con una tímida y educada sonrisa del tipo «¿Qué me estás contando?».

—Aunque no todos los indios son de la misma opinión, todo hay que decirlo; muchos creen que su particular punto de origen tribal (una colina, un lago, una gruta, una montaña...) es el verdadero lugar de donde salieron. Por mucho que me gustara creer esa teoría, me criaron con una visión del mundo reduccionista y creo que al menos una parte de nuestra gente cruzó el puente terrestre en una migración constante, un goteo continuo, en realidad, durante decenas de miles de años. Después, hubo aquellos que cruzaron el mar hasta América del Sur. Y están también aquellos que cayeron de las estrellas. Más de 100 millones de los nuestros hasta que soltaron los cerdos de Hernando de Soto, Pizarro tosió y John Smith estornudó. Todo eso. Las enfermedades mataron al 99 por ciento de los nuestros. Por supuesto, tu familia y la mía perdieron contacto con los años.

Asiente con un afable tarareo.

—Pero me reconforta reanudar la relación ahora —prosigo con un gesto de la cabeza.

Nos sonreímos como dos tontas hasta que oímos a la enfermera que se acerca. Escondemos rápidamente nuestra labor. Mi compañera de habitación finge dormir y yo esbozo una bonita sonrisa aletargada y narcotizada. La mujer que trabaja con la enfermera ex-Mema y ahora Jessie nos trae unos sándwiches de mantequilla de cacahuete para almorzar con guisantes hervidos caquis de guarnición. Mi compañera finge despertarse. Asiente con la cabeza y parpadea a la enfermera, que me suelta:

—¿A que es un encanto?

—Por supuesto —respondo.

—¿Ha hablado ya?

—Ni una palabra.

—Bueno, os dejo para que disfrutéis de la comida. Buen provecho.

—Gracias. Tiene una pinta riquíiiiisima...

—Adiós —se despide la enfermera de mi compañera—. Pequeña muñequita china.

Mientras la mujer se aleja, mi compañera la observa, sin pestañear, con el ceño fruncido. Ladea la cabeza, sonrío. Letal.

—Guau, espero que nunca me mires a mí así —digo, impresionada.

Abre la boca, como si fuera a hablar. Pero luego sacude la cabeza y vuelve a su timidez anterior.

—¡Vale, vale! ¡Eres tan misteriosa, joder! ¿Qué coño? ¿Por qué no dices nada?

Extiende la mano. Comienza a hacer signos. Estudié lenguaje de signos en el instituto, en Southwest. Así que suelto una carcajada.

—Estás fingiendo —exploto—. No sé a qué coño estás jugando.

Pero ella no dice ni mu, así que me como el almuerzo. Agradezco de veras el sándwich de mantequilla de cacahuete. Es menos asqueroso que la mayoría de las comidas, aunque el pan está rancio y reseco. Engullo a duras penas los guisantes podridos por tu bien. Hay un vaso de leche en polvo. Remuevo los grumos con un tenedor y me lo tomo de un solo trago. Después, las dos volvemos a la tarea. Ahora, solo para molestarla, le sigo hablando a mi compañera de habitación de distintas civilizaciones precolombinas, apunto superficialmente teorías descabelladas, especulo sobre el hombre de Kennewick, hablo del tamaño del cráneo, la raza y de antropología. Ella asiente y tararea sin dejar de enrollar la madeja de hilo. Ya llevamos deshilachadas cuatro colchas y tenemos un número sustancial de ovillos escondidos en el somier y en las repisas que hay debajo y junto a los conductos de la calefacción, que he desatornillado con un trozo de bolígrafo Bic y separado de la pared. Lo más importante de todo: aún conservo esta libreta, tu carta, a buen recaudo. No sé lo que haría si no pudiera escribirte. No creo que pudiera seguir viviendo mentalmente. Esta es mi única droga. Confiscaron los libros de mi equipaje así como el sobre con las páginas para el próximo número de Zeal. No me las han devuelto por mucho que las reclamé día tras día. Cuando no puedo escribir o deshilar la colcha, rezo el rosario. Al menos me queda ese consuelo. Me sosiega la repetición mecánica, los suaves abalorios, la mamá de Infinita Misericordia cuyas frescas manos y manto azul imagino mientras repito las plegarias. Aunque no me queda más remedio que preguntarme: ¿Le han tapado la boca con cinta aislante? ¿Responderá algún día? ¿Lo hará Kateri? ¿Hay alguien ahí a la escucha?

DE OCTUBRE

Quizá estuvieran escuchando, sí. Sucede algo asombroso. Es mucho más de lo que puedo soportar, y la extrañeza del asunto me conmociona. Recibo una carta. Estoy dando mi paseo habitual por el pasillo, cuyo suelo está formado por mil baldosas de linóleo azules y beis, en sesenta y siete filas de seis con huecos rellenos de tiras que suman, según mis cálculos, otras cuatro baldosas en total, ya que son tiras muy delgadas. Camino por mi lado del pasillo de veintidós habitaciones, paso por delante de diez a cada lado, luego por delante del puesto central de enfermería y ascensor/vestíbulo/puerta de escaleras, y después sigo por delante de las demás habitaciones, que siempre están cerradas y no son más que números para mí. A la mitad del camino, en el trayecto de vuelta, la vigésima novena vez de la mañana, me detengo en el mostrador para conversar con una de las enfermeras más jóvenes. La puerta del ascensor se abre a mis espaldas. Alguien roza mi delgada bata. Miro a la izquierda y ahí está Hiro con el correo al alcance de la mano. Entrega a la enfermera un fajo de sobres sujeto con una goma roja y luego se marcha sin mirarme ni saludarme siquiera.

Espero hasta estar de vuelta en la habitación antes de llevarme la mano al bolsillo de la bata y, con gran asombro, saco una carta. Una carta. Mi compañera de habitación vislumbra la esquina del sobre. Baja la vista rápidamente hacia su madeja de hilo, pero percibo la chispa en sus ojos. Voy al cuarto de baño y dejo correr el agua mientras abro la carta, que, desde un primer momento, estoy segura, es de Phil, y la leo.

La carta no dice: «Te amo más que a la vida, la mía o la de cualquiera, y voy a ir a buscarte. Mantente fuerte».

Tampoco dice: «Ve a las escaleras a las cuatro de la tarde y te estaré esperando con un grupo de gente en quien confío para sacarte de ese lugar y llevarte conmigo».

Lo que dice es lo siguiente: «Phil te entregó. Ten cuidado y espérame. Te quiero, hija querida».

La nota está escrita con la caligrafía de mi madre Songmaker.

Más tarde, rompo la carta en mil pedazos que tiro por el retrete, salvo la última frase de «Te quiero, hija querida». Me meto en la cama, sin apenas poder respirar, con el corazón compungido. Me falta el aire, me queman los pulmones. Phil fue quien nos traicionó. Mi ángel Phil. Presiono el trozo de papel contra la mejilla y cierro los ojos. No lloro. Llorar es para nimiedades,

supongo. Durante toda la noche y el día siguiente, estoy catatónica, hasta que el segundo día me incorporo en la cama, débil y mareada, me tomo el desayuno putrefacto y me trago la vitamina. Ese día, me aturdo, enrollando hilo mecánicamente. El tercer día, con enorme fuerza de voluntad y profundo penar, tiro al retrete la pastilla de la felicidad. Y pienso que quizá Sera se equivoque. Quizá ella no sepa tanto como se cree. Sin tener para leer la primera parte de la carta, comienzo a dudar de si he leído esas palabras en realidad. Mantengo la alianza de mentira de Phil en el dedo e intento olvidar esas frases.

12 DE OCTUBRE

Hoy sucede lo mismo que el otro día. Estoy delante del mostrador, manteniendo a duras penas una conversación de lo más agradable y banal con Orilee, la enfermera más rolliza y más odiosamente alegre de todas, cuando a mis espaldas el ascensor llega a nuestra planta y se detiene. Las puertas se abren. Conozco el modo de andar de Hiro y noto cómo me pasa rozando. Esta vez, bajo el brazo sobre el bolsillo de la bata y me alejo, arrastrando los pies en la dirección opuesta a mi habitación. Doy un par de idas y vueltas más por el pasillo antes de ir al cuarto de baño y agazaparme sobre el mensaje.

PÁGINA 1019

¿Sanados por el Apocalipsis?

Resulta evidente para todos aquellos que me rodean que encuentro un perverso placer en la contemplación de esta inversión biológica masiva. Durante la primera semana en que se desveló esta enorme simetría, me partía de risa cada noche delante de la televisión. No fue solo por escarnio, diversión o puro regocijo ante las reacciones de los creacionistas del movimiento Know Nothing que no saben nada, los naturalistas metodológicos, los ascendentistas anticomunes, los estrategas de la división y los detractores de la macroevolución que insisten en negar la objetividad y verdad fundamental de la evolución. Cierto, eso resultó muy grato. Más aún. Fue alucinante. A pesar de los problemas que podrían causarle un desgarramiento del tejido social a mi amada familia, sin mencionar grandes incógnitas en el ámbito de una involución que podría desembocar en una verdadera hambruna a gran escala, me sentía y me siento entusiasmado. He comenzado a leer el Éxodo a fin de contemplar los avances del diseño: 1, 18; 2, 4; 3, 8; 3, 22; 3, 42; 7, 17; 7,

33; 9, 10; 10, 5; 13, 4; 13, 15; 14, 9; 14, 16; 14, 22. La oportunidad para contemplar cómo se va desenmarañando el diseño. La mera emoción del plan saliendo a la luz con todo lujo de detalles. ¿Quién dice que cualquier complejidad es irreductible? SE ESTÁ REDUCIENDO AHORA MISMO A NUESTRO ALREDEDOR. Es una suerte para mí poder maravillarme cada día ante el enorme desmantelamiento, y escapar del deseo de matarme a fin de alcanzar a ver un poco más de los mecanismos internos del mundo.

No debería requerir de un apocalipsis biológico para invertir y curar la depresión de un indio, pero, carajo, a veces hay paraíso en la tierra y hay veces que me siento de maravilla.

Un beso, EDDY

Leo el texto una y otra vez. Al principio, me siento decepcionada, y después tiemblo de rabia. Los depresivos son tan egoístas, me digo, tan egocéntricos que Eddy no puede llegar a imaginar siquiera el peligro que corro. Pues, si es así, en el fondo acabo de conocerlo. ¿Qué esperaba? Pero no puedo olvidarme. Le doy vueltas y vueltas a lo que sentí, a esa conexión real que experimenté. Y a su visita. Intento descifrar y comprender por qué Eddy me ha enviado un mensaje tan narcisista, hasta que por fin, de alguna forma, me doy cuenta de que debe de haber algo más oculto ahí. Comienzo a examinar las palabras en busca de algún código. Ojalá hablara ojibwe —así sería más fácil—. Como los antiguos, que hablaban en clave. Pero estoy tan desculturizada, creo, anegada por una ola de autocompasión. Dejo la carta. Vuelvo a cogerla. Me lleva demasiadas lecturas, y mi cerebro debe de estar hecho papilla. ¡Claro! ¡El Exodo! Una broma típica de Eddy. Nunca lee la Biblia, por lo que debe de referirse a un éxodo de verdad. Una fuga. Y los números deben de corresponder a los elementos de un plan.

No es difícil conseguir una Biblia en este sitio. Incluso la Serpiente accede a mi petición y me sonríe débilmente mientras me entrega una edición compacta de la Biblia de Referencia Zondervan.

Éxodo 1,18 habla de cómo las parteras se negaron a obedecer al rey de Egipto, que había dado orden de matar a todos los niños varones judíos. En ese momento me entra un ataque de pánico. ¿Qué intenta decirme Eddy?

Entonces advierto que los números no encajan. No puede referirse al Éxodo. El mensaje no está en las palabras sino en los números.

Observo más detenidamente cada número de la carta de Eddy. Por ejemplo página 1019.

Pero el libro de Eddy tiene más de tres mil páginas.

Podría ser una fecha. Podría tratarse de la fecha en que vendrán a rescatarme: 19-10.

¿Sanados por el Apocalipsis?

Resulta evidente para todos aquellos que me rodean que encuentro un perverso placer en la contemplación de esta inversión biológica masiva. Durante la primera semana en que se desveló esta enorme simetricidad, me partía de risa cada noche delante de la televisión. No fue solo por escarnio, diversión o puro regocijo ante las reacciones de los creacionistas del movimiento Know Nothing que no saben nada, los naturalistas metodológicos, los ascendentistas anticomunes, los estrategas de la división y los detractores de la macroevolución que insisten en negar la objetividad y verdad fundamental de la evolución. Cierto, eso resultó muy grato. Más aún. Fue alucinante. A pesar de los problemas que podrían causarle un desgarramiento del tejido social a mi amada familia, sin mencionar grandes incógnitas en el ámbito de una involución que podría desembocar en una verdadera hambruna a gran escala, me sentía y me siento entusiasmado. He comenzado a leer el Éxodo a fin de contemplar los avances del diseño: 1, 18; 2, 4; 3, 8; 3, 22; 3, 42; 7, 17; 7, 33; 9, 10; 10, 5; 13, 4; 13, 15; 14, 9; 14,16; 14, 22. La oportunidad para contemplar cómo se va desenmarañando el diseño. La mera emoción del plan saliendo a la luz con todo lujo de detalles. ¿Quién dice que cualquier complejidad es irreductible? SE ESTÁ REDUCIENDO AHORA MISMO A NUESTRO ALREDEDOR. Es una suerte para mí poder maravillarme cada día ante el enorme desmantelamiento, y escapar del deseo de matarme a fin de alcanzar a ver un poco más de los mecanismos internos del mundo.

No debería requerir de un apocalipsis biológico para **invertir** y curar la depresión de un indio, pero, carajo, a veces hay paraíso en la tierra y hay veces que me siento de maravilla.

Un beso, EDDY

«Esta semana o nada en familia verdadera diseño plan para escapar (invertir) indio paraíso».

Así que, sea lo que sea lo que vaya a suceder, esta semana estaré con mi verdadera familia. Y, vaya donde vaya, creo que será el paraíso indio.

Esa noche permanezco despierta y surge una luz.

Radiante, suave, asombrosa, la luna asoma detrás de la ventana.

Me giro para ver si mi compañera de habitación duerme y la encuentro, al contrario, sentada en la cama y, además, está entretenida en una tarea muy interesante. Ha anudado los extremos de treinta o cuarenta hebras y sujeta el nudo final entre los delgados y encogidos dedos de los pies. Mantiene el hilo tensado con los pies mientras se inclina sobre la maraña de hebras que pasan por sus dedos con una agilidad mecánica. Está tejiendo con los dedos. A la vieja usanza. El truco de la abuela Mary Virginia. Un método ojibwe para elaborar elegantes fajas, colgaduras, cinturones, *tumplines* y cuerdas.

Me levanto de la cama y me acerco a ella. Eleva la mirada hacia mí con los ojos abiertos e insondables. Se queda quieta, expectante. Alargo la mano sobre las colchas y acaricio la faja; luego señalo con el dedo de ella hacia mí, de ella hacia mí, y junto las manos. Ella asiente. Cuando se cansa, me pongo a tejer la banda y, a partir de ese momento, estamos juntas. Las dos juntas contra todos ellos.

No quiere decirme su nombre, así que después de esa noche pienso en ella como Spidermonja. Sí, está embarazada, pero aun así me sigue pareciendo una monja porque se la ve tan estricta. Pero también una superheroína potencial. No sé exactamente cómo Spidermonja y yo lograremos escapar por la ventana, ya que no se abre más de quince centímetros para dejar pasar el aire. Y la única forma de salir es bajando en picado. Estamos en una sexta planta, pero hay otro tejado tres pisos más abajo. Si consiguiéramos salir por la ventana, podríamos atar un extremo de la cinta a la cama y descender en rapel por el lateral del edificio. Nos imagino a las dos, nos visualizo, con la luna nueva, que habrá dentro de poco, descendiendo lentamente por la pared. Puedo verlo, pero sé que supondrá mucha fuerza para la parte superior del cuerpo, un problema para mujeres embarazadas. Recorro la habitación con la mirada y tomo la decisión de ejercitar los brazos, levantando y bajando la silla que hay en la esquina, a fin de desarrollar el músculo lo suficiente para poder cargar, apoyando las piernas en la pared, con mis más de setenta kilos, míos y de mi bebé, mientras descendo las tres alturas de la pared de ladrillo. Siempre y cuando seamos capaces de salir por la ventana, claro. Lo cual es altamente improbable, pero por otra parte no tenemos demasiadas alternativas.

Así que sigo tejiendo hebras, haciendo nudos con esmero a fin de lograr una cuerda lo más sólida posible. Como Spidermonja y yo trabajamos juntas, una teje o deshilacha, justo debajo de las sábanas y la colcha. La otra vigila en

la puerta y aguza el oído para detectar cualquier movimiento en el pasillo. A estas alturas, conozco a todas las enfermeras y sé quién está en cada turno. Conozco sus nombres y, gracias a nuestras amistosas charlas, sé de ellas, sus familias, vidas, orígenes, problemas cotidianos y estados de ánimo todo lo que han querido contarme.

Esta mañana, le toca el turno a Orielee. Lo noto por el áspero frufú de su uniforme bien planchado. Es la única que almidona y plancha de verdad la ropa estampada que visten todas las enfermeras. La tela le roza en la entrepierna con un chirrido mientras camina lentamente de una habitación a otra. Por supuesto, el hospital es una zona de uso de internet, lo que significa que cada enfermera que lleva un ordenador ha sido debidamente acreditada, investigada con rigor por seguridad; un comité ha comprobado que ninguna ha hecho nada, nunca, que pudiera suponer una amenaza. Orielee da a entender que ella consintió a que la investigaran. Me dijo casi con un tímido orgullo que alguien a quien se le confía un ordenador ahora y tiene acceso a internet no ha expresado nunca jamás lo que ella llama ideas «nuevas e inconstitucionales». Jamás han comprado algo inadecuado ni han mostrado nunca la menor señal de tener vida interior ni de seguir otras normas que las reglas establecidas. No es que las reglas estén escritas en ningún sitio, ni que estén enumeradas, ni descritas. No dejo de preguntárselas. Por lo visto son normas tácitas que algunas personas han seguido desde hace muchos años, y otras no. Y las que como yo no las hemos seguido ahora somos forasteras. Aquellas que han vivido siguiendo esas normas ahora tienen poder, aunque en muchos casos solo sea un poder relativo; como, por ejemplo, tan solo el privilegio de teclear las constantes vitales de las pacientes dos veces al día y una vez por la noche en un ordenador que puede tener conexión con el mundo exterior fuera del hospital o no. No creo que Orielee posea ese nivel avanzado de autorización, porque habla quizá en exceso. Hoy se pone a contarme sobre el segundo embarazo de su propia hija, sobre cómo la familia la ingresó de inmediato y cómo el marido estuvo a su lado todo el tiempo, incluso cuando ella sufrió un aborto. «Les pasa a muchas de las chicas». Ya que el bebé murió, no tiene sentido preguntarle qué fue del bebé. Orielee no se atrevería a tanto como a decirme qué les pasa a los demás bebés. Le pregunto si tiene una foto del primer bebé de su hija y me responde:

—No la llevo encima.

Pero luego se ablanda, o cede a la tentación empujada por un orgullo sentimental, y me enseña una fotografía de la primera hija de su hija, su nieta de dos años y medio.

—Mi única nieta —dice—, supongo.

Aprovecho para soltarle:

—¿No dejarán que tu hija se quede con el bebé la próxima vez, si no sufre un aborto, ya que se entregó enseguida, quiero decir, y ya que el bebé es, ya sabes, una monada?

Orielee sacude la cabeza sin responder.

—Vamos a tomarte la tensión, cariño. Siéntate y no te muevas.

Un manguito automático me aprieta el brazo durante un instante, amenazante e impersonal, y luego se afloja.

—La presión está bien, cariño.

—¿Podrías mirar a ver si me pueden devolver los libros?

—Claro.

—¿De veras? Los necesito. Son religiosos.

—Ah, sí, es verdad. Me lo dijiste ayer. Echaré un vistazo.

No me atrevo a insistir más. No me hago muchas ilusiones. Pero Orieele me sorprende justo antes de terminar su turno y me trae los libros; los deja en mi mesilla de noche. Me siento tan feliz de volver a ver mis libros e incluso el sobre con el número sin terminar de *Zeal* que noto que todo mi rostro se funde en una enorme y beatífica sonrisa.

—Caramba, alguien está feliz —dice Orieele.

—¿Dónde estaban?

—Se habían traspapelado, nada más. Siempre han estado bien, a ver, uno es de un monje y los otros son de santos. Salvo por el *Mad*.

La cara de Orieele no se inmuta, pero su risa es un pequeño y alegre borboteo, como el sonido que hace el agua bajo el hielo. Me da miedo —a la vez demasiado amable, y, por otra parte, con unos ojos calculadores y una risa extraña. Su risa es lo que me inspira desconfianza. Es gélida, su verdadero ser—. Podría estar intentando ganar mi confianza a fin de delatarme.

Como Phil.

—¡Gracias!

No me atrevo a agradecerse demasiado tampoco. No me atrevo a mostrarle lo mucho que significan esos libros para mí —cordura, otras voces íntimas, otras supervivencias peligrosas—. Abro enseguida *Noche oscura del alma* de san Juan de la Cruz y leo con avidez. Las primeras líneas me sosiegan. «En una noche oscura, con ansias, en amores inflamada, ¡oh, dichosa ventura!, salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada. A oscuras y segura, por la secreta escala, disfrazada, ¡oh, dichosa ventura!, a oscuras y en celada, estando ya mi casa sosegada. En la noche dichosa, en secreto, que

nadie me veía, ni yo miraba cosa, sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía».

Una y otra vez, mientras deshilacho y enrolló el hilo, desanudo, desovillo, enrolló, centímetro a centímetro, hora tras hora, trozo a trozo, madeja a madeja, mi libertad y tu vida, repito esos versos que me parecen tan apropiados. Estoy trabajando en «la secreta escala». Las palabras de san Juan de la Cruz me infunden mucha paz. Pues será como fue, me digo. Los mansos heredarán la tierra, los imperfectos la tomarán, los retraídos la recuperarán, y los inmaduros y los ancianos formarán una nueva.

13 DE OCTUBRE

Descubro que Spidermonja también tira al retrete su vitamina, se la guarda en la garganta y luego tose y la escupe en un pañuelo de papel en cuanto se marcha la enfermera. Arruga el pañuelo, lo mete debajo de la almohada, me sonrío con una dulzura lúcida y apacible. Más tarde, tira la píldora por el inodoro. Es un encanto, dicen las enfermeras. Spidermonja guarda las madejas de hilo en el armazón de la cama, debajo del colchón. Pronto advierto por qué se puso a tejer y a convertir las bolas de hilo en una cinta o una cuerda. Las madejas son difíciles de esconder, incómodas, rebeldes, dispuestas a deshacerse sin previo aviso para delatarnos, mientras que la cuerda solo necesita estar encajada entre la almohada y la funda de almohada, o incluso, en caso de emergencia, puede enrollarse y esconderse dentro del camión. Por lo tanto, en cuanto podemos, convertimos las colchas en hilo y luego en cuerda. Ella ya lleva casi dos metros de cuerda, y yo he acabado otros sesenta centímetros más mientras nos vamos turnando. Hemos estado casi toda la noche tejiendo el hilo que teníamos, antes de deshilar nuestras colchas respectivas, haciendo madejas y tejiendo, de modo que, al llegar la mañana, necesitamos más pero no podemos pedir más colchas ya que hoy está de servicio Geri, la misma enfermera que nos proporcionó las colchas anteayer.

Geri es un poco lenta, es una de esas mujeres sumisas, de pelo castaño y ojos de ternero degollado, que entiende las cosas un segundo más tarde de lo normal y a la que las demás enfermeras siempre le tienen que decir lo que debe hacer. A menudo parece sacarlas de quicio y podría ser, de hecho, la única enfermera con la que nos podríamos salir con la nuestra al pedirle más colchas, ya que es probable que se le haya olvidado que ya nos dio dos. Pero creo que debemos reservarla para un caso de emergencia y señalo que saldré

al pasillo a ver si consigo llevarme unas colchas en mis dos o tres paseos diarios.

Primero, sin embargo, escondemos la cuerda en el lugar más seguro que encontramos, dentro del conducto de la calefacción junto con tu libreta. Utilizo la lima de uñas que escondí en el forro de la mochila para atornillar y desatornillar la placa. Después, inserto la lima de uñas en una grieta donde el espejo del cuarto de baño toca la pared. A veces Spidermonja mete la cuerda en la funda de su almohada, siempre y cuando no sea el día en que cambian las sábanas en nuestro lado del pasillo. Spidermonja no tiene nada que hacer hasta que regrese con más colchas y me doy cuenta de que le molesta. Tiene el gesto cariacontecido, nervioso. Se tira del pelo, resuella, mira por la ventana y asiente hacia mí con angustia.

—Ya está levantada —dice Geri, entrando en la habitación.

Geri tiene la fastidiosa costumbre de dirigirse a las personas que están cerca en tercera persona. Quizá le ayude a poner distancia con sus pacientes.

—Síiii —respondo con alegría.

—¿Se ha puesto las zapatillas? ¡Oh, pero qué buena portabombo es ella!

Me entran ganas de tumbar a Geri por llamarme «portabombo» —eso o estallar de risa—. ¡Portabombo! A espaldas de Geri, la dulce mirada de Spidermonja se vuelve asesina. ¿Estará furiosa contra Geri por lo que me ha dicho? Siento un agradable cosquilleo.

Se supone que debemos llevar puestos a todas partes los pegajosos cubrezapatos hospitalarios de espuma para evitar caídas y la propagación de hongos. Y sí, como buena portabombo que soy, llevo los míos puestos. Parecen zapatos álficos y terminan en punta. La goma me corta el empeine. Ojalá tuviese calcetines de forro polar, unas polainas realmente bonitas, de piel de cordero, quizá verdaderos mocasines como los de la abuela Virginia. Arrastro los pies con el endeble camisón y la voluminosa y ligera bata de hospital. El pasillo está soleado. Entra el sol a cada extremo por unos altos ventanales de cristales inastillables. Sé que son irrompibles porque me he quedado cerca mirando al exterior. Reparé en que las ventanas son de doble grosor y contienen en el medio una tela metálica muy fina que forma un dibujo de rombos. Puede que este fuera el ala psiquiátrica anteriormente, lo que también explicaría la limitada abertura de las ventanas, aunque me parece que eso es una norma en los hospitales y quizá en los hoteles también.

El atractivo hombre somalí, que parece haberse olvidado de que me sentara sobre él, me sonrío cuando paso a su lado. Le saludo y pregunto por su

mujer, que por lo visto es la responsable de preparar nuestra asquerosa comida algunos días.

—Ah, está bien —responde.

Le he preguntado cómo se llama, pero no quiere decírmelo. Aun así, sigo pensando que simpatiza con nosotras y que podríamos poner a prueba su empatía un poco más de algún modo, sin poner en riesgo nuestro plan. La semana que viene tiene el turno de noche y podría hacer la vista gorda. Podría, al menos, seguir el juego de hacerse el distraído mientras rompemos el cristal de nuestra ventana. No tengo pensado cómo vamos a lograr eso exactamente. No estoy segura de que nada de lo que seamos capaces de levantar mi compañera de habitación y yo sea lo bastante pesado como para romper esa ventana. Sin embargo, no es una parte del plan que podamos probar previamente.

Nuestro amigo empuja el carro de la lavandería con la cesta de lona hasta delante de la puerta de la habitación y saca un montón de sábanas, fundas de almohadas y colchas sucias. Me dirige un gesto educado, deja las colchas arriba del todo y entra de nuevo en la habitación. Pero Geri se aproxima por el pasillo. Se detiene, baja la vista al ordenador a conciencia. Entra en la habitación de una paciente, pero el pasillo todavía no es seguro. Más abajo, un par de enfermeras están inmersas en una conversación. No conozco a una de ellas, pero la otra es a la que llamo la Serpiente. Es la más peligrosa de todas, la más sigilosa; nunca oigo sus pasos, sino solo un susurrante silbido cuando entra en la habitación sin hacer ruido.

Debo seguir caminando. No puedo dar la impresión de merodear cerca del carro de la lavandería. Me dirijo hacia las dos enfermeras, con una mano apoyada en la zona lumbar como la típica embarazada con dolor de espalda, aunque por suerte no es mi caso. La Serpiente me ve y se vuelve hacia su compañera; evidentemente están hablando de una paciente, un procedimiento o algo que yo no debo escuchar. Me siguen con la mirada al pasar. Los ojos de la Serpiente son penetrantes y negros como las antenas de una hormiga. Las enfermeras reanudan su conversación, y luego se callan de repente cuando doy media vuelta y vuelvo a pasar a su lado; sonrío, me quejo un poco sujetándome la espalda, me giro de nuevo y me alejo. Impacientes, entran en la sala de enfermería, donde guardan un frigorífico lleno de tentempiés, una máquina que a veces produce hielo y un horno para mantener calientes las mantas para las mujeres que se encuentran a punto de dar a luz.

El pasillo está vacío y actúo. Con paso tranquilo y seguro me acerco al carro, compruebo rápidamente una vez más el pasillo, robo las colchas, las

arrugo formando un ovillo que escondo bajo los brazos y contra ti. Se me acelera el corazón y me zumban los oídos. Me das una fuerte patada. Regreso a la habitación caminando como un pato, cierro la cortina en torno a mi cama y oculto una de las colchas bajo las sábanas de mi compañera de habitación. Spidermonja sonrío, emocionada, mostrando unos dientes perfectos y blancos como los dientes de leche de una niña. Enseguida se pone manos a la obra y comienza a deshacerla. Me acomodo en mi cama y, bajo la protección de la otra colcha, comienzo a deshilar otra más.

Enrollar madejas de hilo me recuerda a mis días de cuando hacía punto en la escuela Waldorf y cómo nos enseñaban a hacer ovillos perfectos, a deshacer las madejas de hilo, a tejer todas juntas en una misma habitación, cantando, en el aula de paredes rosa princesa y techo con rosetón. Hice una bufanda —creo que Sera todavía la conserva—; le encantó que se la hiciera de su color preferido del momento. Negro. ¡Dejaron que una niña tejiera en color negro! Queda tan bonito con su cabello claro. Seguro que está guardada en algún sitio en nuestra casa habitada por personas que hicieron las cosas correctamente en el mundo de antes y que la han heredado ahora. Mientras trabajamos, tenemos la televisión apagada para poder oír si se acerca alguien por el pasillo. Spidermonja tiene un reloj de pulsera y pronto me indica que es la hora del almuerzo. Escondemos la labor y fingimos estar absortas en un programa que acabamos de poner —una cinta continua de un documental sobre el ciclo reproductor de los pingüinos—, que ya hemos visto docenas de veces. Cuando llega el almuerzo, nos lo comemos todo, rápidamente, procurando absorber los nutrientes antes de percibir el sabor de los alimentos. Llevo las bandejas al carro de comida y volvemos a la habitación. El ajeteo del almuerzo disminuye. Esperamos a que vengan a comprobar nuestras constantes vitales. Llega la Serpiente, arrastrando los pies con un silbido. Su sedosa y castaña melena está peinada con tirabuzones de muñeca victoriana, enmarcando un rostro demacrado y colérico. Cuando habla, tengo tanto miedo a delatarme que le clavo los ojos en la boca pintada de un intenso color naranja. Encorva los escuálidos hombros y me taladra con sus chispeantes ojos negros. Incluso su voz suena constreñida. Nos toma el pulso, la tensión, la temperatura, todo en silencio y con el ceño fruncido. Muestras de sangre y orina. Examen exhaustivo. Entonces, por alguna razón, decide verificar la pupila de los ojos con una pequeña linterna y tomarnos muestras de uñas. Nos corta un mechón de pelo a cada una, los guarda en un sobre sellado y rellena una etiqueta en el sobre.

—¿Para qué te llevas todos estos cachitos? —no puedo evitar preguntar —. ¿Están haciendo muñecas de vudú?

Los ojos de la Serpiente se intensifican, intentando aplastarme, pero me desvanezco, me disperso adrede.

—O quizá están fabricando una Frankenmujer. ¿Es algún tipo de clonación? Venga, esos cachitos son míos. ¡Quiero saberlo!

Me ignora, lo que es buena señal. No debería decir ni mu. Procurar pasar inadvertida. No llamar la atención. No reírme. Hace las típicas preguntas sobre los movimientos del feto y anota con esmero mis respuestas. Spidermonja no abre la boca, pero la Serpiente apunta cosas aun así. De pronto, la Serpiente tira hacia atrás de la ropa de cama de Spidermonja ¡como si fuera a encontrar ahí a un bebé escondido! Aguanto la respiración, estoy segura de que va a descubrir la colcha semideshecha. Pero mi compañera ha colocado la suya con astucia debajo de la colcha intacta de arriba y ambas aparecen como si estuvieran pegadas. No hay nada fuera de lo normal. Con el susto en el cuerpo, finjo estar adormilada y bostezo, antes de vociferar para distraer a la Serpiente.

—¿Es normal dormir todo el tiempo tanto? —le pregunto.

Mientras se vuelve para responderme, la bola de hilo que estaba formando Spidermonja rueda lentamente desde debajo de su almohada, cae de la cama y sigue rodando hacia los pies de la Serpiente. Pego un grito mirando al techo.

—¡Ay!

—¿Ay qué?

—El bebé acaba de darme una patada muy fuerte. ¡Ay! ¡Otra vez! ¡Toca!

La Serpiente se acerca hasta mí y se inclina sobre la cama. Recorre mi tripa con su pequeña mano, áspera y rígida. Se detiene. Noto cómo te encoges bajo su mano, tan seca, blanca y gélida. Entretanto, Spidermonja se levanta de la cama sigilosamente, sigue el hilo de algodón hasta la madeja, que serpentea entre las dos camas y se detiene justo detrás de los pies de la Serpiente.

—Yo no noto nada —observa la Serpiente.

—¡Espera! ¡Aquí!

Servicial, te mueves y te giras. Suelto otro grito.

—Eso es normal —dice con desprecio—. Estás muy nerviosa hoy, ¿verdad? Si no consigues calmarte, con mucho gusto puedo pedirte un tranquilizante. ¿Quieres que le haga una solicitud a tu médico?

—¿Quién es mi médico? —pregunto.

Spidermonja ha avanzado con sigilo hasta encontrarse justo detrás de ella y recoge el hilo. Yo agarro la mano de la Serpiente.

—No te preocupes —artículo con fervor—. De verdad, estoy bien.

Retuerce la mano para soltarse. Da media vuelta. Spidermonja está de nuevo en la cama, tapada y con un gesto impreciso y triste. Tiene esa mirada profunda, trágica y silenciosa que clava a veces en el vacío y de la que resulta imposible apartarla. La Serpiente ni siquiera lo intenta. Solo reúne todas las muestras corporales y se marcha. Apagamos el canal de los pingüinos y cabeceamos, esperando a ver si regresa. Dormimos un par de horas. Necesitamos dormir durante el día para poder estar despiertas y tejer toda la noche.

14 DE OCTUBRE

Ya tenemos seis metros y tú estás creciendo tanto que he de largarme de aquí cuanto antes. Me aprietas los pulmones y me cuesta respirar. Si no me muevo lo suficiente, una de mis nalgas se queda entumecida. ¡Tengo que salir de aquí! Medimos la cuerda anoche extendiéndola en el suelo —yo calzo un cuarenta y dos, así que puedo medir más o menos el largo de la cuerda con mis pasos—. Calculo que necesitaremos unos tres metros y medio para cada planta y otros dos metros y medio adicionales para el tramo que irá atado a las patas de la cama. No puede haber mucha caída al final. No podemos permitirnos un golpe demasiado fuerte —nos da miedo hacerles daño a los bebés—. Al menos, doy por sentado que Spidermonja piensa como yo.

Orielee llega y me despierta para hacer otra ecografía, pero primero me saca sangre. Me extraen sangre todos los días, pero a Spidermonja se la sacan dos veces al día, lo que me inquieta. Está tan consumida que me parece que debe de necesitar hasta la última gota ya.

—No me importa que me saquen sangre —explico a Orielee mientras me pone un torniquete elástico de color ámbar en el brazo y me da golpecitos en las venas para que se vean mejor—, pero ¿no puedes hacer algo por mi compañera de habitación? Le están extrayendo sangre dos veces al día. ¡Es demasiado! Además, ¿qué hacen con toda esa sangre? ¿Se la beben?

—Bueno, supongo que la analizan... —responde Orielee—. Y, sí, aquí pone que debo sacarle a ella también. Pobrecita, aquí pone que no está engordando nada. Parece mucho, la verdad.

Orielee se muerde el labio y sacude la cabeza, mientras mira a Spidermonja, pero su compasión es tan exagerada que parece falsa.

—¿Por qué no me sacas un poquito más a mí y la dejas a ella tranquila?
—sugiero—. ¿No ves cómo se está debilitando?

Orielee suspira y me clava la aguja. Se le da muy bien y lo hace con tanta delicadeza que apenas duele.

—Qué bonito de tu parte, pero no puedo hacer eso.

—¡Pero está debilitándose!

—Y entre tú y yo —continúa Orielee—, he visto adonde llevan gran parte de esta sangre y ni siquiera la miran.

—¿Quieres decir que la tiran a la basura? ¿Nadie ni siquiera se la bebe?

—No debería decirlo, pero sí; a ver, no. Va a la basura. Aun así, podría perder el empleo si sustituyo una muestra de sangre (a veces sí las comprueban).

—¿Quiénes son ellos?

—Los investigadores.

Señala con gesto impreciso hacia la ventana, hacia el puente sobre el Misisipi que la gente sigue cruzando constantemente a diario entre los campus.

—¿La universidad sigue funcionando?

—La mayoría de las cosas siguen funcionando —explica Orielee—. Pero están aprobando muchas normas nuevas. Hay nuevas reglas constantemente. Una tiene que estar muy atenta.

—¿Para no quebrantar las normas?

—Sí.

Me apresuro a soltar una retahíla de mentiras.

—¡Y a veces ni siquiera las conoces! Como yo, que no sabía que debía entregarme. No tenía la menor idea.

—¿Cómo podías no saberlo? —Orielee muestra su incredulidad—. Lo ponía por todas partes, y lo sigue poniendo. En anuncios, carteles, tablonos, etc. ¡Es imposible no verlo!

—Claro que es posible —miento un poco más—. No leo los periódicos y no veo las noticias. Yo estaba feliz, pero también con muchas náuseas, así que me quedaba en casa o me sentaba en el porche. La gente me veía todo el rato, pero nadie me dijo nada. Nadie me delató.

—Bueno... —Me mira, muy poco convencida.

—Bueno, ¿qué? Vamos a ver, ellos llegaron y me detuvieron. Pero nadie me delató formalmente; yo creo que no.

—Te...

Orielee tiene los ojos muy redondos e incluso un poco lacrimosos. Hay algo que quiere contarme.

—Tal vez... —dice con voz suave.

Aguardo. Toma una inspiración y echa un vistazo a la puerta, luego a Spidermonja, que está sentada muy recta en la cama con los ojos cerrados, como si estuviera meditando.

—Hubo un hombre —comienza Orielee—, que ayudaba a muchas mujeres a esconderse, supongo, y lo atraparon. Creo haber escuchado que lo siguieron hasta el sitio donde vivías. Así que te ayudaba a ti también, ¿no? Está bien, es comprensible, de verdad. Esconder a las mujeres era solo idea suya, ¿sabes? Pero a este tipo le sonsacaron muchos nombres. —Pone los ojos como platos y su boca dibuja una pequeña «o» antes de añadir—: Porque pueden hacerlo, ¿sabes?, con sus métodos tan persuasivos. Todo el mundo acaba hablando.

15 DE OCTUBRE

Anoche deshice una colcha por completo, la guardé con sumo cuidado y estuve tejiendo hasta altas horas de la madrugada. Las lágrimas me anegaban los ojos mientras trabajaba. Se me empezaron a irritar y sangrar los dedos. Al final Spidermonja me quitó la cuerda de las manos. Me quedé sin adrenalina y me derrumbé. Dormí toda la mañana e intenté seguir durmiendo en el más hondo silencio de mi corazón. Pero estoy despierta. Solo existen el rostro de Phil y el mío, la mano de Phil y la mía, el corazón de Phil y el mío, y las antiguas palabras «¿Qué te han hecho?». Abro el libro *Incursiones en lo indecible* de Thomas Merton.

Dentro de este mundo, esta posada loca, en la que no hay absolutamente ningún lugar para Él, Cristo ha venido aunque no haya sido invitado. Pero, como no puede estar en casa estando en él, como está fuera de lugar estando en él y aun así tiene que estar en él, su lugar se halla con aquellos para los que no hay ningún lugar, los que han sido rechazados por el poder por ser considerados débiles, aquellos que son desacreditados, a los que se les niega la condición de persona, a los que se tortura y extermina. Con aquellos para quienes no hay sitio, Cristo está presente en el mundo. Está presente misteriosamente en aquellos en los que no parece haber nada salvo lo peor del mundo.

En esta reflexión al fin encuentro un ápice de consuelo. Siempre he creído en un Dios torturado tras leer la historia católica, porque esto es lo que yo sé: nada hay que un ser humano no pueda hacerle a otro. Necesitamos un dios que se ponga del lado de los desventurados. Uno dispuesto a compartir sus miserias. Sigo enrollando hilo y tejiendo; la cuerda da vueltas entre mis manos. Es casi la hora de la comida y guardo la madeja debajo de las sábanas. Me tranquilizo y espero. Spidermonja aguarda también, mirándose el reloj. Pronto escuchamos el traqueteo del carro con la comida, las bandejas de plástico apiladas que traen bazofia, y fingimos estar dormidas. La puerta se abre. Levanto la vista. Cuando descubro quién sujeta la bandeja del almuerzo, mi mente da un respingo. Sera deposita la bandeja en la mesilla y me advierte con la mirada, pero tampoco puede evitarlo. No puede evitar sentirse abrumada de pronto.

Me llevo las manos a la boca, pero se me humedecen los ojos y suelto un grito ahogado:

—Mamá.

Sera mira a Spidermonja.

—Ella es de fiar —le digo.

—No tengo mucho tiempo. —Sera se limpia la cara y susurra con vehemencia—: Mira. Estaré aquí mañana. Estoy con Jessie. Pero no intentes hablar con ella.

—¿Dónde está papá? ¿Dónde está Phil?

—Tu padre está bien... —responde, titubeante.

—¿Y Phil?

—No lo sabemos.

—Consíguenos más colchas, mamá. —Retiro las sábanas y le muestro fugazmente la cuerda tejida—. Dile a Jessie que nos busque más colchas. La cuerda ya casi tiene la suficiente longitud. Aunque necesitaremos ayuda para salir. Alguien tiene que ayudarnos a romper la ventana.

La otra repartidora de comida asoma la cabeza en la habitación.

—¡Venga!

—Vale —contesta Sera en voz alta, sonriéndonos—. Esto hará las cosas más fáciles —susurra.

Se ha quedado asombrada de nuestro trabajo y yo me siento tan orgullosa como una niña de guardería. Al alejarse me invade una sensación de amor desesperado tan inmenso que a duras penas puedo contener las lágrimas y evitar suplicarle que se quede conmigo. Lleva el plateado pelo de hada recogido en una redcilla. Ha adelgazado, es toda aristas. Se vuelve para

dirigirme una mirada por encima del hombro y observo que luce su cara competente, la misma que lució las dos veces que acudí a urgencias, la cara de cargar el maletero del coche cuando nos íbamos de vacaciones, la que vi durante el estúpido lío de Glen, la de los preparativos para la cena del día de Acción de Gracias para treinta comensales y la cara de conferenciante. Es la misma cara que me llevó a ingresar en la universidad y la que sacó a Glen de la cárcel tras diversas detenciones en manifestaciones de protesta. La cara de «Ya me encargo yo». La cara de «No nos podemos permitir el fracaso». La cara de la sargento del hogar. Exhalo un largo suspiro y me como hasta la última migaja de comida.

16 DE OCTUBRE

Dos camilleros me trasladan para hacerme una nueva ecografía. Siempre me atiende el mismo personal. Me tratan con enorme amabilidad, una serenidad impersonal, pero, por mucho que les suplique, no me dejan verte. Se niegan a girar la camilla, o cama, hacia la pantalla.

—No, querida, no. Ahora silencio.

Me acarician el pelo y me dan la vuelta con mi raída bata de hospital con el trasero al aire. Supongo que están acostumbrados a mujeres suplicantes.

—¿Cuánto falta? —pregunta—. ¿Está sano? ¿Es niño o niña?

—Oh, sanísimo —responde la mujer de pelo moreno.

Pero no quiere decirme cuánto ha progresado tu cuerpo, ni si eres grande o pequeño, ni si estás cerca de ser lo que ellos llaman «viable». Después, intento interrogar a Orielee.

—Dímelo. Por favor. Sé que está en el historial —insisto.

Pero se muestra inflexible al respecto. Ni siquiera me quiere dar una pista.

—Perdería mi empleo y seguramente la acreditación —objeta—. Dame un respiro.

También dice que lo siente y que a ella también le gustaría saber, pero al menos no le saca sangre a Spidermonja.

—Me inventaré una excusa.

Spidermonja me mira y asiente, aliviada al tiempo que se baja la manga de la bata de hospital. Sus ojos son muy expresivos. No deja de mirarme. Sé que quiere hablar, pero es posible que de verdad sea muda y no pueda hacerlo. Tenemos ahora casi diez metros de cuerda, por lo que resulta muy difícil de esconder. Se ha vuelto algo tan arriesgado que no nos atrevemos a trabajar en ella salvo en las horas más oscuras y silenciosas de la noche. Así

que progresamos poco. Deshacemos todo lo que podemos y enrollamos el hilo. Nuestras manos suponen un problema —agrietadas, en carne viva, reseca por el aire del hospital—, y gastamos toda la crema para manos que nos dan. No queremos llamar la atención pidiendo más. Pero, incluso más que la crema, echo de menos un bálsamo labial. Recuerdo los días en que tenía tres o cuatro barras abiertas al mismo tiempo. En el escritorio, en el bolsillo y en el bolso. Tengo los labios tan cortados que no lo soporto más. Salgo a dar uno de mis paseos habituales y me rezago cerca del mostrador hasta que Jessie aparece desde el interior de la oficina con un montón de gráficas clínicas. No debería molestarla, es peligroso, pero no puedo contenerme.

—¿Podrías darme un poco de bálsamo labial?

—No tengo. Pídeselo a tu enfermera —responde displicente. Sus ojos me avisan de que la deje en paz—. Está justo detrás de ti.

—¿Necesitas algo?

Es la Serpiente; se ha acercado de un modo tan sibilino e inquietante que me sobresalto.

Hablo con la voz más dócil que puedo:

—Lo siento. Solo quería bálsamo labial. O quizá vaselina.

La Serpiente tuerce el gesto.

—No somos un *spa*. Procuramos mantenerte con vida para que puedas dar a luz a tu bebé sana y salva. Aquí, no allí fuera. —Señala con un gesto rudo de la cabeza la ventana al final del pasillo, de cristal inastillable—. Allí fuera mueren mujeres a mansalva, mujeres que no se entregan. Vuestros bebés no son fáciles de traer al mundo.

Abre un armario, busca detrás de unas carpetas y saca un pequeño envase de lo que debe de ser una reserva secreta.

—Gracias.

Me lo guardo en el bolsillo de la bata dentro del puño cerrado. La Serpiente tiene sus propios y oscuros motivos para intentar asustarnos. No hay razón para que cueste más traerte al mundo a ti que a otro bebé cualquiera, que yo sepa al menos. Aun así, su comentario me desasosiega. Me agobia. Incluso si conseguimos escapar, no tengo la menor idea de adonde iremos ni cómo evitaremos que nos vuelvan a capturar una vez fuera. Siempre he oído decir que los presidiarios que diseñan y planifican con mucha antelación su huida de la cárcel suelen ser, por regla general, fáciles de atrapar, y pocas veces permanecen en libertad más de un par de semanas. Lo difícil es lo de después, la imposibilidad de esconderse en cualquier sitio donde ya hayamos estado.

La pequeña tarrina resulta ser un unguento de mentol. No sirve, pero nos alternamos para olerlo. Sera no trae la bandeja de comida, pero quizá tenga el turno de la cena. Nos quedamos dormidas toda la tarde en la pequeña habitación sombría, tranquila, horriblemente fea y engañosamente segura. Cuando duermo de día, mi sueño siempre es profundo y dramático. Tengo sueños tan vívidos que parecen reales, hasta tal punto que podrían ser una visión o un suceso. Hoy la abuela Virginia vuelve a visitarme y en mi sueño me ayuda a medir la cuerda.

—Tómate un descanso —me dice—. *Anwebi*, haré yo un poco por ti. — Sus pequeños y torcidos dedos se mueven por la cuerda con agilidad—. Cuidado con la fortachona. Es peor que la Serpiente.

Se refiere a Orielee, en la que yo comenzaba a confiar. Y, en efecto, cuando despertamos, resulta que Orielee ha venido para cambiar las sábanas en un día no previsto y a una hora nada habitual. Así que fue una suerte que decidiéramos esconder la cuerda en el conducto de la calefacción antes de quedarnos dormidas.

Alegre y pizpireta, Orielee retira las sábanas y sacude las almohadas para quitar las fundas. Finge que limpia debajo de los colchones, examinándolo todo minuciosamente, comprobando que las costuras estén cosidas y las partes de debajo estén intactas. Comprueba nuestro pequeño armario, tanteando con la mano por todo el interior. Después, abre y cierra las cortinas de la ventana como si pudiera desprenderse algún objeto de contrabando. Entra en el cuarto de baño y oigo el sonido seco de la cerámica cuando destapa la cisterna del váter. El único sitio que no comprueba es la calefacción. Lo atornillé como siempre, con la lima de uñas, que luego escondí. La encuentra encajada detrás del espejo del cuarto de baño; no es realmente un espejo de cristal, sino un trozo de acero inoxidable lustrado.

—Voy a tener que llevarme esto —anuncia saliendo del cuarto de baño.

Su voz suena dulce y afligida, pero contiene un regocijo apenas disimulado, y me alegro de no haberme fiado nunca del todo de ella. Orielee dobla la lima en el aire.

—¿Por qué teníais esto escondido?

—¿Dé dónde has sacado eso? —pregunto—. Me vendría muy bien una de esas.

Orielee se la guarda en el bolsillo. Pero se acerca a mí e intenta fijarse, como quien no quiere la cosa, en el estado de mis uñas. Tengo las manos abiertas sobre la colcha y muestran unas uñas irregulares y rotas. La lima no habría servido para darles forma.

—Quizá perteneciera a Agnes —sugiero—. Por favor, ¿puedo quedármela? ¡Necesito algo para mis uñas!

Agito los dedos ante ella. Siento una punzada de traición al culpar a Agnes, pero por otra parte pienso en lo mucho que le habría gustado ayudarnos a escapar. Pienso en sus uñas agrietadas, rojas y sexis. Sin la lima, ¿con qué voy a atornillar y desatornillar la placa de la calefacción? Intento no pensar en eso hasta que Orilee haya abandonado la habitación. En cuanto lo hace, miro a Spidermonja, mostrando mi consternación. Me devuelve la mirada y esboza una delicada sonrisa. Muestra la mano con los dedos extendidos como si quisiera hacer gala de una nueva manicura. Ha dejado que le crecieran las uñas de los dos dedos índices, poniéndolas a salvo incluso mientras tejía o incluso utilizándolas para hacer los nudos y cortar trozos de hilo. Soy escéptica, pero más tarde esa misma noche, cuando todo queda en silencio, utiliza hábilmente el dedo para atornillar y desatornillar la placa del conducto de ventilación.

Me río.

—¡Lo que daría yo por tener tus uñas!

Ella solo sonrío. Sera tampoco ha venido durante la cena y solo confío en que tenga el turno de mañana y logre llegar hasta nuestra habitación. Mi amiga Spidermonja y yo trabajamos toda la noche. Me gusta observarla, me gusta estar cerca de ella. Me pregunto si algún día sabré cómo se llama.

17 DE OCTUBRE

Es por la mañana y Sera sigue sin aparecer. Me preocupa que la rutina que llevamos me esté desorientando, aunque me he vuelto experta en deshacerme de las vitaminas. Solo nos faltan dos metros y medio de cuerda por hacer. Pero me aterra tanto la idea de que nos descubran y confisquen la cuerda que he decidido que esta debe ser nuestra última noche de trabajo. Me convenzo de que una ligera caída al final de la cuerda resulta menos peligroso que perder por completo nuestra oportunidad de escapar. Además, Spidermonja parece estar tan agotada, tan frágil y esquelética que, si esperamos mucho más, temo que no tenga fuerzas suficientes para descender por la pared del edificio. Antes del mediodía la Serpiente llega y nos pincha para sacarnos sangre, nos toma muestras de orina, más muestras de uñas, saliva y mucosidad. Nos pesa y escucha a nuestros bebés, tomando largos apuntes en el ordenador. La Serpiente apenas habla mientras lleva a cabo estas tareas, pero me alegra porque espero que esté de servicio hoy, que Geri tenga el

turno de noche y que Jessie trabaje en el de mañana después de la medianoche. El 19. La fecha de la carta de Eddy.

Es mediodía. Sera nos trae las bandejas con la comida. Dos. Una bandeja lleva la comida. La otra está tapada. Nos insta:

—Esconded todo esto y miradlo más tarde.

Nos entrega un trozo de papel que me guardo en el sujetador. Después, me da un beso fugaz, me sujeta la cara un instante entre sus manos frescas de madre de invierno. Cuando se marcha, siento cómo se desvanece lejos de mí. Bajo el paño verde de una de las bandejas, hay un martillo, una especie de bastón plegable y una diminuta y antigua grabadora con una cinta en el interior. Tan propio de Sera y Glen volverse *vintage*. También hay cuatro barritas energéticas. Lo que estas cosas tienen que ver con nuestra huida es un misterio. Pero Spidermonja enseguida desatornilla la placa de la ventilación y yo escondo todo en el hueco; después repartimos la comida en las dos bandejas. Comemos hasta el último bocado de unos espaguetis pegajosos con una salsa de carne indefinida. Leche en polvo. Un postre de maicena solidificado, con sabor a caramelo o quizá simplemente quemado. Después de la revisión, voy al cuarto de baño y leo la nota de Sera. «Puedes comer esto», dice en la última línea; «es papel de arroz dulce y la tinta no es tóxica». Quiero echarme a reír, pero engullo las instrucciones de la huida y resultan bastante sabrosas.

Spidermonja y yo dormimos toda la tarde. Me despierto y observo su rostro, tan puro en reposo. Su frente semeja una pulida piedra de río, cálida como la luna y brillante bajo la luz. Estoy tan nerviosa que no puedo conciliar el sueño, así que contemplo cómo va oscureciéndose el cielo. El sol descende, implacable, proyectando su luz desde el oeste hasta el extremo más oriental del cielo, donde recorta las nubes con un manto de encaje dorado.

Querido bebé, quiero que veas este mundo celestial y hermoso. Quiero que te llenes los ojos de este mundo.

Nos vamos turnando: una se sienta junto a la puerta atenta a los ruidos del pasillo mientras la otra teje la cuerda. La que vigila la puerta se levanta cuando se aproxima alguien y la tejedora esconde la cuerda. Si parece que alguien podría entrar, la centinela se mete rápidamente en la cama y la tejedora también finge dormir. Esto sucede más o menos una docena de veces esta noche, lo que nos ayuda a mantenernos despiertas. Además, si me quedo dormida, me entra un pánico atroz solo de pensar en lo que haremos una vez que estemos fuera.

Tengo una idea bastante clara de lo que nos pasará si nos quedamos. Se quedarían contigo. Te estudiarían. En cuanto a mí, primero tendría que sobrevivir al parto, y muchas mujeres no lo consiguen. Mueren durante la anestesia, creo, sobre todo si dan guerra, como Agnes. Pero, aunque sobreviviera al parto, es posible que no me dejaran en libertad. Corren rumores. Antes hablaban de los vientres voluntarios, pero quizá no haya suficientes, así que ahora se procede a un reclutamiento de mujeres. Me han llegado retazos de conversaciones. Se está obligando a las mujeres a intentar llevar a término embriones congelados, procedentes de antiguas clínicas de fecundación *in vitro*. Eso o se las insemina con espermatozoides procedentes de antiguos bancos de espermatozoides. No sé si creerme estas cosas, pero aquí estoy.

Reflexionando.

Comienza la evolución —un milagro—. Se detiene la evolución —otro milagro—. La vida sigue un diseño de la vastedad que nos rodea. El universo se expande y contrae en el tiempo atemporal. La Tierra tiene 4.500 millones de años, el Sol se convertirá en supernova y nos engullirá. Y volverá a contraerse. Bueno, eso es lo que pienso y, evidentemente, solo soy una observadora profana del gran misterio, del simple porqué, al que ningún científico es capaz de responder mejor que yo.

Hemos logrado que la cuerda tenga el largo que estimamos suficiente, o casi. Dividimos el extremo por la mitad para obtener dos largos y fuertes ramales de cuerda que atar a la pata de la cama. Después ensayamos el nudo una y otra vez, con diferentes variaciones, hasta que somos capaces de hacerlo con los ojos cerrados y estamos seguras de que no se soltará.

19 DE OCTUBRE

Nuestro último día en el hospital. Por la mañana dormimos todo lo que podemos, preparándonos para la noche. Más tarde, Spidermonja rasga cuatro o cinco largas y gruesas tiras de una bata de hospital robada. Utilizará esa bata para fabricarse un hatillo con todos sus enseres. Yo cogeré mi propia mochila para llevar mis escasas pertenencias: los libros, tu ropita de recién nacido y mantitas. Me pondré los vaqueros y la camisa de Phil debajo de la bata de hospital. Llevaré puesta la chaqueta que me compré, pero guardaré en la mochila los zapatos. Mis fundas para el calzado verdes, pegajosas y élficas serán perfectas para atravesar el pasillo. Conseguimos engullir la comida. Todo marcha bien, no se presentan complicaciones. Incluso hemos podido

echarnos una cabezadita. Sí, todo va de maravilla hasta que llega el cambio de turno de las enfermeras. Entonces aparece Orielee.

Por mucho que le explique que la Serpiente ya ha hecho todo eso hoy, lo apunta todo de nuevo, las constantes vitales, los trabajos. Nos extrae sangre, toma muestras de saliva del interior de las mejillas, nos corta otro mechón de pelo, que guarda en pequeños sobres. Recoge todo en la bandeja y se dispone a salir cuando advierte la placa de la calefacción. Se fija detenidamente y frunce el ceño, pensativa.

—Orielee, ¿puedo preguntarte algo? —digo para distraerla, pero se niega a escucharme—. ¡Oye!

Observa el conducto de la calefacción con más atención, se levanta, se acerca a él y se arrodilla con un crujido para examinar el interior. Spidermonja y yo nos levantamos de la cama. Orielee se incorpora, resollando, y se vuelve hacia nosotras. El mero hecho de vernos ahí delante, con cara de absoluto pánico, le confirma todo. Con el gesto impasible, no deja entrever lo que piensa hacer, pero mientras Orielee se aleja de nosotras y se dirige hacia la puerta, suelta una risita, ese pequeño gorgorito carente de alegría. En cuanto lo hace, Spidermonja se abalanza sobre ella y pasa velozmente la tira de trapo desgarrado de la bata de hospital por encima de la cabeza de Orielee. Tira con fuerza, desde atrás, tan rápido que Orielee pierde el equilibrio hasta caer al suelo, sentada, mientras su centro de gravedad va inclinándose conforme Spidermonja va retorciendo la tela. Cada vez más fuerte. El rostro de Orielee va enrojeciendo por momentos. Levanta las manos, las agita intentando agarrar a Spidermonja, que está arrodillada detrás de Orielee sin dejar de dar vueltas a la tela.

—¡Joder! ¡Un poco de ayuda! —dice mi compañera de habitación con los dientes entrecerrados.

Me fulmina con los ojos. Sus escuálidos brazos luchan por contener el fuerte forcejeo de la corpulenta mujer.

Entonces es cuando decido hacer lo que me enviará al infierno. Salto de la cama, agarro las manos de Orielee y se las retuerzo detrás de la espalda. Se cae del todo, pataleando con fuerza. Me abalanzo sobre ella, de costado, para inmovilizarla. Spidermonja sigue retorciendo el trapo con ambas manos, cada vez más fuerte, hasta que a Orielee se le salen los ojos y la lengua, y su rostro se vuelve morado. Nuestras caras son casi tan rígidas y espantosas como la suya. Yo me he puesto encima de ella así que puedo verle los ojos. La mirada salvaje y penetrante, los iris señalándome, sangre asomando en la comisura de

los párpados y lágrimas de sangre deslizando por las mejillas. Por fin sus piernas se relajan y se abren inertes hasta yacer sin vida.

Spidermonja se desploma sin resuello, jadeando. Sacudo una almohada para quitarle la funda, con la que cubro la cabeza de Orilee, por lo que solo tenemos que lidiar con el cuerpo. Eso de por sí ya es bastante duro. No puedo apartar la vista de la chaqueta de hospital de Orilee con el estampado de viñetas de Garfield mirando un volcán, Garfield con un libro entre las garras y Garfield con gesto escéptico ante una planta de interior.

Lo único que alcanzo a hacer es procesar que Spidermonja ha hablado con normalidad, junto con el hecho de que hemos matado a Orilee. Con normalidad.

—Intentemos meterla en el armario —propone Spidermonja.

Sacamos todas nuestras pertenencias del armario e intentamos levantar el cuerpo de Orilee y pasarlo por la doble puerta. La dejamos caer dentro y la atamos a las perchas con otra tira de la bata de hospital. Atrancamos la puerta con fuerza. Orilee no había recogido la bandeja con nuestras muestras ni la había dejado todavía en el carro. Así que lo hacemos. Dejamos el carro en el pasillo delante de la habitación. Ambas estamos mareadas, así que volvemos a la cama titubeando y nos tapamos con las sábanas. Transcurre media hora. Seguimos entumecidas y mareadas. Suena un sonoro golpe, un tenso crujido, conforme el cuerpo de Orilee se acopla en el armario. Oímos a una enfermera que pasa y dice: «Vaya, aquí está su bandeja. Debió de haber salido temprano. Es su cumpleaños». Oímos cómo se alejan con el carro. Silencio.

Spidermonja y yo nos miramos lentamente.

—Oye, ¿y cómo te llamas? —le pregunto—. Estoy harta de llamarte Spidermonja.

—¿Me llamabas así? —No sonrío, pero su voz pasa de extrañada a divertida—. Me llamo Tia Jackson.

—¿Tia? ¿Jackson?

—Mi familia lleva aquí desde hace seis generaciones —explica con aguerrida indignación—, seguramente más tiempo que... Bah, olvídale. Ja. Me olvidaba de que tú eres una india.

—Sí.

—¿Te sientes fatal? —pregunta al cabo de un rato.

—Aún no. Estaré seguramente en estado de *shock* o algo así.

—Ya.

—¿Por qué no hablabas?

—Ley número uno de prisioneros. Nunca les dejes saber que entiendes su idioma.

Eso me parece muy bien pensado y le pregunto a Tia si ha averiguado algo.

—Bueno, ¿además de la teoría del puente terrestre, sobre la que, Dios mío, has dado un poco la brasa? He oído cosas. Al menos no los matan. —Se acaricia suavemente la tripa—. De momento los que nacen con vida son más hábiles físicamente. Agarran antes los objetos, caminan antes. Son más grandes. Nadie sabe acerca del habla. No es que muchos hayan... ya sabes, hablado de momento.

—Supongo que los han estudiado —digo.

—No entremos ahí —responde Tia.

—¿De verdad han matado a todas las presas?

—Depende de la gravedad de las acusaciones. Algunas han sido entrenadas como cazarrecompensas y las envían para atraparnos. A mí me encontró una de ellas. ¿Era tu madre la que nos trajo la comida?

—Sí. ¿Por qué no hablabas conmigo al menos?

—Podrías haberme delatado sin querer.

—¿Y estás lista?

—Estoy más que lista —responde Tia Jackson—. Y tú ¿me vas a contar lo que ponía en ese trozo de papel que te comiste?

Se lo cuento. Al cabo de un tiempo nos traen la cena e intentamos tragarlo todo. Se llevan las bandejas. Nos encontramos de nuevo a solas en la habitación, en silencio. No puedo evitar mirar hacia el armario, ni Tia tampoco.

—No deberíamos hablar de ella —digo al fin—. Deberíamos hablar de otros temas. ¿Qué eras tú antes?

—Diseñadora —responde Tia—. Diseño textil. Se me ocurren ideas todo el tiempo. Trabajo rápido.

—¿Casada?

—Sí, pero me quité la alianza, la tiré en un arbusto. Sé exactamente dónde. Iré a por ella. No quería que se llevasen nada.

—¿Dónde te detuvieron?

—Delante de mi estudio.

—¿Sabe tu marido dónde estás?

—No lo sé —responde Tia. Sacude la cabeza y aparta la vista, más emocionada de lo que la he visto nunca—. Es que no lo sé —dice con un hilo de voz.

—Ni se te ocurra volver a tu casa; será el primer sitio donde te buscarán.

Ella asiente y apoya la frente en las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—Es duro ahora que puedo hablar contigo —dice—. Antes no parecía tan real.

—Haz como si no fuese real —la animo.

Pero las horas se eternizan. Le leo en voz alta acerca de «¿Lo dice la Biblia? ¿Dónde llevaban *kilts* los hebreos? ¿Qué hombre tenía un sombrero con ribete de cinta azul? ¿Quién dio de comer sopa a un ángel? ¿Quién fue a pescar desnudo? ¿Quién se comió un ratón detrás de un árbol? ¿Quién pensaba que su conciencia se encontraba en sus riñones?». Hay un versículo de la Biblia para responder a cada una de estas preguntas. Primer Libro de las Crónicas 19, 4: Janún les hace lo mismo a los siervos de David. Exodo 28, 37-38: Aarón lleva una. Jueces 6, 19: Gedeón. Juan 20, 7: Pedro. En la Biblia se mencionan en varias ocasiones a los ratones sagrados. Salmos. «Desazonóse a la verdad mi corazón, y en mis riñones sentía punzadas».

Nos ponemos muy nerviosas, abrumadas por la ansiedad y el pavor ante lo que nos disponemos a hacer y ya hemos hecho. Nos comemos una barra energética cada una, alargando cada pequeño bocado en la lengua para disfrutar del sabor del mundo de antes. Después, por fin lo escuchamos: el chillido desde el otro extremo del pasillo, los pasos y portazos de pánico, gente corriendo, la distracción que nuestra amiga ha ideado para tapar el ruido al romper el cristal.

Cerramos la puerta y colocamos el extraño artefacto con aspecto de bastón debajo del picaporte. Enciendo la pequeña grabadora con el volumen al máximo. Habrá ocho minutos de silencio y luego nuestras voces respondiendo a quienquiera que intente abrir la puerta, para que nadie piense que nos hemos escapado aún. Tía prepara nuestra ropa y el equipaje y yo saco el martillo de debajo de la almohada y comienzo a golpear la ventana. No rompe en fragmentos puntiagudos, sino que, tras el sexto martillazo, se convierte en una telaraña de pequeños guijarros de cristal y se deshace del marco y cae por el muro exterior del edificio. Entra una ráfaga de aire fresco. Las luces de las torres brillan en la noche despejada. Entre las dos atamos la cuerda a la pata de la cama de Tía, que encajamos contra la pared, y arrojamos la cuerda por la ventana. Serpentea hasta abajo, rozando casi el tejado de la planta inferior, creo. Es lo bastante larga.

El aire que entra a raudales es vigorizante, fresco y delicioso. Estamos acostumbradas al aire invariable del interior del hospital. Llevamos puesta la ropa con la que llegamos debajo de la bata de hospital. Mis vaqueros,

totalmente desabrochados ahora, se me caen peligrosamente en las caderas; necesito tirantes. Tía se ha atado el hatillo a la espalda: la minúscula canastilla del bebé y su exigua ropa. Yo no estoy siendo muy altruista. Dejarla salir primero es lo único que puedo hacer. Pesa mucho menos que yo. Si yo llegase a romper la cuerda o no aguantase el nudo, seríamos dos las que no lograríamos escapar. No hay luna y, salvo por las luces en lo alto de las antenas de radio, solo están iluminados unos pocos lugares más abajo. La ciudad está ahora en gran medida a oscuras y el puente que cruza el río parece un espectro negro. El Misisipi centellea como un músculo aceitoso. Tía dice:

—Allá voy.

Lleva a su bebé con elegancia, una tripa compacta y redonda, y, cuando se sube al alféizar y se mantiene en equilibrio, parece tan ágil como una bailarina, e impaciente.

—¡Espera! —La detengo—. ¡Cuidado con los cristales!

Coloco una almohada ahí donde la cuerda rozará al tensarse cuando bajemos, para que no se raiga. Sonriéndome, Tía coloca las piernas a cada lado de la cuerda y sale afuera por encima del saliente de la ventana. Me cuelgo la mochila, me arrodillo en el alféizar y el radiador, y me asomo por la ventana. Observo cómo se balancea al descender por la pared con cuidado y a la vez lo más rápido que puede. Cuando se halla a mitad de camino, alguien llama a la puerta. Luego suena un crujido cuando alguien intenta abrir. Doy un golpecito en la cuerda para avisarla y ella acelera el ritmo con dificultad. Oigo un golpe seco y la cuerda rebota. Me da miedo que se haya hecho daño al caer al final. Salgo por la ventana lo más deprisa que puedo y me aferró al muro de ladrillo del edificio. Conforme doy el primer paso hacia abajo, oigo golpes y la grabadora se pone en marcha. Suena la voz de Sera, muy alto, al borde de un ataque de nervios. «Un momento, ¡está atascada! Vale, estoy intentando abrir». Y sigue así. El bastón encajado bajo el picaporte es una de esas cerraduras de seguridad instantáneas que puedes llevar a un hotel barato. A prueba de intrusos. Solo espero que aguante.

La barrita energética y la adrenalina me ayudan en un primer momento y me deslizo sin apenas pensar en la altura, lo que es una buena cosa. Más o menos a mitad de camino, me mareo y tengo que parar, me agarro a la cuerda y me pego a la pared. Sin querer, miro hacia abajo, bueno no abajo exactamente sino por encima del hombro hacia el río, lo que es peor. Porque no soy más que una araña panzuda colgada de un hilo y me tiemblan los brazos. El cielo es tan inmenso y oscuro, y no hay nada entre mi cuerpo y el tejado más abajo que esta trenzada cuerda. Pienso en la abuela Virginia, en

sus diminutas y reseca garras, que no dejaban de trenzar, y en su áspera, fatigosa y febril risa. «Yo te ayudaré», me dice, y, solo con imaginármela tan frágil e infinita, sigo descendiendo. Tia está abajo, sujetándose la tripa, respirando con dificultad, sin hacer ruido, a la espera, y, cuando toco el suelo, me siento de pronto tan agotada del alivio que no creo que pueda moverme.

—¡Vamos! —Tia me tira del brazo con frenesí—. Tu madre ha bloqueado la puerta abierta para que no se cierre. Puedo ver la luz. Mueve el culo, rápido.

Avanzamos pegadas a la pared hasta que alcanzamos la puerta que Sera ha dejado abierta con tan solo un tenedor de ensaladera. Nos deslizamos en el interior y bajamos las escaleras a toda velocidad. De pronto, Sera aparece subiendo las escaleras corriendo —algo va mal. Se supone que nos encontraríamos con ella abajo del todo—. Nos agarra.

—¡Rápido, rápido!

Y bajamos el último tramo de escaleras como un relámpago. Salimos al exterior, donde espera un camión de reciclaje junto a seis enormes contenedores. Nos precipitamos por el lado del copiloto al tiempo que el camión sale del aparcamiento. Estamos en el maravilloso suelo pegajoso de la cabina, que huele más a pies y goma quemada que a basura. Mamá nos coge y nos ayuda a meternos en un hueco detrás de los asientos atestados de ropa y herramientas. Sentimos el traqueteo del camión. El motor ruge con fuerza por todas partes. Yo me agarro a ti y al hombro de Sera también, mientras intento recobrar el aliento. Ella me acaricia el pelo y me dice que me ponga el mono acolchado, la chaqueta con tiras reflectantes y el casco. Acurrucada en el asiento entre Sera y el conductor, Tia se enfunda la holgada ropa. El casco se balancea por encima de su cabeza y el cuello parece un frágil tallo. Me sonrío.

—Shawn.

El conductor, un hombre escuálido y débil, bastante alto, con preciosos ojos marrones cavernosos, de unos treinta años, extiende la mano. Es una garza con un largo y pálido pico. Y esos ojos. Podrías perderte en ellos. Agarra el volante con las manos con unos raídos mitones.

—Vamos a la nueva PRR, la Planta de Reciclaje de Residuos. Primera parada de la clandestinidad.

En cuanto dice eso, me vence el cansancio como una droga. Me duermo, con la cabeza apoyada en la espalda de mi madre. Conforme me sumerjo en un sueño, experimento una dulce sensación de seguridad, una calma tan intensa que sé que se debe de remontar a mis primeros días con Sera, antes de que hablara o incluso antes de tomar conciencia de mi propia existencia, antes

de convertirme en un yo. Hubo esta bondad, este cuidado. Esta presencia y este sopor. Sera sigue acariciándome el pelo mientras vuelvo en mí y el alba despunta en un cielo gris con matices rosados. Entramos en lo que Shawn llama la PRR tras superar unos puestos de control vallados. Hay dos camiones más o menos nuevos en la entrada, en el límite del aparcamiento. Al otro extremo se abre automáticamente un enorme portón de garaje y Shawn introduce el vehículo. La puerta exterior se cierra detrás de nosotros con un sonoro golpe que retumba y Shawn anuncia:

—Ya estamos a salvo. Podemos salir.

Bajamos del camión, algo deslumbradas. Al fondo del garaje hay una zona parcialmente cerrada con una estufa.

—Adelante. —Shawn pasa por delante de una montaña de objetos reciclados hacia el cuarto de baño—. Voy a alimentar este fuego, para quitarnos el frío. Solo tenéis que esconderos en el retrete si se abre la puerta. ¿Vale?

Shawn se encamina hacia la estufa y se sirve de un abrelatas para abrir limpiamente una lata de judías blancas en salsa. Deja la lata sobre la cocina de leña con unas pinzas y nos mira con esos ojos castaños, serenos y de cordero degollado. Puedo oler el aroma de la intensa salsa con pequeños trozos blancos de cerdo incluso antes de que esté tibia. Entramos en el cuarto de baño, un gran vestuario repleto de monos grasientos y cubos de botas pestilentes. Usamos los baños y nos aseamos, solo con agua, sin usar las ásperas pastillas de jabón Lava con vetas negras. Se nos han quedado las manos abrasadas por la cuerda, además de llagadas y agrietadas. Sera espera fuera con Shawn, vigilando. Antes de salir del cuarto de baño, asomamos la cabeza. Todo parece tranquilo. Las judías calentándose en la lata desprenden un aroma veraniego a perrito caliente. Shawn sirve con una cuchara la mitad de una lata de humeantes y siseantes judías en cuencos de acero.

—Aquí estamos a salvo —dice mamá—. Por ahora.

Tia y yo nos sentamos, apoyadas en la pared, sobre unos cubos de plástico dados la vuelta. Tomamos a pequeños sorbos cada condimentada cucharada y saboreamos cada pastosa judía. Te remueves como si te dieras cuenta de lo bien que me siento yo ahora mismo. Sera nos trae humeantes tazas de té de frambuesa y descubrimos el resto del plan que Sera y Shawn pergeñan sobre la marcha.

—De acuerdo —dice Shawn—. Os llevaré hasta la oficina de correos a última hora del día o mañana temprano. Depende. Después, os pondremos a las tres en un camión de correos que se dirige al norte. Tu gente —señala a

Sera con la cabeza— estará allí esperando, en alguna parte, tú sabrás dónde. Yo no quiero saberlo.

Doy por supuesto que Sera está en contacto con Eddy, y que él tiene su propio plan para llevarnos más al norte, más adentro en el bosque, quizá a las islas en las aguas fronterizas.

—Yo no voy —declara Tia. Su mandíbula puntiaguda sobresale; tiene el gesto decidido—: Voy a buscar a mi marido.

Sera asiente con cautela y suspira. Sus ojos se tornan de un suave y desvaído azul tejano. Su pelo blanco se ve despeinado bajo la gorra. Es una madre de espíritu de invierno tan bonita, con las mejillas sonrosadas y los labios delicados, bien perfilados y de un rojo de bayas dulces.

—Oh, cariño. —Coge la mano de Tia—. Sé cómo debes de sentirte, pero es peligrosísimo. Estarán vigilando a tu familia muy de cerca.

—Sé que él habrá pensado en algo. Y, aunque no fuese así, no iré. Dejadme en la oficina de correos. Me esconderé en el sótano y le enviaré un mensaje. Vendrá a buscarme.

—¿Y luego qué?

—No lo sé. No pueden vigilar a todo el mundo. Solo sé que todo saldrá bien. Me siento más segura en la ciudad que en medio de la nada. No llamaremos la atención, sobre todo después de que nazca el bebé.

Se acaricia la preciosa barriga. Sonríe. Solo ha sonreído una vez en el hospital, que yo recuerde (la primera vez que robé una colcha para ella). Ojalá sea niña. Ella quiere que sea niña.

—En fin, no iré y ya está. Y sabéis que, si no me comprometo con vuestro plan, seré una carga y un peligro. Así que dejadme mejor en la oficina de correos.

—Piénsatelo bien —le ruega Sera.

Pero estoy convencida de que Tia, que fue la primera en tener la idea de trenzar una cuerda para descender por el muro exterior del hospital, ha tomado una decisión firme.

Shawn extiende las manos grandes, larguiruchas y esqueléticas.

—Vamos todos a pensarlo. Y a hablarlo. Tenemos tiempo. ¿Una galleta?

Abre una marchita caja de almendrados, rancios y absolutamente deliciosos.

Shawn nos conduce hasta una zona de almacenaje donde nos muestra un cuarto secreto separado por un muro, detrás de dos gigantescas máquinas

clasificadoras. Una cinta transportadora extrae latas de sopa con imanes, mientras otra despide latas de aluminio por un conducto mediante lo que Shawn llama una corriente de Foucault. El cuarto secreto está lleno de barriles de comida, explica, cosas recuperadas de la basura. Te sorprendería lo que la gente sigue arrojando a los contenedores de reciclaje. Detrás de los barriles, hay un rincón con colchones remendados y cojines de sofás cubiertos con sacos de dormir para temperaturas bajo cero.

—Vale, vosotras dos —ordena Shawn—, acurrucaos ahí. Tu madre tiene que encargarse de un papeleo importante. Aquí estaréis a salvo. Todo este recinto está protegido. —Introduce las manos en los bolsillos y saca dos pistolas automáticas de color platino, de esas que salen en las películas. —Sí —asiente con una sonrisa—. Os sorprendería lo que tira la gente. Ahora dormid, ratoncitos. No temáis.

—No sé por qué —le digo a Tia, mientras nos acomodamos en unos sacos de dormir—, pero me parece que Shawn es irlandés, y los irlandeses siempre me han infundido confianza.

—¿Y los chinos? ¿Has confiado en nosotros?

—Oye, estamos emparentados, y tú lo sabes. Te enseñé todo el asunto del puente terrestre y tú solo sonreías enigmáticamente. Tan misteriosa. No tenía ni puñetera idea de lo que eras.

Se ríe.

—Lo mío era el gesto inescrutable de una película de serie B, ¿verdad? Tenía tantas ganas de hablar contigo. Fue lo más difícil que he hecho nunca. Descender por la pared fue fácil. Trenzar esa cuerda fue fácil. Yo realmente quería ser amiga tuya.

—Pues ahora me abandonas por tu marido.

—Primero van los tíos; luego las amigas.

—Es al revés.

—Lo sé. Me gustaría quedarme contigo. Además, nunca hemos hablado de tu chico, y yo deseaba tanto preguntarte.

—Vale. Te lo contaré todo, pero tú primero. Háblame de tu chico. ¿También es chino?

—No. Coincidimos en el instituto, aunque nunca salimos juntos en aquella época. Pero tengo la sensación de que lo conozco desde siempre. Fui a la guardería con él.

—¿Una escuela privada?

—Sí.

—Yo fui a Waldorf, luego a una escuela pública. Mis padres son esa clase de liberales.

—Los míos se mudaron a Arizona y los de Clay murieron. Su padre era consejero delegado de una empresa de cereales, con una casa enorme en el lago Minnetonka. Tenía otra residencia en Costa Rica, en la costa del Pacífico. Si conseguimos llegar hasta allí...

—¿Con el bebé?

—Lo sé. Tal vez a California.

Nos quedamos calladas.

—Pero le quieres mucho.

—Sí. Puede que sea un blanco, anglosajón y protestante de Wayzata, pero es un tipo listo, cariñoso, sexi y me hace reír. Todo eso.

Su voz se apaga. Intento animarla otra vez.

—Me sorprende que te cogieran. Quiero decir que pareces tan protegida, ¿no? Allá fuera en los suburbios, en un gran fuerte, ¿no podías haber desaparecido sin más?

—Me arriesgué, fui a mi estudio. No conseguí llegar... Es que no terminaba de creerme que esto estuviera sucediendo de verdad. Ese es el problema de los privilegios y el dinero en estas situaciones. Tienes una falsa sensación de seguridad. Pero me detuvieron en la calle, sin documentación encima y fingí que no hablaba inglés. Sé que Clay está esperando alguna señal mía. Haré que venga a buscarme. Clay y yo siempre habíamos acordado que, si uno de los dos desaparecía o si había una tercera guerra mundial o si algo se torcía de mala manera, nos quedaríamos en casa, cuidando el hogar mientras esperábamos a la otra persona lo máximo posible. Por eso estoy segura de que Clay estará allí.

—Cuidando el fuego del hogar.

—Más o menos.

Dormimos, sumidas en un sueño profundo, rudo, oscuro y alucinatorio. Dormimos toda la tarde y, para cuando despertamos, está atardeciendo. Deben de ser las cinco o las seis de la tarde. Sera tiene unos sándwiches con pan de verdad, lonchas de pavo de verdad e incluso mayonesa. Y leche en conserva que calienta con canela y chocolate. Nos deja solas con la comida y lo devoramos todo a pequeños bocados mientras sorbemos despacio el chocolate caliente.

—Está tan rico que casi me dan ganas de llorar —dice Tia.

—Parece casi un sacramento comer otra vez comida de verdad.

—No me has hablado de tu marido —me recuerda Tia.

La miro y no sé por dónde comenzar, pero mi gesto debe de hablar por sí solo.

—Tranquila —dice al cabo de un instante—, ya me lo contarás en otro momento.

20 DE OCTUBRE

Esta libreta se ha convertido en mi vida, o quizá sería mejor decir que esta libreta se ha convertido en el modo en que me mantengo conectada a mi vida y a ti. La tapa dura y negra se ha desportillado en algunos sitios o directamente se ha desgastado hasta la materia gris. Pero tu ecografía protegida con cinta está intacta. La tapa trasera, con su espacio para poner tu nombre o foto, rodeado de pegatinas de guirnaldas de rosas, palomas y querubines apuntando, está deteriorada. Estas ridículas marcas románticas muestran el desgaste de tanto uso. Al igual que la fotografía que tomé del cartel en el campo vacío. He recogido trozos de papel aquí y allá de antes, recuerdos del extraño mundo del que pronto entrarás a formar parte. Numerosos y diminutos fragmentos, recogidos de bolsas, que han salido volando de enormes pilas, arrastrados por toda la Planta de Reciclaje de Residuos. Los aliso y añado a los sobres de recortes que he pegado en la tapa interior de la libreta. Han llegado hasta aquí desde todos los rincones del planeta. Envoltorios de caramelos de limón de España y muchas etiquetas marcadas «MADE IN CHINA, TAIWAN, USA, SRI LANKA, BERLÍN». Hay tarjetas impresas en Corea, y pequeños y decorativos trozos de envoltorios dorados y lavanda de Francia, Australia e Indonesia. Fotos rotas y manchadas. Etiquetas de vino de Nueva Zelanda. Instrucciones para levantar una tienda de campaña perdida hace mucho tiempo y fabricada en Taiwán. Hay restos de paquetes de sopa, macarrones con queso, estropajo y detergente para la ropa norteamericanos emblemáticos. Sobres con preciosos sellos yuxtapuestos solo para fines utilitarios y que, sin embargo, poseen un efecto misterioso. En el botiquín del lugar encuentro un bote de pegamento y unas diminutas tijeras de uñas. Arreglar y pegar mi pequeño zurrón de tesoros me entretiene. Tía duerme. Apenas he visto a Sera.

Entre los numerosos artículos almacenados o descartados en la habitación del fondo, hay una vieja tabla pintada al óleo. El pequeño cuadro tiene cierta calidad, aunque presenta una mancha en una esquina de lo que podría ser huevo cuajado. Quizá lo hayan tirado a la basura por error, víctima de una limpieza doméstica. Por otra parte, puede que lo rescataran de una inundación

o un incendio, ya que el fondo se ve ennegrecido. Pero al examinarlo más detenidamente, observo que es fruto de un esmerado trabajo, no del barro o las llamas. La obra es sencilla. Una granada y un vaso de agua (o vacío o lleno hasta el tope) aparecen dispuestos en un punto iluminado de una mesa amplia e incluso quizá interminable. Cuando miré la granada y el vaso de agua por primera vez, pensé en dos personas. El vaso de agua —uno de esos grandes vasos de bar utilizados para servir té helado— tiene una apariencia perfecta desde cierta distancia pero caótica visto de cerca. La granada es un remolino de diminutas pinceladas, rosas mandarinas con un tono escarlata ahumado. No toca el cristal, sino que proyecta una sombra en el interior. Sugiere una relación tensa pero llena de amor entre la granada y el vaso de agua. Tal vez, se me antoja ahora, como la relación entre tú y yo.

Decidiste existir. No me incluyo realmente en tu decisión. La vida está siempre a favor de la vida. A favor de una continuidad egoísta. Así, los dos objetos aguardan, uno madurando sobre una mesa que se extiende entre las sombras.

Tia se despierta y se frota la cara con las manos. Por supuesto está acostumbrada a verme escribir esta libreta, por lo que no me pregunta qué hago y se acurruca otra vez en el saco de dormir y se adormila mientras yo sigo garabateando. El techo es alto, y el aire, gélido. He cortado las puntas de los dedos de un par de guantes baratos y desaparejados, que he recogido de la basura, como los de Shawn, para poder sujetar el bolígrafo. Me da miedo que no podamos salir. Miedo que la noche no sea lo bastante oscura como para poder escondernos. Puede que tengamos que huir eternamente, incluso después de tu nacimiento. Y tengo miedo a que la ausencia de mi madre signifique que allí fuera algo va mal.

De pronto, Tia dice:

—Oye, estoy sangrando.

Pero no es sangre, o no hay mucha sangre. Es un líquido claro. Tal vez el líquido amniótico, pienso.

—Voy a salir a buscar a mi madre —anuncio a Tia—. No te preocupes. Ella sabe lo que hay que hacer.

Le entrego a Tia una pila de servilletas de papel y la dejo arrebujaada en mi saco de dormir mientras cuelgo el suyo en una percha que hay en la pared. El rostro de Tia ha empalidecido y está muy blanco, con un tono grisáceo, y frunce el entrecejo. La frente muestra pliegues como marcados a cuchillo.

Parece más pequeña y caigo en la cuenta, con una escalofriante lucidez, de que su enorme bebé no logrará abrirse camino para salir. Está atrapado, como un velero en una botella. Tendrá que romperse. Esto me aturde; no puedo respirar, me invade el mismo miedo a que tú también te quedes atrapado entre mis costillas, justo debajo del corazón, y apretándome los pulmones.

—Ve entonces, rápido —me apremia Tia, con el gesto contraído.

Me muevo lo más rápido que me atrevo. El suelo está resbaladizo con periódicos rotos y húmedos. Cruzo la puerta hasta el pasillo industrial, gris y verde. De ahí avanzo con cuidado por las bandas de caucho pegadas en el suelo de cemento hasta la puerta acristalada que conduce al amplio garaje. A través del sucio cristal diviso a mi madre. Viste un mono y habla con alguien que no había visto hasta ahora. Podría ser peligroso. Quizá ella lo esté distraendo y contando patrañas para alejarlo de nosotras. Será mejor que espere, y eso intento. Su concentrada calma mientras escucha al hombre me confirma que finge e interpreta el papel de una persona atenta. Nunca se muestra así de poco participativa, tan callada, en una interacción real. Pero necesito llamar su atención. Así que avanzo por el pasillo un poco más, pruebo una puerta, que está cerrada con llave, luego la siguiente, que se abre y da acceso a un despacho. El despacho se adentra en el garaje, con una ventana, modo con el que al fin consigo captar la atención de Sera. Agito los brazos como si estuviera haciendo señales con banderas por la ventana hasta que estoy bastante segura de que me ha visto. Me retiro. Con toda certeza habrá comprendido el mensaje y me seguirá hasta el almacén para averiguar el motivo de mi estado de pánico.

Cuando vuelvo a nuestro escondrijo, Tia se encuentra un poco mejor, respira con esfuerzo, acurrucada y abrazada a un viejo cojín de peluche gris, de lana de oveja apelmazada y llena de nudos.

—Eso está muy sucio —digo, alterada porque ella suele mostrarse siempre tan escrupulosa.

—No me lo quites —me ruega Tia.

Uy, uy, uy, pienso.

—Noto algo. Creo que me está dando una punzada de dolor. Una especie de fuerte retortijón. —Deja el cojín a un lado y el bebé sobresale entre nosotras—. Mira. —Tia me coge la mano y me la coloca en la base de su estómago, donde se contraen los músculos cuando habla, y dice—: ¿Lo notas?

—Sí, puede ser —respondo—. Son esas contracciones de Braxton Hicks que no significan que te estés poniendo de parto ya.

Aun así, si no está de parto, sé que existe riesgo de infección después de romper aguas. Le sujeto la muñeca y miro el reloj, para medir la próxima contracción, y el intervalo de tiempo entre esa y la siguiente, y así sucesivamente. Dice que son moderadas, que no duelen. Pero se producen cada cinco minutos. Y, después de que pasen cuatro, parecen inconfundiblemente regulares y sincronizadas como para ser otra cosa que contracciones de parto. Aun así, no le duelen. Y ahora espero que Tia sea una de esos fenómenos de la naturaleza, mujeres de las que una oye hablar, incluso antes de quedar embarazada, mujeres a las que apenas les da tiempo a tumbarse en el suelo de la cocina, mujeres que dan a luz en la parte trasera de un taxi, mujeres que no sienten dolor o muy poco, mujeres cuyos bebés prácticamente les salen solos del cuerpo. Todas deseamos ser una mujer de esas.

—Aquí va otra —dice Tia y tiene todavía mejor aspecto ahora, como si estuviera pasmada, feliz y satisfecha consigo misma—. ¿Eso es bueno?

Estoy casi segura de que el inicio de las contracciones ha liberado también alguna especie de opio natural en el cerebro, una sustancia química misericordiosa que entumece el miedo, infla el valor e impulsa, por encima de todo, nuestro deseo de conocer a nuestro bebé.

Solo que el embarazo de Tia no está mucho más avanzado que el mío, y, ya que se negaron a decirnos lo que se veía en las ecografías, no tenemos forma de saber si su hijo será capaz de sobrevivir por sí mismo. Por lo tanto, no sé qué desear más —que tenga el bebé o que no se ponga de parto—. No es que mi deseo pueda influir de algún modo al fin y al cabo. También tengo presente ese ruido que hizo al caer de la cuerda al tejado. Me pregunto si fue un golpe muy duro, pero no quiero recordárselo. Lo único que puedo hacer es permanecer a su lado y medir las contracciones, que siguen produciéndose cada cinco minutos durante media hora de una horrible presión mental. Estoy ansiosa por que llegue Sera y me indique qué hacer. Por fin llama a la puerta. Me levanto rápidamente y corro hasta la puerta. Empujo el pestillo. Sera me abraza.

—Por el amor de Dios, no vuelvas a salir nunca más —dice—. Ese era un director regional, que puede estar dispuesto o no a revelar todo el asunto. No sabemos qué sabe exactamente ni qué es lo que opina, políticamente hablando. Podría estar a punto de delatarnos a todos. O podría... ¿Qué sucede?

—Hola —murmura Tia con voz débil—. Me he puesto de parto.

—Tiene contracciones cada cinco minutos y son regulares.

—He roto aguas —explica Tia, con la mano en la tripa y los ojos hundidos.

Está ensimismada en las nuevas sensaciones.

Sera se arrodilla junto a Tia y le hace preguntas que suenan de tipo profesional. Es un alivio. Acaricia el pelo de Tia, se lo aparta de la frente y sonrío. Le sujeta la muñeca entre los dedos de forma tranquilizadora y le anuncia que tiene el pulso de maravilla.

—¿Sabes de cuántas semanas estás?

—Treinta... ¿Quizá treinta y una?

Mi madre asiente tranquilamente, pero advierto que se le tensa la sonrisa.

—¿Has ensayado las técnicas de respiración Lamaze?

—Solía practicar con Clay, antes de que me detuvieran.

—Vamos a repasar un par de cosas. Cedar, tú también puedes hacerlo con nosotras.

Inspiramos y espiramos, hacemos respiraciones de limpieza, de soplo, todas juntas, en un marmágnum de cojines, sacos de dormir y mantas. Me mareo y me parece que Tia también está hiperventilando, porque de pronto nos comportamos como un par de chiquillas de seis años. Tia saca la lengua y pone los ojos en blanco. Yo muestro los dientes y rechino. Mi madre se mete de lleno con una exagerada respiración «fu, fu» como las que se ven en las películas de partos. Gira la cabeza y cierra los ojos.

—Claro, el subidón natural.

Consigue que Tia se relaje e incluso se ría, y me conmueve ver a mi madre comportarse así, de un modo tan impropio de ella, con el objetivo de lograr que Tia se olvide de dónde estamos.

—¿Deberíamos hacer tanto ruido? —pregunto.

—Probablemente no —responde Sera.

Imita un gran gesto exagerado silencioso, y Tia sigue respirando ruidosamente, riendo y resoplando. De repente, deja de hacerlo y se queda callada, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Ay!

Suelta un desgarrador grito de sorpresa, pero Sera la convence para que respire de la forma pautada. Durante una hora seguimos así. Las contracciones se vuelven incómodas, incluso dolorosas. Me doy cuenta de que absorben toda la concentración de Tia. Todavía habla entre una y otra, pero frunce el ceño y la mirada nada en introspección, descarnada y desconcertada. Tiene el rostro tan desnudo y puro cuando está plenamente

inmersa en una contracción que me dan ganas de besarla. Y le doy un beso en la coronilla. La abrazo y mi madre se agacha a su lado.

—¿Voy a tener a mi bebé? —pregunta con voz normal, después de una contracción especialmente virulenta. Unas gotas de sudor le perlan la frente—. ¿Ya viene?

—No —responde Sera—. Todavía falta. Pero es buen momento para examinar la situación.

Sera me lleva a un aparte mientras Tia, débil y desorientada, sufre una nueva contracción. Casi pierde el conocimiento cuando las contracciones se relajan.

—Tengo que ver cómo esterilizar el material y asegurarme de que estamos a salvo aquí. Tengo que salir un momento y buscar a Shawn. ¿Estarás bien con ella?

—Creo que sí.

—No hay nada fuera de lo normal. Es que no ha salido de cuentas.

Después, Sera se va en busca de su bolso. Mientras está fuera, sujeto la mano de Tia. Extiendo sus dedos encogidos y los masajeo, para infundirle mi energía en las palmas de sus manos.

—Eso sienta bien.

Entonces comienza otra contracción y se sumerge en ella con un valor desesperado, cada vez más hondo, hasta que alcanza el cénit y ella se encuentra ya anegada por completo. Le quito el reloj y me lo abrocho en la muñeca y le digo cuándo ya ha pasado lo más duro. La tensión aumenta y el dolor se intensifica a los treinta segundos, pero después Tia emerge lentamente.

—Eso ayuda.

Ahora suceden cada cuatro minutos y cada vez tiene menos tiempo para descansar entre contracción y contracción. Mi madre vuelve con Shawn, que tiene el gesto grave y preocupado. Con el cuerpo esquelético y un casco de piel de oveja que ondea, parece un Frankenstein de Minnesota y casi me echo a reír. Calza botas de nieve industriales de plástico moldeado, unas cosas enormes, abrochadas hasta la rodilla. Cuando se arrodilla junto a Tia, se muestra incongruentemente delicado.

—Voy a sacarte de aquí en brazos —explica—. Vamos a volver a la parte de atrás, entre las pilas de contenedores, hasta las cuevas. Creemos que va a producirse una redada en un par de horas.

Detrás de la estación, las antiguas riberas del Misisipi, ahora unos riscos secos, están acribilladas de cuevas vacías que quedaron después de su

explotación para extraer arena. Las grandes riberas están repletas de un laberinto de madrigueras que a lo largo de los años sirvieron para almacenar de todo, desde alcohol en tiempos de la ley seca hasta explosivos y drogas. Eran escondrijos de gánsteres, bares clandestinos y hogar de vagabundos. El hombre que fundó Saint Paul, Pig's Eye Parrant, regentaba una taberna en una de esas cuevas. Ermitaños y gente chiflada hicieron de las cuevas su hábitat. Algún que otro niño se ha perdido en esas cuevas o ha muerto en ellas, y todavía quedan un par de cafeterías en la fundación con aspecto de grutas de las cuevas. Una es un salón de baile donde los estudiantes de instituto celebran su fiesta de graduación. En algunas se ha instalado la electricidad para tener calefacción y se alquilan a comercios como lugares habitables.

—¿No buscarán allí?

—Bueno, quizá —responde Shawn—. Pero tenemos cuevas detrás de las cuevas, ¿sabes? Conduce a un laberinto de túneles. Saint Paul descansa sobre otra ciudad entera debajo. Aquí sois una presa fácil. En las cuevas tenéis pequeñas puertas traseras, extrañas formas de entrar y salir, pasadizos para pasar reptando. Como el camino por donde vamos a salir —dice, levantando a Tia en brazos—. Vamos a cruzar el sótano de una casa levantada justo a los pies del acantilado.

Acomoda con delicadeza a Tia entre sus brazos y se incorpora. Guardo rápidamente la libreta en la mochila y nos marchamos. Tia sufre una nueva contracción, jadea con los ojos cerrados apoyada en la chaqueta azul manchada de grasa de Shawn. Sera y yo llevamos toda la ropa de cama; Sera arrastra además una gran bolsa negra con ruedas. Ha anochecido, de modo que si rodeamos el gran foco de luz del patio estaremos bien. Me cuesta mantener el equilibrio con los sacos de dormir, las mantas y la mochila, por no hablar de ti. Doy pequeños y rígidos pasos de embarazada, pasos cargados de ansiedad, mientras bajamos por un camino sombrío, por delante de imponentes fardos de latas, plásticos y recipientes metálicos, furgones y enormes maquinarias que trituran y aplastan, todas calladas e inmóviles. El frescor sienta de maravilla. Hace casi frío. Atravesamos varias aberturas en cuatro capas de vallas metálicas —no se ven estas aberturas hasta que las tenemos encima y, en cuanto nos deslizamos por ellas y volvemos a cerrarlas, vuelven a ser invisibles—. Serpenteamos por la base del acantilado, la vieja y maciza pared del lecho del río, hasta llegar a unas casas, negocios venidos a menos y comercios tapiados. Uno de ellos, que parece tan abandonado como los demás, tiene una puerta lateral. Sera tira de un candado y lo abre. Shawn echa un vistazo a su alrededor antes de entrar en la penumbra. Nos quedamos

un momento de pie en la oscuridad fría y silenciosa. Después, Sera nos hace pasar por otra puerta y me entrega una pequeña linterna-bolígrafo LED. Shawn baja con Tia en brazos por una escalera que cruje. En el sótano, mi madre recorre con la linterna una pared cubierta con estanterías y armarios. Abre una de las puertas y quita suavemente el fondo de madera, dejando al descubierto una pared encalada. Tardamos un rato en darnos cuenta de que en realidad es una puerta empotrada en la pared, con el cordón de un pestillo que sobresale más o menos a treinta centímetros del suelo. Sera tira del cordón, que levanta una barra al otro lado, y Shawn se agacha para pasar con Tia.

—Será mejor que regrese —dice—. ¿Podrá caminar a partir de aquí?

—Es un ejercicio habitual durante el parto —explica mi madre—. Ayuda al bebé a nacer antes.

—Estaré bien —responde Tia—. Las contracciones han parado. ¿Quizá de puro miedo? No he vuelto a tener una desde que salimos del garaje. Pongámonos en marcha hacia donde vayamos.

Shawn se retira. Ahora nos encontramos metidas allí con Tia hasta que llegue el bebé. Si algo se tuerce, no tenemos plan B. Ninguna posibilidad de hacer una cesárea de emergencia.

—Vamos a estar bien, ya lo verás —asegura Sera.

Su voz suena casi despreocupada, pero su confianza no puede ser real. Sigo sus pasos. Lentamente avanzamos en fila india por un angosto pasillo de paredes rugosas. El camino se estrecha y el techo se comba. Nos agachamos cada vez más hasta acabar reptando a cuatro patas —se me clava la gravilla en las manos y las rodillas—. Intento tirar de nuestras cosas y a veces tengo que arrastrarme de costado, como un gusano. Me empapa un sudor frío de puro miedo. Estoy bajo toneladas de rocas, cantidades enormes y absurdas de roca. Intento dejar la mente en blanco, intento meditar y seguir a mi madre sin pensar en nada más. Pero entonces llegamos a un grueso muro con una abertura negra como una boca en la zona baja. Parece el muro de una mazmorra medieval. Se supone que debemos deslizarnos por debajo. Las lágrimas desbordan mis mejillas.

Mi madre se desliza bocabajo y arrastra sus cosas tras ella. Sorprendentemente Tia rueda por debajo con la agilidad de una gata.

—Venga —me apremia Tia, jadeante—. Empuja tus cosas.

—No puedo hacerlo —susurro.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta mi madre.

—No puedo hacerlo, me voy a quedar atrapada.

Y me quedo atrapada. Mi madre me retuerce despacio hacia un lado y hacia otro, me balancea por debajo de la piedra, tirando de mí centímetro a centímetro. El corazón me late con tal fuerza que estoy a punto de perder el conocimiento. Cuando llego al otro lado, me descompongo. Las dos tienen que esperar a que vaya a un rincón, caminando erguida, y vomite. Ahí donde me detengo hay un altar, un nicho cavado en la roca. Dentro hay una pequeña talla de plástico de María. Su manto azul y su rostro melocotón aparecen manchados con una mugre ennegrecida y polvorienta. Rezo dos avemarías y me siento un poco mejor. En su presencia, estaré bien. Es su trabajo. Quizá esté cuidando de mí (debería cuidar de mí. Es su trabajo). Dejo un guijarro a sus pies, como ofrenda, entre muchos otros guijarros. La gente como yo los ha ido depositando allí, dando gracias por su protección mientras se deslizaban bajo esa roca infernal.

—En marcha —digo.

El aire es escaso, rancio, frío y húmedo, falta oxígeno y huele a minerales. Nos adormece. Mi madre dice que respiremos hondo, que nos concentremos en respirar. Me empapa de nuevo un sudor frío y pegajoso e intento controlar los latidos desbocados de mi corazón.

—Alto —exclama Tia.

La sujetamos mientras resuella. Respira muy fuerte y chilla.

—Es una mala.

—Una buena, una buena —la tranquiliza Sera.

Bajo la delgada luz de la linterna, veo que Tia desea golpearla por esas palabras. No la culpo. Pero, a no ser que Sera se muestre incansablemente animada sobre nuestra situación, es probable que en algún momento nos sentemos, nos pongamos histéricas y muramos. Cuando Tia supera esa contracción, le doy una palmada en la espalda y la ayudo a seguir avanzando con paso vacilante. El pasaje se ensancha de forma vertiginosa y luego se estrecha peligrosamente. Subimos unos diminutos peldaños cavados en la roca, una escalera de caracol. Después, atravesamos un oscuro túnel con aspecto de esófago.

—Hay una habitación abovedada y caliente un poco más adelante —nos alienta mi madre—. Tiene instalación eléctrica e incluso una pequeña cocina con ventilación al exterior. Y Shawn guardó allí también un barril de sopas instantáneas y más cosas.

—¿Ramen? —pregunto.

—Tal vez —intenta animarnos Sera—. Por eso llevo la bolsa con ruedas. Está lleno de bidones de agua.

La perspectiva de agua y sopas calientes parece galvanizar a Tia, que intenta cruzar el pasillo a grandes zancadas.

—Solo quiero estar tumbada cuando me venga la siguiente —explica.

Pero no ocurre así. Sucede con la siguiente a esa.

El pequeño cuarto, una cueva de verdad, tiene paredes de piedra caliza en las que sobresalen piedras romas por todas partes. En el suelo hay antiguas alfombras tejidas a mano y un futón, roído por las ratas. Vuelvo a introducir relleno a puñados hasta que el colchón resulta lo suficientemente mullido como para que se acueste Tia.

—Pon esto encima de los sacos de dormir —me ordena Sera.

Tiene empapadores de hospital en la bolsa con ruedas, además de toallitas antibacterianas, un kit de instrumental de sutura, toallitas de alcohol, guantes de látex esterilizados y ese colirio ordenado por la ley estatal, aunque lo último de lo que debe preocuparse este bebé será de coger una infección ocular inducida por una ETS. Aun así, me siento tan aliviada e impresionada por mi madre que la abrazo, contigo entre ambas. Me sujeta la cara entre las manos y me habla mirándome a los ojos:

—Todas vamos a estar bien, sobre todo Tia. No te preocupes.

Ese ánimo contra viento y marea solía sacarme de quicio. Ahora me lo trago por completo. Hunde la cara en la suave bufanda negra que tejí para ella. Al fin y al cabo la ha conservado a pesar de todo y escapó con ella. La acaricio y me entran ganas de llorar. Después, Tia grita y volvemos a centrarnos en el parto. Me siento con ella y alumbro el reloj con la linterna. Ahora tiene contracciones cada tres minutos. Sera recorre las paredes arriba y abajo con su linterna hasta que localiza un alargador industrial que cuelga junto a una piedra. Conecta la cocina, encuentra una pequeña lámpara y también la enchufa. Enciende el horno al máximo y abre la puerta del todo; en pocos minutos la habitación se ha caldeado. Hay una pesada lona enrollada encima de la puerta y Sera la suelta para mantener el calor. Hay un cazo y un hervidor en el cajón debajo del horno. Llena el hervidor de agua y lo coloca sobre el quemador de atrás. Yo estrecho a Tia entre mis brazos mientras soporta cinco contracciones más. Y otras cinco más. Creo que debe de estar a punto de tener al bebé. Sera se enfunda un par de guantes esterilizados. Sus manos tienen un aspecto fantasmal.

—Justo después de la próxima contracción, te examinaré —le explica a Tia.

Y lo hace. Su gesto parece distante y lejano.

—Ya falta poco, ¿eh? —dice Tia con un hilo de voz ronca y asustada.

—Bueno —responde Sera—. Has dilatado.

—¿Cuánto?

Tia y yo estamos preparadas para oír que ha dilatado diez centímetros y que está lista para dar a luz.

—Dos —dice Sera.

—¿Dos? ¿Dos? ¡Dios mío! ¡Mierda!

Tia se recuesta contra el extremo enrollado del futón, sobre los sacos de dormir. Noto la desesperación que desprende, el miedo que la atenaza.

—¡No! ¡Aquí viene otra!

Tia alarga la mano y me tira del pelo con tanta fuerza que me lo arranca y ambas gritamos a la vez. Me araña la cara con sus uñas de destornillador y consigue atacar con una pierna y golpear a mi madre en la mandíbula con el talón. Sera se cae, pasmada; se arrodilla en el suelo e intenta reptar hacia delante para ayudarme a inmovilizar a Tia. Pero las delgadas y fuertes piernas de Tia son demasiado rápidas. Atiza de nuevo con los talones, alcanzando el otro lado de mi cara y haciéndome sangrar. Pienso entonces que tal vez fuese cierto lo que decía la Serpiente —o quizá sea una maldición por haber matado a Orilee—, que estos bebés no pueden nacer sin intervención médica. Está ocurriendo algo terrible y antinatural, y estamos condenadas a morir en un maremágnum de sangre e histeria agonizante.

Tia pierde el conocimiento cuando termina la contracción. Sus manos quedan inertes. Cierra los ojos y comienza a roncar.

—¿Se va a morir, mamá? —susurro—. ¿Está intentando matarnos? ¿Qué sucede?

Sera se recompone. Ya ha sacado un tubo de Neosporin para mis arañazos y me unta la cara con la pomada grasicnta.

—Oh, ¿Tia ahora mismo? Cielo, eso es normal.

Me siento dolorida y apestosa, y Sera me da un par de toallitas antibacterianas, advirtiéndome que necesitaré el resto para el parto. Tia hace progresos. No sé de qué otra forma llamarlo. Progresos, claro. Experimenta dolores crecientes con el fin de alcanzar dolores aún mayores que supondrán el final del dolor. Es evidente que, una vez que te pones de parto, estás metida de lleno en ello. La única manera de salir es atravesándolo. Por algún conveniente milagro de pura negación, no me tomo el parto de Tia como algo personal. No experimento la bola de pavor que supongo que debería sentir al observar cómo lucha para salir indemne de cada contracción. Mueve las

manos y piernas de forma acompasada. Como si estuviera trepando arriba y abajo por enormes acantilados. No se queja. Parece que ha optado por dejarse llevar por el dolor en vez de luchar contra él. Le brilla el rostro por el sudor. Le ofrezco sorbitos de agua. Sera le toca los labios con los dedos y le aplica un poco de bálsamo labial de cera de abeja. Tia ya no habla con nosotras; solo se deja arrastrar por el dolor, por encima de la cresta de la pendiente hasta caer rendida en un pequeño nido de sueño.

Pasan las horas. No puedo creer que esté escribiendo esto. «Pasan las horas». No comprendo cómo su cuerpo no se rompe. Permanece entera, hasta donde alcanzo a ver, pero pone los ojos en blanco. Y recibe cada nueva contracción con un fuerte sonido, un gruñido que comienza en la parte baja de las costillas y sube cada vez más agudo en el punto álgido de la contracción hasta convertirse en el rugido de un puma. He oído ese sonido en dos ocasiones, una en el jardín trasero de mi casa y otra cuando acampaba con mis padres en Glacier Park. Me protegieron y abrigaron colocándome en medio de los dos en los sacos de dormir y ninguno de nosotros volvió a pegar ojo en toda la noche. Ahora surge el mismo rugido de las entrañas de Tia en esa pequeña cueva, hasta que Sera dice, tras examinarla de nuevo:

—Ha llegado el momento de empujar. ¡Empuja!

Inmediatamente, con el primer esfuerzo, Tia se convierte en un ser humano. Aunque se le hincha por completo la cara, grotesca y rojiza, y le sobresalen los ojos cuando empuja con fuerza, entre pujo y pujo resulta extrañamente animada. En cierto modo vuelve a ser ella misma. Habla.

—¿Voy a ver a mi bebé pronto?

—Muy pronto —la anima Sera—. Muy pronto. ¿Preparada? Ahora...

Pero el bebé está atascado. No hay forma de que se mueva. «Pasan las horas». No puedo creerme de verdad que vuelva a escribir esto. Tia sigue empujando, con los labios fruncidos. Los ojos inyectados en sangre y pequeñas arañas le han reventado en lo alto de los pómulos. Mi madre coge la vieja silla que hay en la esquina y quita el asiento de un golpe. Tia se sienta en la silla y empuja hacia abajo, hacia la gravedad, la roca, la tierra, haciendo fuerza en las caderas para que rompan. Y así logra que el bebé se mueva. Tengo las manos preparadas más abajo, con guantes estériles. El bebé no llega. No reconozco a Tia. Su cara es el doble de grande de lo que debería y el cabello parece agujas. Emite electricidad. Está espléndida. Y también resulta aterradora. Tiene los ojos hundidos y la boca aspira aire. En un momento dado creo que ha muerto. No se mueve. Me quedo paralizada con ella. Toma

una enorme y atronadora inhalación y empuja de nuevo, y entonces asoma la coronilla de una cabecita.

—Espacio ahora, espacio. Deja que el bebé salga solo —indica Sera.

El sonido de Tia mana de la roca misma, como si hablara la mismísima cueva. Con el siguiente pujo sale la cabeza del bebé, con los ojos cerrados, inmóvil. Le sujeto la cara en mis manos ahuecadas. Luego empuja de nuevo y emerge el resto del cuerpo; me encuentro tumbada bocabajo en el suelo de la cueva para envolver al recién nacido mientras Sera, a mi lado, sujeta con una pinza el cordón umbilical y lo corta. Sera coge al bebé. Me dice que sujete a Tia antes de que se caiga y que la acueste en la cama. Y entonces percibo el primer indicio de miedo en su voz, la primera señal de que Sera está asustada.

Tia rueda de la silla y por poco se me cae, pero logramos llegar hasta la cama trastabillando. Mi madre se ocupa del bebé. Está encorvada sobre él y aspira algo de la boca del bebé, escupe, luego pone sus labios en la diminuta carita y sopla. Tia está sangrando. Está expulsando la placenta, sin dejar de sangrar. Le sujeto las manos con fuerza. Le levanto las caderas.

—Deja de sangrar. Ahora mismo. Deja de sangrar ya —artículo con voz autoritaria mientras lanzo una mirada feroz a Tia, como si fuera culpa suya.

Abre los ojos y me mira con enorme dulzura.

—De acuerdo —dice con voz sumisa—. Lo intentaré. Lo haré.

Y lo hace. El flujo se detiene de pronto.

—Muy bien, lo estás haciendo muy bien —me oigo decirle.

Eso es todo lo que llevo diciendo durante horas, pero ahora tengo algo nuevo que decir. Solo que no seré yo quien lo diga. Me niego. He pasado demasiadas cosas con Tia como para ser yo quien se lo diga. Sera tendrá que hacerlo, cuando ella misma lo comprenda. Cuando deje de emitir esos soplidos inútiles allí cerca de la silla. Cuando deje de inclinarse sobre el pequeño fardo que lleva en brazos. Cuando se enderece. Cuando tire la toalla de una puñetera vez. Lo que no sucede durante mucho mucho tiempo. Tanto tiempo que pienso: «Sera, dilo. Dilo ahora». Pero no lo hace. Que el bebé está muerto, pero Sera no lo dice. Al fin se acerca lentamente hasta nosotras y masculla algo como «tu bebé no ha sobrevivido» o «tu bebé está en el mundo de los espíritus» o simplemente «se nos ha ido; lo siento, se nos ha ido».

—Quiero abrazarlo —dice Tia.

Sera le da el bebé envuelto en un arrullo.

—Una niña —dice Sera.

Tia destapa la carita y parece una niña como otra cualquiera, una carita arrugada de una figura de piedra, solo que de un tono azul grisáceo. El

silencio y la quietud del bebé le otorgan un aspecto divino. Me levanto. Me caigo. Me encuentro de rodillas. Postrada. Tia canturrea mientras acuna a su niña, y comienza a cantar. No es una canción hecha de palabras, sino de sonidos que escucharé más adelante en otro lugar. Sonidos producidos hace cientos de miles de años, estoy segura, y sonidos que se escucharán dentro de cientos de miles de años, espero. Conforme canta, me quedo dormida a su lado; sus cánticos sosiegan ciertamente a un bebé, al que llevo dentro de mí. Noto cómo estiras las extremidades, te giras, te acomodas y estás vivo. Estás tan vivo.

21 DE OCTUBRE

Cuando me despierto, ya no hay bebé alguno en los brazos de Tia. Ella duerme, no está muerta. Compruebo su aliento con la mano. Tiene el rostro caliente. Sera descansa en una esquina en una pequeña colchoneta de *camping*; también duerme. Todo ha sido limpiado. La sangre. La placenta ensangrentada. Los empapadores ensangrentados. Todo aparece hecho un ovillo dentro de una bolsa de plástico blanco en un rincón. Veo el resplandor de la bolsa bajo la tenue luz de la lámpara. Sera ha pensado en todo. Aunque diviso un movimiento ahora, y durante un rato creo que forma parte de un sueño. Hay cierta irrealidad en todo ello. Pero, de pronto, me doy cuenta poco a poco de lo que estoy viendo: la alfombra o manta de pelo pardo ondulante es en realidad una montonera de ratas que, con cuidado, extirpan y sacan el contenido de la bolsa blanca a través de un agujero que han roído a conciencia. Y algunas ratas más se apiñan sobre algo que se halla encima de la mesita. Han hecho jirones la tela que lo cubre. Se mueven de un modo extraño sobre la mesa, de un lado a otro, se arremolinan como un enjambre, como si nadaran, unas sobre otras y sumergiéndose en un cúmulo de ratas hasta emerger otra vez. Me levanto de golpe, pero sin hacer ruido. No quiero que Tia o Sera vean esto. No quiero. Las ratas no se inmutan. Solo forman un enjambre cada vez más veloz y más denso en una muda y sinuosa excitación. Cojo la escoba e intento barrerlas, pero son una marea y no hacen más que regresar. Veo las botas de mi madre en la esquina. Botas Frye. Las botas *hippies* de mi madre. Comenzó a comprarlas en los años setenta y nunca dejó de hacerlo. Me las calzo. Permanezco quieta un instante con las botas puestas mientras sopeso qué hacer. Después, doy un paso adelante y agarro una rata por el rabo. Rápidamente la arrojo bajo la bota de mi madre y le aplasto la cabeza. El crujido me anima. Aplasto otra y otra más. Pronto se dan cuenta.

No se oye nada más en la cueva que el crujido bajo las botas de mi madre. Ciertamente estas botas me llenan de admiración. Están hechas de un cuero tan grueso que impide que lo traspase el diente de un roedor, y las suelas son lo bastante pesadas como para aplastar el cráneo de una rata de un solo pisotón. Aplasto de nuevo quizá veinte o treinta roedores, no lo sé. Las aplasto hasta que comprenden lo que sucede, quizá por los chillidos de las ratas por debajo del nivel de decibelios que yo soy capaz de percibir. Aquello les supera. Se desvanecen. De pronto se han esfumado sin más.

Han hecho jirones el arrullo de la niña, así que envuelvo bien de nuevo al diminuto ídolo. No quiero que Tia se dé cuenta. Después, saco de mi mochila tu mantita de franela a rayas. Tiene cuadros azules y amarillos y es muy bonita. Arrojo a la niña de Tia con ella. Hay un par de cajas metálicas donde se almacena la comida. Ato otra vez la bolsa de la basura después de haber tirado todos los empapadores ensangrentados dentro. Coloco los cuerpos de las ratas formando un círculo a nuestro alrededor. Mi mente desvaría. ¿Cómo podría no hacerlo? Sé que tengo pensamientos raros, incluso extremos. Tomo al bebé y me acurruco junto a Tía. Dormimos mucho mucho tiempo. Quizá varios días. No sé muy bien. Cuando abro los ojos, ya no tengo el bebé en brazos. Los cuerpos aplastados de las ratas ya no están por el suelo. Bajo la luz de la lámpara, veo a Sera ante los fogones y me llega un olor agradable, algo con caldo, quizá cebollas. Incluso percibo cierto aroma a mantequilla. Tengo un hambre realmente acuciante y el horror se ha limitado a un amargo halo, algo parecido a un mal sueño. Tia está sentada. Más aún, está sentada a la mesa. La misma mesa.

—¿Cómo puedes sentarte ahí? —le pregunto.

—Me siento mejor —dice.

Lleva puesto un mono de motonieve, que le queda pequeño y quizá sea una talla infantil, ya que es rosa chicle con un ribete lavanda y tiene tres princesas Disney bordadas en el corazón. Tiene buenas botas, unas Sorel, de un blanco sucio y forradas de piel amarilla. Come fideos con la vista gacha, con cierto apetito e incluso emoción. Su pelo lacio y negro cae con cada bocado. Se me antoja que haber perdido al bebé quizá no sea del todo malo. Desde luego que no. Sin el bebé, Tia puede moverse por el mundo como una persona normal. Es libre. Puede abandonar esta cueva en cuanto se recupere e ir adonde quiera. Puede pasear por las calles a plena luz del día. Puede entrar en una cafetería y tomarse un café, si aún hay café. Puede sentarse y leer un libro, ahí mismo, a la vista de todos, sin que la detengan. Su tripa volverá a ser plana y ya no tendrá que huir para ocultar a su bebé. Ya no hay bebé.

Ninguna carga que suponga un lastre. Tendrá que registrarse para el reclutamiento de vientres, pero seguro que hay maneras de librarse. No estará sometida a esta extraña sensación de continua paranoia. No tendrá que vivir en una cueva. Ni con ratas. Mientras la contemplo tomándose la sopa, se me quita el hambre. Ella ha atravesado el valle de las sombras y, aunque sienta tristeza, que sin duda llegará, se halla al otro lado. Mi valle aún se extiende ante mí.

Experimento un instante de rencor antes de recordar. Hemos cometido un asesinato. Jamás seremos libres.

—Vamos. Levántate y toma un poco de sopa —me anima Sera.

—¿De verdad que estás bien? —le pregunto a Tia.

Me siento a su lado en uno de los barriles metálicos. Mi movimiento te anima a moverte a ti también y pongo las manos sobre ti mientras te giras, te enderezas y me empujas con el hombro. Entonces siento todo lo bueno y correcto que hay en ti. Vuelvo en mí. No estoy nada segura de si la visión de mi cuerpo no desencadenará los sentimientos de Tia. Desde luego me mira con tristeza y preocupación. Me trata con delicadeza; no cabe duda de que está en el otro lado.

—¿No te duele? ¿Ya no sangras?

—No es para tanto —responde.

Por supuesto no se ha podido ver desde mi punto de vista, pero me parece increíble que alguien que ha estado tan al límite físico de sí misma pueda estar sentada ahora mismo a esa pequeña mesa sorbiendo sopa. Alguien cuyo bebé ha muerto y..., pero ella desconoce el resto. Mientras yo dormía, seguramente Sera se llevó al bebé y lo enterró, o pidió a Shawn que lo hiciera. Algo así. No quiero saberlo. Ya sé más de la cuenta. Su bebé ya no está y tú sigues aquí. Y yo te rodeo por todas partes. Soy tu hogar, una tierra de sangre y bienestar.

Nunca he comido nada tan rico como esta sopa. El hambre regresa con la primera cucharada deliciosa. Tia y yo nos tomamos tres botes antes de terminar. Sera nos prepara un té de frambuesa caliente, algo bueno para el útero. Mi vientre tiene el tamaño de un enorme tarro de galletas, mientras que, frente a mí, el de Tia se encoge rápidamente hasta el tamaño de un puño. Podrá salir de aquí caminando esta noche, o más bien mañana temprano. A las tres de la madrugada. A esa hora partimos. Yo también saldré caminando, pero será llevándote con dificultad, andando como un pato al amparo de la noche. Sera explica a Tia que se han puesto en contacto con su marido. Por lo visto, Clay cumplió su palabra y, tal y como planearon, permaneció en casa a

la espera. Estará aparcado delante del Perkins en la Saint Louis Park, a la altura del número 394. Cuando el camión de reciclaje se detenga delante de los contenedores, acercará el coche para recoger a Tia. Pero ella no regresará a su hermosa casa de Minnetonka con las escaleras y suelo de pizarra y los grandes ventanales con vistas al lago. No saltará cebollas en su cocina de acero inoxidable, ni dormirá en su cama de matrimonio extragrande con colchón viscoelástico, arrebujaada, hecha un ovillo, en el mullido edredón de plumas de ganso. Clay y ella van a huir a California.

La idea de su marcha me da ganas de llorar. Me ahoga una confusa extrañeza. No puedo mirarla. Estoy celosa, no solo de su libertad, sino también de que vuelva junto a su marido, que tiene derecho a ella, mientras que yo no tengo ningún derecho, al no ser más que una amiga. Solo soy alguien que la quiere de ese modo en que te enamoras de una persona que se ha enfrentado a la muerte a tu lado. Quiero que se quede conmigo y me mire a los ojos cuando llegue mi momento, como yo hice con ella. Quiero que me ayude a parir a mi bebé.

Pensamientos intensos, pensamientos llenos de anhelo, pensamientos estúpidos. Solo puedo apuntarlos aquí. Después de acabarnos la sopa y llevar más té a los sacos de dormir, Sera se sienta con nosotras para trazar las líneas generales de nuestro plan de fuga. La lámpara brilla. Sé que es una tontería, pero me parece que proyecta una luz mágica y agradable. Pues pronto no habrá luz. Del horno mana calor suficiente como para calentar el agujero del precipicio. Es un rincón muy acogedor, un abrigo perfecto. Casi podría llegar a creermme que somos los niños perdidos con la reina sabia de un cuento de hadas, si no fuera por el chirrido, el incesante ruido de las ratas, el arañazo de las diminutas garras detrás de la piedra, fuera, en el pasillo, debajo y por todas partes a nuestro alrededor. De vez en cuando, se produce una pelea y las ratas chillan mientras luchan por cualquier cosa. Cruzan el techo a oleadas, invisibles y ruidosas, presas de alguna excitación. Intento no oír las y no me encojo de miedo cuando Sera me mira. Le pedí que me cambiara sus botas por mis zapatos y ha accedido. Sabe la razón.

—Odio las ratas —dice Tia, acurrucándose.

Pero su rostro ha recobrado el color, y la energía ha retornado a su piel y sus brazos. La resiliencia que muestra me deja conmocionada.

—A mí me traen sin cuidado —declaro.

Me afano en esta crónica que estoy escribiendo para ti, a pesar de ti, y para mí, para tranquilizarme. Así dejo de pensar en las ratas, en que voy a perder a Tia y en nuestro propio, complejo y angustioso futuro. A veces

desearía estar más debilitada y que desaparecieran estos pensamientos y esta ansiedad que surgen y me dan vueltas en la cabeza, agotándome. Me consagro a *Zeal* y corrijo otro de mis falsos análisis doctrinales de cura sobre catolicismo y evolución.

«La evolución nunca fue una parte muy controvertida del discurso católico, aunque el arzobispado de Viena exhumó antiguas protestas sobre el asunto. En su encíclica *Humani generis*, de 1950, el papa Pío XII declaró que los católicos no traicionarían su religión creyendo lo que la ciencia ha determinado acerca de la evolución del cuerpo humano mientras aceptaran que Dios era responsable de infundir el alma en dicho cuerpo. Pensadores como Pierre Teilhard de Chardin, jesuita y paleontólogo, abrazaron el concepto de evolución como un modo de describir el continuo crecimiento y perfectibilidad de la humanidad dentro de la evolutiva perfección del cosmos. Sin embargo, al parecer, hemos llegado al final de lo que Teilhard de Chardin esperaba que fuese nuestra apoteosis. Quizá T. S. Eliot estuviera en lo cierto. Nuestro mundo llega a su fin no con un bang, sino con un gemido de perplejidad».

Dejo el trabajo. Todo está momentáneamente en silencio. Como no hemos tenido oportunidad hasta ahora, le digo a Sera que ha llegado el momento de que me cuente con todo detalle lo que le ha pasado a Phil.

Él sabía lo que estaba sucediendo, me revela Sera; sabía cuándo sucedería. Sabía que Bernice haría una redada en mi casa con su alegre «¡hola!». Sabía que me llevaría al hospital en su Camry, y no había nada que él pudiera hacer para impedirlo.

En el sótano de nuestra iglesia vivían tres mujeres. El las escondió allí; otros parroquianos lo ayudaban. Eran tres mujeres que yo conocía de la iglesia, dos de ellas casadas y la tercera con un novio que la abandonó. Phil iba y venía entre la iglesia y yo. Detuvieron a las mujeres del sótano después de que una vecina advirtiera una entrega de diez latas de judías blancas en la puerta trasera de la cocina sin que nadie las metiera dentro. Entonces ella las metió. Y oyó hablar a alguien. Después, silencio. Antes siquiera de que se dieran cuenta de que ella las había descubierto, un modernizado furgón de la SPN aparcaba delante de la iglesia. Hicieron una redada en el edificio y unas personas muy amables capturaron a Phil. Condujeron a las mujeres al hospital, a otro diferente del mío. Nadie sabe lo que ha sido de ellas.

A Phil lo llevaron a la comisaría número cinco, donde lo trataron bien, con buenos alimentos, a buena temperatura, y lo interrogaron. Le preguntaron numerosas veces acerca del paradero de otras mujeres y él siempre respondía que solo ayudaba a las del sótano. Al tercer día, lo condujeron al centro de la ciudad, al sótano del Ayuntamiento, un antiguo y recargado edificio de piedra rojiza con una torre con reloj y un par de edificios de uso propio. El Ayuntamiento es ahora la sede de la Sociedad Protectora de los No nacidos. Los viejos furgones de la SPN transportan hasta allí a la gente para interrogarla. Todavía conservan el número de teléfono al que llamar en la parte trasera de los vehículos, un número 800, que es el que marcó la vecina. Interrogaron a Phil en el antiguo Ayuntamiento y luego lo enviaron a las oficinas de la SPN en Burnsville, donde le habían programado un seminario de la verdad.

Estos seminarios de la verdad solo pueden ser administrados por clérigos ordenados y supervisados por militares. Son dirigidos según ciertas leyes — los precedentes establecidos por la Iglesia hace unos siglos han resultado muy convenientes—.

Sera se muestra inquieta. No puede hablar. Comienza a llorar mientras habla.

Las únicas personas que conocen la verdadera definición de la tortura son aquellas que han sido torturadas, dice. Es inútil y resulta abominable pedir a los torturadores que definan ese acto. A no ser, por supuesto, que accedan a someterse a lo que definen, no tienen ninguna autoridad para hablar del tema. No hay título académico que valga. Ningún doctorado. Ninguna placa de abogado. Ningunos estudios. Ninguna referencia a precedentes o principios. Lo único que vale en la definición es el verbo hecho carne. El cuerpo tiene la última y única palabra. De modo que, cuando Phil le contó a Sera con toda naturalidad que lo habían torturado, estaba diciendo que lo sentía mucho. Sentía mucho que su cuerpo hubiera reaccionado y revelado mi nombre y dirección.

—No lo culpes —dice Sera.

—Bueno, claro —respondo, mirándola—. Es un ser humano.

Ella permanece callada, se mira las manos, por lo que sé que ella sabe. Me contará todo lo que le pasó a Phil si se lo pregunto, pero no se lo voy a preguntar.

23 DE OCTUBRE

Sera y yo sujetamos a Tia por los brazos, por sus brazos rollizos, acolchados, alegres y rosas. Tia está mucho mejor, pero no queremos que vuelva a sangrar. Avanzamos muy despacio. Yo me encuentro muy bien, la sopa me ha reanimado. Respiro con dificultad, pero he recobrado la mayor parte de mis fuerzas. Me siento fuerte y, aunque me protejo el corazón al no pensar en Phil, él sigue allí. Nos arrastra hacia él. Puedo sentirlo. En cuanto estamos fuera del túnel, a través de la casa abandonada, nos encaminamos de vuelta siguiendo la valla metálica hasta el camión de Shawn. De nuevo nos agazapamos detrás del asiento junto a botas viejas, carpetas sujetapapeles, bidones de aceite, llaves inglesas y envoltorios de bocadillos. Tomamos la 494, después recorreremos la 100 hasta la 394, y luego la Louisiana Avenue. Allí, dejaremos a Tia delante del Perkins. En cuanto esté a salvo, volveremos a la ciudad y nos dirigiremos al edificio de correos. Sera y yo nos bajaremos allí para esperar en un lugar seguro hasta poner rumbo al norte en el camión postal. Mientras avanzamos a trompicones, abrazo a Tia. La caminata la ha debilitado y puede que vuelva a sangrar levemente. Tengo la sensación de que la ostentosa energía de la que hizo gala al principio se ha apagado. Se acurruca junto a mí con un sombrío pesar que sabe que su marido no comprenderá. Soy la única que lo hace, o puede hacerlo, la única marcada como ella por lo que nos ha pasado. Para despedirnos nos tenemos que separar mentalmente la una de la otra. La experiencia nos ha doblegado. Durante los treinta minutos que más o menos tardamos en llegar al aparcamiento del Perkins, no dejo de abrazarla. El motor ruge tan fuerte que no podríamos hablar aunque quisiéramos.

Doblamos por la 100 y no han transcurrido ni dos minutos cuando aparecen unas repentinas luces giratorias y una sirena; la intensidad de las luces va en aumento hasta tenerlas justo detrás de nosotros. Shawn sigue conduciendo.

—¡Agachaos! —ordena Sera mientras nos cubre con lonas y montones de trastos.

Ahora es mucho más fácil esconder a Tia que a mí.

—Me bajaré y hablaré con ellos —dice Sera.

Shawn se detiene lentamente en el arcén, pero deja el motor encendido, aunque darnos a la fuga en un camión de reciclaje no tendría el menor sentido, pero nos ayuda a pensar que podría hacerse. Sera repite que va a bajar, pero Shawn dice que no es muy creíble con el mono Carhartt que le queda grande y el escuálido cuello de cisne sujetando a duras penas el casco, y que será mejor que vaya él. Aguardamos solas en el camión después de oír

el portazo que da al salir y, bajo esa lona, me invade una sensación de pavor tan intensa que me pongo a temblar, sin poder parar ni controlarme; tiemblo como un flan. Tia me estrecha entre sus brazos y me abraza con fuerza, como si quisiera que nos soldáramos. Pero me estoy derrumbando. Ahora estoy segura de que me descubrirán. Voy a morir, vamos a morir, de regreso en el hospital. Me matarán lentamente por haber asesinado a Orielee. Y te matarán a ti también. Mi mente se dispara bajo la lona manchada de basura, bajo las tazas de café vacías y los grasicntos envoltorios. Me pongo de parto en una habitación muy blanca. La Serpiente está allí para hacerme compañía. Sonríe en cuanto me sobreviene una punzada de dolor. Pierdo el conocimiento. Quizá me orine encima. Pero, cuando Shawn regresa, pone la primera marcha y nos vamos.

—Eso fue interesante —le comenta a Sera. Asomamos la cabeza—. Tenemos que hacer una nueva recogida. Ruta J. 4778 Knox —anuncia—. La hija del tipo está embarazada de seis meses y estará esperando en el garaje a nuestra recogida habitual.

Shawn masculla la ruta y la dirección hasta asegurarse de que no se le va a olvidar. Nunca anota nada por escrito. Mientras nos sostenemos la una a la otra, Tia y yo avanzamos a trompicones hasta que percibimos cómo el camión gira bruscamente una vez y luego otra. Se detiene y deja el motor encendido en el aparcamiento de un Jiffy Lube que hay justo detrás del Perkins, junto a la zona de los contenedores de residuos, resguardado de la fachada que da a la calle.

—Seguid agachadas —dice Shawn. Después añade—: Tia, asoma despacio la cabeza y mira por la ventanilla izquierda, por encima de mi hombro. Dime si el coche y el tipo sentado al volante tienen que ver contigo.

Tia acerca el cuerpo por delante de mí con cuidado hasta que alcanza a ver por la ventanilla.

—Sí, es él.

Tiene la voz empañada por la emoción, pero ¿cómo no se iba a emocionar? Nos estrechamos la mano con fuerza un instante.

—Sal ya —indica Sera.

—Camina, no corras —dice Shawn.

Tia cierra la puerta. Asomo la cabeza por encima del hombro de Shawn para ver cómo se acerca al coche gris, con la silueta oscura en el interior. Tia se agacha para entrar en el lado del copiloto. El coche da marcha atrás despacio, gira y sale del aparcamiento. Y ya está. Mi Tia se ha marchado, se acabó.

—Larguémonos de aquí —dice Shawn, pisando el acelerador.

La oficina de correos de Minneapolis, quizá el único gran edificio de Minnesota diseñado para resistir un terremoto, fue construido en 1934 con piedra caliza de Kasota, una roca rosa dorada extraída de las canteras de Mankato, en Minnesota. Muchos edificios de la ciudad, tanto nuevos como viejos, están hechos con esa piedra inusualmente agradable. Me he fijado en esa piedra. Creo que aporta a las construcciones una sensación de calidez en los crudos inviernos, una especie de brillo, y siempre me ha gustado ir a la oficina de correos por ese motivo. Además, es un fiel ejemplo de arquitectura *art déco*. Sin elegancia decadente. La oficina de correos presenta un aspecto sólido. El edificio se diseñó para que se pudiera ver desde lejos, y al que uno se acercaría lentamente con serios recados postales en mente, pero se ha visto rodeado por la ciudad, de modo que ahora te das de bruces con él de repente, sin previo aviso.

Entramos por una puerta enrollable en el muelle de carga, adonde llegamos tras superar varios puestos de control. Lo hacemos a primera hora del día. Todo el mundo necesita que transporten sus residuos reciclables, ¿verdad? Shawn y Sera no creen que este contacto aguante más de un par de semanas, pero de momento a nosotros nos sirve. Sera y yo bajamos del camión y entramos a tal velocidad que apenas logro echar un fugaz vistazo atrás, a Shawn. Tiene los ojos muy abiertos, asiente con la cabeza y se le ve nervioso. Una vez dentro, una mujer de poca estatura, con mejillas sonrosadas y una cresta de pelo blanco, nos conduce a una habitación en la amplia planta de abajo donde se clasifica el correo entre un laberinto de despachos grisáceos, salas de reuniones y cuartos de limpieza.

Nos mete en uno de los cuartos que contiene un enorme fregadero de esteatita para limpiar fregonas. El cuarto tiene un ventanuco con moldura. En las esquinas de la ventana hay pequeños azulejos de azucenas marrones sobre un fondo de azulejos verdes. Da al norte, y un hilo de luz plateada se filtra por el viejo cristal helado. Aunque apenas haya espacio para tumbarse, no siento la menor claustrofobia. La habitación está fría y limpia. A pesar de que la mujer canosa cierra la puerta con un clic al salir dejándonos encerradas, me embarga de pronto la sensación de que todo va a ir bien y de que lo vamos a conseguir. Es posible que el consuelo que me proporcionan los adornos de la ventana sea exagerado, pero el hecho de que alguien se ocupara de invertir en un cuarto de limpieza para darle un toque bonito me llena de esperanza. Mi

madre y yo nos sentamos en el suelo y nos arrebujamos en un par de cojines de sofá.

—Ven aquí —me dice.

Me acurruco más cerca y me apoyo en su regazo. Me atrae hacia ella con un suspiro y me acaricia el pelo. Miro las azucenas en la ventana, la relajante luz que se filtra por los cristales, el cuidado con que se pusieron los azulejos, encastrados en la madera. Cómo se dispusieron las flores y se colorearon en el diseño. Quizá se pierda este tipo de detalle, quizá sea una función de la conciencia que no necesitamos para sobrevivir. Quizá este aspecto de la evolución no tenga sentido —nuestro anhelo de formas cotidianas de placer visual—, pero no lo creo. Pienso que hemos sobrevivido porque nos encanta la belleza y porque nos parecemos hermosos unos a otros. Quizá sea esa nuestra mayor cualidad.

—Así.

Sera me acomoda y busca en la bolsa. Abre una barrita de cereales y me la da. Una barrita de avena y miel envuelta en papel de aluminio de verdad, como las que solíamos comprar en las tiendas de las gasolineras hace tan solo un par de meses. Ahora escasean. Como despacio, disolviendo cada copo de avena, fundiéndome con Sera una vez más. Apoya la espalda en la pared, y me parece que podría suponer demasiado peso para ella.

—Estás bien, fenomenal —dice.

Se apodera de mí un enorme agotamiento, que me arrolla y hace que se me cierren los ojos a medio bocado. Despierto seguramente varias horas más tarde, sacada de la inconsciencia por pesadillas en las que veía cómo los ojos de Orieee se quedaban sin vida mientras sus pies pataleaban contra el sucio suelo de linóleo rosa del hospital. Al principio, no recuerdo dónde estoy, pero, cuando comprendo que sigo en brazos de Sera, vuelvo a acurrucarme y me permito llorar; lo hago con ganas, con lágrimas que me anegan los ojos y me refrescan la cara. Aunque llorar sienta bien y resulta reparador, quizá no sea prudente, así que dejo de hacerlo. Sera no se ha movido ni me ha soltado en todo ese tiempo. Me aparto de ella, segura de que le dolerá el cuerpo. Desenrolla los hombros y estira los brazos. Su pelo refulge bajo la luz. Yo también me estiro y luego me arrebujó en el suelo. Sera me da un poco de agua de la botella que lleva.

—¿Nos habrían matado? Me refiero a en el hospital.

—Muchas mujeres no salen adelante —responde con cautela.

—Veo tantas cosas —le digo—, siento tantas cosas. Han pasado ya demasiadas cosas y es insoportable.

Me pone la mano en la espalda. Sé que está buscando qué decirme, pero lo que se le ocurre resulta muy endeble:

—Todos hemos tenido que hacernos más fuertes, incluido tu padre.

Eso me hace reír.

—Ya, Glen el blandengue. ¿Sabes dónde está exactamente?

Se queda callada unos instantes y luego susurra:

—No.

—No me lo dices porque...

La miro y señalo las paredes del cuarto. Ahueco la mano y me la llevo al oído. ¿Nos estarán escuchando?

Encoge los hombros como para decir «tal vez», así que me tumbo junto a ella. De nada me sirve quitarme el enorme peso que llevo en el pecho de momento. Quisiera preguntarle si voy a estar bien, pero no debo mencionar a Tia en voz alta. También me atormenta lo que dijo esa sibilina enfermera, la Serpiente, sobre la especial dificultad que suponía dar a luz a estos bebés. ¿Sobreviviremos tú y yo? ¿Fue el parto de Tia realmente normal y la muerte del bebé una anomalía? Quiero contarle a Sera lo que le hicimos a Orielee. Quiero compartir el peso de mi horror, las pesadillas del momento en que la matamos. Cómo contemplé aquel instante antes de unirme y ayudar a Tia. Inmovilicé a Orielee. Su cuello era pesado, ahora lo recuerdo. No le notaba los huesos por ninguna parte. Sus hombros, brazos e incluso sus codos parecían acolchados con grasa. Y, sin embargo, el color de sus ojos era tan delicado, con el iris azul y luminoso como el de un anciano. Me miró, luego me atravesó con la mirada, hasta el otro lado, me imagino. Y aquellos pies que no dejaban de patear contra el linóleo del hospital.

—¿Sigues con hambre?

Por supuesto. Siempre tengo hambre. Estoy famélica, como un perro. Mi madre tiene un paquete maravilloso de un cóctel de frutos secos sin sal e intento comer cada uno de ellos despacio, con cuidado, para extraer al máximo el sabor y los nutrientes. Le pregunto si el parto de Tia fue normal, y mi madre me asegura que sí. Cree que seguramente el bebé sufrió tras la caída en el hospital, porque, cuando examinó la placenta, descubrió un punto donde se había roto. No fue el bebé el que complicó las cosas, me repite. Y se muestra convencida de que en mi caso no habrá complicaciones.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Les pregunté a tu madre y tu abuela biológicas sobre sus partos. Todos fueron muy normales.

—¿Esas cosas son hereditarias?

—Claro.

Creo que exagera, pero me hace sentir mejor y todavía estoy más animada cuando Sera saca el estetoscopio y el tensiómetro y escucha los latidos de mi corazón y luego encuentra los tuyos. Yo también escucho, un pequeño y sonoro soplido. Me pone el manguito en el brazo, bombea unas cuantas veces y me toma el pulso.

—La tensión está bien —dice—. ¿Se mueve mucho el bebé?

—Muchísimo —respondo con orgullo, pero ella solo asiente.

Me embarga tal deseo de compartir este momento de felicidad y orgullo y echo tanto de menos a Phil que debo cerrar los ojos y respirar despacio, de manera controlada, para no romper a llorar.

—¿Puedes hablarme de Phil? —pronuncio su nombre.

Sera asiente, pero se muestra incómoda y asustada, así que no insisto.

—¿Tienes algo más de comer?

Rebusca de nuevo en la bolsa y saca un paquete de comida preparada Lunchable, una de esas cajas que contienen un tentempié de queso y embutido pero que son sobre todo envoltorio.

—Lo siento.

—¿Por qué lo dices? Tenía muchísimas ganas de uno de estos. ¡No me dejabas comerlos!

—Que lo disfrutes.

Abro el pequeño envoltorio y me como hasta la última migaja de galleta de agua con queso y mortadela, pero sigo con hambre y también sedienta. Me bebo casi toda la botella de agua y luego pruebo el grifo del fregadero.

—¿Es potable?

—Creo que sí.

Apuro el resto del agua embotellada y relleno la botella.

—Seguro que está creciendo. Creo que será un niño.

Sera no reacciona como cabría esperar en una abuela. Su gesto permanece impassible. Una brusca tozudez se apodera de mí.

—Al menos podrías fingir que te alegras —digo.

Hay poca luz y tiene los ojos empañados. No sonreirá porque nunca finge. Este es el lado de Sera que no soporto, su incapacidad para disimular, contar una mentira piadosa, encubrir la verdad, aunque sea para que alguien se sienta mejor.

—Vamos, solo finge que te hace feliz —le ruego con voz afligida.

—Es que no puedo. Yo esperaba... Bueno, fue muy triste, pero al menos tu amiga ahora es libre.

—¡No lo digas! ¡No lo digas! —Siento como si me hubiera clavado un dardo o atravesado con una flecha del repentino e intenso dolor que me invade—. ¡No te atrevas a decirlo!

Quiere que pierda el bebé. De pronto estoy furiosa contra mi madre y desearía poder salir de este cuarto de la limpieza solo para no tener que estar sentada a su lado. No quiero que te afecte su falta de amor instintivo. Me alejo todo lo que me permiten los cojines del sofá. Me planteo acurrucarme en el duro suelo de cemento, pero ¡es ella la que debería apartarse! Y lo peor de todo es que no está arrepentida. No quiere pedir perdón por lo que según ella es sinceridad. ¿Por qué habría de hacerlo, por mucho que le haga daño a otra persona, a alguien que está desesperado y que necesita que le mientan?

—Odio cuando te niegas a transigir —siseo.

—Es mi verdad —alega con tristeza, encogiéndose de hombros de manera defensiva.

Su verdad. Es como si hubiera conectado dos cables eléctricos en mi cerebro; saltan chispas.

—¡Estoy tan harta! ¡Tú y tu puta verdad!

Me mira detenidamente y sé lo que está pensando, que no le estoy agradeciendo que haya regresado a la ciudad, que haya averiguado dónde me encontraba, que haya logrado un empleo en el hospital utilizando una documentación falsa e imposible de obtener, que haya conseguido un trabajo en el servicio de comedor, que se haya hecho con toda esa carne y sustancias cárnicas. Y todo ello por mí.

—Sé que quieres que te mienta —dice con amargura—. Pues te aguantas. No puedo. Ojalá nunca te hubieras quedado embarazada.

Me levanto de golpe, echando humo.

—¿De veras? ¿Que nunca me hubiera quedado embarazada? Ojalá. Ojalá. Pues ojalá nunca me hubieran adoptado. ¿Qué te parece eso? Qué absurdo es desear que algo nunca hubiera pasado.

—Ya, pues...

Ahora se queda callada y se torna reflexiva. Enseguida sé que me avergonzaré, pues, como de costumbre, me he pasado de la raya. Seré yo quien le pida perdón, yo quien le diga lo mucho que lo siente, porque lo siguiente que hará será hacerme saber lo dolida que está. Herida en lo más hondo. «¿Ojalá nunca te hubieran adoptado? ¿Hasta qué punto son ciertas esas palabras?». Dirá eso o quizá mantenga ese silencio estudiado de niña pequeña que saca de quicio incluso a Glen.

Pero tiene la delicadeza de decir solo:

—Basta.

Levanta su delgada y fuerte mano, tan pálida que casi reluce como porcelana en la oscuridad.

—Tu mano parece la de una santa, como una estatua —mascullo con la voz amarga y herida.

Tampoco muerde ese anzuelo. No entramos al viejo trapo del catolicismo, aunque haya cierta inclinación a caer en ello. Quizá necesitemos una pelea de calentamiento previo, porque no parecemos capaces de encontrar la salida adecuada a la maraña de nuestro cabreo. Aunque debo reconocer que ella lo intenta con más ahínco que yo, ya que consigue no ir más allá de:

—No hemos oído hablar mucho de tu papa.

Y realmente no puedo rebatir eso, así que vuelvo a sentarme y experimento abandono, vacío y resentimiento por el hecho de que nadie más que yo valore tu presencia aquí en la tierra. Tendré que apreciarte el doble entonces. Te valoraré por todo el mundo. Pienso en la carta de Eddy sobre la felicidad y en el abrazo que me dio Cielo. Antes de darme cuenta, le digo a Sera:

—Quizá suene a tópico, ¿sabes?, lo del calor y la aceptación, mamá, pero mi familia biológica se alegró mucho por mí de verdad.

Noto cómo se tensa y sé que he dado en el clavo, lo que no me hace sentir mejor lo más mínimo, pero ya es demasiado tarde.

—Ah —dice con un hilo de voz—. Ya, claro. Me refiero, Cedar, a que es muy fácil decir qué bonito que estés embarazada, pero cuando se trata de afrontar la realidad, ¿sabes?, pues es mucho más difícil. Lo jodido es hacer frente a los problemas que suscita.

Asiente para sí, conteniendo la ira. Ahora que ambas estamos lastimadas por igual, voy a por la última palabra.

—No hay nada malo en mostrar un poco de emoción positiva, mamá; no te vas a morir por ser un poco cariñosa.

Pero he ido demasiado lejos, supongo, porque Sera agacha la cabeza lentamente, encorva los hombros y hunde la cara en las manos. En cuanto llora, soy un manantial de lágrimas y, al cabo de un rato, ambas lloramos a lágrima viva entre gemidos e hipos. Y ya está: una pelea como las de antes entre Cedar y Sera, en la que no hay ningún daño duradero, siempre y cuando terminemos llorando abrazadas.

Una vez que la mayoría de los empleados se ha marchado a casa, la mujer de pelo canoso nos abre la puerta y nos deja salir para que podamos ir al baño. Cogemos unos trapos del cuarto de limpieza para asearnos y correteamos detrás de ella por el pasillo. Nos conduce a un cuarto de baño privado y especial que debió de construirse para uso y disfrute del jefe de correos o de uno de los gerifaltes del servicio postal, y nos vuelve a encerrar allí. Dice que volverá más tarde y se aleja haciendo tintinear las llaves que le cuelgan del cinturón. No estoy segura de lo que significa tanto abrir y cerrar con llave, pero doy por hecho que debe de haber trabajadores de correos que ignoran que nos escondemos en el edificio.

El cuarto de baño está hecho con esa piedra rosa dorada y pulida, con molduras de mármol marrón. Los espejos tienen un marco de bronce, pero han sustituido los antiguos grifos de bronce por otros nuevos de aluminio. A pesar de que el agua sale fría, por supuesto, sienta bien poder lavarse. Incluso tenemos una pastilla de jabón de fresa procedente de la bolsa de mi madre. Los espejos del hospital estaban hechos de acero reflectante y mi rostro se veía borroso. Así que a medida que me voy lavando la cara y el cuerpo, me va sobrecogiendo el pecado y la vergüenza del orgullo. Mientras mi madre está en la cabina del inodoro, me miro en un espejo de verdad por primera vez desde que salí de casa y me asombro de mis pechos. Parecen enormes senos postizos, de esos que salen en las revistas, absolutamente preciosos, de quitar el hipo. Sobresalen, turgentes, y, cuando los guardo de nuevo en el viejo y desgastado sujetador, se hinchan y marcan un profundo canalillo. Me doy la vuelta una y otra vez para captar la luz, maravillada ante mi propia imagen, con la piel tan clara y el pelo tan denso. Y tú eres esa bola gigantesca, dura y resiliente, que descuella por encima de mis escuálidas piernas. Es una pena cubrir tal magnificencia con ropa interior larga, un mono, botas y una chaqueta. Me encantaría lavarme el pelo, pero mi madre dice que deberíamos preguntar cuánto tiempo tenemos. No sabemos lo que será de nosotras. Así que me calo una gorra de punto azul marino de trabajador de correos en la cabeza y cuando la señora del pelo canoso nos deja salir, en un pasillo a oscuras esta vez, la sigo.

—Estamos cargando en estos momentos —le explica a mi madre.

Y nos deslizamos en la oscura noche hasta el muelle, donde aguarda un tráiler con la lona de atrás enrollada y abierta. Hace una noche reluciente, vibrante y tranquila. Un hombre delgado con una gorra con orejeras nos hace

señas para que avancemos y subamos al camión. Entramos en la penumbra del tráiler, nos agachamos para pasar por un estrecho hueco detrás de pilas de cajas de correos. Solo descubro que ese hombre es Hiro cuando llegamos a la parte delantera del tráiler, justo detrás de la cabina, donde hay una especie de jaula —una protección en caso de que vuelquen las cajas de correos—. Nos ayuda a acomodarnos en el angosto espacio y nos señala hamacas, botellas de agua y mantas acolchadas, como las que usan los trabajadores de mudanzas para cubrir las mesas. También hay dos anoraks de pluma negros y dos pares de gruesas botas de nieve, una bolsa con comida y un cubo con tapa.

Le doy las gracias a Hiro e intento abrazarlo, pero agacha la cabeza, por timidez o por prudencia, y solo murmura:

—No sé cuánto tiempo vais a permanecer aquí dentro.

—¿Para quién es este correo?

—Poblaciones del norte.

—¿Hay propaganda?

—Ya no hay propaganda. —Hiro sonrío—. Una de las pocas cosas buenas. ¿Cómo te encuentras?

Me mira, ladea la cabeza, espera a que le responda, con el gesto radiante como si yo no fuera más que una feliz mujer embarazada.

—Bien —respondo.

Hiro asiente, satisfecho. Lleva puesta una chaqueta acolchada de trabajador de correos, pero en el cuello tiene una bufanda de punto naranja y negra de Halloween.

—Solo queda una semana —digo, señalando la bufanda.

—Nada de trucos; solo tratos este año —contesta, procurando mantener una conversación trivial, amistosa y sin sentido—. No conduzco yo, pero no te preocupes. Chris te llevará allí antes de que se acaben los caramelos.

—¿Quién es Chris?

—Yo —dice un tipo que aparece entre las cajas.

Es un hombre de baja estatura, recio y con gesto astuto; lleva una perilla negra y bajo su gorra de CAT asoma un lamentable corte de pelo *mullet*.

—Chris cuidará de vosotras —asegura Hiro.

—¿Cómo es que me has buscado? —le pregunto a Hiro cuando se dispone a marcharse—. ¿Cómo me encontraste en el hospital? ¿Por qué me entregaste los mensajes?

Hiro parece sorprendido por mis preguntas, como si le extrañara y diera por hecho que yo tendría que saberlo.

—Estabas en mi ruta —dice.

Nos instalamos en la jaula, con las gruesas botas y los plumas. Mi madre dobla las mantas de mudanza para que quepan en las hamacas. Hay puntos de apoyo metálicos para pies y manos en los laterales del camión para que podamos trepar, agarrarnos y tumbarnos en las hamacas, y balancearnos con libertad. Mi madre se instala en la más alta y, esa noche, mientras nos columpiamos levemente en las hamacas de punto, el camión avanza despacio. Pienso en lo sorprendentes que son algunas personas. Hiro ha arriesgado su vida por mí por azar, porque me encontraba en su ruta. Shawn, el del camión de reciclaje, con esos trágicos ojos castaños, se dedica en cuerpo y alma a rescatar y esconder a mujeres embarazadas. El marido de Tia hizo exactamente lo que habían acordado, y ahora están juntos.

Lentamente, en la oscuridad del camión, no se filtra el menor rayo de luz por ninguna rendija en las paredes, y el movimiento me arrulla hasta que me sumerjo en un sueño que me transporta directamente al asesinato de Orilee. Me resisto, sofoco un grito de alerta. Pero por lo visto he de revivir su muerte, sus patadas y gemidos y la visión de las pupilas de sus ojos cada vez que me duermo. Una vez que supero el asesinato, Orilee yace despatarrada y Tia se cae hacia atrás, sin resuello, en el suelo, me relajo y me sumo en una oscura inconsciencia. Me hundo, me sumerjo y respiro olvido, mi elemento favorito.

24 DE OCTUBRE

Atrapados en una estación de pesaje.

Meo en el cubo con tapa. Leo a la luz de la linterna hasta que mi madre me detiene y me dice que necesitaremos las baterías. Son baterías LED y deberían durar muchísimo tiempo, pero supongo que tiene razón. Por suerte, una diminuta rendija en el lateral del camión permite que entre un haz de luz con el que puedo ver la página. Tiene apenas un centímetro de grosor, por lo que muevo la libreta hacia delante conforme voy escribiendo, y luego la vuelvo a poner en la esquina izquierda de mis rodillas y la muevo hacia delante otra vez. Lo más seguro es que tenga este hambre feroz porque estás cogiendo peso; se supone que debes engordar casi un cuarto de kilo a la semana a partir de ahora. A mí me parece mucho y me pregunto si tus hipos tienen algo que ver con la velocidad a la que estás creciendo. Te utilizo a modo de bandeja, en la que apoyo una taza de té o esta libreta. Tus pulmones aún son frágiles, como trocitos de papel de seda, pero tu cerebro se activa a toda mecha con energía eléctrica y una buena parte de él es mucho más madura. Para crear todas estas células y mantenerte con vida, he fabricado

mucha más sangre y mi corazón late un 20 por ciento más rápido de lo normal. A las mujeres a menudo les salen hemorroides por esta época, y lamento decir que la mala y errática alimentación me ha afectado de este modo. Necesito alimentos verdes (fibra, como dice Sera). En la próxima parada intentará encontrar algo, aunque tenga que cocinar hojarasca. Es tan vergonzoso, me deprime y me obliga a una lección de humildad. Me entran ganas de llorar cada vez que quiero defecar; duele tanto que gotas de sudor me perlan la frente. El botiquín de emergencias de mi madre no incluye pomada para hemorroides, pero ella cree que puede conseguir Metamucil. A eso, querido bebé, es a lo que se reduce el futuro. Tengo el trasero a la vez entumecido y dolorido, pero no me apetece mucho pensar tanto en mi trasero, así que está fenomenal que yo esté guapísima.

Voy a terminar las páginas de *Zeal* antes de que nos bajemos, así podré enviarlas de regreso con Chris. Las enviaré a la imprenta y quizá les pida que recuperen mi lista de correos del último número. Visualizo esos últimos números pulcramente apilados en la estantería al lado de mi caja de plástico con sellos y tijeras. Ojalá pudiera entretenerme ahora escribiendo las direcciones de mis trescientos suscriptores en montones de sobres de papel de manila, si solo tuviese sobres.

¡Estimados suscriptores! ¡Significáis tanto para mí!

No es así como pienso comenzar la carta editorial o la introducción de este número, pero es lo que siento. Agradecida por su constancia y apoyo. Les debo este número, por lo que se me ocurre que quizá (¿tendría sentido?) debería incluir algo personal sobre mi propio embarazo y decirles lo profunda que ha sido la experiencia física y cómo ha marcado mi punto de vista sobre la Encarnación. No será necesario aportar muchos detalles sobre el padre — un breve apunte será suficiente—. Cuanto más pienso en ello, más convencida estoy. El embarazo es algo absolutamente trascendental e instructivo, y debo compartir todas las verdades que he descubierto a raíz de esta experiencia vital. Si los de la imprenta creen que podría haber problemas, quizá puedan distribuirla de forma clandestina. No lo sé. Pero creo sinceramente que es importante que comparta con mis suscriptores esta verdad.

Estimados suscriptores:

Puede que este sea el último número de la revista *Zeal* y quiero aprovechar esta oportunidad para agradecerlos a cada uno de vosotros el

apoyo incondicional que me habéis brindado al enviar vuestros cheques y mantener al día la lista de suscripción. Tengo noticias que podrían disgustaros a algunos, pero creo que lo correcto es que os confiese y anuncie que estoy embarazada. Hasta el momento el embarazo ha ido bien a pesar de la implacable persecución que estoy sufriendo, al igual que otras mujeres encintas en estos tiempos. Escribo ahora desde un lugar secreto y estoy en deuda con personas cuyos nombres desconozco. Cuando abráis este número de la revista, es muy posible que tenga a mi bebé en brazos. Ojalá. He aprendido mucho sobre el tema de este número (la Encarnación). Que mi cuerpo sea capaz de fabricar un recipiente para contener el alma humana me ha inspirado en mi voluntad de sobrevivir. También me ha revelado muchas verdades.

Alguien ha sido torturado por mi causa. Alguien ha sido torturado por vuestra causa. Si os llega la hora de sufrir, recordad: alguien sufrió por vosotros. Eso es lo que significa vestir el manto de la carne humana, la disposición a sufrir por otro ser humano.

He visto a una joven padecer durante el parto más dolor que Cristo en sus tres horas de calvario en la cruz. Ella sufrió sin descanso durante veinticuatro horas. Y he oído hablar de partos que duran mucho más. Para traer a esta criatura al mundo, soportaré todo el dolor que sea necesario. No puedo evitar desear una epidural, pero esa es la razón por la que escribo. Esto es la Encarnación. El espíritu da sentido a la carne. Si no, no somos más que un bulto de carne.

Creo que en este número mi colega, el padre Mirin Thwaite, arrojará luz, al igual que fray Bartolomé de las Casas cuando proclamaba la existencia del alma en el pueblo indígena de la América Latina colonial, y sostendrá que los niños nacidos en esta época actual poseerán un alma, sean o no capaces de hablar, y han de considerarse completamente humanos diga lo que diga cualquier científico sobre su capacidad para pensar y aprender. Quiero decir que todavía no sé lo que está pasando, pero había que decirlo.

En este número, además, otro artículo sobre la Encarnación trata del momento exacto de la Inmaculada Concepción y examina las pruebas textuales y artísticas que demuestran que el orificio de impregnación en el caso de la Virgen María fue el oído. Tras analizar recientes estudios sobre los lóbulos izquierdo y derecho del cerebro, el autor llega a la conclusión de que una palabra susurrada en el oído izquierdo habría afectado el hemisferio derecho del cerebro de María y causado una oleada de emoción absolutamente crucial para la creación del vínculo afectivo entre madre e hijo. Este «bautismo» emocional podría haber

permitido a María seguir adelante, a pesar de conocer el enorme sufrimiento que iba a resultar del nacimiento de su hijo. Yo solo puedo decir, desde mi punto de vista...

Sera está despierta; es como si pudiera oír la pensar en la hamaca encima de mí. Una sacudida me aparta del afilado resquicio de luz que me permitía escribir y regreso con dificultad a mi lechocolumpio, el sitio más cómodo que hay para viajar. El movimiento me arrulla y el aire muestra una negrura verdosa. Sin embargo, lucho contra el sueño. El miedo se apodera de mí y me esfuerzo por mantenerme despierta. No quiero perder el control de mis pensamientos y regresar al asesinato de Orieee. En lugar de disminuir, apagarse con el paso del tiempo y silenciarse, el recuerdo o la pesadilla cobra cada vez más fuerza. Cada vez es peor. Lo vivo como una obra dramática que se desplegara ante mí con una violencia tan fulminante que me sacude los huesos.

Tanto estrés no puede ser bueno para ti.

Avanzamos entre sacudidas. Durante kilómetros. Al fin se me antoja que quizá realmente necesite confesar lo que sucedió, sacármelo de lo más hondo de mi mente. Y, puesto que no hay un sacerdote, solo tengo a mano a una persona que pueda oírme en confesión.

—¿Mamá?

Pero se ha quedado dormida. La llamo más fuerte; se despierta y me responde con voz enfurruñada:

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo.

—Ah...

—Es muy importante, mamá.

Suena extremadamente cansada, de mal humor e indolente, pero estoy agobiada por esta necesidad acuciante de lavar mi conciencia. Quizá pueda confesarme con ella mientras duerme y así me sentiré mejor, tras haber hablado en voz alta, y ella no sabrá lo que he dicho ni lo que he hecho.

—Bueno, mamá, tengo que contarte algo. Me está carcomiendo por dentro y no me deja dormir bien; de hecho, no duermo. Así que, en fin, ¿mamá? Ahí va. Maté a alguien; tuve que hacerlo. Mamá, en el hospital. Verás, estábamos a punto de escapar cuando una enfermera llamada Orieee, que era maja aunque no era de fiar y desde luego era una fisgona, descubrió que escondíamos la cuerda en el conducto de la calefacción. ¿Mamá?

—Sí... Te estoy escuchando... —masculla.

—Bien, pues entonces Tia y yo pensamos que quizá no la había visto o no nos iba a delatar. Y nos habíamos levantado rápidamente y situado detrás de ella. ¡La verdad es que no podíamos parecer más culpables! Quizá no estaríamos aquí, quizá la habríamos dejado marchar, pero entonces, mientras se dirigía hacia la puerta, empezó a reírse. Esa risa lo dijo todo, ¿sabes? ¿Lo sabes, mamá? ¿Mamá?

—Claro, cariño.

—Bien. Pues Tia había rasgado una tira de la bata de hospital, la estaba rompiendo para fabricar un hatillo con sus cosas. Puso la tira alrededor del cuello de Orilee y comenzó a estrangularla. Por supuesto, no había manera humana de evitarlo una vez que comenzó a matar a la enfermera; no podía parar y decir «perdón», ¿a que no? Yo no sabía siquiera hasta ese momento que Tia pudiera hablar, pero me mira y me suelta: «¡Un poco de ayuda!». Ahora me parece hasta gracioso, lo siento. ¡Un poco de ayuda! Está matando a esa pobre enfermera que tiene un nombre tan bonito que va a traicionarnos. Yo creía que sería la Serpiente la que nos descubriría, pero, no, tuvo que ser Orilee. Lo lamento, pero ojalá hubiese sido la Serpiente, porque era tan fácil despreciarla... No dejo de pensar ahora cómo alguien debió de encontrar a Orilee metida dentro del armario, colgada de las perchas. Verla habrá sido una visión sobrecogedora, ¿eh? Intenté girarle la cara para que no diera hacia la puerta y le cubrimos la cabeza con una funda de almohada, pero aun así. En fin, lo que te estoy contando, mamá, es que he cometido un asesinato. Ahora tendré que ir al infierno, me parece. No sé si podré ser absuelta o no (rezo muchas oraciones, por supuesto). Tengo el rosario en la mano en este preciso instante. Pero, si he de ir al infierno, me gustaría saber cómo será. ¿Cómo crees tú que será, mamá?

—¿Eh?

—¿Mamá?

—¿Eh... eh?

—¿Cómo será el infierno?

Se queda callada, pero se remueve un poco y pronto me doy cuenta, a pesar de la oscuridad, no sé cómo, de que por fin ha salido de su sopor y ha abierto los ojos.

—¿Has preguntado cómo será el infierno?

—Sí, ¿cuál es tu versión del infierno?

—Creo, cariño, bueno, para mí es lo que nos pasa aquí y ahora. A ver, las cosas todavía podrían empeorar (toquemos madera de que no sea así), si nos cogieran, pero, Cedar... —su voz se torna muy tierna, como si le sobrecogiera

que yo no me haya percatado de ello todavía—, el infierno es lo que estamos viviendo ahora mismo, aquí en la tierra.

—Nunca me había parado a pensar en ello. —Voy asimilando la idea. Después, pregunto—: ¿Políticamente o por lo demás?

—Cuando dices por lo demás, ¿te refieres a que todo involuciona?

—Vuelve al principio. Quizá eso no sea lo mismo que involucionar.

—Bueno, para mí sí que lo es.

Su voz suena tan triste al decirlo, más allá de las lágrimas. Pura pérdida. La definición católica del infierno es exactamente eso: pura pérdida. Pérdida de Dios. Hay fuego también, pero creo que es más el tormento metafísico de la inconsciencia. Las llamas de la confusión eterna. De modo que quizá, según esta definición, ella esté realmente en el infierno. Esto me causa una fuerte impresión y lo que más deseo en ese momento es conseguir que mi madre se sienta mejor. Nada de lo que yo pueda decirle la anima. También me doy cuenta de que, sin lugar a dudas, no alcanzó a comprender el meollo de mi confesión y yo no tengo la sensación en absoluto de haberme quitado de encima el peso de la vergüenza y la culpa. Pero puedo contarle algo más.

—Me pasa algo extraño, mamá. Por favor, escúchame. Tengo esta sensación, mientras traigo este bebé al mundo, de que las cosas en realidad no están en regresión. Ni siquiera se están desmoronando. Todo lo que está pasando, incluso el mayor caos, físico y personal, incluso político, básicamente está bien. Sé que suena ingenuo. Incluso podrías achacarlo a las hormonas. Sin embargo, la sensación es tan poderosa que tengo que compartirla contigo. Soy feliz. A nuestro alrededor están sucediendo cosas horribles, es verdad, y yo he cometido la cosa más terrible de todas, pero, en lo más hondo de mí, soy feliz. Siento una estúpida alegría. Un sentido de la existencia. Un regocijo en la verdad sin sentido. Resulta que estamos vivos. No hemos pedido vivir. Simplemente vivimos.

No dice nada, pero es un silencio atento y reflexivo.

—Esto es todo lo que tengo para seguir adelante, mamá —añado—. Así que, si te estás planteando algo para quitármelo de la cabeza, no lo hagas.

—No —responde—. Yo no haría nada de eso.

Más tarde, me dice:

—Ojalá pudiera sentir yo lo mismo.

A lo que le respondo:

—Mamá, creo que cuando veas al bebé lo sentirás.

—Ojalá —dice con un hilo de voz dubitativa en la oscuridad.

No hablamos más durante un largo rato. Pero mentalmente le respondo, mientras me columpio en la oscuridad, con el corazón desbocado por un amor que arde con más fuerza a cada nueva célula sanguínea, cada gélido destello neuronal; un amor por ti, un amor por todo. Este amor se expande, feroz, despiadado, aferrado al mundo como alquitrán ardiente. Y no puedo dejar de pensar: claro que será feliz cuando vea a mi hijo; sí, estará exultante de alegría. ¡Él es la luz del mundo!

26 DE OCTUBRE

Saciada de hojas de diente de león y ramen de gasolinera, me repantigo en un mullido sillón de escritorio de un material que imitaba el cuero. Cierta consideración hacia mi comodidad es la única señal de que soy percibida aquí —no me esconden, nadie se preocupa por las detenciones de hembras gestantes—. Eddy está sentado a la cabeza de la mesa del consejo tribal. Ha ganado unas nuevas elecciones en las que no pretendía participar, pero las oportunidades en medio de tanta confusión eran demasiado buenas como para no aprovecharlas, según explicó. Sigue trabajando en sus interminables memorias. Solo en ello encuentra cierta redención, dice. Han alargado la mesa de reuniones añadiendo varias mesas de banquetes de plástico resistente, porque hay mucha gente. Solo se cabe de pie, aunque no nos encontramos en la sala de reuniones habitual sino en la cancha de baloncesto del instituto técnico superior del condado. Detrás de él, aparece desplegado en la pared un plano dibujado a mano de los terrenos de la reserva. Las parcelas del plano aparecen nítidamente trazadas y coloreadas de verde, amarillo y morado. Eddy explica que, como casi todas las demás reservas, las nuestras fueron menguando por medio de progresivos tratados y luego se vendieron en gran medida cuando el Dawes Act de 1862 expropió tierras a la propiedad comunal. Algunos terrenos se parcelaron y entregaron a los ojibwes; otros eran «excedentes» que fueron entregados a los colonos blancos en concepto de propiedad ocupada. Si las tierras incluían propiedades colindantes con el lago, se declaraban «excedentes» con vistas para el cada vez mayor número de habitantes de las ciudades, deseosos de escapar a una casa de campo más fresca durante los calurosos meses de verano. En el mapa de Eddy, las tierras que pertenecen a personas no indias están pintadas de amarillo. El color verde representa el bosque del estado. El morado corresponde a tierras tribales. La mayor parte del plano es amarillo, hay algo de verde y un poco menos de morado. La sala está atestada de miembros de la tribu, mientras unos cuantos asistentes más se arraciman en el marco de la puerta, y los pasillos también están repletos de gente. Nadie dice una palabra. Todos esperan a Eddy.

Se pone en pie y, cuando habla, su voz suena ligera pero grave.

—Buenos días, mis estimados parientes —comienza—. Cada semana a partir de ahora nos vamos a reunir en el mismo lugar y a la misma hora. A lo largo del próximo mes, vais a ver cómo va a ir cambiando este mapa. Las parcelas verdes ya pueden colorearse y pasar de verde a morado. Hemos asegurado tierras del estado. Todo lo que está pintado de amarillo es en lo que estamos trabajando en la actualidad y creo que estamos siendo razonables. No estamos retomando toda la mitad norte del estado, ni Pembina, Ontario, Manitoba o Michigan, todas las tierras de nuestro antiguo territorio. Solo recuperamos las tierras que se hallan dentro de las fronteras originales del primer tratado. Todos estábamos decididos a llevar a cabo un traslado compasivo de los habitantes ajenos a la tribu que viven en nuestras tierras en la actualidad, pero me tranquiliza decirnos que no ha hecho falta poner en marcha ese plan de traslado. Todos se desplazaron por su cuenta. Los habitantes que vivían cerca del lago han vuelto a las ciudades. Inclínemos la cabeza y recemos por su difícil situación.

Algunas cabezas se inclinan y se farfullan palabras. Detrás de Eddy, veo a mi hermanita, que ha pasado de Gotlolita a pija acalorada, que lleva una camisa elegante y ceñida del color del Pepto-Bismol, unos mocasines de antifaz marrones y brillantes, una coleta y un pantalón ajustado de niño pijo. Examina otro mapa en una pizarra de papel y utiliza un rotulador morado para colorear las parcelas. El rotulador chirría sobre el papel satinado. Una mujer con un pasador de pelo adornado con perlas de forma elaborada hace ademán de querer tomar la palabra. Eddy la reconoce.

—Ha habido problemas.

Eddy asiente.

—La mayoría de las parcelas amarillas que veis se agrupan en torno al lago y son, en un 99 por ciento de los casos, viviendas junto al lago. Están deshabitadas en la actualidad. Hemos recurrido a un sorteo para recuperar esas propiedades para los nuestros que están sin hogar o los miembros de la tribu que viven en infraviviendas. También hemos comenzado a alojar a nuestros familiares que retornan de las ciudades. Puesto que la mitad de nuestro pueblo vive fuera de la reserva, estamos preparados para duplicar la población durante esta crisis. Vamos a recuperar a muchos de nuestros hermanos y hermanas, y disfrutaremos de la ventaja de contar con más maestros, profesores, médicos, abogados, artistas, poetas y pandilleros. Sí, ha habido problemas. Hemos tenido que tomar medidas extraordinarias para resolver los problemas. Hemos movilizado a nuestra policía, nuestra

ogitchidaag. Hemos procurado llevar a cabo un trabajo policial tradicional compasivo.

Eddy suspira y recorre la sala con la mirada.

—Pero hay personas que no dejan de atacar a nuestra compasión, ¿sabéis?

Pequeña Mary termina de colorear el último elemento del mapa y da un paso atrás. Todo el mundo observa el plano en silencio; las personas sentadas más atrás estiran el cuello para ver. El mapa resulta bastante más morado que antes, y se oyen pequeños murmullos. Unos pocos ancianos sollozan en silencio al contemplarlo, con la mandíbula adelantada hacia fuera. Reparo en un anciano con una gorra en la que pone «VETERANO DE IRAK». Le caen lagrimones por las arrugas de la cara y el cuello hasta llegar a la camisa.

28 DE OCTUBRE

He inflado el mullido colchón hinchable y me he instalado en un rincón de la habitación de Pequeña Mary. Estoy tumbada de costado con una almohada entre las piernas porque me duele la espalda. Ella está arrebujada en una manta de ganchillo amarilla y verde de casi una hectárea. Yo también tengo una. Fruto de la labor de la abuela. La habitación de Mary vuelve a tender hacia el desorden, aunque parece que ha hecho esfuerzos heroicos por controlar el sotobosque. No veo capas de insectos aplastados, latas de refrescos ni bolsas de patatas fritas. Solo ropa. De momento no hay otro lugar en el mundo en que prefiera estar. Aunque se supone que me dirigiré a otra parte, sin duda más al norte, a algún sitio más seguro. Esto parece una madriguera. Las colinas de ropa amontonada resultan casi protectoras.

—Bueno...

Mary se asoma por el borde de la cama y baja la vista para enfocarme. Tiene los ojos totalmente delineados con trazos de lápiz morado y se ha pintado los párpados hasta las cejas de un tono lavanda. El morado, explica, es una referencia política a la recuperación tribal de las tierras de los tratados. Sigue vistiendo la camisa de color Pepto-Bismol y se ha puesto un enorme lazo verde en la coleta.

—¿El bebé? ¿Tienes miedo?

—Estaría loca si no tuviese miedo.

Asiente y se pone bocabajo, dobla los brazos y apoya la barbilla sobre los puños. Me cuenta que ha estado hablando largo y tendido con la abuela. Me dice que la abuela le ha dado a entender que tenemos sangre «sobrenatural».

—¿Y eso qué significa?

—Tal vez seamos como una especie rugaru que se convierte en lobo.

Puedo creérmelo de Pequeña Mary, con esa sonrisa en la que muestra los colmillos y esos chispeantes ojos de bruja. Ha cambiado la barra de labios por una de color rosa magenta, que reluce en la tenue luz.

—¿Sabes si va a ser niña o niño?, ¿o gemelos?

—Me hicieron una ecografía, y luego me hicieron más cuando estaba en el hospital. No me dejaron ver las últimas, pero vi la primera. Todavía no sé el sexo, pero tengo el presentimiento de que es un niño. Solo había un bebé. No había dónde esconder a otro.

Pequeña Mary se da la vuelta en la cama y mira el techo con la mano puesta en su tripa hundida.

—Esto es una mierda —sentencia—. Me gustaría tener hijos; bueno, algún día.

Se gira de nuevo y baja la vista. Atardece, y pronto la habitación cambia y se oscurece con las sombras. Se muerde el labio rosa chillón y brillante, y me mira con el ceño fruncido.

—¿Quién es el padre?

Cuando lo dice, me asola una oleada de sentimientos. De perdón. De recuerdos. En retrospectiva, esta insoportable mezcla de dolor y alegría semeja la felicidad. Estoy deseando hablar de tu padre. Aunque no me ha pedido entrar en detalles, le describo su voz profunda y suave, su cara de buena persona, sus ojos amables y su densa mata de pelo negro. Le hablo a Mary de sus manos robustas y habilidosas, de las camisas a cuadros de franela que tanto le gustan, y de sus botas de trabajo ajadas. De lo mucho que le chiflan las pizzas napolitanas de verdad. Le enseño mi alianza de oro de mentira. No me la quitaron. Pequeña Mary me escucha con atención y no me interrumpe salvo para hacerme susurrantes preguntas de mayores, como de dónde es y cómo es su familia. En algún momento dejo de hablar. Debo afrontar de pronto el hecho de no saber si Phil está vivo o muerto. Y de sí, sinceramente, soy capaz de perdonarlo. Siento tal opresión en el pecho que me cuesta respirar. La habitación no deja de girar, cada vez más oscura, arrastrándome lejos, en una balsa de agotamiento y pérdida.

Mientras me dejo llevar por esa corriente, sucede algo que bien podría ser sobrenatural. Una presencia se sienta en el borde del colchón hinchable, liviana, informe y protectora. Como una sombra. Quizá un ángel. Magnética y dulce, su amor me arropa como un manto flotante. Juntas, nos quedamos dormidas.

1 DE NOVIEMBRE. TODOS LOS SANTOS

Cielo me despierta haciéndome cosquillas en el pie con la punta de los dedos. El sol de última hora de la mañana brilla alto en el cielo. He dormido tanto que el colchón casi se ha desinflado y rozo con la cadera los bultos grumosos formados por la ropa de Mary, amontonada en el suelo. Entreabro los ojos, veo a Cielo y me deslizo de nuevo en el sueño. Casi duele sentirse así de bien. Cielo me observa. Clava en mí sus alegres ojos de hada. Apenas sonrío y, sin embargo, su gesto siempre está al borde de la hilaridad. Nos miramos sin hablar en un agradable silencio.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta al fin.

—Deseando dar a luz a este niño lo antes posible.

Me estiro con ganas y luego lo arrullo al incorporarme. Cielo no dice nada; solo me ayuda a levantarme. Llevo puesta una camiseta negra y enorme que reza «GUERRERO ANISHINAABE» y un pantalón de chándal que ha encogido y que me ajusto por debajo de la tripa. Aunque tengo un aspecto horrible, me siento de maravilla.

—Estoy tan enorme que ya no hay donde esconderme. Pero ¿me están buscando? ¿La milicia tribal protege a las mujeres embarazadas? Quiero quedarme aquí. No quiero viajar más al norte. Aquí es donde quiero tener a mi hijo. Solo que... quizá no en esta habitación.

Cielo solo dice:

—Hablaemos con Eddy.

En la cocina, la habitación contigua de la casa y espacio multiusos, mi madre mezcla azúcar moreno con copos de avena salpicados de pasas y se dispone a llevar una cucharada de las gachas a la boca de la abuela. La anciana la observa, con sus penetrantes ojos de gorrión, lista para picotear. Conforme mi madre levanta la cuchara para darle otro bocado, la abuela le arrebatla la cuchara de la mano y comienza a comerse los copos de avena ella sola a grandes cucharadas.

—¡De acuerdo! —exclama mi madre.

Se gira cuando entro en la cocina y su sonrisa está apagada. Le preocupa que estemos aquí (lo noto). Cielo aparece tras ella.

—Voy a prepararte unas tortitas de avena y azúcar moreno —anuncia.

Cielo abre la pequeña caldera y añade otro leño a la antigua cocina tradicional de esmalte verde. El mes de agosto pasado no era más que un mueble decorativo y hogareño para la nostalgia, dispuesto en una esquina y cubierto de cachivaches. Ahora ocupa el lugar central de la casa. Cielo vierte una cucharada de una masa de avena en una sartén de hierro fundido.

Después, echa unas gotas de grasa de beicon en la sartén y las dirige bajo la tortita de avena, que aplasta con una espátula. De la sartén mana un aroma delicioso y, con cuidado, levanta el borde de la tortita y le da la vuelta. Pone más grasa por debajo. Deposita la tortita en mi plato. La delicada corteza me provoca un hormigueo y está tan rica que pido otra antes de acabar la primera.

Sera me mira con sorna, y la mirada que le devuelvo parece decir: «Sí, grasa de beicon». Me doy una palmada en la barriga. La camiseta negra no da más de sí.

—Solo faltan cuarenta y dos días de compras hasta Navidad —digo con la boca medio llena de la avena crujiente—. Debería ponerme un lazo en la tripa.

Parece como si hubiera tirado una piedra a un pozo. El silencio de mi madre en la cocina amplifica las palabras que parecen retumbar con eco. Levanto la vista del plato, porque el ambiente en la habitación se ha enrarecido —me doy cuenta de que mi madre intenta controlar su miedo, así como el estado de alerta extrema—. Todos saben cuándo salgo de cuentas, pero solo mi madre se ha quedado petrificada.

Intento relajar el ambiente. Pero nadie dice una sola palabra. Percibo cómo cada una espera que hable primero otra persona, pero a nadie se le ocurre qué decir, supongo, porque todas van cerrando la boca una tras otra. Al fin la abuela carraspea:

—Mi primer parto me dejó hecha polvo. Tráeme el álbum, Cielo.

Cielo se dirige a la otra habitación a buscarlo. El gesto afligido de mi madre y la rigidez de su espalda me dejan desconcertada.

—No te preocupes, mamá.

—Claro —responde—. Estarás bien.

—No encontré tu libro, abuela —dice Cielo al regresar—. Y ahora, Cedar, vamos a sentarnos fuera en el porche antes de que refresque demasiado. Hace un día soleado. Vamos a que nos dé el aire.

Cielo tiene un cigarrillo medio escondido en la palma de la mano. Se percata de que lo he visto.

—Mi botín —dice—. Cuando las cosas volaron por los aires, ocultamos rápidamente las existencias en el sótano. Sobre todo las utilizamos para...

—Comerciar —completo—. Y nadie da a luz el día en que sale de cuentas. No te agobies.

—Los bebés no me agobian —responde Cielo. Gira las caderas, enciende una cerilla y se coloca de manera que el cigarrillo reciba la llama—. Aunque necesitaba una excusa para salir a fumar. Y hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí... ¿quieres hablar?

—¿Sobre qué?

Se mira los pies, con unos bonitos mocasines de piel de arce adornados con piel de conejo. Los fabrica Cielo. Me está haciendo un par y otro para ti, hijo. Pero no quiere enseñármelos hasta que hayas nacido. Una antigua superstición ojibwe. Se encoge de hombros, exhala el humo y balbucea:

—¿De que hablan madres e hijas?

—No tengo la menor idea. No se me da muy bien con Sera.

Me ahogo porque esto es algo inesperado. Cielo obrando como una madre cuando la verdad es que casi he comenzado a verla como a una hermana mayor. Alguien más parecido a mí que Sera, lo que me hace sentir bien y desleal al mismo tiempo. Pero hay algo que quiero preguntarle a Cielo. Y quiero preguntárselo sin volverme hostil, ni disgustada, quizá porque empiezo a comprender que su decisión pudo haber sido más difícil de lo que yo era capaz de comprender, antes de tu llegada.

—¿Llegaste a verme, me refiero de bebé, antes de entregarme en adopción?

Intento decirlo con voz neutra, pero me tiemblan las cuerdas vocales. Y enseguida me doy cuenta de que Cielo deseaba hablar de algo menos peliagudo y emotivo. Sin embargo, no me apetece desistir, así que espero. Enciende otro cigarrillo.

—Mierda —dice—. Es el último. Vale. Te tuve, ¿no? Así que sí, te vi. Y Glen estaba allí.

—¡Espera! ¿Sera no? ¿Solo Glen?

Cielo me mira con atención y luego se estremece.

—Me refiero a que Glen llegó primero. Era, ya sabes, una especie de adopción abierta. Así que tuvimos un par de días en los que yo estaba ingresada y... bueno, yo tendría la edad de Pequeña Mary más o menos y, en fin, de tal palo tal astilla. Ella es igual que yo entonces. Salvo que yo era punk.

—¿Punk?

—Ya. Imagínate. Yo de nueve meses con una cresta amarilla fosforito. Anillos y pendientes por todas las partes que te puedas imaginar. Todavía estaba ataviada así cuando naciste. Las enfermeras entraban continuamente para hacernos fotos.

—¿Tienes una foto?

—Sí. No estaba en el álbum, sino en un sobre pequeño que guardé en la parte de atrás. Espera un segundo.

Entra de nuevo en casa y vuelve antes de que pueda agobiarme con la idea de la foto (un nuevo recuerdo que puede alterarme). Me la entrega con cuidado. Las esquinas están reblandecidas y desgastadas. Me doy cuenta de que la ha mirado muchas veces. Eso me desgarró, pero de un modo entrañable. Cielo aparece sentada de joven en una cama de hospital apoyada en almohadas blancas con claveles rosas, capullos de rosa y velos de novia como telón de fondo. ¡Cuántas flores! Hay un par de globos rosas que casi se salen del marco. Yo soy una recién nacida anodina, un bulto insulso en sus brazos, y Cielo está vestida con bata de hospital y muestra una sonrisa tímida, con el rostro centelleante con las alhajas de plata. Tabique nasal, puente de la nariz, labio superior, labio inferior e incluso mordisco de ángel. Su peinado verde amarillo chillón se ha caído y se le ha corrido el maquillaje.

—Qué guapa eras —digo.

—Ya; un poco rarita, la verdad.

—No, guapa. Y me parezco a ti. Ahora lo veo. ¿Tuviste dudas alguna vez? Me refiero a tenerme.

—No. Eras un bebé deseado. En aquella época yo quería mucho a tu padre. Deseaba tenerte, pero yo no vivía con la abuela por aquel entonces. Tenía que seguir mi propio camino. No podía llevarte conmigo.

—Tu camino te condujo hasta Eddy y Pequeña Mary.

—Con el tiempo. Y me condujo hasta santa Kateri. Y gracias a ella, estoy segura de ello, mis oraciones fueron escuchadas y mi camino me condujo de nuevo hasta ti.

Cielo me dirige una enorme sonrisa divertida mientras arquea las cejas, dándome a entender que el camino fue difícil y tortuoso.

6 DE NOVIEMBRE

Mamá friega los platos y limpia la cocina con esa combativa concentración suya: de izquierda a derecha, pasa un paño metódicamente por cada objeto antes de guardarlo o colocarlo de nuevo en la encimera, perfectamente alineado. Me ha enseñado a limpiar como lo hace ella, y lo identifico como la única cosa que me ha sido transmitida por la crianza, una herramienta que puedo utilizar para mantener a raya la desesperación. He sosegado la angustia y luchado contra la locura frotando con esmero una mancha en la encimera o

un poco de hollín quemado en el costado de una olla. Entro en casa y, durante un rato, trabajo junto a mi madre, sin hablar. Al fin, me armo de valor.

—Tenemos que hablar de esto, mamá.

Deja el trapo y se apoya en la encimera, mirando el suelo con el gesto fruncido.

—¿A qué te refieres con «esto»? Hay mucho de «esto».

Decido que me serviré de Sera con Sera. Fingiré ser ella.

—Quizá debemos analizar la situación —comienzo—. Glen no se ha puesto en contacto con nosotras. No sabemos si ha encontrado un escondite para nosotras. No parece que haya un verdadero plan más allá de llegar hasta aquí. Así que me gustaría quedarme aquí.

—Hay un plan —replica.

—¿Cuál es?

Se mira las manos reblandecidas y mojadas. Se aprieta las uñas rotas. A veces me gustaría ver mis manos en sus largos y finos dedos. Mis manos son más como las de Glen, fuertes, con grandes nudillos. Nos sentamos a la mesa y Sera alarga la mano y me estrecha los dedos.

—Mira, Cedar. Tienes razón. No sabemos nada de Glen. Pero, si tuviera problemas, notaría un pálpito. Así que estoy segura de que está bien, buscando un lugar seguro para ti. Las cosas están cambiando constantemente. Creo que de momento nos vamos a quedar aquí, pero no te pongas demasiado cómoda. Te quedan siete semanas. Pueden pasar aún tantas cosas, ¿no? La Iglesia de la Nueva Constitución ha dividido a los militares. Están llamando a realizar ataques con drones basados en el reconocimiento facial y de voz, por lo que la gente se mete en cualquier agujero donde haya un sistema de túneles. Ahora se extiende toda una ciudad subterránea por debajo de Saint Paul, en hospitales, universidades, antiguos conventos, el capitolio del estado, todos conectados entre sí bajo tierra. Y los drones son tan astutos y tan pequeños que debemos tener cuidado.

—¿Qué aspecto tienen?

—De insectos. Y también hay micrófonos allí fuera.

—¿Cómo son?

—Tierra. Mantillo de hojas. Semillas. Algunos son flotadores transparentes. La gente los llama «orejas».

—¿Qué aspecto tienen?

—De orejas.

—¿De verdad? ¿Tenían que ser literales?

—Quizá los fisgones tengan sentido del humor. Algunos son blanditos, casi invisibles. Si coges uno, lo aplastas como si fuera una babosa.

—¿Había todas estas cosas antes?

—Supongo que se estaban desarrollando. Algunas corporaciones las habrán puesto a prueba. Les encanta merodear cerca de las oficinas tribales. Eddy los atrapa con una red. Los guarda en una caja con las grabaciones de las reuniones del consejo tribal de hace treinta años.

Me río.

—Ojalá alguien realmente perverso se encontrara al otro lado de las escuchas. Alguien que se merezca treinta años de reuniones del consejo tribal.

Aunque mi madre no se ríe, esboza una sonrisa.

—Qué raro, ¿verdad? —dice al fin—. Con qué facilidad la gente se deshizo sin más de teléfonos y pantallas.

—Lo más lejos posible de donde vivíamos.

—Se amontonan en los vertederos y las plantas de reciclaje, destrozados y empapados.

—Echo de menos los teléfonos.

—Yo también. De todos modos, Cielo ha puesto en marcha la radio *vintage*.

—Lo *vintage* es la última moda. Y hemos vuelto al telégrafo de los mocasines —explica Cielo, llegando detrás de nosotras—. Eddy ha asignado la tarea a nuestros muchachos más veloces y ha rehabilitado a pandilleros a los que ha convertido en corredores. Conseguimos las noticias dos veces al día.

—Son como los antiguos pregoneros —dice mi madre—. Tienen puestos en ocho puntos de la reserva. Corren hasta allí, recitan las noticias a quienquiera que se presente y vuelven rápidamente aquí.

—En cuanto a la comida y más cosas —continúa Cielo—, todo se hace mediante el trueque. Hay grandes mercados en las ciudades donde nadie se pelea porque hace falta intercambiar cosas.

—La gente acude a los mercados durante los momentos de tregua —dice mi madre—. Lo único es que no puedes estar embarazada, nada más.

Su voz suena cortante. Cielo suspira, levanta las manos rollizas y sale de la habitación. Bajo la vista y me miro el balón de playa de algodón negro y se me anegan los ojos de lágrimas, como si de nuevo me estuviera acusando.

—Lo siento, estoy nerviosa —se disculpa Sera—. Quizá esté más preocupada por Glen de lo que quiero admitir.

Sera me abraza y nos quedamos así en la cocina de Cielo, contigo entre ambas. La estufa de leña desprende un suave calor, y en el interior suenan pequeñas detonaciones sordas y silbidos conforme las llamas van devorando la madera. Anoche por primera vez no soñé con el asesinato de Orilee. Las dos veces que me desperté, el suave ronroneo de Pequeña Mary me arrulló hasta quedarme dormida de nuevo. Me sentí segura como un animal rodeado por montañas de su propia piel mudada. Al amanecer, soñé con Phil. Lo vi caminando hacia mí por la autopista.

—¿Sabes, mamá? Mi bebé tiene un padre.

Me oprime el pecho el resentimiento y el dolor. No contesta.

—Le quiero.

A veces fantaseo con que no me entregó. No tengo elección en cuanto a amar a Phil. Lo amo y punto.

—Sé que aprecias mucho a Phil.

Sera me da una palmadita en la espalda mientras me dirige esas palabras demasiado formales, pero su voz también suena lacrimosa, por lo que supongo que ambas nos sentimos desesperadas por diferentes razones.

—Haces que sienta como si estuviese mal quererlo.

Me mira sin verme, como si estuviera sopesando si contarme algo o no. Entonces me lo dice.

—Cedar, te he ocultado algo. Las tasas de supervivencia de los bebés están cayendo en picado cada mes.

—Eso no es nada nuevo —respondo.

Pero esas palabras son horribles de escuchar. Me quedo quieta; no quiero apartarme de ella demasiado rápido. Al fin, me recompongo y me levanto. Pero la cabeza me da vueltas y necesito volver a sentarme. He entrado en un pasadizo mental y voy bajando unas escaleras a oscuras. No hay pasamanos. No veo adonde voy. Solo avanzo con un pie delante del otro hasta que al fin llego abajo. Allí todo está oscuro y estoy totalmente sola.

Solo que lo que afirma Sera no tiene ninguna base. ¿Cómo puede saberlo? No hay ninguna fuente de noticias fiable. Además, ¿por qué me contaría todo esto si pensara con cordura? Quizá la tensión que siente por su preocupación por Glen le ha aflojado algún tornillo y la ha llevado a obsesionarse con funestas predicciones. Está deprimida. Me vuelvo hacia Sera, le dirijo una sonrisa indulgente y la acompaño con ternura hasta una silla.

—Ha habido tanta tensión, mamá. ¿Por qué no descansas un rato? No hace falta que sigas limpiando. Aquí todo se ve impoluto. Prepararé un poco de té.

Le doy una palmadita en el hombro y pongo agua a calentar.

—Tranquila, mi bebé es un luchador, y yo también.

Mi voz suena falsa. Sera rompe a llorar aunque no se trata de un llanto auténtico, sino de un leve espasmo. Le meso el pelo detrás de la oreja. Sacude la cabeza como si quisiera apartarme. Sigo tratándola con condescendencia, hablándole con voz dulce mientras busco el té. Ella me responde con una de sus charlas, como la pedante aficionada que siempre ha sido. De hecho, incluso intenta retractarse.

—Comenzamos nuestra vida a nivel celular como hembras, todos nosotros, y luego desarrollamos las características masculinas o femeninas en el útero. Y no sabemos cuántas especies humanas hubo en realidad. ¿Cómo podemos creernos que lo hemos descubierto todo? Es muy posible que tu bebé sea... normal.

—De acuerdo, mamá. ¡Como que te lo crees tú! Acabas de decirme que vamos a morir.

—Es que no parece que veas el peligro, Cedar.

—Sí, lo veo, pero ¿de qué me sirve creérmelo? Elijo creer que saldremos adelante.

Imito su voz de profesora, me siento frente a ella y prosigo con la perorata.

—Y no solo eso, sino que la humanidad avanza. Quizá en un camino evolutivo bifurcado hayamos utilizado alguna forma de partenogénesis como los tiburones o el dragón de Komodo. Son capaces de fertilizar sus propios huevos. Pero quizá no solo nos estemos copiando a nosotros mismos. Sino que también de algún modo hayamos comenzado a absorber material nuevo y genéticamente adecuado. Y que nuestros cuerpos lo empleen para autodiseñar los embarazos. Y, si hace un millón de años comenzamos a externalizar la fertilización, en cualquier momento nuestros cuerpos podrían cambiar de criterio.

Intento hacer reír a Sera o al menos hacerla sonreír otra vez, porque me está aterrando. Pero sacarla de un lúgubre estado de ánimo no es tarea fácil. Continúa. Su voz suena de nuevo tranquilizadora, dulce y apacible, consiguiendo mostrarse todavía condescendiente. Lo pillo. Da por hecho que lo que le pasó a Tia me sucederá a mí. No cree que vayas a sobrevivir. Pero sus palabras me recuerdan las de una maestra que consuela a un niño pequeño de la guardería descorazonado tras perder un peluche. Con un repentino arrebato de hiel que casi me ahoga. La odio.

Espera. La quiero. Pero la odio. Y la quiero.

10 DE NOVIEMBRE

Eddy. Sigiloso y hábil, con un cuerpo elástico como la larga cintura de un hurón. Se ha dejado crecer el pelo y ya no arrastra los pies al caminar. Sonríe mucho y se lleva a casa el tambor de mano por las noches. Toca varias melodías en el tambor de mano y canta canciones de guerreros en el porche. Dice que las canciones confunden a los vigilantes. Tiene una voz aflautada y penetrante. Canta las viejas canciones que aprendió de los mayores, pero también algunas que se ha inventado para burlarse de las escuchas en el aire. Afina el tambor calentándolo con cuidado cerca de la estufa de leña.

—Los seres humanos siempre hemos sido alborotadores innecesarios —dice—. Pero al menos tenemos buenas canciones.

—No todo el mundo tiene buenas canciones —replico.

Eddy se queda pensativo y asiente.

—Tienes razón. Custer no tenía ninguna canción.

—Madre, ya sabes, esa Madre, no tiene una canción.

—La gente ansiosa de poder no tiene canción. Pero tu bebé sí tendrá una.

—¿De veras? —Me da tanta alegría que doy un respingo y mi bebé también—. ¿Estás pensando en ella?

—Tuve un sueño sobre un bebé —explica Eddy—. ¿Dónde está mi canción?

—Eres un gran abuelo —digo.

Siento una felicidad inconmensurable y me siento junto a la estufa acariciándome la tripa y preguntándome cómo será esa canción. Ya con público, Eddy ofrece un discurso y hace declaraciones como si siempre hubiera sido extrovertido. En casa, tararea y canta. Cuando termina de cantar, se sienta a la mesa de la cocina con una pila de papeles —antiguas escrituras de las tierras—. Diseña estrategias. Piensa en medidas de supervivencia, formas de reclutar a los jóvenes para que trabajen en una causa mayor. Dónde conseguir semillas, cerdos, vacas. Gallinas. Quiere convertir la reserva en una gigantesca granja de trabajo intensivo y alta productividad. Tiene a gánsteres cultivando plantas de semillero en los pasillos de los casinos con luz artificial para plantas. Los tiene cultivando marihuana gratis para todos desde que un amable kiowa vino al norte desde Colorado y rescató el completo espectro de variedades medicinales. La hierba es nuestra amiga, dice Eddy. Nos fue dada por el Creador no solo para comerciar con ella con los chimookomaanags, sino también para curar toda clase de dolores y aliviar el cerebro desquiciado.

Los chimookomaanags son los Grandes Cuchillos, el hombre blanco, y de momento no nos han molestado mucho después de hacernos con el arsenal de la Guardia Nacional en Camp Ripley, que está situado en territorio nuestro según los tratados originales. Nos pertenece. Tenían una prodigiosa colección de material de espionaje, material un poco desfasado del Ejército de los Estados Unidos, que podremos utilizar para espiar a la gente que nos espía, según afirma Eddy.

—Seremos autosuficientes, como en los viejos tiempos —sostiene.

Todavía se reabastecen los surtidores de gasolina en la estación de servicio. A la compañía petrolera no le importa quién mande. El casino, por supuesto, contenía buena cantidad de dinero en efectivo. Aún conserva reservas intactas, al igual que el banco tribal. Algunos lugares todavía funcionan con dinero en metálico, con la moneda del antiguo Gobierno de los Estados Unidos, porque nadie está lo bastante organizado aún como para haberla sustituido por otra. Eddy también es un jefe guerrero, con un grupo de soldados de élite bajo su mando. Al igual que todas las tribus, nuestra nación también cuenta con sus veteranos de guerra, muchísimos, que son amigos de muchos excombatientes no indios, y juntos han organizado y entrenado a nuestro pueblo.

Nuestro pueblo. Mi pueblo. Tu pueblo. Nunca podría haber dicho eso antes. Eddy ha descolonizado los uniformes de la milicia.

—Tenemos ya casi dos regimientos completos. Uno es aficionado a las melenas al viento, en plan *El último mohicano*. Curten pieles, cosen sus propias pieles de ante, practican con arcos y flechas y M16 y... no querrás saber qué más. Nunca llegué a imaginar que fuera capaz de ello, Cedar. Me sorprende. Creo que un 70 por ciento de mi depresión se debía a que mi guerrero del siglo XVII intentaba salir a la luz.

Eddy ha estado haciendo ejercicio; se le ve más fuerte. Ahora mira a las personas de frente. A veces, Eddy me observa por encima de la taza que se lleva a los labios y la vuelve a bajar sin beber. Sus ojos, cuando los clava en alguien, son penetrantes y sagaces. Es una mirada perturbadora. Deja la taza.

—Solo para que lo sepas. No estamos entregando a las mujeres embarazadas de la tribu. Nuestras mujeres son sagradas para nosotros. Aunque me temo que terminarán por atacarnos —dice Eddy—. Sea cual sea el bando militar que salga vencedor, lo más probable es que se acuerde de nosotros. No sabemos de dónde vendrá, ni quién lo dirigirá, ni de qué fuerzas dispondrá. Pero pueden detenerte en cualquier sitio. Así que estás tan a salvo aquí como en cualquier otra parte. Supongo. Solo...

Se gira, apaga las luces, me saca por la puerta trasera hasta la terraza. Allí fuera, se relaja.

Juntos en el porche contemplamos los troncos grises y desnudos del intrincado bosque detrás de la casa. Un hombre y una mujer vestidos con ropa de camuflaje y pieles de ante vigilan, armas automáticas en mano, apoyados en el coche de Eddy en el camino de entrada, a la izquierda de la casa. Puedo percibir el denso aroma a humo de tabaco de los cigarrillos que han liado. También hay un olor a leña quemada y un aire frío y cortante que se agradece. ¿Lobos? ¿Coyotes? ¿Perros? Comienzan a aullar más allá de la maraña del bosque.

—Nunca había oído lobos antes —susurro, hechizada.

—Lobos no. Somos nosotros —rectifica Eddy—. Nuestro nuevo e indescifrable código.

Los oyó mientras estábamos en la cocina y me sacó afuera porque necesitaba descifrar el mensaje.

—¿Qué dicen?

—Había drones hace un rato, en el casino. Deberíamos meternos dentro.

Una vez en casa, Eddy abre el candado de un baúl del Ejército que está pegado a la pared. Saca un fusil y me lo entrega con una caja de municiones.

—No lo quiero.

—Es tuyo —insiste.

Miro el objeto entre mis manos, es el rifle Custer.

—¿Phil te lo dio?

—Sí.

—Así que ¿ha estado aquí?

Me atraganto. Noto una opresión en el pecho. Intento devolverle el rifle a Eddy.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado otra vez. Lo siento.

Eddy me conduce hasta el garaje y me enseña a cargar el arma. No soy una alumna entusiasta, pero él insiste en enseñarme a disparar.

—¿A qué? ¿A los árboles? Porque no pienso disparar a un árbol.

—De acuerdo —responde Eddy—. Quizá sea mejor que vayamos al campo de tiro.

Deposito con cuidado el fusil en el suelo de cemento.

—Mírame, Eddy. Llevo una vida nueva dentro de mí. No voy a disparar a nada ni a matar a nadie. Eso ya lo he hecho.

—¿Ya lo has hecho? ¿Qué quieres decir?

Eddy me coge por los hombros. Le cuento la huida, le hablo de Tia Jackson, de Orielee y de su muerte. Contar lo que sucedió hace que parezca tan vivido que me vengo abajo y rompo a llorar como si estuviera destrozada, lo que creo que es verdad. Solo un ser humano destrozado podría hacer lo que yo hice. Eddy me estrecha contra su pecho.

—No llores, mi niña —dice—. Eras o tú y tu bebé o aquella enfermera; no tenías elección. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Es lo que me digo, pero sigue pareciéndome un asesinato.

Eddy tose levemente.

—A ojos de ellos será considerado como un asesinato. Podrían ir a por ti, así que tendremos que facilitarte una nueva identidad. Por suerte conozco a alguien en el Gobierno tribal.

Me tiro a su cuello, lo abrazo y él me devuelve el abrazo.

—¿Qué te parecería volver a ser Mary Potts otra vez?

—Suenas de maravilla.

—Nos pondremos a ello —dice.

Titubeo, pero pregunto de todos modos.

—¿Has estado alguna vez en una situación como la mía, en la que tuvieras que matar a alguien?

—No. No soy un soldado. Lo que hiciste fue un combate, y la mayoría de la gente entrena para eso. A mí también me supera todo esto. Intento ser un líder y no me sale de forma natural. Intento comportarme con naturalidad. ¿Funciona?

—A veces.

—Con eso basta.

—Oye, Eddy. ¿Cómo van las mujeres sagradas? ¿Y los bebés?

—Bien... Están todos bien.

—¿De verdad?

—Claro.

—No me vengas con «claros» en esto, Eddy. Mi madre dice que los bebés no sobreviven. Y seguramente las madres tampoco. Y, por lo que tuvo que soportar mi amiga y que vi con mis propios ojos, la creo.

—Cielo te dirá que todo se debe a su santa. Dice que santa Kateri cuida de las mujeres de un modo especial.

—Estás mintiendo —respondo.

—Mantengo viva la esperanza —replica.

—Yo necesito un milagro, así que me voy a buscar a Cielo. Quiero que me lleven a la roca de la peregrinación mañana, por favor. Allí es donde necesito rezar.

Eddy dice que nos llevará allí en coche a primera hora de la mañana, pero tengo que cubrirme de arriba abajo.

—Los drones no se quedan mucho tiempo, pero nunca se es lo bastante precavido. Tráete una manta.

Eddy añade que él rezará, pero a la vieja usanza.

—¿A la vieja usanza? Una oración solo es una oración, Eddy. Haces que suene sofisticado.

—No, tengo mi manera de hacerlo. Cuando rezo, llego realmente a lo más hondo con la Madre Tierra —explica Eddy—. Me postro.

Como había anunciado, a la mañana siguiente, cuando llegamos a la roca y la estatua, rodeados de tierra bien regada, nada más salir del camión, Eddy se tira al suelo. Cielo y yo pasamos por encima de él y nos arrodillamos en la hierba pisoteada delante de la talla. Permanezco envuelta en la manta.

—Dice que está rezando, pero solo quiere echarse una siesta —susurra.

Nos santiguamos y alzamos los ojos hacia la santa. Kateri es una talla bonita, de un bronce caro y en absoluto moldeada en resina. Su rostro es expresivo y delicado, pero no dulce o anémico, como la mayoría de las tallas de la Virgen María. Kateri es firme y astuta. Nos observa con una mirada escrutadora y crítica, como si sopesara si somos dignas de su intercesión. Inclino la cabeza y rezo. Me entrego a la oración. Mientras rezo, siento como si algo se elevase fuera de mí, como si los átomos de pavor tuvieran un peso, como si el miedo fuera una fina arena que corriese por mis venas. No recibo respuesta de Kateri (no de manera explícita). Cuando Eddy me ayuda a levantarme, tengo las rodillas entumecidas y el corazón exhausto. Por primera vez en muchas semanas, no siento miedo.

Entonces algo revolotea a mi alrededor, un diminuto pajarillo, que emite chasquidos y zumbidos. Y un óvalo transparente pasa volando sobre mis dedos encogidos.

—No levantes la cabeza.

Eddy se encuentra detrás de mí, envolviéndome en la manta, mientras me acompaña hasta el coche.

—Mantente agachada —susurra—, como si fueras muy vieja.

Obedezco sin destaparme mientras me subo al coche con rigidez. Ya sé lo que ha pasado. Me han visto.

18 DE NOVIEMBRE

Todavía no te has colocado en la posición para nacer. Pero pesas como un ladrillo; vas a ser un bebé robusto. Podría tenerte ahora mismo y seguramente saldrías adelante sin necesitar una unidad de cuidados intensivos neonatales. Me preparo para que me digas que estás de camino, pero no sé qué esperarme, qué movimiento, patadita o premonición. Sera dice que lo sabré en cuanto me ponga de parto. ¿No es siempre así la manera en que se supone que las mujeres saben estas cosas, simplemente sabiéndolas? Siempre anda cerca, siempre en casa, para que yo sienta su presencia en demasía. Ya nos sacábamos de quicio antes. La situación empeora. Todo el rato limpiando. Se podría pensar que, después de que mi madre me rescatara y ayudara a Tia a dar a luz, yo se lo pasaría por alto. Lo intento, pero un día la ira me supera. Mi madre solo está haciendo su habitual y superminuciosa faena en la cocina. Pero ya no aguanto más ese sonido chirriante que hace al rascar restos de comida quemada en el fondo de la olla.

—¿Puedes dejar de hacer eso un minuto?

—Claro, si quieres comer en platos sucios.

—Estás rascando una olla, no un plato.

—Pues hazlo tú.

Me levanto y me pongo a fregar el cacharro. Ella se queda a mi lado, sintiéndose culpable.

—No importa. No tienes por qué hacerlo.

—Siempre estás limpiando. Es muy molesto.

—¿Qué otra cosa quieres que haga?

—Podrías salir a dar una vuelta, mamá.

Mi voz suena más airada de lo que quisiera.

—Yo tengo que quedarme dentro escuchando cómo rascas la estúpida olla de judías.

—Me encantaría salir a dar una vuelta, pero ¿es que no lo entiendes?

—¿Entender qué?

Saca lápiz y papel del bolsillo trasero. Sostiene que es la forma más segura de comunicarse. Yo creo que utiliza notas escritas cuando quiere detener la comunicación. Escribe: «Si me ven, sabrán que estás aquí».

Nada más leer la nota, la arrugo. El crujido del papel la saca de quicio y sisea:

—Tú das por sentado que Glen se ha de poner en peligro por ti, y yo, ni te cuento, ¿verdad? Todo por ti. Pero eso no significa nada. En cuanto Eddy o

Cielo chasquean los dedos, te vuelves dulce como un caramelo. Dios, te hemos malcriado. ¡Eres odiosa!

«Odiosa» es la palabra que siempre empleaba cuando yo me portaba mal de adolescente, y sabe que no lo soporto, ídem con «malcriada». Siempre reacciono con vehemencia, pero esta vez me supero a mí misma con creces. La obligo a responder a la pregunta que ha rehuido toda su vida.

—Mamá, ¿cómo me adoptasteis? No te escabullas. Dímelo sin rodeos. Necesito saberlo. Esta vez no quiero que pongas los ojos en blanco. Quiero la verdad.

Estamos de pie junto al fregadero. Fuera, el suelo de noviembre presenta una leve capa de escarcha. El primer frescor del invierno. Encaro a esta madrina de Cenicienta de ojos azules que es mi madre, que se muerde el labio. Incluso se retuerce las manos, como en una obra de teatro mala. Pero poco a poco se viene abajo. Sí, puedo verlo: me lo va a decir. Asiento sin dejar de sostenerle la mirada.

—No eres adoptada —me suelta.

Vaya giro más inesperado. Imposible de encajar. Mi boca no responde. Sacudo la cabeza para desbloquear la lengua. El pelo se me sale de la coleta despeinada.

—No eres adoptada —repite.

Sigue estando furiosa y es posible, no lo sé, que quiera hacerme daño. Porque añade algo increíble.

—Glen es tu padre biológico.

Mi cerebro no la cree, pero mi corazón sí. Me duele el pecho. Me tambaleo hasta llegar a una silla. Me dejo caer. No hay forma de asimilar esto. Pero ahora comprendo: su angustia por Glen y su ira contra mí se han mezclado hasta el punto de tener que decirme la verdad. De nuevo, busco las palabras, pero no las encuentro, ni siquiera emociones todavía. Transcurre mucho tiempo hasta que consigo respirar y entonces la tristeza me abrumba.

—Si eso es cierto, si me lo has ocultado todo este tiempo, yo podría haber disfrutado de mi verdadero padre toda mi vida.

—Pero —dice Sera, como si lo hubiera estado esperando—, aunque yo no sea tu madre biológica, ¿acaso no soy tu verdadera madre?

Me la quedo mirando. El hecho de que yo vacile nos desconcierta a ambas. Se queda horrorizada ante lo que ha desvelado y adonde conduce todo esto. Supongo que como reza el dicho, la verdad te hará libre pero primero te dolerá. ¿Soy libre ahora? ¿Y mi madre? Recuerda, me digo, que ¡se comió un

perrito caliente en la gasolinera por ti! Me encuentro en ese apacible estado de shock.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué no está Glen aquí? ¿Es Cielo mi verdadera madre biológica?

—Sí.

—Entonces... Ella y Glen tuvieron una relación. Como con la dependienta de la tienda Retro Vinyl. ¿Por eso no está él aquí?

—Sí.

—¡No me hagas a mí contar la historia!

—Está bien.

—Dios mío. ¡Mamá! ¿Cómo la conoció? ¿Qué estaba haciendo?

—Representaba a la tribu. En un caso de tierras.

De pronto me anega el dolor y la rabia.

—No quiero volver a verle. Ni hablar de él.

Pero, por supuesto, no es cierto. Siempre he querido a mi padre. Y le quiero ahora. Todo encaja —las veces en que la gente creía que era mi verdadero padre; el parecido de nuestras manos, nuestro pelo e incluso nuestra manera de caminar—. Necesito decirle lo mucho que esto me afecta, porque le importará. ¿Verdad? Pero, si le importase de verdad, me lo habría contado. Quiero intentar comprender lo que sucedió, aunque me deja impactada. Quiero el efecto estabilizador que siempre tuvo su presencia para nosotras. Sin él, Sera y yo no podemos dejar de pelearnos. Sus leves codazos, chistes fáciles, su capacidad para sacar a mi madre de su estado mental —todo eso ayudaba—. Me da miedo que se mate limpiando. ¡Deja que lo haga! Odio a mi madre por haberme ocultado esto y después la odio aún más por contármelo. Al mismo tiempo, es la persona más valiente que he conocido. Jamás olvidaré cómo se presentó en el hospital con la bandeja del almuerzo. ¡Pero Glen!

¿Cómo pudo consentir Glen esa mentira? ¿Iba a mentirme toda la vida?

De pronto caigo en la cuenta. La inseguridad de Sera. Era Sera. El protegía a Sera para que ambos estuvieran en el mismo plano como padres, a fin de que él no fuera el padre «verdadero» y ella la madre «adoptiva» y quizá menos importante. Renunció a su condición de «verdadero» por ella, pero, al hacerlo, me la ocultó a mí. Dejó que me pasara toda la vida haciéndome preguntas. E incluso Cielo participó del engaño.

Eso es lo peor, el engaño innecesario. Cómo siempre me había fijado en nuestro parecido físico, pero lo descartaba. Y la extraña soledad que siento ahora al saberme engañada toda la vida. Salgo de la habitación, recorro el

pequeño pasillo para sentarme junto a la cama de la abuela. Estoy demasiado agotada por el esfuerzo que me supone asimilar todo esto como para poder hacer algo más que contemplar la silueta de la abuela Virginia, apenas una arruga entre las mantas doradas. Tiene el pequeño rostro vuelto hacia arriba, iluminado por la luz. Percibe mi presencia enseguida y dice, con su voz frágil y susurrante:

—¿Qué ocurre, hija?

—Acabo de saber quién es mi verdadero padre. ¡Él es mi verdadero padre!

Vaya tontería más grande acabo de soltar.

La abuela separa sus delgados labios y un diente reluce.

—Los hombres son taimados. Si lo sabré yo.

Entonces me cuenta una historia.

La carrera del hombre gordo

Estuve enamorada de un hombre llamado Cuthbert y hay que ver lo que era capaz de comer ese hombre. Se sentaba a la mesa delante de una pata de venado, un pollo entero, dos o tres mollejas o un cubo de alitas de pollo, media docena de mazorcas de maíz o un saco de zanahorias crudas. Se comía todo eso y, después, se iba a trabajar al campo. Era muy corpulento, pero a la vez estaba macizo como una roca, todo músculo y sin una pizca de grasa. Me levantaba, me sentaba en su regazo y me abrazaba. Me llamaba su pajarito. Pronto iba a casarme con Cuthbert y ya teníamos elegida la fecha de la boda, pero entonces sus hermanas lo pusieron en mi contra. Le contaron que yo iba tras su dinero, que quería sus tierras, y también que hacía el amor con el demonio.

Solo lo último era cierto.

Nuestro sacerdote nos había advertido de que cada uno de nosotros tenemos dos ángeles: uno de la guarda y otro de perversión. Un ángel del bien y un ángel del mal. Este último ángel intentará convencernos de que es el primero, y supongo que yo me dejé engañar. Por las noches, me visitaba en sueños un hombre vestido de azul —con traje azul, camisa azul, corbata azul y zapatos azules, pero sin sombrero—. Tenía el cabello y los ojos negros, la piel del color de un huevo marrón claro, muy lisa y sin la menor mancha. Se quitaba toda la ropa azul y la dejaba a mis pies. Su instrumento de placer (no te burles de mí) también era azul, como si lo hubiese mojado en una hermosa tinta azul, y con la punta azul noche. Admiraba a ese hombre y me pasaba toda la noche en

la cama con él. Ya me entiendes. Por la mañana me despertaba asqueada por lo que yo había hecho. Pero, a la noche siguiente, vuelta a empezar. No podía resistirme a él. Me decía palabras muy tiernas, como un ángel bueno, pero las cosas que hacíamos eran de inspiración tenebrosa.

Ahora pregunto: ¿cómo es posible que las hermanas de Cuthbert conocieran la naturaleza de mis sueños? Cuando él me dijo que sus hermanas iban contando por ahí esta historia, sobre el demonio y yo, se echó a reír. Estaba más preocupado por la idea de que tuviese los ojos puestos en sus treinta y dos hectáreas de tierras desbrozadas y cultivadas, o en el dinero que guardaba bajo llave en el banco. Se rio a carcajadas con lo del traje azul del que hablaban sus hermanas, y no se percató de que yo, al oírlo, por poco me desmayo. Me recompuse. Reflexioné sobre ello. No tardé en darme cuenta de que la única manera de que las hermanas de Cuthbert supieran de mis cuitas con el demonio era que el propio demonio se lo contara al visitarlas a ellas también.

Me puse furiosa y de puros celos tramé cómo terminar con mi demonio. Me iba a vengar. Decidí matarlo, aunque no estaba muy segura de cómo se destruye a un hombre que solo existe como fantasma, sin sustancia física. Luego se me ocurrió que debía soñar el instrumento de su muerte. Debía concebir un cuchillo afilado y cortante.

Cada noche soñaba que había un cuchillo debajo de mi almohada. Soñaba con su aspecto y su peso. Soñaba con su mango de madera negra. Soñaba con su filo. Soñaba con el rayo de luz blanca que brotaba de la punta. Soñaba con la sensación que tendría al cogerlo. Soñaba cómo penetraría entre las costillas soñadas de mi ángel de perversión. Soñé todo eso con tal nitidez que la noche en que deslicé la mano bajo la almohada y descubrí el arma perfectamente soñada era el recuerdo de un sueño que había tenido, un sueño dentro de otro sueño. La muerte que le infligí era imposible de soñar, sin embargo, y horrible. Me desperté bañada en terror y lágrimas. La pesadilla me atormentó toda la mañana mientras me preparaba para la fiesta de la Asunción. Debía celebrarse una ceremonia en la iglesia y, durante la misa, el sacerdote iba a leer las amonestaciones matrimoniales previas a mi boda con Cuthbert.

Aquel día me flaqueaban las piernas y mi madre dijo que estaba pálida. Aun así preparé seis tartas. Tres para Cuthbert. Participaba en la carrera del hombre gordo. Todos los años, solo se presentaban en la línea de salida los más corpulentos de los hombres corpulentos. La carrera, cómica y estruendosa, siempre era el punto culminante de la fiesta. A su término, el ganador recibía pasteles a su antojo además de una medalla sagrada a modo de cinta, de san Judas o san Cristóbal o santa Teresita

del Niño Jesús. Mientras íbamos en nuestra carreta hasta la iglesia, yo casi me sentía embriagada de felicidad —había matado al demonio y pronto me casaría con Cuthbert—. Sus hermanas se extrañarían por la desaparición de su propio demonio azul, pero nunca sabrían que fui yo quien lo había matado.

Pero entonces se produjo la conmoción. Mientras los hombres gordos se alineaban al final de la pradera y nosotras los observábamos, señalando a unos y otros y haciendo pequeñas apuestas de dinero, entró tambaleante en el grupo un hombre vestido con traje azul, camisa azul, corbata azul, zapatos azules, cabello negro y piel marrón clara. Solo que él era muchísimo más colosal que en mis sueños. Se alineó con los demás. No sé quién puso más los ojos como platos y la boca más abierta, si yo o las hermanas de Cuthbert, pero solo yo sabía que al matarlo en un sueño había dado vida al demonio. Y allí estaba, compitiendo con Cuthbert por el premio del hombre gordo.

No tenía buen aspecto en absoluto. Lo advertí cuando comenzaron a correr. Estaba hinchado y gris como una garrapata atiborrada, con la piel de un verde casi apagado. Corría sujetándose las costillas con una mano y yo casi chillé cuando pasó junto a mí y me dirigió el fulgor de sus ojos encendidos y rojos. Tenía la boca abierta y vi que estaba llena de sangre negra. Cuthbert y él iban a la par, muy por delante de los demás, y vi cómo el demonio se mofaba y burlaba de mi futuro marido, el cual, preso de un ataque de furia, saltó hacia delante como un enorme ciervo para avanzar significativamente.

Cuando hubo terminado, los dos hombres yacían sobre la línea de meta. Lino era Cuthbert, muerto tras estallarle el corazón. El otro hombre siempre había estado muerto, dijo la gente. Cuando le abrieron la chaqueta azul descubrieron un cuchillo de mango negro clavado en sus costillas hasta la empuñadura.

—Así que —explicó la abuela—, en su lugar me casé con un hombre al que no le sobraba un gramo de carne, un hombre que odiaba el color azul y nunca se ponía nada de ese color, un hombre cuyas hermanas me querían. Llevo cincuenta y siete años viviendo con él, ¿verdad?, y él y yo hemos tenido ocho hijos y adoptado otros veinte. Hemos criado todo tipo de animales que se pueda imaginar, ¿verdad?, y hemos cultivado maíz y avena, y cada otoño sacamos montañas de patatas. Hemos recogido arroz salvaje y, de vez en cuando, matamos algún ciervo desde el porche trasero, y, desde luego, hemos alimentado bien a nuestros hijos.

Los ojos de la abuela se abren lentamente después de terminar la historia y continúa hablando con su voz rasgada. Me cuenta que cuando preparó aquellas seis tartas para la carrera del hombre gordo no sabía que estaba embarazada. El padre de la criatura era el hombre azul de su sueño y su hijo nació con extrañas marcas. Nació con magulladuras en la espalda y las nalgas. Tan oscuras que parecían índigo. No parecía que le dolieran. «El demonio debe de haber pateado a este», dijo la hechicera. Pero yo respondí, abrazando a mi bebé: «No, no. Debieron de golpearle los ángeles para ver cuánto podía aguantar».

En cualquier caso, la historia de la abuela logra distraerme por completo de las repentinas revelaciones sobre mi propia historia. También suena a advertencia. Mi padre y mi madre, ambos me amaban y me mintieron. Y Phil es mi ángel de la mentira. Necesito un ángel de la verdad. Un espíritu bueno. Por la noche, mientras me quedo dormida, noto de nuevo una presencia que se acerca y se sienta en el extremo del colchón. Sea o no una ilusión, este visitante resulta tan tranquilizador, tan poderoso, que me dejó llevar y me sumerjo en un sueño puro y libre de pesadillas.

Eddy me esconde en el camión y me lleva hasta las oficinas tribales. Su secretaria me toma una fotografía y plastifica mi nuevo carné de identidad tribal. Se me ve feliz en la foto. Tengo las mejillas redondas y regordetas. Llevo unas gafas que no son mías. Tengo el pelo largo y lustroso. Soy una mezcla de Cielo y Glen. Esa soy yo: Mary Potts.

¿Y qué clase de ser soy en realidad? Primero descubro que soy realmente hija de mi padre, descendiente de un linaje que remonta hasta Ricardo Corazón de León. Después, averiguo que mi herencia también está relacionada con un siniestro hombre azul que impregnó a mi abuela en un sueño. Y tú, con Phil de padre, un hombre que causó daño cuando intentaba no hacerlo, llevas dentro de ti la paciencia de los antepasados que trabajaron la piedra. A veces pienso en la bolsa de sorpresas con etiquetas y fotografías que rescaté de la planta de reciclaje, la fascinante colección de imágenes y palabras impresas. Sin quererlo ni hacer nada para ello, estoy creando un *collage* de ADN y sueños, todas esas palabras hechas carne, y lo hago incluso mientras duermo.

19 DE NOVIEMBRE

Hay un tablón de contrachapado que se desliza detrás de la caldera y, en caso de redada, puedo esconderme debajo, supongo, y desaparecer. Cielo ha disimulado la entrada para que no puedan descubrirla. Se trata de una habitación que se acaba de adecentar. No tiene ventanas, por supuesto, pero las paredes están limpias y recién pintadas. Mi madre y yo hacemos las paces lo justo como para estar de acuerdo en que nos ocultaremos allí cuando llegue el momento. De modo que allí es donde vas a nacer. Bajo tierra. A salvo en una madriguera. O, al menos, eso es lo que espero. Después de que nazcas, seguramente tengamos que esconderte. Pero las cosas cambiarán. Me dejarán a mí en paz. Cielo dice que serás una niña. Nos escuchó discutir a Sera y a mí y me oyó hablar de la partenogénesis. Le parece graciosísimo que imaginemos que ahora podemos hacer bebés nosotras mismas.

—¡La Inmaculada Concepción, según Cedar! Eso es lo último —dice—. Pero yo prefiero a Eddy.

No debí prometerle a Eddy que me quedaría con este estúpido rifle, pero no puedo guardarlo de nuevo en el baúl porque lo ha cerrado con llave. Lo escondo en el hueco entre el colchón hinchable y la pared, cargado aunque con el seguro puesto. Estoy tan cansada que me quedo traspuesta a la menor oportunidad.

20 DE NOVIEMBRE

Se abren camino y pasan por delante de los perros, cruzan la cocina y el salón hasta el dormitorio, donde duermo bajo una pila de ropa tirada de Pequeña Mary. Unos ruidos sordos, un crujido o una tos me despiertan. Percibo su sigilo. Uno de los perros se pone a ladrar, pero a lo lejos, en el campo. Quizá hayan ahuyentado a los perros. Me cubro con más ropaje y alargo la mano hacia el rifle Custer junto a la pared. Lo acerco y le quito el seguro. Le susurro a Pequeña Mary, que se remueve pero no se despierta. Se abre la puerta y entra luz desde el pasillo. Bajo los «espaguetis» formados por medias, pañuelos, camisas, chaquetas, leggings, mis ojos quedan protegidos. Escudriño desde el fondo de la maraña de ropa. Ella mira directamente hacia mí.

Es Madre. Su espesa melena lleva una abundante capa de laca y no se le mueve el flequillo. Los ojos oscuros aparecen hundidos en su cara pusilánime. Frunce la boca sin labios en un gesto de compasiva consternación.

—¿Estás ahí, querida?

Lleva un largo abrigo acolchado castaño que le llega por debajo de las rodillas, mitones marrones y orejeras de piel de conejo. Recorre la habitación con la mirada y susurra:

—¡Habrase visto semejante porquería!

Con un sentimiento de orgullo por Mary, me doy cuenta de que Madre no puede verme bajo esas capas de ropa. Ahora es el momento de disparar, si es que puedo disparar, pero por supuesto no soy capaz de ello. Además, parece que Madre ya haya recibido un tiro. A medida que va asimilando el apabullante caos y las capas de suciedad que se han acumulado ahí, abre y cierra la boca. Tuerce el gesto, deforme, como una reblandecida caja de comida para llevar.

Con gesto de sagrado temor, Madre retrocede y sale de la habitación. Oigo unos pasos en sordina que se alejan por el pasillo. Dejo de nuevo el fusil en el hueco junto a la pared. Me siento tan desconcertada que instintivamente decido que no he visto lo que acabo de ver. Solo puedo pensar en acurrucarme más y más bajo la pila de medias sucias y vestidos mustios de mi hermana. Esconderme bajo el caos. Arrebujarme en la interminable manta de ganchillo amarilla. Lo único que deseo es olvidarme. Justo después de oír el diminuto chasquido de la puerta principal y los ladridos de despedida del perro afuera, doy las gracias a mi hermanita y me sumo en un profundo y oscuro sueño.

El sueño tira de mí y me arrastra hasta lo más hondo. Me despierto con una mano tapándome la boca —la mano de Phil—. Me levanta a rastras, me saca de mi cueva hecha del colchón y la maraña de ropa, mantiene la mano sobre mi boca mientras coge la bolsa que llevo siempre preparada y que guardo junto a la cama. Me susurra al oído mientras me conduce afuera:

—Van a volver.

Mientras me instala en un coche que huele a tabaco, añade:

—No hagas ni un ruido.

Mientras empuja el coche en punto muerto por el camino de entrada y arranca el motor a la altura del buzón de correos, prosigue:

—Si te encuentran allí, se llevarán a todos. Vamos a la estación de servicio. Está vacía. Nos colaremos sigilosamente y podrás refugiarte allí.

Sale una furgoneta hacia el norte esta semana.

Estoy hecha papilla. Me siento tan mareada y atónita que recorreremos un par de kilómetros antes de que pueda hablar. Estoy casi segura de estar soñando y no quiero despertar de la sensación de viajar en este coche tan bonito (¿de dónde lo habrá sacado?) con asientos tan mullidos. No quiero despertar de la comodidad del asiento de cuero con calefacción, del ronroneo del motor ni del mundo que pasa a mi lado a toda velocidad. Tan solo el hecho de que Phil conduzca con las luces apagadas me obliga a decir algo.

—Oye, Phil, ¿y las luces?

—Lo sé, cariño. Pero si encendiera las luces, sabrían dónde estoy enseguida y nos perseguirían desde el aire.

Como hay media luna, la iluminación es suficiente para divisar la carretera. Al conducir a oscuras parece como si flotáramos. El mundo a ambos lados de la autopista se desdobra en un espacio oscuro, una espuma grisácea, una espesura de árboles y luego un edificio con ventanas negras y centelleantes y, por último, los pilares reflectantes de los surtidores de gasolina. Tomamos el desvío. Phil pasa por encima del bordillo y se introduce en el bosque detrás de la gasolinera Superpumper, adentrándose entre los árboles todo lo que puede. Nos quedamos sentados en el coche mientras el motor se detiene y se enfría. Estamos juntos en la noche. Me despierto.

—Me entregaste.

A modo de respuesta se quita la camisa de franela y se levanta la camiseta por encima de la cabeza.

—Toca.

Le pongo las manos en los hombros, le recorro la espalda y mis dedos tropiezan con bultos, nudos de piel y una superficie de costras y cicatrices. Me coge la mano y se la lleva a la mejilla. Le toco la cara y el pelo —parece como si le hubieran pegado en el cuero cabelludo un ovillo de cordel de diferentes largos, bajo la cabellera—. Su voz suena ronca:

—Tengo todo el cuerpo así, y por dentro es todavía peor. Ni siquiera recuerdo haberles dado tu nombre. Pensaba que era un héroe, pero no lo soy.

Vuelve a vestirse, sale del coche y amontona ramas sobre la parte trasera del vehículo. Cubre las luces traseras reflectantes. Agarro una manta del asiento de atrás y me acurruco debajo. Cuando vuelve a subirse y cierra la puerta despacio, me dice que cree que será mejor que esperemos en el coche para asegurarnos de que no intentan forzar la puerta de la gasolinera.

—¿Cómo sabes que vendrán? —pregunto.

—Yo estaba con ellos —responde, escueto.

Medito sobre eso. Así que estoy sentada junto a uno de los ayudantes de Madre. Y es mi ángel, Phil, que todavía huele igual que solía oler, inevitablemente a camisas recién planchadas. Aunque ¿dónde encontraría la posibilidad de plancharse las camisas? Quizá solo huelo a algo levemente chamuscado. No logro pensar con claridad. Es una magia poderosa estar sentada al lado de Phil, que ha sobrevivido, a pesar de estar cubierto de habones y cicatrices. Es el padre de mi bebé y rompo a llorar en silencio, con la cara hundida entre las manos, y las lágrimas se filtran y me caen entre los dedos.

No, no lloro. Estoy sentada en el asiento con calefacción del coche, con los ojos secos y enfurecida. Porque tenía razón sobre el motivo que le llevó a la abuela a contarme su historia. Era una advertencia.

Phil: otro ángel del engaño. Phil: puto ángel del mal.

—Bueno, Phil, ¿esperamos aquí solo para que puedas sacar rédito por entregarme? ¿Me vas a arrastrar fuera cuando lleguen? ¿Quizá te hayan arañado unas cuantas gallinas? ¿Cómo sé yo que eres sincero?

No responde durante un largo e incómodo tiempo. Me doy cuenta de que Phil se debate entre mi comprensión de la verdad y mi falta de gratitud.

—Supongo que esperamos —dice al fin.

—Supongo que no tengo elección.

Así que esperamos y, al cabo de un rato, me duermo. Y, al cabo de un rato aún mayor, casi amanece. Phil dice que Eddy ha abierto la puerta principal. Me ayuda a salir del coche con torpeza y nos dirigimos hacia la estación de servicio, donde Eddy nos hace pasar a un almacén.

—Voy a poner las cosas en marcha como de costumbre —dice—. Tengo un timbre en la puerta, que suena muy alto, por lo que lo oiréis cada vez que entre alguien. La cosa suele estar bastante tranquila a esta hora del día.

Se marcha y cerramos la puerta de acero con llave desde dentro.

—¿Podemos hablar? —pregunta Phil.

—Habla cuanto quieras.

Preparo otro de mis nidos improvisados, esta vez hecho con una pila de lonas, restos de existencias de sudaderas y chaquetas de Eddy. Me arrebujó, todavía inmersa en el agotamiento y la tensión, y mis pensamientos vagan mientras Phil me explica cómo lo atraparon, adonde lo llevaron, lo que le hicieron, lo que dijo y no dijo. Presto atención cuando me cuenta que, en cuanto lo soltaron, fue a mi casa, a nuestra casa. La primera vez, volvió, cogió las armas y se las llevó a Eddy. La segunda vez, volvió porque recordó mi alijo de comida y, en cierta medida, lo que yo había escondido. Pensó que tal

vez dentro de los armarios. Si había alcohol, podría emplearlo como moneda de cambio. Pero esta vez la casa no estaba vacía.

—Había una mujer durmiendo en el sofá —cuenta Phil—. La conocía. Se llamaba Bernice y se le daba bien detener a mujeres.

—Es la que me atrapó —digo—. Es la que mató al novio de mi compañera de habitación.

Phil me observa.

—Estaba totalmente borracha.

Lo miro de reojo. Bernice debió de encontrar algunas botellas del alijo. Phil sigue hablando.

—Había una botella de Jameson en el extremo de la mesa, vacía, con uno de los elegantes vasos de whisky de la abuela Songmaker volcado. Otra botella vacía estaba tirada en el suelo a los pies de aquella silla sobrecargada. Había un cartón de Marlboro roto y abierto al lado y colillas amontonadas en el cenicero favorito de tu abuela, ese pesado que, me contaste, pertenecía a su cristalería de boda.

—¡Qué descaró! —exclamo—. Pero tienes buena memoria.

—Pobre Bernice —dice Phil—. Se emborrachaba sola. No se mantenía en pie. A la mierda. Decidí inmovilizarla cuando estaba borracha. Maniatarla y taparle la boca, supongo. Averiguar de dónde había sacado el alcohol.

Entonces Phil me sonrío. Puedo ver su rostro en la tenue luz que se proyecta por un pequeño respiradero cerca del techo (nunca le había visto esa sonrisa enfermiza. Le falta la mitad de la dentadura). Aparto la mirada.

—Sé las cosas que hizo; más de lo que te imaginas —continúa al cabo de unos instantes—. De hecho, decidí matarla.

Veo el contorno borroso y gris de sus rasgos maltrechos, las marcas, cicatrices y quemaduras que le cubren toda la cara y el cuello. Se vuelve hacia mí de pronto y me sujeta la barbilla con fuerza con las manos antes de aplastar sus labios contra los míos. Sé que ha sufrido, incluso más que yo, pero esa sonrisa ha sido un chute de caféina, de realidad. Su beso me aturde. El corazón me da un vuelco.

—¿Qué hiciste?

—Le prendí fuego.

—No es la forma más discreta de matar a alguien.

—Fue una especie de accidente.

—Nadie comienza un incendio por accidente.

—A no ser que tengas un bidón de gasolina. Entré allí. Mientras estaba inconsciente, la rocié con la gasolina. Después, le prendí fuego con el

encendedor.

—No lo hiciste.

—No, claro que no. Había dejado algo en el fuego de la cocina. Lo podía oler. Se levantó y fue dando tumbos hasta la cocina, cogió la cazuela, que echaba humo. Se quemó las manos. Fue tambaleante hasta el fregadero. Y luego echó agua al fuego.

—¿Prendió fuego al aceite?

—Supongo que sí. Lo siguiente que hizo fue agitar unos paños de cocina sobre el fuego, y estos se incendiaron. Fue casi cómico. Los tiró a las cortinas. Se produjo una enorme llamarada. Una locura. Ella misma repartía el fuego por toda la habitación, riéndose. Es posible que también estuviera drogada. Así que simplemente me marché de allí sin hacer ruido.

—¿De modo que se lo hizo ella solita? —pregunto.

—Yo ya había recorrido la mitad de la calle cuando oí un enorme pum. Miro hacia atrás y de pronto el fuego sale por el tejado.

—Debió de ser el vodka finlandés.

—Vaya desperdicio. Después, justo cuando doblaba la esquina, se produjo una explosión, paf, paf, como fuegos artificiales.

—Las paredes estaban atestadas de municiones.

Una vocecilla en mi interior se pone a sisear: «pecado mortal, pecado mortal... Oh, Dios mío, me arrepiento de todo corazón». Bernice era una persona terrible, una asesina, pero ninguna equivalencia puede absolver a nadie... ¿A mí? A mí no. Me llevo las manos a la cara, como si quiera esconderme de mi malgastada culpa.

—No sabía adonde ir si no —dice Phil tras una pausa—. Estoy en busca y captura. Y ya habrán registrado esta casa dos veces a estas horas. Lo más seguro es que estén por todas partes, buscándonos.

—Espera —digo—. Dijiste que estabas con Madre. Ahora dices que estás en busca y captura. ¿En qué quedamos?

Tartamudea, y el miedo se apodera de mí.

—En ambas cosas —responde—. Me detuvieron. Le robé un coche y me escapé.

—¿No arrestan ya a suficientes mujeres? ¿Para qué me quieren a mí?

Phil me mira sorprendido.

—¿No lo sabes? —pregunta.

—¿Saber el qué?

Se calla y ahora no quiero oírlo. Pero al final se lo pido.

—Dímelo.

—Es posible que tú lleves en el vientre a uno de los originales —explica—. Ya no quedan muchas, así que os ingresan en hospitales de alta seguridad. Ya escapaste de uno.

—¿Originales? ¿De qué estás hablando?

—De un bebé normal —dice Phil—. Como los de antes.

—Entonces mi bebé está sano.

Se queda un rato callado y luego dice:

—Nuestro bebé. Yo soy el padre. ¿Lo recuerdas?

Tengo la voz ronca y la boca seca. Se me revuelve la sangre y me mareo, flaqueo. Entonces me das una patadita y te agitas, como si quisieras decirme que estás sano y listo para nacer. Y ese es el instante en que comprendo, ahí, en la parte trasera de la gasolinera Superpumper, que eres alguien. Antes, si he de ser sincera, por mucho que intentara hablar contigo, la verdad es que sentía que no terminabas de ser tú del todo. Eras un fragmento de mí. Por eso seguía escribiendo, para convencerme a mí misma, para prepararme para que fueras una persona separada de mí.

Ahora noto cómo escuchas.

Phil habla, reflexiona y su parloteo me pone enferma.

—Al fin y al cabo, es una crisis global, se trata del futuro de la humanidad, así que ya te puedes imaginar por qué necesitan vigilar a las mujeres. Cada ser vivo está cambiando. Cedar, es el caos biológico. Las cosas involucionan a una velocidad de vértigo.

Tus patadas y movimientos me marean. Me cuesta respirar hondo. Resuello en silencio. El aire está frío y cortante. De nuevo me vienen a la cabeza las palabras que Glen pronunció hace tiempo, en el viejo mundo, mientras comíamos unas tortitas, cuando la vida todavía era dorada. Que la Madre Tierra tenía un perfecto sentido de la justicia.

Y tú sigues escuchando, bajo mi mano, con una nueva y extraña sensación. Has sintonizado la voz de tu padre, pero, al igual que yo, parece tener el alma en vilo, atento a algo malo oculto bajo sus palabras.

—No me malinterpretes —prosigue Phil—. Yo no estoy con ellos, cariño. No creo en la pena de muerte por abortar, pero lo comprendo. Están jodidos y asustados. ¡Yo estoy contigo como muchos tíos decentes! Estamos de tu parte, y estamos armados. Pero desde luego me habrían venido bien las municiones que dices que había escondidas en esas paredes.

Su voz suena melancólica e infantil, y soy incapaz de mirar siquiera sus maltrechas manos.

—La cuestión —continúa con voz dulce— es que tienes un tesoro, Cedar, si nuestro bebé es normal. Estaríamos al mando. Ricos. ¡Muy ricos! Estarías a salvo. Si, de alguna manera, funcionamos genéticamente, me refiero, para tener un hijo normal, se abre un mundo ante nuestros pies.

—Podríamos hacernos con el poder y fundar una dinastía —digo, con un retintín irónico.

—Eso es —responde Phil con voz tierna, alargando la mano hacia la mía. Se la aparto de un manotazo y llamo a Eddy.

DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Nunca hubo ninguna redada. Madre nunca regresó. Quizá fuera una alucinación. Y quizá, ojalá, presa de la convulsión de hormonas del octavo mes de embarazo, Phil también fuera una alucinación. Pero no, Phil salió por la puerta en cuanto llamé a Eddy. El coche plateado dio marcha atrás, salió de los matorrales y Phil se alejó por la autopista. Ojalá no hubiese venido aquí y no hubiera desaparecido. Tengo la esperanza de que, al no acceder a su plan, él se largó para buscar otra vía de fundar su anhelada dinastía. Intento no pensar en él. Estamos sentados en el garaje con vigilantes haciendo guardia al otro lado de la puerta. El suelo de cemento está cubierto de plumas de pavo.

—Cariño, he cazado —le vocea Eddy a Cielo por enésima vez.

—Deberías haberles quitado las plumas de un disparo —protesta ella.

Llevo puestos guantes de goma, así que estoy contenta con mi tarea maloliente y áspera. Aves muertas, sangre, plumas y un penetrante olor a caza. Hay seis pavos por limpiar. Estoy demasiado gorda y pesada como para hacer otra cosa que estar sentada y desplumar los pavos. Tengo que acomodar el cuerpo constantemente porque siento un hormigueo en una nalga y la otra me duele.

—Eddy tiene un método con los pavos —explica Cielo—. Algunos años los pone en salmuera. Otros, utiliza esta olla verde con forma de huevo. Y otros años fríe el maldito bicho en aceite.

—¿Tenemos que acoger a los peregrinos? —pregunta Mary.

Cielo refunfuña. Los buscadores de trascendencia están pasando por la reserva en destartaladas autocaravanas que ondean banderas tibetanas de oración. A menudo vienen buscando protección, o están huyendo y han supuesto una carga para la milicia. Resulta complicado separar la simple ansia de la oscuridad que arrastran algunos. Y luego están los peregrinos católicos, bien vestidos, devotos, que levantan tiendas de campaña Target, instalan

parrillas japonesas de tipo *hibachi* y sillas de aluminio plegables cerca de la estatua de Kateri.

—Vienen por su cuenta —explica Eddy—. Nosotros alimentamos a nuestros mayores, nuestros hijos y a nuestros guerreros. Tal vez no es todo estrictamente tradicional, pero, oye, aprendemos de la experiencia. El primer Día de Acción de Gracias acabamos con las cabezas empaladas.

Pero, por supuesto, terminamos preparando toda la comida en la reserva y dando de comer a absolutamente todo el mundo.

30 DE NOVIEMBRE

En plena noche, el único momento en que nos sentimos invisibles, Cielo me lleva a rezar ante la estatua de Kateri. Me cubro con una manta, un enorme saco de dormir, y llevo unas almohadillas para las rodillas. Hay más personas rezando también a mi alrededor y haciendo vigilias, y la paz de todo ello, la quietud que impregna el ambiente, las grandiosas y puntiagudas estrellas sobre nuestras cabezas en la noche más oscura suponen un consuelo inconmensurable para nosotras. Mientras rezo con las demás rosarios y avemarías, mantengo la mano en la tripa. De nuevo sé que estás atento. Puedo notar cómo escuchas y respiras, desentrañando los sonidos. Puedo notar cómo piensas.

En mitad de una plegaria, alguien me levanta. Llevo la mochila a la espalda, lo que me genera cierta torpeza, y no puedo ver quién está detrás de mí. Alzo los brazos para intentar tirarle del pelo, pero es un tipo corpulento y calvo. Una mujer con respiración estridente se apresura a atarme las muñecas con una brida. Me arrastran entre gritos dentro de una furgoneta. Se cierran las puertas. Después de todo lo que hemos pasado, después de todo aquello de lo que nos hemos librado, me secuestran unos peregrinos cualesquiera. Cielo corre tras la furgoneta a voz en cuello. Los demás peregrinos corren tras ella. La estatua mengua. Enfilamos la autopista. Dejamos atrás el hogar.

La mujer en el asiento junto a mí es tan corpulenta como su marido, con pelo rubio asimétrico y manos delicadas. Se inclina hacia mí y me amarra con una correa. Intento darle un cabezazo. Se pone nerviosa y me cubre con una manta.

—Lo siento —se disculpa—. Estamos en la ruina, en la maldita ruina, y tenemos hijos. Necesitamos dinero.

—¿A cambio de entregarme?

No responde, solo resopla y gime.

—¿Rezarás conmigo? —pregunta con voz suplicante.

—Eres un monstruo. Ojalá te pudras en el infierno.

—No te pongas tan borde con nosotros —dice el hombre al volante.

Santa Kateri me ha fallado y a base de bien.

1 DE DICIEMBRE

Estoy segura de que todas debemos de sentirnos así, cada mujer embarazada, por culpa de las hormonas que te estrujan el cerebro, pero, querido hijo mío, todavía tengo este terco convencimiento de que estaremos bien. Incluso aquí. Un cartel encima de la entrada indica «CENTRO DE NACIMIENTOS STILLWATER», pero no es más que una tela pintada que cubre otro que dice «CENTRO PENITENCIARIO STILLWATER».

2 DE DICIEMBRE

A pesar de disponer de un colchón de espuma gruesa, sábanas suaves de franela azul y una manta rosa mullida, no dejo de estar en una celda de bloques de hormigón. Una celda desinfectada, una celda bien pintada con una almohada extra y una manta extrasuave, pero una celda al fin y al cabo. Hay un lavabo, un inodoro, un catre plegable, una estantería empotrada en la pared, una pequeña silla de plástico y un tablón con imágenes de bebés. Lo cual me resulta muy sádico, dadas las circunstancias. Las mujeres embarazadas que van y vienen por el pasillo central visten un chándal rosa fluorescente y azul pavo real. Yo tengo uno de cada. El chándal azul tiene manchas oscuras y redondas en los pantalones. Parece sangre seca. Es imposible de quitar una vez se afianza la mancha. Esta vez pude guardarlo todo en la mochila y, puesto que ahora soy Mary Potts con un carné de identidad tribal, he logrado que no me descubran. No durará mucho. En cuanto averigüen quién soy, se nos acabará la suerte. Por ello te escribo antes de que todo eso suceda.

Aunque, todo hay que decirlo, las cosas por aquí no parecen muy bien organizadas. Los grifos funcionan, pero el agua sale sucia. Las luces funcionan, pero muchas bombillas están fundidas. Los suelos están limpios, pero eso es porque los fregamos nosotras mismas. Las pantallas que utilizan para vigilarnos no dejan de parpadear. Aun así, todas las puertas que

comunican con el exterior, una tras otra, permanecen bien cerradas. Diviso a unos cuantos guardias en las atalayas cuando consigo caminar por los corredores.

3 DE DICIEMBRE

Cada mañana a las diez en punto, nos llevan a una sala donde nos sientan para que hagamos ejercicios de preparación al parto. Bajan la luz. Nos sentamos en esterillas de yoga. Resulta bastante relajante. Cerramos los ojos. Viajamos. Esta mañana, mientras practico las respiraciones y cuento las contracciones, Orilee y Bernice aparecen volando hacia mí. Están desnudas y vuelan muy rápido, vertiendo espirales de oscuridad por la boca y los oídos. Les brota humo de los pezones y el ombligo. Un vapor negro mana de entre sus piernas. Un sonoro rugido retumba de sus cuerpos, como el sonido de una gran multitud. Abro los brazos. ¡Están vivas! No tengo miedo.

4 DE DICIEMBRE

Dos guardias varones han venido a buscarme hoy a la celda. Llevan uniformes marrones, pero hay algo desaliñado y ajado en su forma de vestir. Se vislumbra un cuello raído y sucio de una camiseta entre los botones que faltan de la camisa de uno de los tipos. Me conducen a una habitación que bien pudo haber sido un despacho alguna vez. Hay una pared con una librería, una ventana y un par de plantas de pega. Pero ahora la han convertido en un estudio de fotografía. Miguel, un hombre delgado de pelo rizado, ojos de ternero degollado y vestido de amarillo, me recuerda a Prince.

Me recibe como si yo fuera la mujer más maravillosa del mundo.

—¡Hola, mi colibrí! Soy tu maquillador personal. Guau. Mmm. Podrías ser lo que quisieras. ¿Qué te gustaría ser? ¿Clase media blanca? ¿Exótica mestiza? ¿Madre ama de casa? ¿Chica sexi urbanita?

Me alborota el pelo, lo levanta y lo deja caer. Le pregunto si puedo ser la Virgen María. Sus ojos se encienden con interés y su expresión se vuelve grave. Me apoya las manos en los hombros y se inclina de tal modo que nuestras miradas coinciden en el espejo. La tristeza de su semblante me hiela el alma.

—Veo azul. Podemos utilizar un tocado, pero nada de velo, aunque te añadiré unas extensiones azules. Para transmitir una sensación melancólica.

Tienes una cara muy dulce. La haré más dulce todavía. Y tienes el pelo... No haré gran cosa con él... Lo tienes precioso.

Me peina el pelo con la raya en medio y deja que los mechones me caigan por los hombros, acariciándome los.

—Se despliega bien, como un manto.

—Un velo.

—Como un velo.

Abre una caja de aparejos de pesca cubierta con pegatinas y llena de frascos de maquillaje, lápices de ojos, pestañas postizas y barras de labios. Me relaja que estudie mi rostro, me toque las mejillas con la punta de los dedos, untándome crema aquí y allá. Me peina el cabello con tanta delicadeza que parece como si me estuvieran acariciando unas mariposas. Cierro los ojos y dejo que me cepille unas sombras ante los párpados. Después, me hace alzar la barbilla y me aplica máscara en las pestañas.

—Optaremos por un tono claro muy natural —explica mientras me perfila los labios con un lápiz de labios mate.

Rasga un pañuelo de papel por la mitad para ahorrar y utiliza una punta del mismo.

—Ahora secamos.

Me retira la bata de maquillaje con gran histrionismo, inflándola como una nube, lanzándola por el aire y sustituyéndola por un pañuelo azul que me drapea en los hombros. Me acompaña hasta una silla con un bonito y radiante círculo de luz pintado como telón de fondo. El resplandor me rodea la cabeza cuando me ayuda a sentarme en la silla.

—Yo soy el fotógrafo también, ¿eh? Estás divina. Eres especial. Eres fuente de vida. Eso es. Deja que toda esa belleza interior fluya a la superficie. Deja que tu belleza asome a tus ojos y tu rostro.

La comida consiste en patatas fritas dulces y sopa de pollo, aunque por lo visto los pollos ya no son pollos, sino que parecen iguanas paliduchas.

—¿Qué es eso?

—Un trozo de piel.

La mujer que se encuentra a mi lado aparta la piel escamosa de su dedo y sigue tomándose la sopa. Hay una ensalada con extrañas y gruesas hojas verdes y unas retorcidas hortalizas que parecen tomates. Cuando voy por la mitad de la comida, reparo en la pared del comedor. Está atestada de retratos de mujeres. Todos tienen la misma aura alrededor de la cabeza. Cuando me

acercó a la pared para comprobar si está colgado mi retrato, una mujer pelirroja y corpulenta me retiene. Tiene la cara y los brazos cubiertos de diminutos lunares de color canela. Su ondulada melena rojiza a lo Botticelli está recogida en un moño. Está embarazada de unos ocho meses aproximadamente.

—No te acerques a la pared —me apremia—. No mires.

—¿Yeso?

Frunce los labios, como si se callara muchas cosas, pero solo suelta un brusco gruñido.

—Trae mala suerte.

Lo cual es más que suficiente para mantenerme alejada de la pared, de momento. Duermo toda la tarde bajo la mullida manta rosa. La cena consiste en un mazacote marrón y pastoso con una taza de bayas amargas.

—Echo de menos la comida de verdad —digo a las otras mujeres que tengo a ambos lados.

Una es una chica delgada de origen mexicano con una tripa mediana de unos siete meses de gestación.

—Yo también echo de menos la comida.

La otra es una mujer morena de unos cuarenta años con mejillas sonrosadas y gafas violetas. Dice que va por su tercer embarazo.

—A la tercera va la vencida —apunto.

Me sale de forma involuntaria. Ella me mira. Se le humedecen los ojos y baja la vista al plato.

—Ojalá —masculla.

—Yo también —dice la joven delgada. Tiene unos ojazos enormes e inquietantes. Se llama Estrella—. Antes me encantaba el pollo asado. Lo preparaba con limón. A mí no me vas a ver asar un lagarto.

—Quizá las vacas sigan como siempre, solo que un poco más duras —sugiero—. ¿Qué... qué pasa aquí dentro?

—¿Dónde vivías tú? —me pregunta la mujer morena en voz alta mirando a nuestro alrededor. Después, se inclina y susurra—: Antes solo se llevaban a las embarazadas. Ahora a cualquier mujer en edad de procrear. Pueden detenerte por saltarte un semáforo en rojo o por cruzar la calle sin mirar. Yo estoy aquí por robar en una tienda, lo cual fue una estupidez por mi parte, pero necesitaba comida. Cualquier error te puede traer hasta aquí.

—¿Una bonita casa en el sur de Minneapolis? —dice con voz alegre—. Yo vivía en el nordeste. El distrito del arte. Hacía cerámica. —Se retuerce las manos—. Pero mi obra era escultórica. No hacía vasijas.

—Yo era cajera en Wells Fargo —cuenta Estrella. Después murmura—: Al menos tú ya estás inseminada. Cuando yo llegué aquí, tuve que pasar por aquello, una y otra vez. Después, te dejan sola con las caderas en alto a ver si cuaja.

Se produce un murmullo de voces susurrantes por todo el comedor y un remolino de movimiento en una esquina. La corpulenta mujer pelirroja está de pie delante de la pared de las mujeres. Se sujeta la tripa. Su silencio impone la atención de todas las demás. Unas lágrimas anegan sus ojos, asiente y, entonces, con una sola voz, todas las mujeres comienzan a canturrear. Es un sonido bello, poderoso y omnisciente. Abren la boca para entonar una canción que yo ya conozco. La canción debe de estar dentro de mí. ¿Es la canción que le tararé a Tia? Quizá todas la hayamos aprendido en vidas anteriores, en lugares profundos, espacios de reunión, cuevas, chozas, carpas, cárceles o tumbas. Es una melodía sin palabras que solo cantan las mujeres. Lenta, hermosa, triste y extática. Cantamos un himno de guerra y una marcha de paz. Una y otra vez, sin cesar, seguimos cantando mientras los guardias se llevan a la mujer pelirroja.

Madre luna y hermana noche, pienso.

Santa Kateri. Estás en deuda conmigo. Así que ponte a trabajar y reza por nosotras.

Después de cantar, salimos formando fila.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —le pregunto a Estrella.

—Pregúntaselo a otra —responde, con el rostro desencajado y abatido—. Por favor. Pregúntaselo a otra.

Pero no necesito preguntar.

Después de que todas las demás mujeres se hayan marchado, regreso sigilosamente y me detengo ante la pared. Las mujeres de las fotografías se ven despiertas, sonrientes, esperanzadas y perfectamente maquilladas. Gracias a Miguel. Hay mujeres de toda condición y edad, muchas de ellas más jóvenes que yo, otras mayores, algunas llevan sombreros, pañuelos o un hiyab; algunas llevan un pasador con purpurina, incluso una vieja goma escolar para el pelo. Doy un paso más para leer los nombres. Lily-Ann. Idris. Janella. Senchal. Megan. Vendrá. Bajo cada nombre aparecen dos fechas. Nacimiento. Y fallecimiento. Y debajo una frase reza: «SIRVIÓ AL FUTURO».

Me retiro un paso del muro de las mártires.

6 DE DICIEMBRE

Durante la hora de visionado obligatorio, permanecemos sentadas en sillas de plástico, apiñadas unas contra otras en la sala de proyección. Madre es el único canal. A veces trae a Padre, un hombre con los ojos hundidos, el pelo blanco tieso con raya a un lado y la misma mueca desabrida y sin labios de dientes blancos. Madre aparece en la pantalla con una cara redonda como un molde de tarta y una calma tensa.

—Hola, queridas. Hoy quiero hablaros del alma eterna, de infusión divina, que lleváis en vuestros vientres, y quiero deciros que comprendo lo difícil que puede ser nutrir a esta alma en vuestro cuerpo. Quizá no pensabais que fuera vuestra hora. Sin embargo, habéis recibido una bendición. ¡Porque Dios sintió que era vuestra hora!

—Aquí viene el momento en que nos va a pedir que nos demos la mano —dice Estrella.

—Por favor, extended las manos hacia vuestras hermanas y rezad, rezad conmigo. Extended los brazos y daos las manos.

A un lado la mano de Estrella es seca y escuálida. Una adolescente negra enfurecida me estruja la mano por el otro lado. Su mano es nerviosa y fuerte. Mientras Madre sigue hablando, apretamos las manos con más intensidad.

—Jesucristo, por favor, lárgate de aquí de una puñetera vez —susurra la adolescente.

—Amén —decimos al unísono.

Los enormes dedos de la mano de un bebé se despliegan detrás de Madre como una estrella rolliza. Ella arruga la nariz con un gesto entrometido antes de comenzar. Madre levanta los brazos de forma mecánica, arriba y abajo, escupiendo las palabras como si fueran agua de una vieja bomba de hierro. Hoy lleva el flequillo engominado formando una suave ondulación. Sus vivarachos ojos castaños le sobresalen bajo el pelo. Cuando se emociona, los mechones se agitan como las orejas de un perro de caza a cada lado de sus ásperas mejillas de poros abiertos.

—Estáis aquí porque hicisteis algo malo —prosigue—, pero este sitio es un lugar para el perdón. ¡Abrid vuestro corazón! ¡Vuestra mente! ¡El cuerpo y el alma! Aceptad la vida. Podéis ser eximidas de cualquier cosa que hayáis hecho, podéis ganaros de nuevo y por completo el amor de Dios, al contribuir al futuro de la humanidad. Vuestra feliz sentencia solo es de nueve meses.

Le tiembla la barbilla y sus finos labios expelen las palabras como si fueran pompas de jabón cuando entona la plegaria.

—Recordad siempre que me preocupo por cada una de vosotras. Las mujeres sois poderosas. Estáis empoderadas al máximo. Las mujeres sois heroínas. Superheroínas, en realidad. Podéis hablar conmigo en todo momento. Podéis confiarme vuestros miedos y vuestras preocupaciones. Estoy totalmente a favor de la comunicación, queridas. Me importáis cada una de vosotras al cien por cien y siempre.

No se nos permite apartar la vista.

—Estos nueve meses pasarán como un par de semanas —continúa con voz pastosa.

Y pensar que pude matarla. Mi dedo aprieta un gatillo imaginario cuando comienza otra interminable oración. Una cascada de jarabe hirviendo. Intento dormir con los ojos abiertos. Nadie sale de aquí a los nueve meses. Estoy segura. Nadie sale de aquí nunca.

8 DE DICIEMBRE

—Estás programada para una ecografía —dice la mujer negra y rolliza en el umbral de la puerta.

Tiene unas cejas muy pobladas y desaliñadas. Lleva el pelo recogido en una larga trenza que le cae por la espalda. Me sonrío y se sienta al lado de la cuna. Me coge de la mano.

—Algunas mujeres odian las ecografías. Te prometo que solo será esta y ninguna más.

—Siempre dicen lo mismo.

—No le hará daño a tu bebé.

—Eso no es verdad.

Me sonrío con indulgencia.

Esta mañana, vi que habían colgado el retrato de la mujer pelirroja en la pared durante la noche. Me obligué a mirarla detenidamente y después al resto de las fotografías, por si se me hubiera pasado por alto una en concreto. Cerré los ojos cuando terminé. Respiré de nuevo. No estaba Tia Jackson.

—Entonces, ¿vamos?

Ya llega el momento. Me levanto y sigo a la auxiliar por el pasillo, asintiendo con la cabeza a las mujeres con las que he hablado anteriormente, atrayendo las miradas de las demás. Recuerdo el pasillo largo y de color verde salvia que atravesé cuando te hicieron tu primera ecografía, en la que vi cómo

la chispa de la vida recorría tu cuerpo. No tengo miedo, o puede que lo tenga pero no lo siento. Estoy insensible a todo salvo al sonido de cada uno de mis pasos. Recorro con la yema de los dedos la pintura lisa de las paredes de yeso del pasillo y, aunque estoy bastante torpe, todavía puedo subirme a la camilla cuando llego a la sala de reconocimiento. La auxiliar morena se sienta junto a la puerta. La ecografista cubre el extremo de la varita con un gel transparente y me dice que notaré una sensación de frío. Inspiro hondo varias veces e intento abstraerme de la voz de Madre. La ecografista toma contacto con el cerebro del bebé sin dejar de mover la varita y pulsar un botón. Después, agita la varita y frunce el ceño con irritación. Las luces parpadean y la auxiliar sale de la sala para averiguar qué sucede.

—Joder —suelta la ecografista—. El material, las pantallas, la electricidad, todo es una mierda.

—No pasa nada. Me han hecho millones de ecos.

—Odio este trabajo —masculla.

Las luces siguen tenues. La pantalla se ha quedado en negro.

—Yo también cumplo condena. Intenté pagar un soborno para salir, pero nadie se atreve a aceptar dinero. Solo te traen aquí.

—¿Cómo te pillaron?

—Cheques caducados.

—Quizá me puedas contar la verdad. ¿Por qué es tan peligroso?

—¿Dar a luz?

Asiento, incapaz de articular palabra.

—Tiene que ver con el sistema inmune. Sabes que el mayor peligro cuando recibes un trasplante de corazón o lo que sea es el rechazo de los tejidos. Pues es algo parecido. Incluso en un embarazo antiguo y normal, el cuerpo pierde algo de su inmunidad a fin de aceptar al feto. Por alguna razón, posiblemente porque nos hayamos adentrado en lo desconocido aquí desde un punto de vista biológico, vuestro sistema inmunológico libra un ataque contra el bebé durante el parto y eso puede convertirse también en un ataque autoinmune. Hemos intentado medicar a las mujeres con algo de éxito, para ellas. Pero parece que eso limita las posibilidades de los bebés, así que...

Esperamos unos minutos más y, entonces, al fin llama a la auxiliar para que me acompañe de nuevo a mi celda. Las luces parpadean por los pasillos. Cualquier aplazamiento a estas alturas me parece un milagro, de modo que, a pesar de mi decepción, me ablando y doy las gracias a Kateri. Quizá Dios tenga un plan para mí. Me acuesto de nuevo en el catre y, ante la idea de que

Dios tiene un plan, me entra la risa, con tal carcajada que debo sofocarla metiéndome una punta de la manta en la boca.

Las luces brillan demasiado aquí. Los santos se alejan de mí en un luminoso resplandor blanquecino. Sé que están ahí fuera, pero no alcanzo a ver la multitud de seres, mudos, que se propagan en silencio por el espacio infinito, con sus diminutas toses y quejidos, distorsionados por el estruendo del aire vacío. Un espíritu grita, luego otros más, hasta que el sonido se eleva por todas partes a mi alrededor formando un gran muro blanco. Estoy tan ciega y soy tan pequeña en esta catarata y, sí, no tengo a nadie, salvo a ti.

11 DE DICIEMBRE

Hildegarda de Bingen pasó su juventud encerrada en una cabaña de piedra. Los padres de Hildegarda decidieron que debía ser una anacoreta y en una ceremonia fúnebre se enclaustró por completo, posiblemente a los catorce años de edad. Al menos tuvo con ella a Jutta, su mentora. Había una ventana por donde les suministraban la comida. También había una compuerta por donde les pasaban un cubo para que hicieran sus necesidades. No es de extrañar que Hildegarda estuviera sometida a visiones devastadoras.

«Todo está impregnado de conexión, impregnado de interrelación».

Mi buen espíritu me visita casi todas las noches, se acomoda al pie de la cama. Esta vez, suena una canción que yo también oigo, y no es la canción de las mujeres. Es una canción de bebé, tal vez la canción de Eddy, ya que suena aguda, repetitiva y tranquilizadora, como una nana. Te la tarareo mientras nos dejamos llevar por la noche, juntos ahora solo por poco tiempo.

Hay un patio en la prisión, una zona para hacer ejercicio, donde tenemos derecho a caminar en círculo o a deambular sin rumbo. Estrella y yo caminamos juntas, sin hablar. Cogidas de la mano. A veces intentan impedir que nos demos la mano, o que vayamos cogidas por el hombro, o que nos abracemos o nos acariciemos el pelo unas a otras. Pero abandonan. Incluso a los guardias les parece una crueldad impedirnoslo. Lo veo en sus ojos. Apartan la mirada. Todos somos niños asustados.

Aunque me sorprende cómo, a pesar de que las mujeres están de paso con una mínima posibilidad de sobrevivir, hayan intentado hacer algo bonito. Dentro de la cárcel pueden verse aquí y allá macetas con plantas de hojas en forma de flecha, flores cerúleas y violetas, tallos bulbosos, que nunca había visto; plantas sin nombre, todas numeradas con una cuidada devoción, como si alguien monitorease su crecimiento. Advierto que otras plantas imprevistas también se abren paso en la prisión: crece moho junto a los cristales reforzados de las ventanas y pequeñas enredaderas asoman por las grietas de las escaleras. Insectos como una mota de polvo a veces saltan de las hojas que acaricio. Solo son visibles en movimiento.

Un día, mientras camino cerca de la ventana, una sombra trémula me detiene. Detrás del cristal irrompible, una libélula revolotea a la altura de mis ojos. No es una libélula normal. Esta es gigante —la envergadura de las alas alcanza un metro y sus ojos verdes dorados tienen el tamaño de balones de *softbol*—.

En el interior, las plantas se expanden fuera de las macetas de tierra. Algunas enredaderas son tan delgadas como hilos, y otras son cuerdas verdes que se enroscan contra las ventanas y por las escaleras, elevándose siempre hacia la luz. Las hojas proliferan y en algunos lugares ya se puede caminar a la sombra de ese sotobosque. Ha surgido un helecho con hojas descomunales que se despliegan como plumas. Unos juncos segmentados semejantes al bambú, morados y verdes, brotan en los huecos de las escaleras. Cada día la profusión de vegetación es mayor. Cuando paseo por el patio, constato que incluso en diciembre las enredaderas afloran del suelo pisoteado y se agarran al más mínimo soporte o marco para trepar, casi de forma imperceptible, hacia arriba, abriéndose paso entre la maraña de hojas ondulantes y cruzando las vallas, por la afilada alambrada, incluso atravesando las atalayas acristaladas de los guardias, hasta alzarse en la virulenta luz del sol.

Soy la ardiente vida de la esencia de Dios. Soy la llama sobre la belleza de los prados. Brillo en las aguas. Ardo en el sol, la luna y las estrellas. Y, con el viento etéreo, avivo todas las cosas con plena vitalidad con una vida invisible que todo lo sostiene.

Hildegarda de Bingen.

12 DE DICIEMBRE

Muy de vez en cuando alguna mujer sobrevive a su embarazo. En contadas ocasiones la dejan marchar, pero la mayoría de las veces la retienen. Desde el patio divisamos un extenso campo que se va llenando de diminutas cruces blancas. Una sola cruz para madre e hijo. Más allá del camposanto, hay otras dos vallas y más alambradas. A pesar de la sensación de que el lugar está dirigido con cierto descuido, no hay escapatoria posible, en caso de que te preguntes por qué no se me ha ocurrido tratar de huir. Sé que, ni siquiera mi familia, con toda su inventiva junta, me sacará de aquí. Cuando los echo de menos hasta un punto insoportable, te canto la canción, hijo mío. O saco una página del manuscrito de Eddy de mi mochila. Me ayuda.

PÁGINA 3034

El guijarro

Aún vivo por culpa de un guijarro corriente.

Ayer la burbuja estalló. De nuevo, alcancé a ver en lo más hondo de las cosas; solo que fue peor porque ahora todo es mucho más profundo. No hay un solo aspecto del mundo que me atraiga o me afecte. Ni el fin de las cosas ni el principio. No había colores. Todo era neutro. Por eso sé que el infierno no es ni negro ni ardiente. Es de una tonalidad gris inalterable y sin esperanza. Y así transcurrió la mañana con el café y los cereales secos. A mediodía, yo estaba en la gasolinera Superpumper, sopesando qué método emplear.

Mientras me dirigía con un trozo de cuerda hacia el bosque que se extiende detrás de la tienda, se me metió un guijarro en el zapato. Me hacía daño. Cada paso era un suplicio. Me detuve y me lo quité. La piedrecita era un fragmento de óxido férrico, una hematita terrosa jaspeada, extraída de las colinas de hierro Mesabi, donde se hallaba en una época una tercera parte del mineral de hierro de todo el mundo. Este fragmento rocoso se había depositado como sedimento en el mar Animikean en algún momento durante la era precámbrica en Minnesota y debía de tener entre 2.600 millones y 1.600 millones de años. El guijarro era de un color rojizo vivo e intenso, jaspeado y con la forma de una minúscula tostadora.

Lo lancé por encima del hombro y seguí mi camino. Otra piedra. Ay. Esta vez era puntiaguda. Esta tampoco era una roca corriente, sino una esquirla de grauvaca o una roca verde, un magma basáltico que quizá emergiera a la superficie de la Tierra hace 3.500 millones de años, durante la Edad de Hielo en la corriente de hielo de Keewatin. ¡Guau! Eso es mucho tiempo. Dejé caer el guijarro a un lado del camino y seguí

avanzando hacia un árbol en concreto en el que me había fijado hacía algún tiempo. Una fuerte y sólida rama sobresalía del tronco. Era perfecta para atarle una soga.

Vaya, otra más. Estos náuticos, zapatos de hombre blanco, parecían recoger cada piedra como una pala. Este guijarro era un círculo del tamaño de una moneda de 10 centavos de basalto negro, moldeado por el oleaje del lago y seguramente escupido de una profunda fisura volcánica bajo el mar que nos cubría. El magma se enfrió y se quebró en pequeños fragmentos que fueron arrastrados por el agua hasta acabar en la orilla, cambiando durante el proceso hasta adquirir esta suavidad pulida por el agua. Deposité esta piedra con delicadeza en un tocón. Era un guijarro joven, que probablemente no tuviera más de varios millones de años.

Casi había alcanzado el árbol cuando una última piedra me cortó; literalmente me cortó al pisarla. Un ágata, inexplicablemente desmenuzada, mostraba el grano de madera fosilizada y alga que había sido una vez. ¡Qué colores! Un bronce claro, gris, negro e intenso rojo. Había un paisaje en sus rasgos. Sílex rodeado de jaspe. Algo vivo. Pensé que sería un precioso colgante para Cielo, una vez pulido adecuadamente.

No sé para qué esas pequeñas piedras me quieren aquí en la Tierra. No sé por qué se preocupan por mí como lo hacen. Solo sé que cuando llegué al árbol no me quedó más remedio que arrojar la soga lejos de mí. Di media vuelta mientras mis dedos acariciaban la pequeña ágata. Durante todo el trayecto de regreso a la tienda no se deslizó un solo guijarro bajo mis pasos.

14 DE DICIEMBRE

Llevamos una temporada de días grises, una semana de tiempo cubierto e indiferente. Ni siquiera se vislumbra una pizca de cielo azul para levantar el ánimo. Tengo la impresión de que todo se escurre. Estoy sola con la verdad de mi cuerpo. Tú lo habitas y tengo que sacarte de ahí.

Cariño, te quiero, pero estás enorme. Se supone que el canal de salida se ensanchará, pero diez centímetros no es mucho más que el diámetro de un vaso de agua. ¿Cómo soy de elástica? No mucho. Soy rígida. Siempre he sido de pensamientos rígidos y se me da fatal el yoga. Deberías dejar de crecer ahora mismo; ya eres demasiado grande, pero a ti no te importa. Sigues engordando cada vez más.

Los dolores de cabeza, los puntos luminosos que veo, la tensión arterial por las nubes...; todo eso podrían ser señales de que mi cuerpo está sufriendo una reacción alérgica a tu presencia. No se lo cuento a nadie, salvo a Estrella. Cada vez estoy más hinchada. Si hundo los dedos en las pantorrillas se me queda la marca.

—Mira —le digo.

Me toca la pantorrilla con la punta de los dedos y frunce el ceño.

15 DE DICIEMBRE

Suelen estar presentes dos médicos y una enfermera en la sala cuando me examinan. Ahora acudo a revisión a diario. Las ecografías siguen sin funcionar, por lo que me hacen una revisión más bien improvisada. Sigo con la tensión muy muy alta, razón por la que me vigilan de cerca, según mi médico. Algo en ella me resulta familiar. Cada vez que la veo, tengo la sensación de que la he visto antes, incluso de que la conozco, pero como siempre hay más gente en la habitación no me atrevo a preguntarla. Pero un día me encuentro a solas con la doctora por un breve instante. Lleva unas gafas cuadradas azules.

—¿Te he visto antes?

Me sonrío y se inclina como si fuera a atarse los cordones de los zapatos. Cuando se incorpora, me toma la mano como si quisiera tranquilizarme. Noto un trozo de papel en la palma de la mano. Lo cojo y me doy la vuelta en la camilla, algo nada sencillo cuando se está de más de treinta y ocho semanas de embarazo. Sacudo el pelo como si estuviera haciendo pucheros y leo la nota al amparo de la cortina que forma mi cabello. «El polvo que nos rodea oye, las paredes ven, el aire bombeado en esta habitación percibe nuestras emociones».

Es casi poesía. Odio tener que comérmelo. Al cabo de un momento, me doy de nuevo la vuelta con el puño encogido y el rostro pétreo. Intento que se me sosiegue el corazón y respirar con normalidad.

La doctora me dirige una leve sonrisa algo tensa, mira alrededor, se cruza de brazos y tamborilea con los dedos. Escribe algo más y me entrega el papelito.

Pone «Jessie».

La miro anonadada y articulo en silencio las palabras: «¿El hospital?».

Asiente.

Describí a Jessie como una mujer pálida, escuchimizada, sin barbilla y de aspecto ñoño. Dije que era apocada, blanda, de pelo lacio y plana. La llamaba «la Mema», pero recuerdo que pasó de parecer blandengue a mostrar una gran firmeza y seguridad. Tenía el verdadero arrojo de una forajida, no de una mema, sea lo que sea eso. Ahora ha cambiado de aspecto por completo. Se la ve elegante, una líder, con el pelo rubio despeinado y modernas gafas azules. Tiene barbilla. No sé cómo la ha conseguido. Pronto averiguo algunas cosas. Resulta que Jessie no era enfermera, sino una obstetra ginecóloga que se hacía pasar por enfermera para sacar a las mujeres del hospital, disfrazándolas y escondiéndolas para burlar los controles de seguridad. Resulta que estuvo a punto de que la descubrieran al sacar a Agnes Starr de la mesa de parto, fuera del hospital, en una bolsa para transportar cadáveres con agujeros para respirar.

18 DE DICIEMBRE

Me quejo de los puntitos luminosos, exagero los dolores de cabeza y me envían de nuevo a la consulta del médico. Sin embargo, esta vez, y la siguiente, las demás personas se quedan en la sala y Jessie no puede hablar. Al fin se brinda la oportunidad y descubro que Agnes utilizó la hoja de una cuchilla que Jessie le había pegado en el brazo con una cinta cuando se puso de parto. Jessie fingió que Agnes había fallecido al nacer el bebé y la colocó en la bolsa. Agnes rasgó la bolsa en plena noche y se escapó del depósito de cadáveres.

Escribo una diminuta nota. Le doy mi antigua dirección y le pongo dónde sigue enterrado el dinero. Y pregunto:

«¿Qué probabilidades tengo? ¿Y el bebé?».

«Ambos tenéis entre un 15 y un 20 por ciento de posibilidades de sobrevivir».

«¿Le seguirás el rastro a mi bebé?».

«Sí».

23 DE DICIEMBRE

Conozco la palabra. Es la palabra más antigua en todas las lenguas, la primera mascullada. Ma... ah... oh, mamá. Madre. No la palabra pronunciada por Dios para crear la vida, sino aquella articulada por el bebé al reconocer al ser de quien depende su vida.

Yo oiré esa palabra. Conoceré esa palabra. Seguiré con vida.

24 DE DICIEMBRE

Por una vez en la vida, soy puntual.

Las 21:25 h. Comienza.

25 DE DICIEMBRE

Estrella me dijo que no importaría y no importó dónde di a luz. O quién estuvo en la habitación, solo que no estaba Jessie. Ninguna forajida. Eso importaba. Pero lo olvidé. «Yo soy la llama sobre la belleza de los prados». Una tras otra fueron entrando en la habitación todas las santas. A lo largo de las siguientes horas recibimos la visita de miles de espíritus. Estábamos rodeadas por una selva de plantas. «Brillo en las aguas. Ardo en el sol, la luna y las estrellas». Las santas permanecían en silencio. Solo importaba superar cada contracción. Después, la siguiente. Y la siguiente. Veía mi reflejo en los paneles de acero inoxidable. Me hallaba en un océano que lanzaba chispas de luz. Las olas eran dolor. Me levantaban y me hundían. Una y otra vez hasta el infinito y, entonces, cuando creí que estaba muerta, tomé aire y me sorprendí. El océano también inspiró hondo. El día había llegado a su fin. La noche era oscura, la luz tenue y me di cuenta de que miles de velas proyectaban un resplandor y la maravillosa música que oía era el canto de los miles de espíritus y seres humanos. «El alma no está en el cuerpo. El cuerpo está en el alma». Oí la otra canción, la canción de las mujeres, entre una contracción y otra. Oí tu canción de bebé. Y pujé. Los pujos se hicieron eternos, hasta que, con una violencia de la que no me sabía capaz, te expulsé.

Estabas azul, apenas un leve matiz azul. Al respirar, te volvías más rosado y rojo, y la suave pelusa que cubría tu piel comenzó a relucir como el cobre. Tus extremidades aterciopeladas se desplegaron, elásticas y fuertes. Echaste la cabeza hacia atrás. Tus ojos tenían el color azul pizarra de los recién nacidos, pero más oscuro, ya ansiosos por vivir. Me sostuviste la mirada y yo introduje un dedo en tu mano. Me clavaste los ojos y te aferraste a mí con una fuerza implacable, y yo escudriñé en el alma del mundo.

—Eres tú —dije—. Siempre fuiste tú.

El pinchazo de la aguja me robó la consciencia. Conforme me iba deslizando por el abismo, alguien separó tus dedos y sentí cómo te alejaban de mis brazos.

DICIEMBRE

Extremadamente débil. Pero aquí sigo.

ENERO

Dicen que tengo el corazón dañado.

FEBRERO

Querido hijo mío. Sé que leerás esto algún día. Sé que te preguntarás cómo era todo, antes.

Mis padres me contaban cosas sobre el mundo, cómo era antes, cómo lo conocieron ellos y lo amaron a pesar de que siempre decían: «No sabíamos que era el paraíso».

Yo les preguntaba. ¿Cómo era años atrás? ¿El verdadero frío? ¿El intenso frío?

Y ellos me contaban.

A veces, cuando el lago se helaba rápidamente y el viento arreciaba, grandes masas de agua en movimiento se quedaban atrapadas bajo el hielo, explicaba Sera. Entonces se oían amortiguadas detonaciones en las profundidades, en el centro, y desgarradores quejidos allí donde el hielo se topaba con las islas. Crujidos que sonaban como disparos. Inspiraciones huecas que reverberaban. A veces retumbaban los rápidos y entrecortados redobles de tambores, en un vaivén remoto, como si una banda de música serpenteara de un lado a otro bajo el hielo.

Si el agua se helaba despacio, el lago emitía una música diferente. Un delicado susurro conforme se juntaban las crestas de las olas. Si las olas

heladas avanzaban deprisa, quebrando los bordes de las capas de hielo, las esquiras tintineaban o desafinaban. El lago estaba rodeado de carillones encantados, agitados por el viento. De vez en cuando, el lago exhalaba un suspiro roturado, con los pulmones repletos de cristales rotos. Si la temperatura descendía bruscamente durante la noche, diez o quince grados, el lago podía congelarse de golpe, atrapando las hojas e incluso a los peces pequeños. Podías caminar sobre el hielo, tirarte en un caliente mono de nieve de nailon y fisgar en un mundo modificado.

Glen recordaba el momento en que el lago se heló formando figuras geométricas. Unas olas barridas por el viento se habían congelado en el aire, rotas, y se habían soldado limpiamente en el suelo helado al caer, creando puzzles dentados, laberintos matemáticos y una maraña de líneas que se entrecortaban. El lago quedó compuesto por completo por asombrosas zonas sombreadas. Cada centímetro presentaba un diseño original.

¿Y cómo cambió? También me lo contaron.

Primero el frío dejó de quemar los pulmones, explicó Sera. El frío ya no te helaba los mocos en la nariz, ni te congelaba las pestañas, ni dolía, dijo Glen. Y la nieve dejó de crujir al caminar o al pisarla con las ruedas de los coches. Pronto el frío dejó de pellizcar, de clavarte sus dedos en la espalda, de entumecerte la cara y las manos. La nieve seguía cayendo en bonitos copos de vez en cuando. En un par de ocasiones quedó suspendida en el viento e intentamos llamar a eso una ventisca. Pero solo duró un momento. El invierno siguiente, llovió. El frío se suavizó y solo refrescaba. Pero solo hubo lluvia. Ese fue el año en que perdimos el invierno. Perdimos nuestro paraíso frío.

Pero lo recuerdo perfectamente. La nieve cayó una última vez.

La nieve es en lo que pienso mientras me estoy recuperando, y mientras aguardo en la celda a mi próximo embarazo. El tablón de anuncios está cubierto de fotos de nuevos bebés. Si dejamos de comer, nos alimentan por la fuerza. Una mujer se ahorcó en el hueco de las escaleras, utilizando una misericordiosa enredadera. El muro de la cafetería está casi lleno. No sé qué le sucedió a Jessie o si sigue aquí. No he recibido ningún mensaje. (Sueño que te ha llevado lejos. Que te mantiene a salvo por mí). Canto tu canción. Mi espíritu de la guarda ha vuelto.

Permanezco callada y sola.

Y recuerdo cómo estuve allí la última vez que nevó en el paraíso. Tenía ocho años. Puedo sentirlo. El frío apoderándose de mi cuerpo, con toda claridad. La nieve caía del cielo a raudales. «¡Ven!», gritó Sera. Glen exclamó: «¡Nieve!». Nos precipitamos afuera y nos quedamos de pie en el

césped verde y apagado, estupefactos. La nieve se arremolinaba a nuestro alrededor, cada vez más veloz. Y había pájaros, pájaros emocionados, un trepador moviéndose por los árboles con chasquidos. Petirrojos helados gorjeaban conforme iba cuajando un copo tras otro. El aire amainó pero la nieve siguió cayendo. La gente deambulaba como una sombra blanca, y sus voces semejaban las de los niños perdidos. La nieve inundó el aire y siguió cayendo, como un éxtasis, en ráfagas movedizas. No paraba. No se derretía sobre la hierba. La nieve se amontonaba en todas las superficies. Y ahora todavía puedo percibirla, tan compacta. Cada pequeña rama contenía una línea blanca. Cada bebedero para pájaros se convirtió en una tarta, y la celosía y las cascarillas secas de las flores estivales lucían un encaje blanco. Nevó sobre cada aguja de pino, en las puntas de las estacas y sobre los coches. En las calles, en las aceras y en las alcantarillas también nevó. Y yo estoy en medio de la nieve, arrojándome a ella, llevándomela a la boca, lanzando nieve al aire y lanzando bolas de nieve a mi madre y a mi padre. La blancura impregna el aire y no hay más que blancura. Yo estoy aquí, y estuve allí. Y me he preguntado, desde el momento en que naciste: ¿dónde estarás tú, mi amor, la última vez que nieve sobre la Tierra?

Agradecimiento

Quiero dar las gracias a mis hijas: a Persia, que escuchó los primeros compases de esta novela durante un viaje en coche en 2001 y siguió el ritmo de los numerosos cambios; a Pallas, que leyó los sucesivos borradores, me dio inestimables consejos y rescató este manuscrito después de que yo lo abandonara durante años en el disco duro de un Mac G4 Cube (y agradezco también a Keith Kostman por devolver a la vida fragmentos de este manuscrito de un iMac turquesa todavía más antiguo); a Aza, que me acompañó a lo largo de la evolución de esta novela y me aportó ideas visuales para la revista *Zeal* de Cedar; y a Kiiz, por su amabilidad y honestidad así como por sus asombrosas y atinadas reflexiones.

También quiero expresarle mi agradecimiento a mi hermana Heid Erdrich y a mi cuñado John Burke por compartir conmigo teorías especulativas, que, de manera alarmante, se han ido haciendo realidad. Como siempre, le agradezco a mi editora Terry Karten su sabiduría y sentido crítico así como su impecable instinto literario. Y gracias a Trent Duffy, mi editor de mesa, por la constante comunicación que solemos mantener en diminutos trozos de papel. El espíritu del todo siempre está en los detalles.

Notas

[1] *Cedar Hawk Songmaker* significa Cedro Halcón Compositor de Canciones.
(*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] *Zeal* significa «fervor». <<

[3] *Per capita casino payment*: los casinos indios pueden destinar parte de los beneficios a las tribus, tanto a programas y servicios como a individuos concretos. <<

[4] Sudafed: marca comercial de un descongestionante corriente en los Estados Unidos a base de pseudoefedrina, utilizado para la elaboración casera de metanfetamina. <<

[5] Get out of Dodge: expresión que significa largarse de una situación complicada, aludiendo a Dodge City, la famosa ciudad del Oeste conocida por ser una ciudad sin ley. <<

[6] COBRA (Consolidated Omnibus Budget Reconciliation Act): ley federal que permite mantener temporalmente la cobertura sanitaria después de dejar un empleo. <<

[7] Masterpiece Theatre: famoso programa de televisión que emite obras clásicas. <<

[8] pickup cards significa «52 recoge cartas». Es un juego y una broma donde el que baraja, en vez de repartir los naipes, los arroja al suelo e invita al otro jugador a recogerlos. <<

[9] Pig's Eye significa «Ojo de cerdo», apodo con el que se conocía la ciudad de Saint Paul, por el nombre de su fundador, Pierre «Pig's Eye» Parrant, un traficante de pieles y whisky. <<

[10] Rainbow Foods: comercio especializado en productos ecológicos y sostenibles. <<

[11] Land O'Lakes: gran cooperativa láctea de los Estados Unidos con sede en Minnesota; su mantequilla lleva el logotipo de una «doncella» india sentada.
<<

[12] *Holy Seal*: «Sello Sagrado», organización religiosa. <<

[13] *Children's Way*: organización educativa a favor de la infancia. <<

[14] Frase procedente de un diálogo de la película *El gran Lebowski* de los hermanos Coen. <<